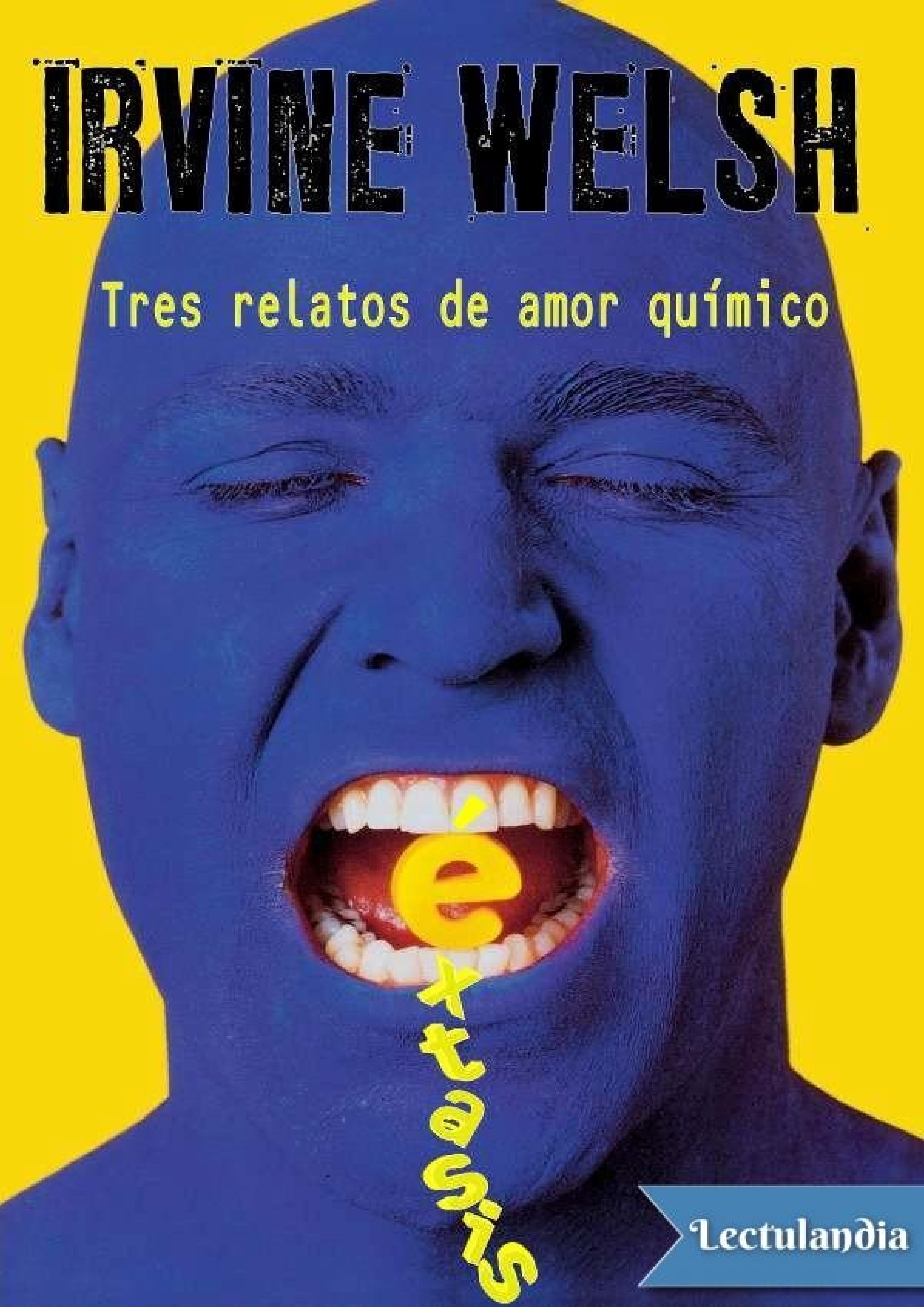

IRVINE WELSH
Tres relatos de amor químico
éxtasis
Lectulandia

En *Éxtasis*, tres narraciones tenuemente unidas por la química (la de las pastillas y la de los cuerpos), Irvine Welsh vuelve a demostrar su gran talento para la provocación, y su genio para la literatura. En la primera historia, Rebecca, una popular autora de novelas de kiosco, encendidamente románticas y floridamente históricas, cuyo marido gasta en prostitutas la fortuna que ella gana urdiendo romances, conoce a una joven enfermera, un tanto confundida con respecto a su sexualidad, y aficionada al éxtasis y a las discotecas… La protagonista de la segunda, la bella Samantha, que nació sin brazos a causa de una droga imprudentemente recetada a mujeres embarazadas en los años sesenta, conoce y enamora a un hooligan aficionado a todas las drogas contemporáneas, y lo utiliza para vengarse de aquellos que causaron su deformidad… En la última, Lloyd es un treintañero rebelde que sigue sin rendirse a la vida burguesa y frecuenta fiestas extáticas donde dice que sí a todo. Pero una vaga sensación de disconformidad le anuncia que todo eso ya no basta, y que quizá lo que ahora desea son otros éxtasis mucho más difíciles.

Lectulandia

Irvine Welsh

Éxtasis

Tres relatos de amor químico

ePub r1.0
Titivillus 23.09.2018

Título original: *Ecstasy*
Irvine Welsh, 1996
Traducción: Federico Corriente

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A Sandy Mac Nair

Dicen que la muerte es lo que te mata, pero no.
Lo que te mata es el aburrimiento y la indiferencia.

«I Need More», IGGY POP

AGRADECIMIENTOS

Amor extático y más para Anne, mis amigos y familia, y toda la buena gente, ya sabéis quiénes sois.

Gracias a Robin, de la editorial, por su diligencia y por su apoyo

Gracias a Paolo por las rarezas de Marv, sobre todo Piece of Clay; a Toni por el eurotecno; a Janet y Tracy por el *happy house*; y a Dino y Frank por el *gabber*[1].

Con cariño para toda la peña de Edimburgo, Glasgow, Amsterdam, Londres, Manchester, New Castle, Nueva York, San Francisco y Munich.

Gloria a los Hibees[2].

A cuidarse.

Lorraine va a Livingston

Novela rosa de Rave[3] y Regencia

Para Debbie Donovan y Gary Dunn

1. LOS BOMBONES DE REBECCA

Rebecca Navarro estaba sentada en su espacioso invernadero y contemplaba el jardín luminoso, fresco. Perky estaba al fondo, junto al viejo muro de piedra, podando los rosales. Apenas podía distinguir vagamente aquel familiar gesto ceñudo de cuando estaba absorto, pues el sol que iluminaba con fuerza su cara a través del cristal deformaba su campo de visión. Sintió que flotaba en una ola de calor, amodorrada y laxa. Sucumbiendo a aquella sensación, dejó que el pesado manuscrito se escurriera de sus manos y cayese con un ruido sordo sobre la mesita de cristal. La primera página llevaba el siguiente encabezamiento:

SIN TÍTULO - OBRA EN MARCHA
(Novela rosa de Regencia de Miss May n.º 14)

Una oscura nube flotaba ominosamente delante del sol, rompiendo el hechizo de Rebecca. Ella aprovechó la oportunidad para echar un breve vistazo a su reflejo en el ahora oscuro cristal de la puerta vidriera. Esto le provocó un breve espasmo de repugnancia hacia sí misma antes de cambiar su posición de perfil por otra de frente y meter hacia dentro los carrillos. La nueva imagen la hizo olvidar aquella de carne-fofa-colgando-de-la-mandíbula hasta el extremo de que Rebecca sintió que tenía derecho a una pequeña recompensa.

Perky estaba absorto en sus labores de jardinería, o eso fingía. Los Navarro tenían empleado a un hombre, Bill Crozier, para cuidar el jardín, y éste llevaba a cabo sus obligaciones concienzuda y profesionalmente, pero Perky siempre encontraba algún pretexto para salir y hacer pequeñas faenas. Sostenía que le ayudaba a pensar. Rebecca no podía imaginar, aunque le fuera en ello la vida, en qué tendría que pensar su marido.

Sin embargo, a pesar del ensimismamiento de Perky, Rebecca se mostró veloz y furtiva cuando llevó su mano hacia la caja. Levantó el separador y sacó rápidamente dos trufas de ron de la parte inferior. Se llenó la boca con ellas, a punto de desmayarse por la sensación de empalago, y empezó a masticar furiosamente. El truco consistía en consumirlas lo más rápidamente posible; al hacerlo así, tenía la impresión de que podía engañar al cuerpo, camelarlo para asimilar las calorías como un todo compacto, haciéndolas pasar por dos pequeños bocados.

Semejante autoengaño resultaba insostenible cuando la infame y dulce ponzoña alcanzaba su estómago. Podía *sentir* cómo su cuerpo descomponía con agonizante lentitud aquellos repugnantes tóxicos, realizando un meticuloso inventario de las calorías y toxinas presentes antes de distribuirlas entre aquellas partes del cuerpo

donde más daño harían.

Así que, de entrada, Rebecca pensó que estaba experimentando uno de sus habituales ataques de ansiedad cuando aquello le sobrevino: aquel dolor lento, ardiente. Pasaron un par de segundos antes de que la posibilidad, y después la realidad, se le hicieran evidentes: era algo más que eso. No podía respirar cuando los oídos empezaron a zumbarle y el mundo comenzó a girar a su alrededor. Rebecca se cayó de la silla, golpeando pesadamente el suelo del invernadero, agarrándose la garganta, con el rostro retorcido hacia un lado, chocolate y saliva escurriéndosele de la boca.

A pocos metros de allí, Perky cortaba los rosales. Los muy maricones necesitan una rociada, pensó mientras se apartaba para juzgar su obra. Por el rabillo del ojo vio que algo se retorcía en el suelo del invernadero…

2. YASMIN VA A YEOVIL

Yvonne Croft cogió el ejemplar de *Yasmin va a Yeovil* de Rebecca Navarro. Se había mofado de la adicción de su madre a aquella colección de novela barata conocida como «Novelas rosas de Regencia de Miss May», pero se sentía absolutamente incapaz de soltar el libro. Parecía, eso creía, que había momentos en que le subyugaba hasta niveles aterradores. Yvonne adoptó la posición del loto en su enorme sillón de mimbre, una de las pocas piezas del mobiliario, junto a la cama individual, el armario de madera, la cómoda y el lavabo en miniatura, de que disponía su pequeña habitación rectangular en el Hogar de Enfermeras del Hospital de St Hubbin's en Londres.

Devoraba ávidamente las dos últimas páginas del libro, concretamente el punto culminante de aquella novela. Yvonne Croft sabía lo que iba a suceder. Sabía que la astuta casamentera Miss May (que aparecía en todas las novelas de Rebecca Navarro en diversas encamaciones) desenmascararía a Sir Rodney de Mourney como el inefable canalla que era, y que la sensual, tempestuosa e indomable Yasmin Delacourt se uniría a su verdadero amor, el gallardo Tom Resnick, igual que en la anterior obra de Rebecca Navarro, *Lucy va a Liverpool*, el arrojado oficial de la Compañía de las Indias Orientales Quentin Hammond rescataba a la hermosa heroína del secuestro, del barco contrabandista y de la trata de blancas de las manos del malvado Milbum D'Arcy.

Yvonne, no obstante, leía con entusiasmo, y se sentía transportada a un mundo romántico, un mundo alejado de la realidad de los tumos de tarde de ocho horas en las salas del geriátrico, al cuidado de personas incontinentes y en descomposición que habían degenerado hasta convertirse en caricaturas de sí mismas, fofas, asmáticas, frágiles y retorcidas, mientras se preparaban para morir.

Página 224

Tom Resnick cabalgaba como el viento. Sabía que su ágil yegua sufría tremendamente y que corría el riesgo de dejar coja a Midnight espoleando al leal y noble animal con tan feroz determinación. ¿Y para qué? Con el corazón lleno de pesar, Tom sabía que nunca llegaría a Bondy Hall antes de que Yasmin se uniera en matrimonio al despreciable Sir Rodney de Moumey, aquel tunante que, sin que su hermoso ángel lo supiera, se disponía a quedarse con su fortuna y reducir a aquella adorable criatura al papel de concubina cautiva.

En el baile, Sir Rodney se mostraba relajado y dichoso. Yasmin nunca había estado tan hermosa. Aquella noche haría suya su honra, y cómo saborearía Sir

Rodney la rendición final de aquella potranca testaruda. Lord Beaumont estaba junto a su amigo.

«Vuestra futura esposa es todo un tesoro. Para seros franco, Rodney, mi querido amigo, pensaba que nunca ganaríais su favor, pues estaba convencido de que nos tenía a los dos por unos lechuguinos.»

«Nunca subestiméis a un cazador, amigo mío», sonrió Sir Rodney. «Soy un deportista demasiado experto para perseguir a mi presa desde demasiado cerca. Simplemente me refrené y esperé que se presentara la oportunidad ideal antes de administrar el coup de grace.*»*

«Enviando a ultramar a ese inoportuno de Resnick, apostaría cualquier cosa.»

Sir Rodney alzó una ceja y bajó la voz. «Por favor, sed un poco más discreto, amigo mío.» Miró furtivamente a su alrededor, y, convencido de que nadie les había oído por encima del vals que la banda interpretaba, prosiguió: «Sí, arreglé el inesperado nombramiento de Resnick para los Sussex Rangers y su destacamento en el frente de Bélgica. ¡Ojalá los tiradores de Boney[4] *hayan enviado a ese bellaco al infierno en este mismo instante!»*

«Eso tampoco estaría mal», sonreía Beaumont, «pues lamentablemente la señorita Yasmin no había reflexionado sobre la conducta que cabe esperar de una fémina delicadamente educada. Pareció poco desconcertada en aquella ocasión en que vos y yo la visitamos, hallándola ocupada en los asuntos de alguien que apenas es más que un galopín, ¡muy lejos, desde luego, de merecer la consideración de cualquier aspirante a las cumbres de la sociedad!»

«Cierto, Beaumont, pero la vena caprichosa tiene su atractivo en una potranca, aunque esa vena haya que domarla si la mujer ha de convertirse en una obediente esposa. ¡Ésa será la vena que domaré esta noche!»

Sir Rodney no había reparado en que la espigada solterona estaba de pie detrás de la cortina de terciopelo. Miss May lo había oído todo. Se marchó, hacia el alma de la fiesta, dejándole con sus pensamientos sobre Yasmin. Esta noche sería

Una llamada a la puerta distrajo a Yvonne. Era su amiga Lorraine Gillespie.

«¿Tienes turno de noche, Yvonne?», le sonreía Lorraine. Era una sonrisa poco común, pensaba Yvonne, que siempre parecía dirigida a algún objeto más allá de su destinatario. A veces, cuando miraba así, era como si no fuese Lorraine.

«Sí, puñeta, peor suerte imposible. Esa puta hermana Bruce; vaya una vieja bruja está hecha.»

«Tendrías que ver a la hermana Patel esa…, vaya pico», se estremeció Lorraine. «I-irás y cambiarás la ropa de cama, y cuando lo hayas hecho, i-irás y harás la ronda de los medicamentos, y cuando hayas hecho eso i-i-irás a tomar la temperatura y cuando hayas hecho eso ve-e-e…»

«Sí…, la hermana Patel. Una vieja chocha.»

«Yvonne, ¿te parece que haga un té, eh?»

«Sí, lo siento…, pon tú la tetera, ¿te importa, Lorraine? Perdona que sea una guarra insociable, pero es que tengo que terminar este libro.»

Lorraine se acercó a la pila que estaba detrás de Yvonne, llenó la tetera y la enchufó. Abriéndose paso detrás de su amiga se inclinó sobre su silla y se llenó las narices con la fragancia del perfume y el champú de Yvonne. Se sorprendió a sí misma acariciando entre el pulgar y el índice un mechón de los brillantes cabellos rubios de Yvonne. «Dios mío, Yvonne, se te ha puesto el pelo hermosísimo. ¿Qué champú usas?»

«Sólo el Schwartzkopf ése», dijo ella, «¿te gusta?»

«Sí», dijo Lorraine, notando una extraña sequedad en la garganta, «me gusta.»

Volvió al lavabo y desenchufó la tetera.

«¿Entonces vas de clubs esta noche?», preguntó Yvonne.

«Sí, claro, siempre estoy dispuesta a ir de clubs», sonrió Lorraine.

3. LOS CUERPOS DE FREDDY

Nada mejor que la visión de alguien que ha palmado para que Freddy Royle se empalme.

«Éste está bastante machacado, Glen», dijo el ayudante de anatomía patológica, mientras conducía el cuerpo hacia el depósito de cadáveres del hospital.

A Freddy le resultaba difícil respirar con calma. Examinó el cadáver. «Era una chica muy guapa, ademáz», dijo con voz áspera, en su lento y pesado deje de Somerset, «¿azidente de coche, zupongo?»

«Sí, pobre ti ti. La M 25. Había perdido demasiada sangre cuando la sacaron de la colisión múltiple», murmuró incómodamente Glen. Se sentía un poco asqueado. Normalmente un fiambre era para él sólo un fiambre, y los había visto en todos los estados. A veces, sin embargo, cuando se trataba de alguien joven, o alguien cuya belleza aún podía adivinarse a partir de la fotografía tridimensional de carne que había dejado atrás, la sensación de desperdicio y la futilidad de todo ello sencillamente le pasmaban. Ésta era una de esas ocasiones.

Una de las piernas de la chica muerta estaba lacerada hasta el hueso. Freddy recorrió con la mano la que estaba en perfecto estado. Era suave. «Todavía eztá algo caliente, ademáz», observó, «un poquitín demaziado para mi guzto, a dezir verdaz.»

«Eh, Freddy», empezó Glen.

«Ah, lo ziento, viejo amigo», sonrió Freddy, echando mano de su cartera y deshojando algunos billetes que entregó a Glen.

«Gracias», dijo Glen, embolsándose el dinero y marchándose apresuradamente.

Glen palpó los billetes que tenía en el bolsillo mientras caminaba decidido por el pasillo del hospital y cogía el ascensor hasta la cafetería. Aquella parte del ritual, el intercambio en metálico, le hacía sentirse eufórico y vil al mismo tiempo. Nunca podía determinar cuál de las dos emociones era la más intensa. ¿Pero por qué —ponderaba— tenía que renunciar él a su tajada si los demás sacaban la suya? Esos gilipollas que tenían más de lo que él tendría jamás: los administradores del hospital.

Sí, los administradores del hospital lo sabían todo sobre Freddy Royle, reflexionó amargamente Glen. Conocían los verdaderos secretos del anfitrión de *shows* de entrevistas, el presentador del programa para corazones solitarios «De Fred con amor», el autor de varios libros, entre ellos *Howzat!, Freddy Royle habla sobre criquet, El Somerset de Freddy Royle, Somerset con z: El ingenio del West Country, Paseos por el West Country con Freddy Somerset* y *Los 101 trucos de magia para fiestas de Freddy Royle*. Sí, aquellos hijoputas de administradores sabían lo que aquel distinguido amigo, el tío favorito del país, humanitario y lacónico, hacía con los fiambres que tenían allí dentro. El caso es que Freddy era un reclamo para los

millones de libras que iban a parar al hospital merced a sus actividades para recaudar fondos. Esto proporcionaba prestigio a los administradores y hacía de St Hubbins un buque insignia para los créditos concedidos con cuentagotas de la Administración. Lo único que tenían que hacer era mantenerse *shtumm*[5] y complacer a Sir Freddy con un cuerpo de vez en cuando.

Glen pensó en Sir Freddy, empujando hasta llegar a un paraíso sin amor con un trozo de carne muerta. En la cantina, se unió a la fila y examinó la comida que había expuesta. Glen se decidió en contra de un bollo con beicon y en su lugar tomó uno de queso sintético. Pensó en Freddy y el viejo chiste necrófilo: algún día un coño putrefacto se abrirá y le dejará tirado[6]. Pero no sería Glen: Freddy pagaba demasiado bien. Pensando en la pasta y lo que podría comprar con ella, los pensamientos de Glen se volvieron hacia AWOL en el SW1 Club esta noche. Ella estaría allí —iba casi todos los sábados— o en Garage City en Shaftesbury Avenue. Ray Harrow, uno de los técnicos de sonido, se lo había dicho. A Ray le molaba el *jungle*; tenía el mismo *modus operandi* que Lorraine. Ray era legal, le había dejado alguna cinta a Glen. Glen no conseguía que le gustara el *jungle*, pero lo intentaría por Lorraine. Lorraine Gillespie. La bella Lorraine. La estudiante de Enfermería Lorraine Gillespie. Sabía que trabajaba mucho: concienzuda, totalmente entregada a la clínica. Sabía que le daba duro al *rave*: AWOL, The Gallery, Garage City. Lo que él quería saber es cómo amaba.

Cuando llegó al final de la fila con su bandeja y pagó a la cajera, vio a la enfermera rubia sentada a una de las mesas. No sabía cómo se llamaba, sólo sabía que era amiga de Lorraine. Por lo visto, acababa de comenzar su turno. Glen pensó en sentarse a su lado, hablar con ella, quizá incluso enterarse de cosas sobre Lorraine a través de ella. Se dirigió hacia ella, y entonces, obedeciendo a un repentino impulso nervioso, medio resbaló, medio se derrumbó en una silla a un par de mesas de distancia. Mientras se comía el bollo maldijo su debilidad. Lorraine. Si no era capaz de echarle narices para hablar con su amiga, ¿cómo podría echarle narices para hablar *con ella*?

Entonces ella se levantó y le sonrió al pasar a su lado. Se sintió más animado. La próxima vez hablaría con ella, y luego hablaría con ella cuando estuviese *con Lorraine*.

Cuando Glen volvió a la antesala, oyó a Freddy en la habitación contigua, en el depósito. No se atrevía a mirar, pero escuchó junto a las puertas batientes. Oyó los jadeos de Freddy: «¡Uo, uo, uo, pareze que ézte va a zer de loz buenoz!»

4. INGRESO

La ambulancia llegó rápidamente, pero a Perky le parecía que había tardado mucho. Miró cómo Rebecca jadeaba y gruñía en el suelo del invernadero. Pudorosamente, la cogió de la mano. «Ánimo, muchacha, ya están en camino», dijo una o dos veces.

«Estarás más sana que una manzana», le dijo, mientras los de la ambulancia la ponían en una silla de ruedas, le colocaban una máscara de oxígeno y la subían a la parte trasera de la furgoneta. Era como si estuviese viendo una película muda en la que sus propios sonidos de aliento parecían una voz en *off* mal sincronizada. Entonces Perky se dio cuenta de que Wilma y Alan Fosley observaban la escena por encima de su seto. «Todo va bien», les aseguró, «muy bien.»

Los de la ambulancia, por su parte, expresaron a Perky de forma parecida que ése era efectivamente el caso, insinuando que la apoplejía parecía leve. Esta aseveración llevaba implícita una convicción que encontraba inquietante y le desanimaba. Perky se sorprendió deseando fervientemente que estuviesen equivocados y que algún médico acabara dando un diagnóstico más negativo.

Empezó a transpirar intensamente mientras daba vueltas en su cabeza a las distintas opciones:

La mejor hipótesis: se muere y me deja un fortunón en el testamento.

La otra: ella está bien y sigue escribiendo, y termina pronto la siguiente novela rosa.

Se estremeció al comprender que de hecho flirteaba con la peor de las hipótesis: Rebecca queda incapacitada de algún modo, quizá incluso reducida a un estado vegetal, incapaz de escribir pero convertida en una carga financiera.

«¿No viene usted con nosotros, señor Navarro?», preguntó uno de los de la ambulancia, con un tono de voz marcadamente acusador.

«Adelántense ustedes, muchachos, yo les seguiré en el coche», replicó Perky bruscamente. Estaba acostumbrado, en el trato social, a dar órdenes a la gente de esa clase, y por tanto le mosqueaba la presunción de que él tenía que hacer lo que *ellos* estimaban correcto. Echó una mirada hacia los rosales. Sí, no les vendría mal una rociada. En el hospital le esperaba todo el follón y los trámites de inscribir a la parienta. Sí, es el momento de regar, qué duda cabe.

La atención de Perky se detuvo en el manuscrito que descansaba sobre la mesa del café. En la primera página había un vómito de chocolate. Con desagrado, limpió la mayor parte con un pañuelo, dejando el papel húmedo y abombado.

Abrió las páginas y empezó a leer.



5. SIN TÍTULO — OBRA EN MARCHA (NOVELA ROSA DE REGENCIA DE MISS MAY N.º 14)

Página 1

Bastaba un modesto fuego para calentar la pequeña y recogida aula de la vieja casa del pastor en Selkirk. El reverendo Andrew Beattie, el pastor de la parroquia, hombre de notoria frugalidad, consideraba que aquélla era una circunstancia particularmente ventajosa.

La esposa de Andrew, Flora, aderezaba aquella frugalidad con su pródiga extravagancia. Conocía y asumía el hecho de haber contraído matrimonio con la estrechez y que el dinero escaseaba, pero aunque había aprendido a ser lo que su marido denominaba «práctica» en los asuntos del día a día, aquellas condiciones no habían quebrado su esencial prodigalidad de espíritu. Lejos de desaprobarlo, Andrew la adoraba aún más por ello. Y pensar que aquella maravillosa y hermosa mujer había abandonado la buena sociedad londinense por la vida que él podía ofrecerle. Eso reafirmaba su fe en lo virtuoso de su vocación y en la pureza del amor de su esposa.

Sus dos hijas, arrebujadas junto a la lumbre, habían heredado la prodigalidad de espíritu de Flora. La mayor, Agnes Beattie, una belleza con cutis de porcelana de diecisiete años, echó hacia atrás sus cabellos azabache para procurarse una completa visión del contenido del Ladies Monthly Museum.

«Ahí tienes un traje de noche arrebatador. Por favor, Margaret míralo», exclamó impetuosamente, poniendo la página delante de su hermana, un año más joven que ella, que removía distraídamente las escasas brasas que había en la chimenea, «¡un corpiño de satén azul con broches de diamante!»

Margaret se incorporó bruscamente e intentó arrebatarle la hoja a su hermana. Agnes apretó con más fuerza, y después su corazón dio un vuelco, por el temor a que el papel pudiera rasgarse, pero logró adoptar un tono admirablemente condescendiente mientras se reía. «Pero, hermana querida, ¡eres demasiado joven para pensar en cosas semejantes!»

«¡Por favor, te lo ruego, dámelo!», imploraba Margaret a su hermana aun cuando ya empezaba a relajar su propia presa. Ensimismadas en su frivolidad, las muchachas no habían notado la llegada de su nueva preceptora. La flaca solterona inglesa frunció los labios y las reprendió en voz alta: «¡Así que éste es el comportamiento que cabe esperar de las hijas de mi amiga Flora Beattie! ¡En adelante me lo pensaré dos veces antes de ausentarme!»

Las muchachas parecían avergonzadas, pero Agnes advirtió la nota jocosa en la

reprimenda de la preceptora. «¡Pero, señorita, si yo también he de presentarme en sociedad en Londres, tendré que pensar en mi atuendo!»

La mujer la miró. «La formación, la educación y la etiqueta son cualidades de mayor importancia a la hora de presentar en sociedad a una joven que los pormenores de sus galas. ¿Acaso crees que tu querida mamá, o que tu padre, el buen reverendo, por austero que sea, permitirían que te avergonzaran de ese modo en los bailes de sociedad londinenses? ¡Deja en tan capaces manos la preocupación por tu vestuario, niña, y pon tu atención en asuntos más apremiantes!»

«Sí, Miss May», dijo Agnes.

Esa muchacha tiene una vena indomable, pensó Miss May, como su querida mamá, amiga de la preceptora desde hacía mucho tiempo, de hecho desde los tiempos en que Amanda May y Flora Kirkland se pusieron de largo a la vez ante la buena sociedad londinense.

Perky arrojó el manuscrito sobre la mesita del café. «Vaya una sarta de disparates», dijo en voz alta, y a continuación: «¡Absoluta y jodidamente fantástico! La zorra está en plena forma. ¡Joder, nos hará ganar otra fortuna!» Se frotó las manos jubilosamente mientras salía a zancadas al jardín en dirección a los rosales. De pronto, una oleada de ansiedad le subió al pecho mientras volvía corriendo al invernadero y recogía el manuscrito. Lo hojeó hasta llegar a las páginas finales. Se interrumpía en la página cuarenta y dos, y al llegar a la veintiséis degeneraba en una serie ininteligible de frases sin pulir y notas incoherentes garrapateadas en los márgenes. No estaba terminado ni de lejos.

Espero que la parienta esté bien, pensó Perky. Sintió un irrefrenable impulso de estar junto a su esposa.

6. EL DESCUBRIMIENTO DE LORRAINE E YVONNE

Lorraine e Yvonne se disponían a ir a las prácticas de Clínica. Después de su turno saldrían a comprar algo de ropa porque esa noche iban a un club de *jungle* donde Goldie era cabeza de cartel. Lorraine estaba ligeramente perpleja de encontrar a Yvonne aún enfrascada en su libro. Ella podía leer, no tenía a la hermana Patel de guardia. Estaba a punto de reprender a su amiga y decirle que se pusiera en movimiento cuando el nombre de la autora que había en la portada le sobresaltó. Examinó el libro y la foto de la *glamourosa* joven que adornaba la contraportada. Era una foto muy vieja y de no haber sido por el nombre no habría reconocido a Rebecca Navarro.

«¡Hostia puta!» A Lorraine se le pusieron los ojos como platos. «¿Sabes ese libro que estás leyendo?»

«¿Sí?» Yvonne miró la portada reluciente y en relieve. Una mujer joven vestida con un corpiño ponía morritos como en un rapto de ensueño.

«¿Sabes la que lo escribió? ¿La de la contraportada?»

«¿Rebecca Navarro?», preguntó Yvonne, dándole la vuelta.

«Ingresó en el Dean, planta seis, anoche. ¡Le dio una apoplejía!»

«¡Ostras! ¿Cómo es?»

«No sé… bueno, ¡ni por el forro se parece a ésa! A mí me parece un poco majara, pero acaba de tener una apoplejía, ¿no?»

«Eso es motivo suficiente, ya lo creo», dijo Yvonne sofocando una risita. «¿Vas a ver si tiene algún regalito?»

«Sí, lo haré», dijo Lorraine. «Sí, y está gordísima, además. Por eso tuvo la apoplejía. ¡Ahora es una vaca total!»

«¡Puaaj! ¡Imagínate, tener esa pinta y abandonarte!»

«Bueno, Yvonne», dijo Lorraine mirando el reloj, «pero deberíamos ir moviéndonos, ¿no?»

«Sí…», concedió Yvonne, marcando una página e incorporándose para salir.

7. EL DILEMA DE PERKS

Rebecca lloraba. Igual que todos los días que la había visitado aquella semana. Aquello preocupaba seriamente a Perky. Si Rebecca lloraba era porque estaba deprimida. Si Rebecca estaba deprimida no escribía, no podía escribir. Si no escribía…, bueno, Rebecca siempre dejaba los asuntos financieros a Perky, que, a su vez, pintaba un cuadro de su situación económica mucho más brillante de lo que era en realidad. Perky tenía ciertos gastos que Rebecca desconocía. Tenía necesidades; necesidades, creía él, que aquella vieja arpía egotista y egocéntrica jamás podría comprender.

Toda su relación se basaba en que él mimase su ego, subordinando todas sus necesidades al servicio de su infinita vanidad, o al menos así habría resultado de no haber sido él capaz de llevar una vida privada. Se merecía, pensaba él, alguna recompensa. Era de natural un hombre de gustos caros, tan extravagante como las condenadas heroínas de Rebecca.

La examinó con ojo clínico, regodeándose en la extensión de los desperfectos. No había sido lo que los médicos considerarían una apoplejía seria. Rebecca no había perdido la facultad del habla (malo, pensó Perky) y le aseguraron que su capacidad de discernimiento no se había visto perjudicada (bueno, pensó). Pero, desde luego, a él le parecía bastante desagradable. Un lado de su cara parecía un trozo de plástico demasiado expuesto al fuego. Había intentado mantener a aquella zorra autoobsesiva alejada de los espejos, pero resultó imposible. Insistió hasta que alguien le proporcionó uno.

«¡Oh, Perky, estoy horrible!», gimoteó Rebecca, contemplando en el espejo su cara paralizada.

«Tonterías, cariño. Todo saldrá bien, ¡ya lo verás!»

Afrontémoslo, muchacha, tu aspecto nunca fue nada del otro mundo.

Demasiado gorda, siempre atiborrándote de asquerosos bombones, pensó para sí. Eso venían a decir los médicos más o menos. Obesa era la palabra que habían empleado. Una mujer de sólo cuarenta y dos años, nueve menos que él. Con veinte kilos de más. Una palabra fantástica: obesa. El modo en que el doctor la había pronunciado, clínicamente, médicamente, en su contexto exacto. A ella le había dolido. Él lo había notado. Le había llegado al alma.

A pesar de reconocer el cambio de su cara, Perky estaba atónito por no poder determinar ninguna señal verdadera de declive estético en el aspecto de Rebecca desde la apoplejía. Lo cierto era, estimó él, que hacía mucho que le repugnaba. Quizá siempre había sido así: su infantilismo, su obsesión por sí misma, sus fruslerías, y sobre todo su obesidad. Era patética.

«Oh, Perks, cariño, ¿de veras lo crees?», se lamentó Rebecca, más para sí que para Perky, y después se volvió hacia la enfermera Lorraine Gillespie, que se aproximaba en dirección opuesta, «¿Mejoraré, enfermerita?»

Lorraine le sonrió: «Ah, seguro que sí, señora Navarro.»

«¿Ves? Hazle caso a esta encantadora señorita», sonrió Perky, arqueando una poblada ceja hacia Lorraine y sosteniéndole la mirada en un franco coqueteo, al que puso fin con un guiño.

Un volcán dormido, ésta, pensó Perky. Se consideraba un experto en materia de mujeres. A veces, meditó, la belleza te sacudía de inmediato. Hacías *¡guau!*, y después te aclimatabas a ella. Las mejores, sin embargo, como esta enfermerita *Scotch*[7] sencillamente se acercaban sigilosa pero resueltamente, mostrándote siempre algo distinto con cada estado de ánimo, cada nueva expresión. Permitían hacerse de ellas una vaga impresión borrosa y neutral y, a continuación, te miraban de determinada manera y la destruían sin piedad.

«Sí», dijo Rebecca haciendo pucheros, «mi querida enfermerita. Es tan amable y delicada, ¿verdad enfermerita?»

Lorraine se sintió halagada y ofendida al mismo tiempo. Sólo podía pensar en terminar. Aquélla era la noche. ¡Goldie!

«¡Y ya veo que a Perky le gustas!» cantó Rebecca. «Es un ligón terrible, ¿verdad, Perks?»

Perky forzó una sonrisa.

«Pero es un cielo, y tan romántico, no sé lo que haría sin él.»

Como su cotización personal con Rebecca parecía más alta que nunca, Perky colocó instintivamente un microcasete en su taquilla, junto con algunas cintas vírgenes. A lo mejor he estado un poco torpe, pensó, pero estaba desesperado. «Quizá te distraiga un poco hacer de casamentera con Miss May, cariño…»

«Oh, Perks…, ahora no podría escribir novelas de ninguna manera. Mírame. Estoy horrorosa. ¿Cómo puedo pensar en amoríos?»

Perky sentía en su pecho una pavorosa sensación de naufragio.

«Tonterías. Sigues siendo la mujer más hermosa del mundo», dijo forzadamente, entre dientes.

«Oh, Perky, cariño…» empezó, justo antes de que Lorraine le metiese un termómetro en la boca para hacerla callar.

Perky miró fríamente hacia lo que le pareció una figura ridícula, todavía moldeaba su cara una sonrisa relajada. La duplicidad se le daba muy bien. Sin embargo, el acuciante problema seguía allí: sin otro manuscrito de las novelas de Miss May, Giles, el de la editorial, no escupiría aquel anticipo de ciento-ochenta-de-los-grandes sobre el próximo libro. Peor aún, interpondría una demanda por incumplimiento y querría que le devolviesen las noventa mil del anterior. Aquellos noventa de los grandes ahora propiedad de diversos dueños de pubs y restaurantes, corredores de apuestas y prostitutas londinenses. Rebecca se hacía cada vez más

enorme, no sólo literalmente, sino como escritora. El *Daily Mail* la había descrito como «la mejor escritora viva de novela rosa del mundo», mientras que el *Standard* se refería a ella como «la Princesa de la Regencia Británica». La siguiente sería aún más grande. Necesitaba ese manuscrito, algo que sucediese a *Yasmin va a Yeovil, Paula va a Portsmouth, Lucy va a Liverpool* y *Nora va a Norwich*.

«Tendré que leer sus libros, señora Navarro. Mi amiga es una gran admiradora suya. Acaba de leer *Yasmin va a Yeovil*», le dijo Lorraine a Rebecca, sacándole el termómetro de la boca.

«¡Pues claro! Perks, sé un cielo, acuérdate de traer algunos libros para mi enfermerita…, oh y, por favor, enfermerita, por favor, por favor, por favor, por favor, llámame Rebecca. Por supuesto, yo te seguiré llamando enfermerita, porque ya estoy acostumbrada, aunque Lorraine es un nombre de lo más encantador. Eres exactamente igual que una joven condesa francesa… de hecho, sabes, creo que eres idéntica a un retrato de Lady Caroline Lamb que vi una vez. Era un retrato favorecedor, pues ella nunca fue tan hermosa como tú, querida, pero es mi heroína: una figura maravillosamente romántica que no temía exponerse al escándalo en aras del amor, como las mejores mujeres a lo largo de la historia. ¿Tú te expondrías al escándalo en aras del amor, enfermerita querida?»

Dios, la vaca ya está delirando otra vez, pensó Perks.

«No lo sé, eh», dijo Lorraine encogiéndose de hombros.

«Oh, estoy segura de que lo harías. Tienes un aire fogoso, ingobernable. ¿No te parece, Perks?»

Perky sintió que la presión sanguínea le subía y una capa de sal le cristalizaba en los labios. Aquel uniforme… aquellos botones…, desabrocharlos uno a uno…, forzó una sonrisa reposada.

«Sí, enfermerita», continuó Rebecca, «te veo como una dama de compañía de Lady Caroline Lamb, en uno de esos grandiosos bailes de salón de la regencia, perseguida por pretendientes ansiosos por bailar el vals contigo…, ¿sabes bailar el vals, enfermerita?»

«Nah, a mí me va el *house*, sobre todo el *jungle* y tal. No me molesta el *trance* y el *garage* y el tecno y eso, pero me gusta que tenga un poco de pegada, ¿sabes?»

«¿Te gustaría aprender a bailar el vals?»

«La verdad es que no me interesa. Me gusta más el *house*, eh. *Jungle* y tal. Goldie, ése es el no va más, eh.»

«Oh, pero tienes que hacerlo, enfermerita, de verdad que sí», insistía la cara hinchada de Rebecca haciendo insistentes pucheros.

Lorraine se sentía un tanto embarazada al notar sobre sí la persistente mirada de Perky. Se sentía extrañamente vulnerable con su uniforme, como si fuera algo exótico, algo susceptible de ser inspeccionado. Tenía que marcharse. La hermana Patel iniciaría su turno en seguida y habría problemas si no se largaba.

«¿De qué parte de *Bonnie Scotland*[8] eres?», sonreía Perks.

«Livingston», dijo Lorraine apresuradamente.

«Livingston», dijo Rebecca, «suena absolutamente delicioso. ¿Volverás allí de visita pronto?»

«Sí, a ver a mi madre y eso.»

Sí, algo tenía aquella enfermera *Scotch*, pensó Perks. No sólo afectaba a sus hormonas; estaba ayudando a Rebecca. Aquella chica parecía activarla, devolverla a la vida. Mientras Lorraine se marchaba, su esposa recayó nuevamente en una letanía de gemidos de autocompasión. Ya era hora de que él también se marchara.

8. LA INDISCRECIÓN DE FREDDY

Freddy Royle había tenido, para lo que era habitual en él, un día agotador antes de su llegada a St Hubbin's al final de la tarde. Había pasado toda la mañana en los estudios de televisión grabando un episodio de «De Fred con amor». El jovencito para quien Fred había dispuesto las cosas de modo que pudiese nadar junto a los delfines en Morecambe's Marineland, mientras llevaban a sus abuelos al lugar donde habían pasado su luna de miel, estaba muy emocionado en el estudio y se retorcía en su regazo, excitando y estimulando tanto a Freddy que hubo que hacer varias tomas. Barry, el productor, no estaba nada satisfecho. «Por el amor de Dios, Freddy, tómate el resto de la tarde libre y vete al hospital a tirarte un fiambre», se quejó. «A ver si podemos enfriar un poco tu puta libido.»

Parecía un buen consejo. «Creo que ezo mizmo haré, picha-brava», sonrió Freddy, llamando la atención de un portero para que le consiguiese un taxi desde Sheperd's Bush hasta el St Hubbin's. Durante el viaje por West London, frustrado por la marcha tan aplastantemente lenta que a causa del tráfico llevaba el taxi, cambió de idea y le pidió al conductor que le dejase en una librería del Soho de la que era asiduo.

Freddy le guiñó el ojo al hombre que estaba detrás del mostrador de aquel ajetreado establecimiento antes de acercarse hasta la parte de atrás. Allí, otro hombre, que llevaba unas extrañas gafas de montura de carey y bebía té en una taza del Gillingham F. C., le sonrió. «¿Todo bien, Freddy? ¿Cómo te va, colega?»

«No me va mal, Bertie, granuja. ¿Y a ti?»

«Oh, no puedo quejarme. Mira, tengo algo para ti…» Bertie abrió un armario con candado y revolvió entre algunos paquetes de papel marrón hasta que vio uno en el que ponía FREDDY con rotulador negro.

Freddy no lo abrió, sino que señaló con la cabeza una estantería en la pared que exhibía un muestrario de libros. Bertie sonrió: «Han venido unos cuantos hoy», y se acercó a la pared. Asió una palanca y abrió una puerta de un tirón. Tras ella había una habitación pequeña y estrecha, con revistas y vídeos amontonados en unas estanterías metálicas. Dentro había dos hombres curioseando, y Freddy entró cerrando la puerta-estantería a sus espaldas. Freddy conocía a uno de ellos.

«¿Todo bien, Perks, compañero?»

Perky Navarro apartó la mirada de la portada de *Lascivos Lengüetazos Lésbicos n.º 2*, y sonrió a Freddy. «Freddy, muchacho. ¿Cómo estás?» Dio un rápido vistazo de ida y vuelta hacia el estante, pues estaba convencido de haber visto a una doble de la enfermera Lorraine Gillespie en *Los chuminos del 78*. Se la aproximó, estudiándola de cerca. No, sólo era parecido el pelo.

«Eztoy perfeztamente, granuja», empezó Freddy, y, notando a continuación que Perks estaba absorto, preguntó: «¿Haz vizto algo interezante?»

«Pensé que sí, pero, ay, no», Perky parecía desinflado.

«Me atrevería a decir que encontraráz algo que te guzte. ¿Y qué noticiaz hay de la condeza, cómo anda?»

«Oh, está mucho mejor.»

«Bueno, eztá en el zitio adecuado. Me dejaré caer hoy por allí y la vizitaré, porque voy para el Zen Hubbinz, a una reunión para recaudar fondoz.»

«Pues veo una enorme mejoría», sonrió Perky animándose de nuevo. «Hasta habla de ponerse a escribir pronto.»

«De perlaz.»

«Sí, esa joven enfermera que la está cuidando…, una escocesita…, le ha hecho mucho bien. Una periquita de impresión, además. De hecho, he estado registrando las existencias en busca de una doble…»

«¿Ha llegado algo interezante?»

«Hay un material nuevo que dice Bertie que llegó ayer mismo de Hamburgo, pero está por allí.» Perky escoltó a Freddy hasta uno de los estantes.

Freddy cogió una revista y hojeó su contenido. «No eztá mal, no eztá nada mal. Me hice con una revizta de *vizt-vuckin*[9] la zemana pazada. No entiendo cómo ze pueden meter los puñoz por el culete ezas chicas y ezos chicoz. ¡Yo ya tengo problemas para cagar cuando llevo unoz díaz zin cagar!»

«Supongo que algunos estarán atiborrados de drogas para relajar los músculos», le dijo Perky.

Aquello parecía intrigar a Freddy. «Drogaz para relajar loz múzculos…, hmmm…, ezo lez aflojaría baztante, ¿no?»

«Sí, eso daría resultado. Lee algo al respecto. No estarás pensando en probarlo, ¿verdad?», se rió Perky.

Freddy le dedicó una sonrisa llena de dientes y Perky se sorprendió reculando bajo el acre aliento de la estrella televisiva. «Yo no dezcarto nunca nada, Perky, muchacho, ya me conocez.»

Tras darle una palmada en la espalda a su amigo, la estrella televisiva recogió su paquete y abandonó la tienda, llamando a gritos a un taxi en la calle. Iba a ver a Rebecca Navarro, una mujer a la que él, como todas sus amistades, mimaba sin ningún pudor. Juguetonamente, y para regocijo de ella, le había puesto el mote de «El Ángel». Pero, después de verla, Freddy iba a pasar más tiempo con otros amigos a los que la mayoría de la gente describiría como «ausentes», aunque, para sus propósitos, tan presentes como pertinentes.

9. EN LA JUNGLA[10]

La noche anterior a que su vida cambiara, Glen tuvo que suplicarle a su colega Martin: «Venga colega, pruébalo. Tengo buenos pirulos, los Amsterdam Playboys esos. Los mejores de todos.»

«Exactamente», se burló Martin, «y vas a desperdiciarlos en esa puta mierda del *jungle*. No me mola esa mierda, Glen, es que no puedo bailar con eso, joder.»

«Venga, colega, hazlo como un favor. Dale una oportunidad.»

«¿Un favor? ¿Por qué estás tan desesperado por ir a controlar ese club? Keith, Carol y Eddie van todos al Sabresonic y después al Ministry.»

«Mira, colega, la música *house* está en vanguardia de todo, y el *jungle* es la vanguardia del *house*. Tiene que tener capacidad de sorprender, ¿que no?, de lo contrario se convierte en mera redundancia, como le ha pasado al *country and western* o al *rock' n' roll*. El *jungle* es música con capacidad de sorpresa. Es el no va más. Estamos obligados a ir a ver de qué va.»

Martin le miró inquisitivamente. «Quieres ver a alguien en ese club…, alguien del hospital va allí…, ¡una de esas enfermeras, apuesto a que sí!»

Glen se encogió de hombros y sonrió, «Bueno…, sí…, pero…»

«Vale, no pasa nada. Quieres perseguir a las chicas, pues perseguiremos a las chicas. No tengo nada que objetar. Pero no me vengas con todas esas películas de la vanguardia.»

Llegaron al club, y Glen se sintió pesimista cuando vieron la longitud de la cola. Martin se acercó al principio de la fila y habló con uno de los porteros. A continuación se volvió y gesticuló agitadamente hacia Glen para que se acercara. Hubo algunas quejas de envidiosa frustración por parte de otros integrantes de la multitud cuando Glen y Martin atravesaron la puerta. Al principio a Glen le aterraba la idea de que no consiguieran pasar. Después de que Martin se lo montase eficazmente, le preocupó que Lorraine hubiese podido quedarse fuera.

En el club, fueron directamente al área de *chill-out*[11]. Martin se fue de cabeza a la barra y compró dos burbujeantes aguas minerales. Estaba oscuro y Glen se sacó una bolsa de plástico de los calzoncillos. Contenía cuatro pastillas con el logo del conejito Playboy. Se tragaron una cada uno y las engulleron con agua.

Después de unos diez minutos, a Glen seguía viniéndole la pastilla a la boca, como de costumbre, y le dieron unas arcadas resecas acompañadas de hipo. Ni él ni Martin se inquietaron; a Glen, sencillamente, las pastillas se le daban mal.

Tres chicas se sentaron cerca de ellos. Martin se apresuró a charlar con ellas. Glen se mostró igualmente rápido en abandonarle y lanzarse hacia la pista de baile. Aquellos éxtasis eran buenos, pero si no empezabas a bailar de inmediato te quedabas

sentado en el área de *chill-out* hablando toda la noche. Glen había ido a bailar.

Bordeó la ya bulliciosa pista de baile y localizó rápidamente a Lorraine y su amiga. Glen bailaba a una distancia discreta. Reconoció el «Murder Dem» de Ninjaman mezclándose con el «GSpot» de Wayne Marshall.

Lorraine y su amiga Yvonne estaban allí, yendo a por todas, a tope. Glen las observaba bailar juntas, Lorraine perdiendo de vista el mundo, concentrándose en Yvonne, dándoselo todo a su amiga. Dios, lo que daría por un poquito de su atención, pensó él. Yvonne, sin embargo, se mostraba más ajena, más alejada, pendiente de todo. Eso le parecía a Glen. La pastilla le empezaba a subir, y la música, a la que se había resistido en un principio, le invadía por todos los lados, agitando su cuerpo en oleadas, perfilando sus emociones. Antes parecía espasmódica e inconexa, le empujaba y le daba tirones, irritándole. Ahora se movía al unísono con ella, mientras su cuerpo burbujeaba y fluía en todas direcciones al compás de los rugientes bajos y los desgarradores platos de *dub*. Llevaba en sí todo el gozo del amor por lo bueno, aunque veía todo lo malo que tenía Gran Bretaña; de hecho, aquella música de blues urbano del siglo veinte lo definía y ejemplificaba con mayor agudeza que nunca. Aunque no tenía miedo ni se sentía deprimido, veía lo que había que hacer para alejarse de ello. Era la marcha: pensaba que había que meterse marcha, había que meterse más marcha que nunca. Era el único camino. Era tu deber mostrar que seguías vivo. Los eslóganes políticos y las poses no significaban nada; tenías que reivindicar la alegría de vivir en presencia de todas aquellas fuerzas grises y almas muertas que lo controlaban todo, que te enmierdaban la cabeza y el sustento de todas las maneras, si no eras uno de ellos. Había que hacerles saber que a pesar de sus mejores esfuerzos para convertirte en uno de ellos, para convertirte en un muerto, seguías vivo. Glen sabía que ésa no era la respuesta completa, porque todo seguiría allí cuando parase, pero ahora mismo era la mejor movida de la ciudad. Desde luego, era la única en la que él quería estar.

Había vuelto otra vez la vista hacia Lorraine y su amiga. Al principio no era consciente, pero estaba bailando como un maníaco, y cuando echó un vistazo en su dirección, se dio cuenta. Allí no había poses, estaban todos enloqueciendo. Aquello no era baile, ésa no era la palabra que lo describía. Y allí estaban: Lorraine y su amiga Yvonne. Lorraine, la diosa. Pero la diosa se había multiplicado. Ya no había sólo una, como cuando entró, cuando eran sólo Lorraine y su amiga. Ahora eran Lorraine e Yvonne, en una danza llena de extática y loca emoción que, ejecutada a cien por hora, se ralentizó hasta ser apenas nada bajo el asalto de palpitantes luces estroboscópicas y espasmódicos *break-beats*. Lorraine e Yvonne. Yvonne y Lorraine.

Un grito masivo emergió de la multitud mientras la música abandonaba un *crescendo* y cambiaba su tempo para acumularse hacia el siguiente. Ambas mujeres, derrotadas por el baile, cayeron una en brazos de la otra. Fue en ese instante cuando Glen supo que algo fallaba en su lenguaje corporal. Lorraine e Yvonne se estaban besando, pero Yvonne, después de un rato, empezó a resistirse y se apartó.

Lentamente, bajo las luces estroboscópicas. Era como si se hubiera quebrado: como si hubiese ido más allá del alcance de su elasticidad emocional. Se liberó de un tirón de lo que en un principio parecía un abrazo simbiótico, con una violencia que las luces estroboscópicas no podían disfrazar, y se quedó de pie, presa de una abrumadora e incómoda rigidez mientras Lorraine la miraba con leve y extraño desprecio, ignorándola a continuación.

Yvonne se marchó de la pista de baile, abriéndose camino hasta la barra. Glen la miró mientras se iba, y después miró a Lorraine. Lorraine. Yvonne. Salió detrás de Yvonne. Estaba de pie en la barra tomando un agua mineral. La noche en que cambió su vida le dio una palmadita en el hombro.

«Te llamas Yvonne, ¿o no?»

«Sí…», dijo despacio, y después: «Tú eres Glen, ¿no? Del hospital.»

«Sí», sonrió Glen. Era preciosa. Era Yvonne. Yvonne era la que le gustaba. Yvonne, Yvonne, Yvonne.

«No sabía que te enrollaba esto», dijo ella sonriendo. Era como si sus dientes blancos estuviesen excavando un agujero a través de su esternón y haciéndole un agujero a bocados en el corazón. Joder, qué preciosa es, decidió Glen. Por esta mujer se podría morir.

«Uy, sí», dijo Glen, «desde luego que sí.»

«¿Te lo estás pasando bien?» preguntó ella. Era guapo, pensaba Yvonne. Estaba bueno que te cagas. Joder, se ha fijado en mí de puta madre.

«Mejor que nunca, ¿y tú qué?»

«Va mejorando», sonreía ella.

Ésa fue también la noche que cambió la vida de Yvonne.

10. LA RECUPERACIÓN DE REBECCA

Lorraine le tomaba la temperatura a Rebecca cuando apareció el distinguido visitante de su ilustre paciente. «¡Ángel!», anunció Freddy, «¡cómo va todo! Tenía que haber venido a verte ayer, pero eza reunión para recaudar fondoz ze hizo interminable. ¿Cómo te encuentraz?»

«Mmmm», empezó Rebecca, y Lorraine retiró el termómetro con mano temblorosa y poco firme. «¡Freddy! ¡Encanto!» Rebecca tendió los brazos y le dio a Freddy un teatral abrazo.

«Ya está, Rebecca», Lorraine forzó una sonrisa. Iba de bajón e Yvonne se había mosqueado con ella. Había dejado que las cosas llegaran al ridículo, que se descontrolaran. No, era *ella* la que se había descontrolado. Detuvo conscientemente la automutilación psíquica antes de que ésta cobrase ímpetu. Ahora no era el momento.

«Gracias, Lorraine querida…, ¿conoces a mi amorcito Freddy?»

«Nah…», dijo Lorraine. Fue a estrecharle la mano. Freddy se la estrechó lujuriosamente y después besó su mejilla. Lorraine dio un respingo ante la fría, húmeda sensación de saliva grasienta que los labios de Freddy dejaron en su cara.

«He oído muchaz cozaz zobre ti, que eztáz haziendo una gran labor cuidando a ezte ángel», sonrió Freddy.

Lorraine se encogió de hombros.

«Oh Freddy, Lorraine es un encantito, ¿verdad que sí, cariño?»

«En realidad no, sólo hago mi trabajo, eh.»

«Pero lo haces con tanto estilo, con ese *savoir faire*. Tengo que insistir, Freddy amorcito, en que uses plenamente tu considerable influencia para que la carrera de Lorraine progrese en esta administración sanitaria.»

«Creo que zobreeztimaz la importancia de este pobre hijo de un granjero de Zomerzet, Angel, pero obviamente dejaré caer laz palabraz pertinentez en laz orejaz indicadaz, por azi decirlo.»

«Oh, tienes que hacerlo. Gracias a mi enfermerita Lorraine me voy a casa la semana que viene. Y he perdido más de seis kilos. Oh, Freddy amorcito, me había abandonado en los últimos tiempos. Tienes que prometerme que me avisarás cuando esté demasiado gorda y que no me mimarás. ¡Por favor, amorcito, dime que lo harás!»

«Lo que tú digaz, Ángel. Pero ez eztupendo que vayaz a zalir ya», sonrió Freddy.

«Sí, y Lorraine vendrá a verme, a visitarme, ¿verdad, cariño?»

«Eh, bueno…» musitó Lorraine. Eso era lo último que quería en ese momento. Le dolían las piernas; le dolerían aún más antes de terminar su tumo. Tenía los ojos

cansados. Vio las camas cuyas sábanas tenía que cambiar y le entraron unas enormes ganas de tumbarse en una de ellas.

«Oh, dime que lo harás», dijo Rebecca haciendo pucheritos.

Rebecca despertaba en Lorraine extraños sentimientos. Una parte de ella detestaba su comportamiento condescendiente e imbécil. Otra ansiaba darle un meneo a aquella mujer estúpida, gorda, ingenua y mimada, decirle que era una necia, que intentara ponerse las pilas y salir de su infantil mundo de fantasía. Sin embargo, otra parte sentía lástima por Rebecca, quería protegerla. Lorraine era consciente de que, pese a todas sus enojosas manías y lamentables carencias, Rebecca era esencialmente una persona buena, cordial y honrada. «Sí, vale», le dijo a su paciente.

«¡Maravilloso! Verás, Freddy, Lorraine me ha inspirado para volver a escribir. Voy a basarme en ella para la heroína. Hasta pienso llamarla Lorraine. Iba a llamarse Agnes, pero creo que podría salir airosa utilizando un nombre que suene a francés. Pienso que Flora podría haber tenido un amante francés antes de conocer al reverendo. La vieja alianza[12], ¿sabes? Dios, estoy hirviente de ideas otra vez. Decididamente voy a dedicarte este libro, ¡mi queridísimo cielito, mi cariñito de enfermerita Lorraine!»

Lorraine se encogió por dentro.

«Ezo ez eztupendo», dijo Freddy, impaciente por bajar al laboratorio del forense, «pero ahora tengo que marcharme. Dime, Ángel, eza mujer de la habitación de al lado, ¿qué le paza?»

«Oh, está muy enferma. Creo que le quedan pocos días», suspiró Rebecca.

«Terrible», dijo Freddy, intentando evitar que sus facciones se tornasen en una sonrisa de gozo anticipado. Era fornida. La clase de cuerpo en el que Freddy podría abandonarse felizmente. Tanta carne por conquistar. «Zería como ezcalar el Everez», dijo con alegría, pensativo, a media voz.

Página 47

No fue, en definitiva, hasta finales de marzo cuando Lorraine y Miss May se pusieron en camino para realizar el largo y difícil viaje hasta Londres. Para una joven de la frontera escocesa, que sólo en una ocasión había llegado hasta Edimburgo, cada nueva observación por el camino era motivo de un creciente interés. Al principio del viaje, Lorraine se hallaba aún inmersa en una intensa emoción, que tenía tanto que ver con la pequeña fortuna de sesenta libras con la que su padre, el estoico reverendo, la había sorprendido antes de su partida, como con la perspectiva del viaje.

Viajaron en una vieja diligencia tirada por dos vigorosos animales y conducida por Tam Greig, un nativo de Selkirk que había emprendido aquel viaje muchas veces antes. Para alguien acostumbrado a la velocidad que eran capaces de alcanzar las sillas de posta, un viaje en un carruaje más bien pesado y chirriante tirado por sólo dos caballos parecía a menudo penosamente lento. De modo que, mientras para Lorraine aquello era una gran aventura, para su compañera de viaje, Miss May, resultaba de una indecible pesadez cuya única ventaja era su mayor comodidad.

Sin embargo, tuvieron la fortuna de que les ofrecieran excelentes refrigerios en la mayoría de los apeaderos, y las camas de las ventas eran por lo general de una calidad aceptable. Lorraine encontró de lo más agradable un descanso de tres días en York. Fue ampliado por recomendación de Tam Greig, que había notado una seria fatiga en uno de los caballos. Tan embelesada con la ciudad quedó Lorraine, que suplicó quedarse al menos un día más, pero el adusto cochero escocés informó que los caballos estaban suficientemente descansados y Miss May, como siempre, tuvo la última palabra. «Es mi deber llevarte a casa de Lady Huntingdon, niña. Aunque no se fijó fecha alguna para tu llegada, ¡sería muy poco prudente en el ejercicio de mis responsabilidades si autorizara largas vacaciones en todos los lugares interesantes por los que pasáramos! ¡Demorarse es siempre infructuoso!»

Y así, se pusieron en camino.

El resto del viaje transcurrió sin incidentes hasta Grantham. Había llovido intensamente durante la mayor parte del día mientras se aproximaban a Gonerby Moor, y el paisaje de Lancashire estaba empapado en agua. Como surgiendo de la nada, una silla de posta tirada por cuatro caballos les adelantó a tal velocidad que los animales más dóciles que arrastraban el carruaje quedaron muy perturbados, y obligaron al vehículo a salirse del camino. El carruaje se inclinó y Miss May se golpeó en la cabeza. «¿Qué…?»

«Miss May», Lorraine la cogió de la mano, «¿se encuentra bien?»

«Sí, sí, sí, niña… pensé que el carruaje iba a volcar… dime, por el amor de Dios, ¿qué ha sucedido?»

Lorraine se asomó a la ventana para ver a Tam Greig sacudiendo el puño y maldiciendo en un escocés gutural como nunca antes le había escuchado. «¡Hijos de Satanás! ¡Os arrancaré de cuajo vuestros veleidosos corazones ingleses!»

«¡Señor Grieg!» ladró Miss May.

«Mis disculpas, señora, estaba muy ofuscado por la temeridad de los hombres de esa diligencia. Y eso que eran oficiales. Oficiales, pero no caballeros, apostaría algo.»

«Quizá tuvieran prisa por llegar a algún destino, dijo Miss May. Nosotros también deberíamos darnos prisa.»

«Lo siento, señora, pero este caballo se ha quedado cojo. Habrá que sustituirlo en Grantham, y para mí que llevará algún tiempo disponerlo todo.»

«Muy bien», suspiró Miss May. «¡Oh, Lorraine, estoy tan contrariada por este viaje!»

Costó más de lo esperado llegar a Grantham, debido a la cojera del segundo caballo. No había sitio disponible en el Blue Inn, así que se vieron forzados a alojarse en un hospedaje de muy inferior categoría. Mientras se apeaban, Tam, el cochero, maldijo cuando vio a cuatro oficiales, los ocupantes de la silla de posta que causó el percance, pasar junto a ellos de camino hacia una taberna.

Uno de los soldados, un sujeto moreno y apuesto, con una mueca de arrogancia, enarcó una ceja en dirección a Lorraine, lo que la obligó a bajar la vista y sonrojarse. Miss May advirtió el gesto del oficial y cabeceó con un ademán de aprobación ante la respuesta de Lorraine.

La escala en Grantham les retuvo durante otros dos días, pero la parte final del trayecto hasta Londres transcurrió sin incidentes y llegaron a Radcombe House, la grandiosa residencia urbana de Kensington de Lord Denby y Lady Huntingdon, en excelente estado de ánimo.

Londres dejó boquiabierta a Lorraine; su magnitud y dimensiones iban más allá de cualquier cosa que hubiera podido concebir. Lady Huntingdon, una mujer extremadamente hermosa, y de aspecto mucho más joven de lo que harían pensar sus treinta y seis años (pues la madre de Lorraine, Flora, tenía la misma edad que su amiga), resultó ser una anfitriona amenísima. Miss May, a quien sólo Lady Huntingdon se dirigía por su nombre de pila, Amanda, mantenía un ojo alerta sobre Lorraine durante su presentación en sociedad. Lord Denby era un hombre apuesto y gallardo, y tanto él como su esposa parecían llenos de enorme vitalidad y alegría.

Las cenas en Radcombe House eran grandes acontecimientos, incluso en las ocasiones en que eran pocos los invitados presentes. «¿No es maravilloso?», le dijo Lorraine a Miss May, omnipresente a la vera de la joven beldad escocesa.

«Esto es más bien moderado. Espera a ver New Thomdyke Hall, mi querida niña», sonrió. Aquélla era la finca familiar en Wiltshire, y Lorraine desbordaba impaciencia por ir allí.

Una noche, durante una modesta cena en Radcombe House, en la que sólo había presentes algunos invitados, la galante mirada de un apuesto joven cautivó la atención de Lorraine. Le resultaba extrañamente familiar, e imaginó que lo había visto antes en una de las primeras cenas. Aquel hombre, un cachorro voluble y engalanado, enfocó a su amigo y anfitrión, Lord Denby, con una mirada burlona y exigió en un tono teatral y de chanza: «Bien, Denby, viejo pícaro, me prometéis que este fin de semana en Wiltshire lo pasaré magníficamente con los podencos, pero, decidme, ¿qué me ofrecéis para divertirme esta noche?» El joven galán sonreía en dirección a Lorraine, y ella recordó al instante dónde le había visto: era uno de los oficiales de la silla de posta que tanto había trastornado su marcha hacia Londres, el que le había hecho un gesto.

«A mi cocinera», dijo Denby más bien nervioso. «Suele considerársela una artista en su profesión…»

«Sin embargo», interrumpió el joven presuntuosamente, mientras le dedicaba otra mirada coqueta a Lorraine, que se sintió ruborizar, como lo había hecho antes, «¡no querréis distraerme con una cocinera! ¡He venido aquí con la ardiente esperanza de toparme con todo género de desenfrenadas orgías!», tronó. Lord Harcourt, sentado a escasa distancia, se atragantó con el vino y sacudió la cabeza con enojo.

«¡Mi querido Marcus! ¡Sois tan escandaloso!», dijo sonriendo con benevolencia Lady Huntingdon.

«Mi querida señora», dijo Lord Harcourt, «¡sois peor que ese vil espadachín, al mostraros tan indulgente con sus pueriles e inmorales baladronadas!»

«¡La lamentable influencia de Lord Byron y sus acólitos sobre la sociedad!», dijo Denby, con una sonrisa levemente desdeñosa.

«Sí, ¡qué polvareda ha levantado ese maldito poetastro!», exclamó Harcourt.

«Pero lo que yo quería dejar sentado», continuó el joven, «es: ¿cómo se puede esperar que vaya al encuentro del viejo Boney a finales de mes sin el sustento de alguna diversión más vigorosa?»

«¡La clase de diversión que parecéis insinuar no tendrá lugar bajo mi techo, Marcus!», rugió Denby.

«Marcus, sed un cielo y sofocad por un momento esos fogosos ardores mientras comemos, pues vuestra conversación roza lo escandaloso. Entretenednos con vuestras anécdotas del ejército», le imploró dulcemente Lady Huntingdon a su joven e impetuoso huésped.

«Como deseéis, señora», sonrió el joven, sosegado y seducido por el tono suave y la serena belleza clásica de su anfitriona. Y eso fue exactamente lo que hizo durante

el resto de la velada: cautivar a la mesa con relatos llenos de ingenio y humor acerca de su servicio de armas.

«¿Quién era ese hombre?», se sintió impulsada Lorraine a preguntarle a Lady Huntingdon, después de que sus huéspedes se hubiesen marchado.

«Era Marcus Cox. Un perfecto encanto, y uno de los solteros más cotizados de Londres, pero un sinvergüenza incalificable. En esta ciudad hay muchos galanes que no son lo que aparentan, ángel mío, y has de guardarte de ellos. Pero sin duda ya mis amigas, tu mamá y mi querida Amanda, te lo habrán dicho. Ay, muchos galanes harán y dirán casi cualquier cosa para hacerse con la virtud de una doncella. Cuando un hombre, incluso alguien con la educación de Marcus Cox, tiene que arrostrar un destino en el frente, una cierta temeridad invade su tono y su manera de comportarse. Pues la triste verdad es que muchos no regresan, circunstancia que tienen más que presente.»

«Estáis tan versada en las cosas de la vida…», dijo Lorraine.

«Y por consiguiente es mi deber transmitirte la sabiduría que he tenido la buena fortuna de adquirir, mi querida Lorraine. Pero ahora, tenemos una tarea. Debemos emprender, por mucho que nos pese, esa labor tan acuciante y ardua y decidir por fin qué es lo que tú y yo vestiremos en el baile de mañana por la noche.»

La siguiente noche, Lorraine estaba preparada para el baile, tutelada por Lady Huntingdon. Lorraine sabía que la operación había sido un éxito antes de estudiarse en el espejo. Vio en los ojos de su anfitriona tal mirada de encendida aprobación que, en efecto, el espejo resultaba superfluo. Tenía un aspecto celestial y arrebatador con aquel vestido rojo de seda importada de la India. «¡Qué maravillosa estás, querida, simplemente divina!», la arrulló Lady Huntingdon.

Lorraine se acercó al espejo y estudió su reflejo: «¡Ésa no puedo ser yo, de ninguna manera!»

«Oh, pues lo eres, querida, desde luego que sí. Cuánto te pareces a tu querida madre…»

Durante el baile, un apuesto oficial tras otro bailó con Lorraine, deseosos todos de relacionarse con ella. El vals era el baile más maravilloso que había, y Lorraine estaba ebria de música y movimiento.

Lady Huntingdon y Lord Denby hicieron un aparte con ella después de que bailara con un oficial particularmente alto. «¡Mi querida Lorraine, estamos tan orgullosos de ti! Cómo me gustaría que tu querida mamá estuviese con nosotros para presenciarlo», le susurró al oído con aprobación la señora de la casa.

Lorraine pensó con cariño y amor en sus queridos padres, allá en la casa del pastor en la frontera escocesa, y en los sacrificios que habían hecho para que aquel sueño se hiciese realidad.

«¡Sí, hermosa mía, tu presentación en sociedad ha sido un éxito mayor de lo que

esperaba! ¡Todos los jóvenes oficiales de mi regimiento han estado preguntando por ti!», hizo notar alegremente Lord Denby.

«Ay, siempre me encuentro a la radiante sombra de vuestra bellísima esposa, milord», sonrió Lorraine a Denby. Toda la concurrencia sabía que el comentario de la agraciada debutante era una sincera enunciación de la verdad, y no un adulador gesto de deferencia o una exhibición de gratitud con su anfitriona.

«¡Ja! ¡Me halagáis! Es a ti a quien miran, querida mía. Mira, observa y espera, ángel mío, y refrena toda tendencia a la impetuosidad. Aparecerá el hombre ideal y sabrás que es él», dijo Lady Huntingdon sonriendo a su marido, que le apretó la mano con emoción.

Aquello conmovió a Lorraine. Sintió que debía bailar con el hombre más apuesto de la sala. «Venid a bailar conmigo, Milord», rogó a Denby.

«¡Eso es imposible!» Denby estalló en una risotada de fingida indignación.

«No conseguirás que baile el vals, querida niña, Milord se opone rigurosamente a la importación a este país de semejante música.»

«Y sobre esta cuestión debo estar de acuerdo con los principios de Milord», opinó tajantemente Lord Harcourt, que acababa de unirse a ellos, «pues la importación a nuestra tierra de esta música y danza decadentes no es más que una taimada estratagema de nuestros enemigos extranjeros.»

A Lorraine la horrorizaba que aquel juicioso lord albergase tales sentimientos por tan hermosa música. «¿Por qué decís eso, Milord?», preguntó.

Harcourt dio un paso atrás y Lorraine vio cómo su mentón se replegaba en su cuello. «Vaya», comenzó a decir con jactancia, poco acostumbrado a que una joven le replicara de tal forma, «¡esta inquietante proximidad entre damas y caballeros es algo escandaloso e impropio, y sólo puede ser una estrategia de los enemigos de nuestra corona en ultramar para debilitar la determinación de la oficialidad británica, facilitando de este modo el desgaste de su fibra moral y provocando su caída en el libertinaje! ¡Esta inmundicia se propaga como un virus desenfrenado entre la buena sociedad y me estremece pensar en las consecuencias que tendría que la tropa adoptase estas prácticas demoníacas!»

«Oh, callaos, Harcourt», dijo sonriendo Lady Huntingdon, haciendo caso omiso del buen Lord, mientras descendía majestuosamente la escalinata de mármol, ante la aprobación de su marido, que advirtió las miradas de admiración que su bella esposa provocaba.

Lorraine vio la expresión de Lord Denby y sintió el impulso de dirigirse a él. «Milord, rezo por que algún día tenga una presencia similar a la de esa divina beldad, vuestra amada esposa, Lady Huntingdon. Qué porte y gracia posee esta mujer tan radiante y noble, qué…»

Las palabras de Lorraine quedaron bruscamente interrumpidas cuando Lady Huntingdon tropezó con los faldones de su vestido y cayó por la escalera de mármol. Los invitados miraron en un silencio pasmado y horrorizado, sin que ninguno de

ellos estuviese lo bastante próximo para cogerla, y ella misma fuera aparentemente incapaz de frenar su caída mientras bajaba dando tumbos de peldaño en peldaño durante lo que pareció una eternidad, tomando un ímpetu espantoso, hasta que fue a parar hecha un ovillo desmadejado al pie de la escalinata.

Lord Denby fue el primero en llegar a su lado. Atrajo hacia sí la cabeza de despeinados cabellos dorados de su esposa, con los ojos llenos de lágrimas mientras sentía que la sangre corría por sus manos y goteaba sobre el suelo de mármol. Denby alzó la vista al cielo, llegando más allá del ornado techo de la sala de banquetes. Sabía que el más azaroso y arbitrario de los crueles accidentes le había arrebatado todo lo que tenía y adoraba. «Dios no existe», musitó, y a continuación, aún más suavemente, repitió: «No existe.»

12. LA RECAÍDA DE REBECCA

Rebecca creyó que sufría otra apoplejía. El corazón le abrasaba mientras hojeaba las páginas de la revista. En el interior, en poses diversas, había dos mujeres jóvenes. Una de ellas —como consideró que cabía esperar por el título: *Fieras Feministas del Fist-Fucking*— parecía tener su puño cerrado dentro de la vagina de la otra.

Su mente retrocedió rápidamente hasta el viernes anterior, cuando su mundo había volado en pedazos. Aquello era peor que la apoplejía, incluso parecía más inesperado, atroz y nauseabundo. Suponía una humillación que ni siquiera la enfermedad, por mucho que la desfigurara e incapacitara, le había deparado. El viernes anterior, después de que la dieran el alta en el hospital, había ido de compras. Salía muy animada de Harrod’s con un conjunto nuevo, una talla menor de la que acostumbraba usar. Entonces, por la ventana del taxi que la llevaba a casa, vio a Perky en una ajetreada calle de Kensington. Hizo que el taxi se detuviera y salió detrás de él, decidiendo que podría ser la mar de divertido seguir al Perks de sus amores.

Comenzó a parecerle menos divertido cuando le vio esfumarse en el interior de un pequeño bloque de apartamentos. A Rebecca le dio un vuelco el corazón, pues sospechó de inmediato la existencia de otra mujer. Volvió a casa envuelta en negros presagios y luchó contra el desesperado impulso de hincharse de comida hasta que su estómago estuviera a punto de reventar. Después, desapareció la urgencia y no podría haber comido aunque la hubiesen alimentado a la fuerza. Lo único que quería era saber.

Después de aquello siguió a Perky en muchas ocasiones, pero él siempre iba al piso solo. Rebecca pasaba una eternidad esperando ver si alguna otra persona entraba o salía. Parecía deshabitado. Finalmente, se acercó a la puerta y llamó al timbre. Nadie respondió. Nunca contestó nadie en las ocasiones en que volvió a intentarlo. Se confió a Lorraine, que fue a tomar el té a petición suya. Fue Lorraine quien sugirió que le registrara los bolsillos para ver si había una llave. La había, y Rebecca se hizo una copia. Fue sola, y se encontró en un pequeño estudio. El interior reveló una biblioteca de pornografía: revistas, cintas de vídeo y, lo más siniestro, una cámara de vídeo con trípode situada sobre una cama que —junto con el televisor y las estanterías de libros, revistas y vídeos— dominaba la habitación.

Ahora estaba allí sentada, sola, hojeando el ejemplar de *Fieras Feministas del Fist-Fucking*. No tuvo fuerzas para ver los vídeos, sobre todo los caseros. Cada uno llevaba el nombre de una mujer distinta, escrito en una etiqueta en el lomo. Eran nombres de puta, pensó amargamente: Candy, Jade, Cindy y cosas por el estilo. Se palpó de nuevo un lado del rostro. No le ardía, pero estaba húmedo. Dejó caer al

suelo el ejemplar de *Fieras Feministas del Fist-Fucking* de Perky.

Algo le dijo que debía hacer sus ejercicios de respiración. Comenzó con profundas aspiraciones forzadas y dificultosas, interrumpidas por sollozos, pero acabó por encontrar el ritmo. Después soltó fríamente y en voz alta: «*Hijo de puta*.»

Una calma extraña, glacial, la invadió a medida que seguía inspeccionando compulsivamente el piso. Entonces encontró algo que resultó el peor de todos los hallazgos. Se trataba de un enorme cartapacio que contenía varios informes financieros, recibos de pagos y facturas. Rebecca se descubrió temblando. Necesitaba estar con alguien. Lorraine era la única persona en la que pudo pensar. Marcó el número y su joven exenfermera, y ahora amiga, contestó, «Ven, por favor», le dijo suavemente Rebecca, «ven, por favor.»

Lorraine acababa de salir de su turno y se iba a la cama. Se había metido caña la noche anterior en el club y estaba derrengada, pero cuando escuchó la voz de Rebecca al otro lado de la línea, se vistió a toda prisa y se subió a un taxi hacia Kensington. Jamás había oído antes en una voz humana tanto dolor y desesperación.

Lorraine se encontró con Rebecca en un bar, que estaba junto a la estación de metro, a la vuelta de la esquina del piso. Se daba cuenta de que había sucedido algo terrible.

«Me han traicionado, traicionado en lo más hondo», dijo con voz fría, temblorosa. «He estado pagando sus…, ¡todo era mentira, Lorraine…!, ¡una puta *mentira*!», sollozó.

A Lorraine le alteraba ver a Rebecca en este estado. No era ella: ya no era aquella mujer excéntrica, a veces entretenida y a veces irritante, que había conocido en el hospital. Parecía vulnerable y real. Aquella mujer era una hermana en apuros, no una tía chiflada.

«¿Qué voy a hacer?…», le lloró a Lorraine.

Lorraine la miró a los ojos. «No se trata de lo que tú vayas a hacer. Se trata de lo que va a pasar con ese canalla de mierda, ese puto parásito. La que tiene el dinero eres tú. No puedes depender de los demás, Rebecca, y menos de un tío canalla de mierda. Mira a tu alrededor. Se ha salido con la suya porque llevas demasiado tiempo con la cabeza metida en el coño, en tu país de Nunca-jamás. ¡Así es como ha podido explotarte, trasquilarte de esa forma!»

El arrebato de Lorraine sacudió a Rebecca. Pero sentía que había algo tras él. A través de su propio dolor podía simpatizar con algo que emanaba de Lorraine.

«Lorraine, ¿qué pasa? ¿De qué se trata?» Rebecca no podía creer que le estuviese hablando de aquel modo. Lorraine no. Su enfermerita no…

«Lo que pasa es que en el hospital veo gente que viene y no tiene nada. Después voy a casa, de vuelta a Livy, y no tienen nada. Y tú, bueno, tú lo tienes todo. ¿Y qué es lo que haces? ¡Dejas que un puto cerdo lo derroche todo!»

«Lo sé…, sé que siempre ando con fantasías amorosas…, sé que vivo en ese

mundo de fantasía que tú dices. Quizá llevo tanto tiempo escribiendo esa bazofia que he terminado creyéndomela… No sé. Sólo sé que siempre lo he tenido ahí, Lorraine, Perky siempre estaba ahí.»

«Siempre ahí, viendo cómo te ponías cada vez más gorda, más ridícula, limitándose a alentarte para que te quedaras sentada engordando hasta ser un jodido vegetal estúpido. Haciendo el ridículo para que los demás se entretuvieran… ¿Sabes lo que decíamos de ti en la planta del hospital? Decíamos: Joder, qué estúpida es. Entonces va Yvonne, mi compa, y dice: No es tan boba, ella gana un montón de dinero mientras nosotras nos rompemos el espinazo en los tumos por una puta miseria. Y dijimos: Ya, es verdad. Nos hizo cambiar de opinión, pensamos: Se lo hace, se hace la boba, pero se la está metiendo cruzada a esos cabrones. Ahora me dices que te estaba vaciando el bolsillo durante años y ni te enterabas.»

Rebecca sintió que le hervían las entrañas: «Tú…, tú… obviamente odias a los hombres. Tendría que haberlo notado…, no odias las historias de amor, odias a los hombres, ¿no es así? ¡Eso es!»

«¡Yo no odio a los hombres, sólo a esa clase de hombres con la que siempre parezco toparme!»

«¿Y qué clase es ésa?»

«Pues los de la escuela, sin ir más lejos. Me llamaban Lorraine Gillesbiana, allá en Livi, en el instituto de Craigshill me llamaban lesbiana simplemente porque tenía trece años y tetas y no quería follarme a todos los tíos que se me insinuaban o me daban la brasa. Sólo porque no quería entrar en ese puto rollo con ellos. Saqué ocho excelentes y estaba preparando la selectividad, y después me fui a la uni. El segundo marido de mi madre no me quitaba las putas manos de encima ni cuando preparaba los exámenes. Tuve que irme, así que solicité una plaza de enfermera aquí. Siguen con lo mismo. Me siguen agobiando y jodiendo los gilipollas del hospital. Sólo quiero que me dejen en paz. No sé qué soy, ni siquiera sé si soy una puta bollera o no…, quiero que me dejen en paz para averiguarlo yo misma.»

Ahora Lorraine sollozaba, y era Rebecca quien le confortaba. «No pasa nada, cariño…, no pasa nada. Todavía eres muy joven…, resulta todo tan confuso. Encontrarás a alguien…»

«Eso mismo», gimoteó Lorraine, «no quiero encontrar a nadie, todavía no, en cualquier caso. Primero quiero encontrarme a mí misma.»

«Yo también», dijo suavemente Rebecca, «y necesito una amiga que me ayude.»

«Ya, y también yo», dijo sonriendo Lorraine. «¿Qué vamos a hacer pues?»

«Bueno, vamos a coger una castaña y luego iremos a mirar los vídeos de Perky para ver a qué se dedica ese hijo puta, y después haré lo que siempre he hecho.»

«¿Y eso qué es?», preguntó Lorraine.

«Escribir.»

13. PERKY VE EL MANUSCRITO

Era maravilloso; aquella enfermerita escocesa venía por casa casi constantemente, y la vieja estaba escribiendo como una condenada. A veces, cuando la dulce Lorraine estaba presente, Perky encontraba difícil ausentarse para ir a su piso. Su mente entraba en un estado febril ante la expectativa de llevar allí a Lorraine. *Tenía* que llevarla allí, tenía que mover pieza.

Una tarde, Perky decidió aprovechar la oportunidad. Había escuchado reírse a Lorraine con Rebecca en el estudio y notó que se disponía a marcharse. «Ah, Lorraine, ¿adónde vas?»

«Vuelvo al hospital, eh.»

«¡Espléndido!», canturreó Perks, «yo voy en esa dirección. Te acercaré.»

«Eso sería estupendo, Perky», dijo Rebecca, «¿Ves lo encantador que es, Lorraine? ¿Qué haría yo sin él?» Las dos mujeres intercambiaron una sonrisa sagaz que pasó inadvertida a Perky.

Lorraine se subió al asiento del pasajero y Perky se puso en marcha. «Escucha, Lorraine, espero que no te importe», dijo, haciéndose a un lado para girar por una calle poco transitada, donde detuvo el coche, «pero tú y yo tenemos que charlar sobre Rebecca.»

«¿Ah, sí?»

«Bueno, tú y ella estáis muy unidas, así que pensé que debía recompensarte por contribuir tan valiosamente a su recuperación.» Perks alargó la mano hacia la guantera y le entregó a Lorraine un sobre marrón.

«¿Qué es esto?»

«¡Ábrelo y verás!»

Lorraine sabía que era dinero. Vio que eran billetes grandes y estimó la cifra en unas mil libras. «Fantástico», dijo ella, metiendo el sobre en su bolso, «guay.»

A esta zorrilla le va la pasta, pensó Perks con satisfacción. Se acercó más a ella y posó la mano sobre su rodilla. «Y aún hay más, créeme, preciosa mía…», dijo Perks con voz entrecortada.

«Sí, claro», dijo sonriendo Lorraine. Dirigió su mano hacia la entrepierna de él. Le abrió la cremallera y la metió dentro. Encontró sus testículos y apretó. Perky jadeó. Se sentía en el paraíso. Ella apretó algo más, y luego más aún, y el paraíso fue convirtiéndose en otra cosa. «Vuelve a tocarme y te rompo el puto cuello», dijo sonriendo maliciosamente hasta que la radiante sonrisa de Perky se esfumó, y Lorraine estrelló con todas sus fuerzas su frente contra su nariz.

Lorraine había desaparecido, dejando a Perks sosteniendo con una mano un pañuelo ensangrentado contra su nariz y masajeándose con la otra sus maltrechos

testículos. Se quedó un rato sentado tratando de recuperar la compostura. «Santo Dios», gimió, poniendo el coche en marcha y dirigiéndose al piso. Me gustan peleonas, pero no tanto, maldición, pensó sombríamente, con las manos temblando sobre el volante.

Una sesión de algunos vídeos viejos le consoló. En particular aquel en el que salía Candy, su favorita. Ella haría cualquier cosa por dinero, exactamente como tiene que ser una puta de verdad. Había demasiadas con límites predecibles, una puñetera deshonra para la profesión, meditó. No, tendría que volver a ponerse pronto en contacto con Candy.

Cuando Perky Navarro volvió a casa, algo más animado, advirtió con regocijo y satisfacción que el manuscrito de Rebecca avanzaba. Paradójicamente, Rebecca menguaba. El régimen de dieta y ejercicio que le habían prescrito había obrado prodigios. Había perdido muchos kilos. Se vestía de modo diferente, y hasta parecía diferente en un sentido más básico. La gente lo comentaba. Ahora pesaba más de doce kilos menos que cuando sufrió la apoplejía. Su rostro parecía haber vuelto a su estado normal. Aquellos cambios interesaban a Perks, Pero eran tan poco familiares que resultaban ligeramente inquietantes y amenazadores. Incluso le sorprendió que, una noche, su presencia le estimulara, y sugirió que renunciasen a las habitaciones separadas para dormir juntos por primera vez en unos tres años. «No, cariño, estoy tan, tan cansada, tengo que terminar este libro», le dijo ella.

No importa, pensó él, el manuscrito iba viento en popa. Había estado escupiendo palabras sin parar. Aquello le consolaba. Había dado en cerrar la puerta del estudio por alguna extraña razón. Pero aquella noche, cuando dijo que iba a salir, cosa que parecía hacer cada vez más a menudo, dejó la puerta no sólo sin cerrar, sino abierta de par en par. Cogió el manuscrito y leyó.

Página 56

Todos los habitantes de Radcombe House habían pasado una época de tristeza desde la muerte de Lady Huntingdon. Lorraine, que ahora ejercía las funciones de señora de la casa, estaba muy preocupada por el estado de ánimo de Lord Denby, quien había dado en beber mucho y frecuentar los fumaderos londinenses de opio. Denby mostraba tal laxitud de espíritu que a Lorraine la alegró saber que su gran amigo Marcus Cox volvería pronto a Inglaterra con su regimiento.

Sin embargo, a su regreso, también Marcus parecía otro hombre. La guerra había dejado su huella en el arrojado espadachín, y había vuelto con fiebres. Cuando se encontró con el oficial, Lorraine se sintió, no obstante, feliz de ver que Marcus estaba decidido a aliviar el dolor de su lord sin recurrir a hábitos nefastos que minan el espíritu.

«Hay que sacar a Denby de Londres», le dijo a Lorraine. «Deberíamos acudir todos al lugar de nuestros antepasados en Thomdyke Hall, Wiltshire. Hay que apartarle de sí mismo y de su melancolía para evitar que destruya su alma.»

«Sí, una temporada en Thomdyke Hall ayudaría a levantarle el ánimo», dijo Lorraine mostrándose de acuerdo.

Perky dejó el manuscrito para servirse un buen scotch. Hizo un gesto de aprobación con la cabeza mientras repasaba distraídamente algunas páginas más. Era ideal. A continuación, el texto parecía cambiar. Perky no daba crédito a sus ojos.

Página 72

En el interior del amplio establo, que distaba unas millas de Thomdyke Hall en el camino al pueblo, el decimotercer Lord Denby tenía vendados los ojos y las manos atadas detrás de la espalda. Su pene erecto asomaba por una abertura de su larga túnica blanca, que cubría su pecho, estómago y muslos.

«¡Traedme un culo, malditos!», rugió ebrio, mientras un clamor emergía de la multitud reunida en el establo.

«Paciencia, Denby, ¡bribón!» El conde reconoció la voz de su amigo Harcourt. Estaba sediento de diversión, sediento por demostrar su valía en aquella apuesta.

Había tres plataformas de madera frente a Denby. En una de ellas había una joven desnuda, atada y amordazada, arrodillada con las nalgas al aire, En la siguiente plataforma, había un muchacho en idéntica posición. En la tercera, una robusta oveja con la negra cara amarrada y amordazada.

Una serie de poleas se conectaban a las plataformas, permitiendo así modificar la altura de los participantes en la apuesta. Harcourt había dado instrucciones a los hombres para hacer los ajustes oportunos hasta que los orificios anales de las tres criaturas estuviesen situados a similar altura, alineados para encontrarse con el miembro tumefacto de Denby.

Harcourt le susurró al oído: «Recordad, Denby: ni el muchacho ni la joven ni la oveja son en modo alguno ajenos a la sodomía.»

«Conozco bien las circunstancias y el historial de todos los animalitos implicados, Lord Harcourt. ¿Estáis perdiendo la confianza, viejo amigo?», se burló Denby.

«¡Bah! Ni por asomo. Veréis, Denby, creo firmemente que no sois más que un viejo putero, incapaz, especialmente después de ingerir vino, de determinar con qué estáis en camal ayuntamiento», dijo Harcourt con mucha presunción.

«Yo apostaré por mi amigo el conde», dijo Marcus Cox, para mayor regocijo de los galanes y mozos allí reunidos, dejando caer un florín en la mano del guarda.

La mujer resultaba la más difícil de dominar. Por lo general, criada complaciente y nada ajena a las atenciones de muchos de los allí presentes, comenzó, sin embargo, a ser presa del pánico por la privación de los sentidos que le causaban la mordaza, las ligaduras y la venda.

«Silencio, ricura», susurró Harcourt, poniéndose detrás de ella y separándole las nalgas, mientras Denby se disponía a penetrarla con su polla. Engrasando toscamente su ano, deslizando un dedo en su interior, notó una tirantez nerviosa que no había experimentado en aquella putilla desde que él en persona la domó. Seguramente, pese a su experiencia, tanto la oveja como el muchacho exhibirían también semejante estado nervioso y el concurso sería igualado.

Harcourt se tranquilizó al ver cómo el órgano de Denby se introducía con escasa resistencia. Se alegraba de haber escogido a aquélla, acostumbrada a los servicios anales desde los ocho años, pues el músculo de su esfínter cedía fácilmente.

«Mmmm», sonrió Denby, que seguía empujando, y después embistiendo salvajemente durante un rato.

Después de unas sacudidas más se retiró sin derramar su semen, su pene todavía erecto.

Harcourt se colocó junto al muchacho y mantuvo sus nalgas abiertas, aplicando la grasa con más cuidado y ternura de la que había mostrado con la joven. El muchacho era su favorito y albergaba cierta preocupación por que Denby pudiese dejarle fuera de servicio durante algún tiempo con su furioso folleteo. Guiado por sus criados, el miembro de Denby, manchado de sangre y mierda, dio en el blanco. «Maldición…», jadeó, mientras el muchacho, que, como la joven, había sido sometido por su amo a atenciones anales desde una edad temprana, gruñía bajo la máscara.

«¡El siguiente!», rugió Denby, retirándose entre vítores.

Con una mirada de leve desagrado, Harcourt se puso detrás de la oveja y un criado agarró cada una de sus patas traseras. Comprobó el área bien afeitada alrededor del conducto anal del animal. A continuación, hizo que uno de los hombres engrasara su orificio.

A pesar de la fuerza de los criados que lo sujetaban, el animal no estaba dispuesto a someterse a Denby. Luchó en su interior mientras la criatura se encabritaba y retorcía, mientras los hombres se esforzaban para mantenerlo quieto. Denby empujó con más fuerza, con el rostro enrojecido mientras llenaba el aire con sus gritos. «¡SOMÉTETE, MALDITO!… ¡SOY LORD DENBY! ¡TE ORDENO QUE TE SOMETAS!»

El animal seguía luchando y Denby no pudo controlar su euforia.

«SOY DENBY…», gritó, bombeando su esperma dentro de la criatura.

Hubo vítores cuando Denby se retiró jadeando y se recompuso.

«¿Y bien, Denby?», dijo Marcus Cox.

Denby dejó que se calmara su respiración apresurada. «Jamás he disfrutado tanto de una apuesta, Sir, y nunca había tenido el placer de un casquete tan maravilloso como con esta última y adorable criatura. Ninguna bestia del campo ciegamente dócil criada para el matadero podría haber respondido de esa forma a mis estímulos… No, ha sido algo más que una cópula vulgar, la comunión espiritual de la que he gozado con esa criatura tan deliciosa y extática superaba todos los límites…, nuestras mentes y almas se han encontrado…, esta deliciosa comunión ha sido humana, demasiado humana.»

Los mozos contuvieron la risa mientras Denby proseguía: «La última follada, esa bella follada, ha sido con la bonita mozuela o con el obediente muchacho de la casa…, poco importa. Sé que esa criatura está destinada a ser mía. ¡Declaro aquí y ahora que pagaré al amo del tercer culo la suma de cien libras por los servicios de esa montura!»

«Una bonita suma, lord Denby, que estoy forzado a aceptar.»

Denby reconoció de inmediato la voz de Harcourt. «¡El muchacho! ¡Lo sabía! ¡Cien libras bien empleadas!», dijo Denby entre grandes risotadas. «¡Oveja, moza y muchacho, por ese orden! ¡Eso es, apuesto a que sí!»

Hubo un breve silencio al que siguió un torrente de risas histéricas. Mientras le arrancaban la venda Denby dejó escapar una risotada deportiva. «¡Dios mío! ¡La oveja! ¡No puedo creerlo! ¡Ese hermoso y estoico animal!»

«¡Caballeros!» Harcourt alzó su voz al mismo tiempo que su vaso. «¡Caballeros! ¡Aunque no soy persona que disponga de mucho tiempo para las controversias de salón propias de teóricos ociosos, aquí se ha probado sin duda un asunto de interés social! ¡Que tomen nota nuestros amigos letrados! ¡La sodomía, sodomía es!»

Los labriegos cantaron un estribillo de tono subido:

A algunos hombres les gustan las mujeres

a algunos les gustan los muchachos
pero mi oveja da calor y es hermosa
y hace ruiditos alegres

El manuscrito resbaló entre los dedos de Perks y cayó al suelo del estudio. Cogió el teléfono de inmediato y llamó a los editores de Rebecca. «Giles, creo que deberías pasarte por aquí. Ahora mismo.»

Giles reconoció el pánico en la voz de Perky. «¿Qué sucede? ¿Es Rebecca? ¿Se encuentra bien?»

«No», dijo con desprecio Perks, «no se encuentra bien ni de coña. Está muy lejos de encontrarse bien, joder.»

«Ahora mismo voy», dijo Giles.

15. PERKS SE ALTERA

Giles no tardó nada en llegar a casa de Perky y Rebecca en Kensington. Leyó horrorizado el manuscrito. La cosa se ponía cada vez peor. Aquel día Rebecca regresó bien entrada la tarde, y los encontró en el estudio.

«¡Giles! ¡Cariño! ¿Cómo estás? Ah, ya veo que has estado mirando el manuscrito. ¿Qué te parece?»

Giles, a pesar de su ansiedad y enfado, se había preparado para darle coba a Rebecca. Detestaba a los escritores; eran, invariablemente, unos cargantes, tediosos y farisaicos desechos. Los que tenían pretensiones artísticas eran con mucho los más inaguantables. Eso es lo que le había ocurrido a aquella estúpida vacaburra, pensó, tuvo demasiado tiempo para pensar en aquel hospital, ¡y le da por el arte de mierda! Enfrentada por su enfermedad a la perspectiva de la mortalidad, quería dejar su impronta, ¡y quería hacerlo en perjuicio de sus márgenes de beneficio! Nada se ganaba irritándola, sin embargo. Había que seducirla, cortejarla hasta que viera lo equivocado de su conducta. Giles estaba a punto de lanzarse a un discurso del tipo «una nueva orientación muy interesante, cariño, pero…», cuando Perky, ardiendo de indignación, lanzó el primer golpe.

«Becca, cariño», dijo Perky entre dientes, «no sé qué pretendes con esto…»

«¿No te gusta Perky? ¿No lo encuentras más picante, más… crudo?»

«No es que sea precisamente una novela de Miss May, cariño», dijo con afectación Giles.

«Pero, Giles, está lleno de realismo. Una no puede, cómo te diría, vivir toda la vida con la cabeza metida en el coño, ¿verdad que no?»

Es la medicación, pensó Perks. La vieja ha perdido por fin la chaveta.

«Rebecca, querida», imploró Giles. «Intenta entrar en razón.» Comenzó a caminar de un lado a otro moviendo agitadamente las manos. «¿Quién lee tus libros? Mami, por supuesto, la que mantiene unido todo el tejido de nuestra gran sociedad. La que se encarga del cuidado esencial del pobre tipo que sale a trabajar, que cría a los niños. Tú la conoces, la ves continuamente en los anuncios de detergente. Sí, trabaja mucho; y, como los esclavos en el campo, lo hace con una sonrisa en el rostro y, ya lo creo, ¡con una canción en el corazón! Una vida aburrida, desagradecida, monótona, así que necesita una pequeña válvula de escape. Uy, sí, los culebrones ayudan, por supuesto, pero ¿cuál es la auténtica golosina que le permite soportarlo todo? Ir a buscar las novelas rosas de Miss May de Rebecca Navarro y fugarse a ese hermoso mundo de amoríos y alegría que recreas con tanta pasión. Es lo que todas las mamis y futuras mamis necesitan.»

«Precisamente», asintió Perky severamente, «si empiezas a introducir sodomía y

revolución en el asunto, todas esas vacaburras con la cabeza llena de valium tirarán a la basura los libros; ¿y en qué lugar nos dejará eso a nosotros?»

«Dímelo tú, cariño», dijo Rebecca con aire burlón.

«En la puta calle vendiendo *The Big Issue*[13], ¡allí mismo!», rugió Perky.

16. UNA BUJARRA EN LA MELÉ

Nick Armitage-Welsby ganó el balón de melé y aceleró, abriéndose paso y profundizando en campo contrario, zafándose hábilmente de dos placajes desesperados. La pequeña multitud congregada en Richmond sintió un hormigueo anticipado, pues Armitage-Welsby tenía potencia y velocidad para alcanzar la línea de marca. Sin embargo, aunque la retaguardia contraria estuviese desorganizada, Armitage-Welsby hizo un pase flojo a un compañero y se desplomó sobre el barro.

Ingresó cadáver en el hospital de St Hubbin's, víctima de una fulminante crisis cardiovascular.

El cuerpo se hallaba tendido sobre una camilla en el depósito del hospital y Freddy Royle lo examinaba impaciente. «¡Uaau, pero qué bueno! A zimple vizta la debe tener de caballo…» Se dispuso a mirar desde más cerca.

«Eh, Freddy», dijo Glen con cautela, «ha llegado un patólogo nuevo, un tío llamado Clements, y… eh, no acaba de enterarse de cómo hacemos las cosas aquí. Estará de servicio más tarde, y querrá ver a nuestro amigo, así que tómatelo con calma.»

«Zí, zeré amable y conziderado contigo, claro que zí, clavelito mío», dijo Freddy sonriendo y guiñando un ojo en dirección al cadáver. Se volvió hacia Glen, «Y, ahora, ¿zeríaz tan bueno de traerle a Freddy un trozo de cuerda?»

Glen resopló mucho pero revolvió en un cajón y sacó un ovillo de cuerda. Que Freddy haga lo que quiera, pensó Glen. Esta noche él iba a salir con Yvonne. Al cine, y después de clubs. Le compraría algo agradable con la pasta de Freddy. Perfume. Perfume caro, pensó. Para ver su cara cuando se lo diese. Eso le bastaría.

Freddy cogió dos depresores y los ató alrededor del fláccido pene del cadáver. A continuación, puso una lata de galletas rectangular entre las piernas del muerto y colocó la picha entablillada sobre ella.

«Ahora a ezperar que ezta coza bonita ze ponga dura con el rigor mortiz eze, ¡y dezpuéz noz divertiremoz de verdaz!», sonrió Freddy.

Glen se excusó y salió a la antesala.

17. LORRAINE Y EL AMOR

Lorraine pasaba ahora mucho tiempo en casa de Rebecca. La había ayudado con el manuscrito. Habían ido al British Museum, a la ciudad-cartón, por la estación de metro donde las madres mendigaban sosteniendo niños malnutridos. «Hace unos diez años vi que hacían eso en México D. F.», suspiró Rebecca, «y siempre pensé: Eso nunca podría ocurrir allí, en Inglaterra jamás. Siempre quieres mirar para otro lado. Quieres creerlo todo, que es sólo un timo, una estafa; quieres creer cualquier cosa menos la verdad.»

«Que es que carecen de dinero para alimentar a sus niños y que al gobierno le importa una mierda», dijo Lorraine con desprecio, «Prefieren asegurarse de que los ricos tengan más que de sobra.»

A veces Lorraine era muy dura, pensó Rebecca. No era bueno. Si permites que los que te embrutecen te endurezcan, entonces no hay duda de que has perdido. Habrían conseguido su fin. El romanticismo era algo más que imaginación creativa. ¿Acaso no debía quedar espacio para el romanticismo, el romanticismo de verdad? Romanticismo para todos, y no sólo entre las páginas de un libro.

Estos pensamientos resonaban en la cabeza de Rebecca mientras Lorraine volvía a la residencia de enfermeras. Ella también tenía inquietudes. Hacía siglos que no tenía una buena charla con Yvonne. La evitaba desde aquella noche en el club. Ahora salía con ese tipo, Glen, y parecía muy feliz. Cuando llegó a la residencia, escuchó un poco de *house* que procedía de la habitación de Yvonne. Era la cinta de Slam que le había regalado hacía tiempo.

Armándose de valor, llamó a la puerta. «Está abierta», dijo Yvonne.

Estaba sola cuando Lorraine entró. «Hola», dijo Lorraine.

«Hola», contestó Yvonne.

«Escucha, Yvonne», empezó Lorraine, y comenzó a hablar apresuradamente, «he venido a disculparme por cómo me porté la vez aquella en el club. Fue muy extraño, pero iba tan puesta de éxtasis y estaba tan emocionada y tú tenías una pinta tan chula y guapa y como eres mi mejor colega y la única persona que nunca me agobia…»

«Ya, eso está muy bien, pero yo no soy así, sabes…»

«El asunto es», rió Lorraine, «que yo tampoco sé si lo soy. Simplemente pasaba por un bache con los hombres…, ah, yo qué sé…, puede que lo sea, ¡no sé de dónde coño vengo! Cuando te besé, te estaba tratando como los tíos me tratan a mí…, fue una pasada. Es extraño, pero quería saber qué sienten. Quería saber cómo se sentían. Quería desearte, pero no era así. Pensé que si era una bollera, entonces sería más fácil, así al menos averiguaría algo sobre mí. Pero tú no me excitabas.»

«No sé si sentirme halagada o insultada», sonrió Yvonne.

«El caso es que tampoco parece que me gusten realmente los tíos. Siempre que he estado con uno ha sido decepcionante. Nadie me lo hace mejor que yo…» Lorraine se llevó la mano a la boca: «Vaya vacaburra más rara, eh.»

«Eso es que todavía no has encontrado a la persona adecuada, Lorraine. No importa quién sea, un tío o una tía, tienes que encontrar a esa persona.»

«La voz de la experiencia, ¿eh?»

«Supongo que sí», sonrió Yvonne. «¿Por qué no te vienes con nosotros al club esta noche?»

«Nah, voy a dejar el éxtasis en paz una temporada, me está jodiendo la cabeza. Me parece que quiero a todo el mundo, y después me creo incapaz de querer a nadie. Las bajadas empiezan a ser bastante malas.»

«Ya, me parece sensato, te has metido mucha caña durante los últimos dos años. Has saldado de sobra tu cuenta, tía, ¿sabes?» Yvonne se rió y después se levantó y le dio a Lorraine un abrazo que significó más de lo que cualquiera de ellas podría haberle contado a la otra.

Mientras se marchaba, Lorraine meditó sobre el amor de Yvonne por Glen. No, no iría con ellos al club. Cuando dos personas están enamoradas hay que dejarlos a sus anchas. Sobre todo cuando no estás enamorada y desearías estarlo. Eso podía resultar embarazoso. Podía ser doloroso.

Página 99

La decadencia de Lord Denby continuaba con paso firme. Los criados se quejaban de que Flossie, la oveja, ensuciaba los aposentos y, aun así, insistía en que fuera atendida por un grupo de criadas que le procuraran disfrute y contento al animal, asegurándose sobre todo de que el vellón de la bestia estuviera bien acicalado y sin mácula.

«Flossie, ángel mío», dijo Denby, frotando su pene erecto contra la lana de su amada ojinegra. «Me libraste de una vida de vacío y desaliento cuando mi maravillosa esposa falleció inesperadamente… Ah, Flossie, no me reproches que hable de aquella divina dama. ¡Ojalá os hubierais conocido! Habría sido maravilloso. ¡Ay de mí!, ya no podrá ser, sólo quedamos nosotros dos, querida mía. ¡Cómo me excitáis y atormentáis! Estoy hechizado…», sintió que se deslizaba dentro de la oveja, «… qué éxtasis…»

19. EL INFORME DEL PATÓLOGO

El presidente del Consejo de Administración, Alan Sweet, tenía esa sensación de inminente desastre presentido desde hacía tiempo. Alguien tenía que ser el portador de las malas noticias. El nuevo patólogo, el presuntuoso Geoffrey Clements, le había dado mala espina a Sweet desde un principio. Clements entró en su oficina, sin cita previa, se sentó y le plantó en las narices un informe mecanografiado. Después de permitir a Sweet que le echara una ojeada, comenzó a hablar en un tono grave, severo. «… y he de concluir que el cuerpo del señor Armitage-Welsby fue manipulado, del modo que he descrito, después de que nos hiciéramos cargo de él, aquí en St Hubbins.»

«Escuche, señor Clements…», dijo Sweet, mirando el informe, «… eh, Geoffrey, tenemos que estar muy seguros de esto.»

«Estoy completamente seguro. De ahí el informe», observó Clements de mal humor.

«Pero es indudable que hay que tener en cuenta otros factores…»

«¿Por ejemplo?»

«Me refiero a que», comenzó Sweet, y añadió un guiño cómplice que supo que había sido una mala jugada inmediatamente antes de que el rostro barbado de Clements reflejara una mueca de desaprobación, «Nick Armitage-Welsby asistió a una escuela privada y jugaba a rugby a todos los niveles. Estos dos factores bastarían para asegurar que no era ajeno a este tipo de, eh, atenciones…»

Clements parecía atónito.

«Quiero decir», prosiguió Sweet, «¿acaso no sería posible que la dilatación y las contusiones de su esfínter y los rastros de semen fueran resultado de las travesuras y jugueteos llevados a cabo en algún vestuario, quizá en el intermedio de un partido, poco antes de que el pobre desgraciado llegara hasta nosotros?»

«No en mi opinión profesional», replicó gélidamente Clements. «Y, a propósito, me gustaría hacerle saber que yo asistí a una escuela privada y practico el rugby con gran entusiasmo, aunque ni de lejos a un nivel semejante al que acostumbraba jugar Nick Armitage-Welsby. Desde luego que nunca me he topado con las prácticas de que habla usted, y esa estúpida disertación tan insultantemente estereotipada me ofende gravemente.»

«Discúlpeme si le he ofendido de algún modo, Geoffrey. Como presidente del Consejo de Administración, comprenderá que me debo al resto de sus miembros, que serían responsables de cualquier supuesta negligencia…»

«¿Y qué hay de su responsabilidad ante los pacientes y sus familiares?»

«Vaya, ni que decir tiene; pues claro. Para mí significan una misma cosa. Pero la

cuestión es que no puedo andar acusando a miembros de la plantilla de prácticas necrófilas. ¡Si la prensa le echara la zarpa encima se daría un festín! La confianza del usuario en el hospital y sus gerentes quedaría seriamente minada. Algunas de las prácticas innovadoras de la administración, como el equipo de pantallas último modelo de la nueva unidad de medicina preventiva, dependen en gran medida de la buena voluntad, expresada mediante donaciones caritativas, de sus muchos y acaudalados benefactores. Vaya, que si empezara a pulsar innecesariamente los interruptores de pánico…»

«Como presidente, usted y su equipo están obligados con el usuario y tiene que investigar este asunto», saltó Clements.

Sweet decidió que Clements representaba casi todo lo que él detestaba, quizá más aún que la clase obrera de la que él mismo provenía. Aquella arrogante presunción de innata superioridad moral de escuela privada. Hijos de puta como aquél se lo podían permitir; no tenían que preocuparse por el dinero. Sweet, sin embargo, lo había arriesgado todo en la adquisición de aquella enorme propiedad junto al Támesis en Richmond, que no era más que un armazón cuando la compró. Bastaba con amortizar la inversión, y las cosas marchaban muy bien gracias al mecenazgo de Freddy. ¡Ahora todo aquello, hasta su propio sustento, era amenazado por un tipo de buena cepa arrogante y quisquilloso!

Tomando aliento profundamente, Sweet trató de adoptar de nuevo un aire de profesionalidad imparcial. «Por supuesto, se investigará a fondo…»

«Procure que así sea», ladró Clements, «y procure también mantenerme informado.»

«Por supuesto…, Geoffrey…», sonrió afectadamente Sweet entre dientes.

«Adiós, *señor* Sweet», soltó Clements.

Sweet empuñó una estilográfica y grabó sobre una libreta forrada la palabra CABRÓN con tal virulencia que traspasó seis páginas y dejó marca en otras doce. Después descolgó el teléfono y marcó un número. «¿Freddy Royle?»

Página 156

Lorraine había seguido a Lord Denby por toda la ciudad hasta el fumadero de opio que éste frecuentaba en Limehouse. Vestida con harapos y con una bufanda que velaba su rostro para evitar que Lord Denby la reconociera, era a ojos del mundo una criada. El disfraz resultó eficaz; quizá en demasía. Lorraine se vio sometida al acoso de descarriados y granujas de variado pelaje que volvían a casa por las oscuras calles de la ciudad tras una noche de jolgorio.

Mantuvo la compostura y siguió su camino, pero una persistente pareja con atuendo militar que había hecho comentarios, se puso delante de ella cerrándole el paso.

«Se abre la veda de esta hermosa doncella, apostaría», dijo con ironía uno de los hombres.

«E imagino que hablas de caza mayor», sonrió lúbricamente el otro.

Lorraine se quedó de piedra. Aquellos soldados borrachos la habían tomado por una vulgar criada. Estaba a punto de decir algo cuando advirtió la presencia de otra persona a su espalda.

«Os aconsejo que no importunéis a esta dama», se oyó decir a una voz.

Lorraine se volvió para ver surgir de las sombras a un apuesto caballero.

«¿Quién te crees que eres?», gritó uno de los soldados, «¡ocúpate de tus asuntos!»

El caballero se mostró impasible. Lorraine reconoció en sus labios aquella familiar mueca desdeñosa, a pesar de que el sombrero ensombrecía sus ojos. Cuando tuvo a bien dirigirse a los jóvenes soldados, lo hizo con autoridad. «He observado sus diversiones, caballeros, ¡y he de informarles que sus versos de borracho reflejan un gusto por lo licencioso que haría avergonzarse a los reclutas más indisciplinados de los pueblos mineros de Lancashire!»

El otro soldado, al reconocer el porte de un oficial, parecía más cauteloso. «¿Y quién sois, por ventura, señor?»

«Coronel Marcus Cox, de la Casa de Cranborough, y de la 3.ª División de los Sussex Rangers. Y tú: ¿quién es el canalla que osa mancillar los colores de este magnífico regimiento insultando a una dama de alcurnia y protegida de Lord Denby?»

«¿Lo sabéis, caballero?», preguntó Lorraine, sorprendida. Su disfraz había bastado para engañar a un afligido Denby, que se desvivía por regresar de sus asuntos en Londres para estar con su estúpida oveja, pero no a Marcus Cox, que

había recuperado plenamente su salud y viveza.

«Mis humildes excusas, mi querida Lorraine», dijo el galante y joven coronel, volviéndose hacia los mozos: «Y bien, ¿qué tenéis que alegar en vuestra defensa?»

«Pues, señorita, mil excusas…, os hemos tomado por una criada…»

«Es evidente», dijo Marcus, «y en mis funciones como responsable de la disciplina en mi regimiento, ¿cómo, decidme, creéis que reaccionaría mi buen amigo el coronel "Sandy" Alexanderal saber que otros oficiales dan semejantes ejemplos de indecoroso libertinaje?»

«Señor…, dejadme explicar las circunstancias…, pronto nos enviarán al frente para enfrentamos a las hordas de Boney. Nosotros… no sabíamos que la dama era… de alta cuna. Mi familia no es rica, este destino significa tanto para ellos…, os lo ruego…», suplicó abiertamente el joven soldado que se había mostrado más arrogante, con el rostro sobrecogido de angustia.

Lorraine pensó en sus propias circunstancias y los sacrificios hechos por sus padres para introducirla en sociedad. «Ha sido culpa mía por vestir así, Marcus, sólo lo he hecho para poder seguir a nuestro amado Denby sin ser descubierta…», lloriqueó.

Marcus Cox se volvió brevemente hacia Lorraine y, a continuación, observó otra vez a los dos hombres. Dejó que su labio inferior se frunciera y descansando una mano en la cadera los miró de arriba abajo. «No soy de natural un hombre falto de compasión», explicó Cox a los dos jóvenes oficiales, «ni tampoco soy insensible a las tentaciones del recreo, en particular, antes de los rigores del combate que tan bien conozco. Sin embargo, cuando un oficial del ejército británico insulta a una dama de noble estirpe, alguien a quien además conozco, no tengo más remedio que exigir una reparación. Cualquier otra consideración palidece de insignificancia», dijo en tono amenazador, con voz casi reducida a un susurro. Después tronó: «¿Me daréis una satisfacción?»

«Estimado señor», dijo el más silencioso de los soldados, que se hallaba ahora muy trastornado, literalmente temblando, como si se enfrentase a las tropas de Napoleón, «¡no podemos batimos en duelo con un oficial de mayor rango! ¡Mucho menos con uno de vuestra posición! ¡Sería propio de bárbaros! ¡Entablar combate con alguien junto a quien deberíamos luchar codo con codo por Inglaterra, vamos, rozaría la perversión! ¡Por favor, noble señor, admito que hemos obrado mal y que os debemos una reparación por la ruin conducta que hemos observado con esta honrada dama, pero, por favor, os lo imploro, no nos exijáis la debida satisfacción de este modo!»

«¿Y ése es el parecer de ambos?» preguntó Cox.

«Sí, señor, así es», contestó el otro soldado.

«¡Exijo una satisfacción, malditos!», rugió Cox en medio de la noche. «¿Me daréis una satisfacción?»

«Señor…, os lo ruego…, ¿cómo podemos?» Los dos jóvenes se mostraban

acobardados e intimidados por la atronadora ferocidad del tono del oficial superior.

Marcus sintió un hormigueo en sus labios descamados espumantes de saliva y una potente palpitación en su pecho. «¡Tengo ante mí a un hombre insignificante, ignorante de los usos sociales e indigno de vestir estos colores, y aun arrogante sin sangre en las venas que vendería su alma para salvar su trémula carne de gallina!»

«Por favor, señor…, ¡os lo suplico por la mismísima Inglaterra! ¿Cómo podemos daros satisfacción del modo que sugerís?»

«Muy bien», dijo Cox, tras un reflexivo silencio. «Puesto que os negáis a acceder a mi petición de resolver este asunto como mandan los cánones, sólo me queda el recurso de guiarme por las tradiciones de mi regimiento. El castigo tradicional para los oficiales de inferior rango que cometen una falta, de esta u otra manera, es la pena que yo mismo, ahora, me siento en el deber de administrar. ¡Bajaos los pantalones, los dos! ¡Obedeced!» Marcus se volvió hacia Lorraine: «Por favor, Lorraine, regresad al carruaje, esto no es algo que una dama deba contemplar.»

Lorraine se oponía, pero no pudo por menos que descorrer el visillo del carruaje y observar a los hombres desnudarse de cintura para abajo e inclinarse sobre una verja. No pudo seguir mirando, pero sí escuchar los alaridos del uno y después del otro, seguidos del grito de Marcus: «¡Exijo una satisfacción!»

Poco después se reunió con ella en el carruaje, algo falto de aliento. «Lorraine, siento que hayáis tenido que ser testigo del lado más áspero de la disciplina militar. Me ha dolido profundamente verme forzado a administrar semejante castigo, pero la suerte de un oficial superior del ejército no siempre resulta agradable.»

«¿Pero tu forma de disciplinar a esos oficiales, Marcus, es la habitual?»

Marcus enarcó una ceja en dirección a Lorraine. «Muchos son los métodos de los que uno puede echar mano, pero en esta situación en particular eran éstos los que esperaba resultasen más eficaces. Cuando a uno le confían la responsabilidad de administrar castigos a sus compañeros de armas, es importante recordar que no puede dejar de lado el no menos esencial papel de preservar el mantenimiento de la noción de esprit de corps*, el sentido de unión y, sí, del amor por el regimiento y los compañeros de armas.»*

Lorraine parecía dudar, pero la elocuencia de Marcus la movió a confesar: «Ay, señor, como simple mujer estoy lejos de estar familiarizada con los usos militares…»

«Así debe ser», asintió Marcus, «y ahora, ¿qué noticias hay de nuestro amigo, Lord Denby?»

«¡Oh, Milord continúa en un estado lamentable, Marcus! ¡Me desgarra el corazón! El insaciable consumo de vino y opio, su estrafalario ayuntamiento con esa oveja…, ¡me resultan tan enojosos! ¡Dentro de poco tiempo se marchará a Wiltshire, y pasará todo el día con ese animal!»

«Tenemos que acompañarle. Tenemos que intentar algo para hacerle entrar en razón. Fue un trauma lo que le hizo perder el juicio, así que quizá será necesario otro trauma para curarlo. Debemos pensar algo.»

«Marcus», comenzó Lorraine, tras una pausa inesperadamente pequeña para semejante reflexión, «creo que se me ocurre algo…»

21. EL SEÑOR DE LOS ANILLOS

Habían sacado el cadáver del almacén en llamas aquella mañana temprano. Glen dio un respingo al verlo; por muy insensibilizado que estuviera a los cuerpos inertes, algunos de ellos en un estado abominable, jamás se había tropezado con uno como aquél. La carne de la mitad superior del cuerpo había sido consumida por las llamas, la cara resultaba irreconocible. Como un mal presagio, mientras Glen oía los resuellos de Freddy Royle a sus espaldas, vio que las nalgas habían salido casi intactas de las abrasadoras llamas.

«¿Azi que ézte era un porculeador habitual puez?, ¿no?», dijo Freddy arrastrando las palabras.

«Sí, bueno, quiero decir, fue un incendio en una discoteca gay. El novio del tío ha venido a identificar el cuerpo», asintió Glen en dirección al revoltijo carbonizado. «Sólo ha podido reconocer el anillo, así es como lo ha identificado.»

Freddy hincó su dedo índice en el ojete del cadáver. «Zí, ez cazi lo único que no ha zufrido dañoz…, aunque no zé cómo ha podido diztinguirlo, a mí cazi todoz me parecen igualez. Debió zer el amor de zu vida, ¿eh?»

Glen sacudió la cabeza e indicó la alianza de oro que se hallaba en uno de los dedos carbonizados del cadáver. «*Ese* anillo[14], Freddy», dijo.

«¡Ah! ¡Ya veo lo que queríaz decir, amigo mío!», se rió Freddy.

A Glen casi le daba arcadas el olor dulzón de la carne socarrada. Parecía invadirlo todo. Se puso más crema bloqueadora bajo las narices.

Después de hacer su voluntad con el cadáver, Freddy echó gas de mechero en el ojete y le pegó fuego.

«¿Qué estás haciendo?», gritó Glen.

«Zólo eztoy poniéndozelo un poco máz difícil al patólogo eze para encontrar pruebaz», sonrió Freddy mientras Glen sufría nuevas arcadas.

Página 204

«El cordero más tierno y suculento que he probado en muchos años», dijo Denby, y a continuación se paró en seco. La palabra «cordero» parecía resonar dentro de su cráneo. Flossie. Levantó la vista hacia Harcourt, que llenaba de vino su copa.

«Desde luego», sonrió Harcourt, «según tengo entendido, una carne cuyas entrañas han sido marinadas con los jugos del más refinado de los aristócratas ingleses.»

Denby miró a Marcus Cox al otro lado de la mesa. No fue la sonrisa que esperaba ver en el rostro de su amigo, sino la perpleja mirada de compasión y lástima lo que le convenció de que se había perpetrado algún acto terrible. Harcourt, sin embargo, no mostraba compasión alguna. Sus hombros empezaron a temblar y una risilla tonta hizo vibrar su voluminosa figura.

«Tú…» Denby se levantó gritando, «maldita sea tu sombra…, juro por Dios que si algo le ha ocurrido a mi Flossie…» Se detuvo bruscamente y salió como un rayo hacia la cocina.

Vio el rostro aterrorizado de la cocinera, la señora Hurst, en el mismo instante en que descubría la cabeza de su bienamada oveja, Flossie, decapitada y contemplándole desde la mesa de la cocina con lo que le pareció una mirada de tristeza y reproche.

Se plegó como si hubiera recibido un golpe, para enderezarse a continuación rápidamente y avanzar hacia la temblorosa anciana.

«¡Maldita seas, bruja del demonio! ¡Enviaré tu cuerpo raquítico a la sepultura y tu alma retorcida al infierno!»

«¡Esto no ha sido obra mía, milord!», gritó la mujer.

«¿Quién autorizó esta matanza repugnante, criminal?», rugió Denby.

«Fue la joven, milord, la señorita Lorraine, fue ella quien me dijo que lo hiciera…»

«¡EMBUSTERA!», gritó Denby, buscando en la mesa un cuchillo de carnicero.

Lorraine apareció en el umbral. «Milord, si vais a tomar venganza, descargad sobre mí vuestra bilis. ¡Pues bien cierto es que fui yo quien lo autorizó!»

Denby miró a su protegida. Cuando sus ojos se encontraron con los de ella, no pudo hallar ni rastro de doblez, sólo una inquebrantable devoción en la hermosa joven que, ciertamente, desde el óbito de su esposa había asumido sin reservas las funciones de señora de la mansión. Esto hizo que la ira saliese de su cuerpo como el jugo de una naranja. «Pero, Lorraine, mi dulce, tierno brote de silvestre brezo

escocés…, ¡cómo habéis podido hacer algo tan inopinadamente infame!»

Lorraine volvió el rostro, y dejó que las lágrimas rodaran de sus ojos. Después, se volvió de nuevo hacia Denby. «¡Os lo suplico, Milord, creedme, no me quedó más remedio! La relación entre mi adorado conde y este infeliz animal de corral le estaba convirtiendo en el hazmerreír de toda la sociedad…»

«Pero…»

«… incluso se llegó a insinuar que el corrosivo poder de la sífilis había hecho mella en las facultades de Milord. Estabais siendo, noble señor, progresivamente minado por cháчaras calumniosas, jerigonzas ociosas de necios y réprobos, sin duda, pero que sin embargo alentaban los propósitos más viles y despreciables…»

«No me daba cuenta… No tenía ni idea…»

«No, Milord, en efecto, estabais tan preso de un maligno hechizo, tan desgarrado por el dolor de vuestro corazón, que el demonio se apoderó de vos cuando vuestras defensas quedaron desmoronadas por la pérdida de vuestra querida esposa. Pero esa oveja no puede sustituirla…, sólo una mujer puede amar a un hombre, Milord, he dicho.»

Denby dejó que sus labios esbozaran una sonrisa mientras escrutaba afectuosamente a aquella encantadora criatura. «¿Y qué sabrás tú del amor, querida mía?»

«¡Ay, señor, también yo abrigo pasiones, ardientes pasiones que escuecen tanto más por permanecer ocultas…!»

«Una cosita tan joven e inocente», dijo Denby. Pero tan picara, se dijo.

«Ni siquiera en un mundo tan depravado por la locura del hombre como el nuestro, Milord, consigo aceptar que la mentira, los subterfugios, la manipulación y la seducción sean la conducta legítima en una joven, y no digamos en alguien que se dispone a ocupar su lugar en la vida social, pero estas inquietudes morales se hallan siempre condicionadas por las pasiones…, ¡grandes pasiones que todo lo justifican!»

«¡Te has enamorado de Marcus Cox! Lorraine, has de saber que ese arrojado espadachín me merece el máximo respeto como soldado y amigo y, es más, en su caprichoso proceder percibo ecos de mi propia juventud. Por ello, jamás podría consentir semejante relación con una protegida mía. ¡Cox es un potro salvaje cuya única raison d’être *es ganar el corazón y, por ende, la honra de inocentes doncellas para, a continuación, repudiarlas despiadadamente y lanzarse a la caza de otra presa!»*

«No, señor, podéis estar tranquilo en lo que respecta a Marcus Cox. Por encantador y gallardo que sea, no es Marcus quien ha robado mi corazón…, sois vos, Milord. Ya está. Dicho queda.»

Denby miró a Lorraine. Entonces advirtió la presencia de otra persona en la estancia. Se volvió, esperando ver a Marcus Cox. Sin embargo, era una silueta femenina. Ante sus ojos apareció la gran amiga de su difunta esposa, la casamentera Miss May. «Miss May, supongo que habréis tenido que ver en todo esto.»

«No tanto como acostumbro, pues los asuntos del corazón sólo pueden ser resueltos por los interesados. Ahora es asunto vuestro llevarlo a término, Milord. ¿Qué decís?»

Denby se asomó a las oscuras profundidades de los ojos de la bella Lorraine. «Digo que…», dio un vacilante paso al frente y la abrazó. «… ¡Te amo…, querida mía…, mi dulce Lorraine!» Besó a la hermosa joven y escuchó vítores cuando Harcourt y Cox hicieron acto de presencia en la sala. A pesar de todo, Lord Denby mantuvo sus labios sobre los de la encantadora dama.

«Bien», comentó en voz alta Cox a Harcourt, «¡seguro que ahora sí que nos espera una jornada campestre con esos malditos podencos!»

23. EL FINAL DE PERKS

Iba por la tercera botella de tinto en aquel bar de Kensington, pero después de consumir dos dedos fue incapaz de seguir bebiendo y decidió que no podía emborracharse más sin perder el sentido. Levantó con esfuerzo su mano hacia el camarero y salió a la calle tambaleándose.

Era todavía de día pero Perky Navarro estaba demasiado aturdido por la bebida para reaccionar ante el coche que se le venía encima. No sintió nada hasta que le atropelló y salió despedido por encima del capó, no se enteró de nada hasta que en el hospital volvió brevemente en sí.

Pesado y aturdido, Perky vio una aglomeración de caras alrededor de la cama, los rostros del equipo médico. Había, sin embargo, una que le resultaba familiar: un rostro impúdico que, retorciéndose grotescamente, distinguió entre las insulsas expresiones de inquietud profesional del personal sanitario.

Perky notaba que se le escapaba la vida, pero pudo ver cómo aquella cara se le aproximaba y escuchó unas últimas palabras: «Aquí eztáz en buenaz manoz, Perky, hijo mío. Te cuidaremoz como ez debido…»

Desgraciadamente, Perky Navarro pasó a mejor vida. Aquella noche, Yvonne Croft no tenía guardia, así que bajó al laboratorio del patólogo a ver a Glen. Oyó ruidos que salían del otro lado de una puerta del laboratorio. «¿Quién está ahí dentro?», le preguntó a Glen.

«Es Freddy», dijo sonriendo Glen, «es un viejo amigo del fallecido. Está un poco emocionado; está presentándole sus últimos respetos a su manera.»

«Ah», dijo Yvonne, «qué amable.»

«Sí», dijo Glen. «¿Te apetece un café?»

Ella sonrió y él la acompañó a la cantina.

24. PATOLÓGICAMENTE SUYO

Había dos hombres que desempeñaban un papel especialmente destacado en la administración del hospital St. Hubbin's. A ambos les resultaba provechoso de diferente manera. Los dos sabían que no renunciarían a lo que tenían, a lo que más apreciaban.

Alan Sweet, que era uno de ellos, había solicitado una reunión para ventilar las continuas acusaciones de prácticas irregulares por parte del cada vez más truculento patólogo Geoffrey Clements.

El patólogo apenas había empezado a hablar cuando notó la mordaza impregnada de cloroformo sobre su boca. Luchó, pero Freddy Royle, el segundo de los hombres más preocupados por las consecuencias de los descubrimientos del patólogo, descendía de una larga estirpe de granjeros y tenía un pulso excepcionalmente firme. Alan Sweet llegó a su lado enseguida, ayudándole a sujetar al patólogo hasta que cayó inconsciente.

Cuando Geoffrey Clements recuperó en parte la consciencia, sólo pudo debatirse por momentos contra sus ataduras. A pesar de que una muchacha de cabello rubio oxigenado llamada Candy lo estaba montando, y que el enorme consolador que ella ceñía a su estómago se hallaba bien introducido en su ano, y aunque otra chica, Jade, frotaba su entrepierna contra su rostro barbudo, Clements se sentía gozosamente relajado.

«Ooh, arf, ¡parece que ézte va a zer de loz buenoz!», gritó Freddy Royle, mientras la cámara del viejo apartamento de Perky comenzaba a grabar la escena. «Ezaz drogaz dilatadoraz zon de lo máz, ¿a que zí, Geoffrey, campeón?»

Lo único que Clements pudo hacer fue gemir silenciosamente contra el felpudo de Jade en un estado hiperextático.

«Este vídeo podría verlo mucha gente, Geoffrey. Claro que tú y yo sabemos que eso no va a ocurrir», dijo sonriendo Sweet.

«De hecho, creo que laz cozaz ziguen zu curzo habitual», rió Freddy. «Ooh, arf, ¡parece que ézte va a zer de loz buenoz!»

25. LORRAINE VA A LIVINGSTON

Rebecca lo pasaba como nunca en The Forum. La droga y la música la estaban transportando a cimas desconocidas. Se lo tomó con calma, sentada en el área de *chill-out*, disfrutando en su interior las oleadas del MDMA y la música. Miró a Lorraine, que bailaba sin parar al ritmo retumbante de los enloquecidos y apocalípticos sonidos de bocinas y sirenas de coche, efectos de delirante pesadilla urbana sobre un fondo de irresistible y seductor ritmo sincopado. Rebecca había acompañado a Lorraine a su casa de Livingston para pasar unas cortas vacaciones. Lorraine bailaba con un grupo de hombres y mujeres que conocía. Era la primera noche de *jungle* que se celebraba en The Forum, con dos de los *discjockeys* punteros de Londres a los mandos. Lorraine parecía feliz. Rebecca pensó en el título para su libro: *Lorraine va a Livingston*. Probablemente nunca lo publicarían. No importaba.

Y en medio de la jungla de Livingston, algo le sucedió a Lorraine. Se descubrió morreándose con alguien, mordisqueando unos labios que habían estado toda la noche junto a los suyos. Estaba bien. Era lo suyo. Se alegraba de estar otra vez en Livingston. Otra vez en casa.

La fortuna está siempre oculta

Novela de la industria farmacéutica

A Kenny Macmillan

PRÓLOGO

Stoldorf era un pueblo muy hermoso, una imagen de postal bávara. Estaba situado a unos ciento cuarenta kilómetros al noroeste de la ciudad de Munich, amparado en los confines del Bayrischer Wald, el exuberante bosque bávaro. El pueblo actual era el segundo Stoldorf; las ruinas medievales del segundo se hallan a poco más de un kilómetro y medio de camino, donde, hace mucho tiempo, el ancho Danubio había desbordado sus orillas y arrastrado con él parte del primitivo asentamiento. Para evitar el riesgo de futuras inundaciones habían trasladado el pueblo desde las márgenes del gran río hasta las laderas del bosque montañoso que asciende en estratos imponentes hacia la frontera checa.

Gunther Emmerich, al que unían vínculos familiares con la zona, había elegido aquella aldea idílica e impoluta para hacer de ella su hogar. La farmacia local había quedado disponible, y hacía seis años que Emmerich había decidido hacerse cargo de ella, abandonando su carrera en una gran compañía y sus tensiones intrínsecas.

Había sido una decisión acertada. Gunther Emmerich era un hombre satisfecho que pensaba que lo tenía todo. Además, tenía la perversa impresión de que así era como le veían los demás: un hombre mayor con una esposa joven, un hermoso bebé, salud y dinero. Como farmacéutico local, Emmerich tenía también cierta posición, y sus vínculos familiares le permitían integrarse en la comunidad con mayor facilidad que alguien sin esos antecedentes. Emmerich era por naturaleza demasiado modesto para presumir de su suerte y, por tanto, tendía a no provocar celos. Durante su carrera en la industria aquello había sido un factor adverso; gente de menos talento había progresado más en su carrera pura y simplemente a base de darse bombo. En Stoldorf, sin embargo, este defecto era decididamente una ventaja. Los lugareños respetaban a aquel hombre tranquilo, cortés y diligente, admiraban a su joven y bonita esposa y a su bebé. Así que aunque Gunther Emmerich tenía motivos para sentirse satisfecho, siempre le rodeaba un aire impreciso de fatal inquietud; como si supiese que lo que poseía podría serle arrebatado, de hecho le sería arrebatado, cualquier día. Gunther Emmerich no desconocía la fragilidad de la vida.

Brigitte Emmerich estaba, si cabe, aún más satisfecha con su vida. Tras una adolescencia plagada de problemas de personalidad y drogas, consideraba que haberse casado con el viejo farmacéutico había sido la mejor jugada de su vida. Pensaba en los días del Neuperlach District de Munich, consumiendo y traficando con anfetaminas. ¡Qué ironía haberse casado con un farmacéutico! No era, lo sabía, una relación basada en el amor, pero existía un profundo afecto que había crecido durante los cuatro años que llevaban juntos y que se consolidó aún más con el nacimiento de su hijo.

La apariencia de postal de Stoldorf, aunque plenamente convincente, era absolutamente superficial; como la mayor parte de los lugares, escondía algo tras la fachada. Stoldorf estaba situado en una región que, hasta hacía poco tiempo, había sido una de las más inaccesibles de Europa, replegada sobre la vieja divisoria entre este y oeste del Telón de Acero. En la oscuridad de la noche, el bosque que se cernía sobre el pueblo despedía un aura amenazante que dio pábulo a los antiguos mitos de Superbestias acechando en lo más recóndito. Gunther Emmerich era religioso, pero también un hombre de ciencia. No creía que una Superbestia acechara en el bosque, que observara a los aldeanos sin ser vista, aunque *él* a veces se sentía vigilado, espiado, escogido. Gunther sabía muy bien que la gente era capaz de mayor maldad que los monstruos. Baviera había sido la región clave en el desarrollo y ascensión del nazismo. Muchos ancianos de Stoldorf guardaban secretos, y nunca hacían demasiadas preguntas sobre el pasado. Esta característica local tenía su atractivo para Gunther Emmerich. Él entendía mucho de secretos.

Una fría mañana de finales de diciembre, Brigitte llevó a Munich a su hijo Dieter para hacer las compras de Navidad. Como cristiano, Gunther Emmerich estaba en contra de la masiva comercialización de la Navidad, pero disfrutaba de la ocasión y del intercambio de regalos. Dado que el niño había nacido justo antes de la última Navidad, ésta iba a ser su primera Navidad verdaderamente en familia. El último año había habido problemas. Después del nacimiento del niño, Brigitte sufrió una depresión. Gunther la apoyó, y le recomendó oración. Eso fue el baluarte de sus vidas: se habían conocido en una misión cristiana de Munich donde ambos trabajaban como voluntarios. Brigitte experimentó poco después una completa recuperación y estaba saboreando este periodo festivo.

Unos pocos minutos lo cambiaron todo.

Brigitte dejó al niño en la puerta de una tienda de regalos de un concurrido centro comercial de Munich sólo unos minutos, para entrar un momento y comprarle a Gunther un alfiler de corbata que se le había antojado. Cuando salió, niño y carrito habían desaparecido: en su lugar un espantoso vacío. Una sensación desgarradora, gélida, estalló en el extremo de su columna y recorrió cada una de sus vértebras, desintegrándolas una a una. Sacudiéndose la parálisis del miedo, miró frenéticamente a su alrededor: nada, sólo un tropel de consumidores navideños. Había carritos, pero no *su* carrito, no *su* bebé. Como si el corrosivo discurrir del miedo hubiese carcomido la estructura misma que la mantenía en pie, lo único que Brigitte pudo hacer fue soltar un sonoro gemido mientras se ovillaba y desplomaba sobre el escaparate de la tienda.

«*Was ist los? Bist du krank?*[15]», le preguntó una anciana.

Brigitte se limitó a seguir gritando mientras los rostros de todos los que estaban de compras se volvían hacia ella.

La policía tenía pocas pistas. Una joven pareja había sido vista alejándose de la tienda con un carrito de niño más o menos en el momento en que había desaparecido el hijo de Brigitte. Nadie recordaba demasiado bien su aspecto. Nadie se fijó: otra pareja joven con un bebé. Pero los testigos tenían la impresión de que con aquella pareja pasaba *algo*. Algo que resultaba difícil de concretar. Quizá algo que tenía que ver con su forma de moverse.

Ocho días más tarde unos perturbados Emmerich recibieron un paquete anónimo desde Berlín. Contenía, envueltos en politene, dos bracitos azulados, hinchados, regordetes. Ambos supieron de inmediato qué era y qué significaba: sólo Gunther sabía el porqué.

Los médicos de la policía dijeron que era imposible que el niño hubiese sobrevivido a semejante amputación, ejecutada con una herramienta tosca, una sierra por ejemplo. Había marcas por encima de las articulaciones del codo que mostraban que los brazos habían sido sujetados en un torno. Si no había muerto a causa del *shock*, la criatura de seguro se habría desangrado en cuestión de segundos.

Gunther Emmerich sabía que su propio pasado había regresado para tomarse cumplida venganza. Se metió en el garaje y se voló la cara con una escopeta que ni siquiera su esposa sabía que guardaba. Brigitte fue hallada por los vecinos drogada y en un charco de sangre tras cortarse las venas. La llevaron a un manicomio a las afueras de Munich en el que ha pasado en estado catatónico los últimos seis años.

JALEO

A decir verdad, joder, podría prescindir de todo este puñetero jaleo, en vista del trabajito que tenemos planeado para esta noche. Bueno, así ha quedado la cosa. Aquí no se viene en plan mogollón. A nuestro puto barrio no, eso sí que no, carajo.

«Hemos venido a ventilar un asuntillo, ¿vale?», dice en plan gallito el capullo ese de Ilford.

Me vuelvo hacia Bal, y después otra vez al bocazas de mierda de Ilford, «¿Sí?, pues vamos a ventilarlo entonces, joder. En la calle.»

Ahora me daba cuenta de que eso le bajó los humos al cabrón, porque al tío bocas y su colega, que era todo puta soma, pues se les veía un poco abatidos después de eso, me parece, joder.

Les, de la peña de Ilford, que no es mal tipo, decía: «Mirad, chicos, no hace falta tanto jaleo. Venga, Dave», me dice.

Pero nah, aquí no se viene a darle al pico. De eso nada. Paso del muy capullo, le hago un gesto con la cabeza a Bal y nos vamos hacia la puerta.

«Vosotros», dice Bal señalando a los tíos esos, Hypo y su colega, el bocazas de mierda ese. «¡Venga afuera, cabrones de mierda!»

Ellos nos siguen, pero pa mí que no tienen tantos cojones. Algunos de los guarros de Ilford hacen como que van a salir detrás de ellos pero Riggsie dice: «Quedaros ahí sentaos y beberos esa puta cerveza. Que lo resuelvan entre ellos.»

Así que yo y Bal nos vamos de cabeza hacia los dos chuloputas esos de Ilford y los muy cabrones no saben dónde meterse, son como corderos camino del puñetero matadero. Pero entonces veo que uno de esos cabrones lleva baldeo; saca una navaja, y él y Bal se están midiendo. Eso anima al otro tío porque yo pensaba que se iba a quedar parao a comérselas todas una detrás de otra, pero el muy cabrón me entra a saco. Me mete un par con bastante estilo y todo, pero lo que no tiene en cuenta es que yo soy un peso pesado y él uno ligero, así que no me importa llevarme unas cuantas con tal de llegar al cuerpo a cuerpo —cosa que hago— y la cosa termina antes de empezar. Le doy en la mandíbula y le meto un par de patadas que lo mandan al asfalto del aparcamiento del pub. «¡Pero si es el puto Kid Rembrandt! ¡Siempre con la cara pegada al lienzo!», le grito al muy guarro, que está acojonao en el suelo, con la chulería evaporada. Mi zapato desciende con fuerza sobre su garganta y se le escapa un ruido chillón y ahogado. Le pateo un par de veces. Muy decepcionante todo; a ese cabrón ya no le quedan ganas, así que salgo cagando leches a echarle una mano a Bal.

Lo que pasa es que al principio a Bal no se le ve por ningún sitio y después aparece con los ojos vidriosos que te cagas, la mano chorreándole sangre. Tiene mala

pinta. El cabrón le ha rajao y se ha najao, puta rata de mierda.

«¡Ese cerdo me ha metido en la mano! ¡El cabrón iba surtido! ¡En una pelea limpia! ¡Ese puto cerdo es historia! ¡Es historia, joder!», grita Bal, entonces se le iluminan los ojos al ver al tipo que he forrao, ahí tirao, gruñendo en la puta lona. «¡CABROOONEEES! ¡PUTOS CABRONES DE ILFORD!» Empieza a inflar a patadas al cerdo ese de Ilford, que se ha hecho un ovillo para protegerse la puta jeta. «Espera un poco, Bal, que te abro un poco a este cabrón», le digo, y empiezo a patearle la rabadilla al cabrón y eso le hace combarse, ofreciéndole a Bal golpes más claros en el melón del muy joputa. «¡CABRONES, YA OS ENSEÑARÉ YO A TIRAR DE BALDEO EN UNA PELEA LIMPIA, SO CAPULLOS!»

Dejamos ahí tirado al mamón de Ilford. Peor le hubiera ido si no llega a ser uno de los nuestros, no quiero decir de Mile End, pero como de casa. Bueno, ellos dicen que son de casa, pero no son de los de verdad. Eso ha quedado bien claro. Tropas de a pie, esos capullos. Se creen alguien y no lo son, joder.

De todos modos, dejamos al capullo ese en el aparcamiento y entramos en el Grapes a terminarnos la bebida. Bal se quitó la camiseta y se envolvió la mano con ella. Allí estaba, como un puto Tarzán. Estaba mal de la mano y tal, necesitaba en el acto unos puntos en urgencias del London Hospital, allí cerca. Pero tendría que esperar; era cuestión de aparentar, de impresionar.

Porque nos sentíamos de coña cuando entramos en el bar aquel, sonriendo como una pareja de gatos de Cheshire estábamos. Algunos de los nuestros jalearon cuando aparecimos; entonces se escabulleron por la puerta unos capullos de Ilford. Les, uno de esa peña, se nos acercó.

«Bueno, chicos, habéis ganado limpiamente», dijo. No es mal tío, Les: un gachó como mandan los cánones, sabes cómo te digo, ¿no?

Aunque Bal no es que esté muy contento. No es de extrañar, con el cazo rajado. «De limpiamente nada, cacho cabrón. ¡Algún cerdo le pasó a Hypo un baldeo!»

Les se limita a encogerse de hombros como si la cosa no fuera con él. Puede que no. No es mal tío, Les. «No sé nada de eso, Bal. ¿Dónde están Greenie y Hypo?»

«El tío bocazas es Greenie, ¿no? Visto por última vez en el aparcamiento en pedacitos pequeños que te cagas. Ese capullo de Hypo se ha ido al metro de cabeza. Probablemente a coger la línea East London al otro lado del puto río. ¡Seguro que ficha por el puto Millwall la próxima temporada!»

«Venga, Bal, que somos todos del West Ham. Ni lo dudes, joder», dijo Les. Les era legal, pero el mamón tenía algo que me mosqueaba. Eché la cabeza para atrás y le solté una en la tocha. Oí el crujido y le vi recular, intentando cortarse la hemorragia con la mano.

«No me jodas, Thorny…, estamos todos del mismo lado, joder…, no deberíamos estar peleándonos», dice boqueando que te cagas, mientras la sangre salpica el suelo. Y anda que no le sale, además. Ésa ha sido buena. Pero tanta sangre… Debería mantener la cabeza en alto el muy tontolculo. Alguien debería pasarle un pañuelo al

jodido.

«Y más vale que no lo olvidéis nunca cabrones de Ilford», gritó Bal, haciéndome un gesto con la cabeza. Miró hacia Shorthand y Riggsie. «Venga, chicos, traeros algo para Les y estos chavales. ¡Que somos todos del mismo equipo, joder!»

«¡Oi!», les grito a los de Ilford, «¡Que alguno de vosotros le traiga un pañuelo o una toalla del cagadero o algo al pobre Les, cabrones! ¿Es que queréis que se desangre, joder?»

Salen disparaos y todo, los muy cabrones.

Miré a Chris, el dueño, que estaba fregando los vasos. Parecía que estaba de mosqueo. «Perdona, Chris», grité, «simplemente le aclaraba un par de cosillas a un capullín. No quería causar molestias.» Él asintió con la cabeza. Un tipo legal, Chris.

Los capullos de Ilford se quedan a tomar un par, pero no de muy buen grado, y se ponen a hacer fila para excusarse y largarse. Bal tuvo que quedarse hasta que se marchó el último: haciendo de tripas corazón por lo de la mano. No interesa que ese cerdo de Hypo vaya por ahí fardando de que le ha metido un buen tajo a Barry Leitch.

Una vez que se han marchado me dice Riggsie: «Te has pasao un poco, Thorny, meterle semejante cabezazo a Les. Es un tío legal. Estamos todos del mismo lado, joder.»

Ya, y tú vas hasta el culo de éxtasis, chuloputas. No pienso discutir con él.

«De cojón», dijo Bal. «Thorny se lo hizo bien. Me ganaste por la mano, Dave. Sí, necesitamos a esos cerdos, pero no tanto como ellos se piensan.»

«Había algo en la actitud del cabrón que no me gustaba», les digo. «No ha mostrado suficiente respeto, ¿sabes?»

Riggsie sacude la cabeza, un poco jorobao y tal, así que no se queda mucho rato, y es mejor así, porque después de llevar a Bal para que le cosieran, yo, él y Shorthand volvemos a su casa a planear el trabajito de esta noche, que era lo que estaba en la agenda antes de que esos gilipollas de Ilford vinieran aquí a liarla.

Ya en la casa, nos sentimos todos a gusto, joder; bueno, Bal está un poco de morros por lo de la mano, supongo. Me echo un vistazo en el espejo que tiene: pero qué cachas estoy, joder. He estado machacándome a base de bien con las pesas. Tengo unos cuantos asuntos que resolver.

Miro a mis colegas: pueden ser unos capullos a veces, pero son los mejores colegas que podría tener. Bal, a él le saco la cabeza, pero también es un peso pesado. Shorthand es un poco canijo; es el gracioso del grupo, vaya. A veces te toca los putos huevos, pero es legal. Riggsie ya no viene tanto con nosotros últimamente. Siempre hemos sido los cuatro, ahora sólo somos tres, ¿vale? No está con nosotros, pero siempre está, ya me entiendes.

«Riggsie», se burla Bal. «Ahora es el puto señor paz y amor, ¿o no?»

Cómo nos reímos del cabrón.



LONDRES, 1961

Bruce Sturgess, como era su costumbre, estaba en la sala de juntas quince minutos antes de que fuera a comenzar la reunión. Revisó sus diapositivas, comprobando desde todos los asientos de la mohosa sala de paneles de madera la nitidez y claridad de imagen que el proyector reflejaba sobre la pantalla. Satisfecho, se encaminó hacia la ventana y miró el nuevo edificio de oficinas que estaban construyendo enfrente. Parecía que iban a pasarse la eternidad con los cimientos, pero, una vez terminados, la estructura se elevó rápidamente en el cielo, con lo que la memoria del perfil de la ciudad cambiaría durante al menos dos generaciones. Sturgess envidiaba a los arquitectos, a los urbanistas. Tienen sus propios monumentos, pensó.

La llegada de los demás le apartó de sus pensamientos. Mike Horton llegó el primero, seguido del entusiasta Barney Drysdale, con el que había disfrutado de una contundente velada de copas y conspiraciones la noche anterior en la barra del White Horse, al lado de Trafalgar Square. En el pequeño y concurrido bar, frecuentado sobre todo por el personal de la cercana Embajada de Sudáfrica, Barney y él pasaron mucho tiempo discutiendo la reunión. Barney le guiñó el ojo y después comenzó a hacer comentarios gregarios a los otros ejecutivos que iban entrando y ocupando las sillas alrededor de la amplia y encerada mesa de roble.

Como de costumbre, Sir Alfred Woodcock fue el último en llegar, tomando asiento lánguidamente en la presidencia. Bruce Sturgess pensó lo mismo que pensaba siempre que Sir Alfred se sentaba: QUIERO ESTAR DONDE ESTÁS TÚ AHORA.

El bisbiseo de la cháchara cesó de inmediato, si bien la atronadora voz de Barney siguió escuchándose un rato más, evidenciando su aislamiento. «Oh…, lo siento, Sir Alfred», se disculpó resueltamente.

La sonrisa de Sir Alfred era de impaciencia, pero albergaba en compensación una dosis de paternalismo indulgente que sólo Barney parecía capaz de provocar. «Buenos días, caballeros…, ante todo estamos hoy aquí para hablar de la Tenazadrina[16], el nuevo producto que nos proponemos lanzar, o quizá debería decir que Bruce nos contará exactamente por qué debe ser ésta nuestra nueva apuesta. Bruce…», dijo Sir Alfred, asintiendo con la cabeza.

Sturgess se levantó, sintiendo una oleada de poder. Con un aire de decidida jactancia en respuesta al semblante glacial de Mike Horton, puso en marcha el proyector. El puñetero Horton haciendo promoción de un inútil tratamiento para las jodidas úlceras bucales. Bueno, la Tenazadrina lo barrerá del mapa. Bruce Sturgess creía en su producto, pero por encima de todo Bruce Sturgess creía en Bruce Sturgess. «Gracias, Sir Alfred. Caballeros, voy a decirles por qué, si no tomamos la

delantera con este producto, esta compañía perderá una oportunidad que probablemente sólo surge en la industria farmacéutica a lo sumo dos o tres veces en la vida.»

Eso fue exactamente lo que hizo Bruce Sturgess en su presentación de la Tenazadrina. Horton sintió como se derretía la fría reticencia de la sala. Advirtió los enfáticos asentimientos y después el clima de creciente excitación. Notó que se le secaba la boca y pronto se vio necesitado de un lingotazo de su tan cacareado tratamiento para la úlcera de boca: un producto que, reconoció, estaría mucho, mucho tiempo en proceso de elaboración.

Este puto pasamontañas da demasiado calor, ¿no?: eso es lo que tienen. Más vale no pensarlo. Pero fue fácil que te cagas. Teníamos bien controlado el sitio, nos sabíamos de pe a pa el *modus operandi* de toda la familia. Eso hay que reconocérselo a Shorthand: las labores de vigilancia las hace bien. Eso sí, no es que los pijos estos te lo pongan muy difícil que digamos. Son animales de costumbres, ya lo creo. Y que siga así por mucho tiempo, carajo, porque es bueno para el negocio; y, como dijo una vez la mismísima Maggie, lo que es bueno para el negocio es bueno para Gran Bretaña, o algo así.

Lo único desagradable de todo el asunto es que fue la mujer quien abrió la puerta. Bueno, yo era el ariete así que le sacudí sin más en todo el morro y cayó hacia el interior de la casa, desplomándose como un fardo y quedando tirada, retorciéndose en el suelo como si estuviera sufriendo un ataque, carajo. Sin hacer un solo ruido, ni chillar ni nada de eso. Pasé y cerré la puerta. La manera en que estaba allí tendida… lamentable que te cagas; como que me enfadé con ella, sabes. Bal se agacha y le pone un cuchillo en la garganta. A medida que ella lo enfoca y se da cuenta de lo que es, los ojos se le saltan de las órbitas, carajo. Entonces se arrebuja los muslos con la falda. Eso me saca de quicio, vaya que sí; como si quisiéramos algo de ella, la muy cocha, como si fuéramos unos enfermos o algo así.

Bal le habla bajito con su voz de negrata, como de las Indias Occidentales y tal: «Cierra el pico y vivirás. Intenta jodernos y tu culito blanco es historia, vieja.»

Todo un profesional, nuestro Bal, hay que reconocérselo. Hasta se ha oscurecido los ojos y la boca bajo el pasamontañas. La mujer se limita a mirarle fijamente; con unas pupilas como platos, como si algún capullo le hubiera endilgado un éxtasis.

Entonces aparece el tipo ese, el marido. «Jackie…, por el amor de Dios…»

«¡CIERRA LA PUTA BOCA mamón!», le grito con mi acento Jock[17]. «¡SI QUIERES QUE TU MUJERCITA SIGA DE UNA PIEZA TENDRÁS LA PUTA BOCA CERRADA! ¿VALE?» Asiente todo tímido y tal, y dice: «Por favor, llevaos lo que queráis, pero no…»

Me acerco a él y golpeo su cabeza repetidamente contra la pared. Tres veces lo hago: una por el negocio, otra por diversión —porque odio a esos mamones— y otra para darme suerte. Después le meto con la rodilla en los huevos. Se desploma contra la puta pared con un gemido, desgraciao capullín. «¡Te he dicho que estuvieras callado, joder! *He dicho* que os callarais y que hicierais lo que os mandemos y así no haremos daño a nadie, ¿no?» Él asiente con la cabeza achantado que te cagas, encogido contra la puñetera pared, pobre gilipollas.

«Como me des algún problema, hijo mío, aquí tu señora no va a servir ni para

donar órganos. ¿Estamos?»

Asintió hacia mí, cagándose por las tracas.

Es curioso, pero cuando yo era canijo, la gente, gente como esta escoria presuntuosa, siempre le decía a mi viejo —que es escocés— que no entendían el acento *Jock*. Lo divertido es que cuando hago estos trabajitos siempre parecen recibir el mensaje alto y claro, anda que no.

«Ésa es la actitud que nos gusta ver», dice Shorthand, con acento de puñetero *Mick*[18]. «Ahora, caballero, le agradeceré que recoja todo el dinero y las joyas que haya en la casa. Ya. Y lo mete en esta bolsa, ¿vale? Si lo hace bien y sin ruido, ni siquiera habrá que despertar a esos pobres niños que están arriba, ¿verdad que no? Venga.»

Lo de los acentos es muy bueno: tácticas para despistar a la pasma. Me sale un buen *Jock* gracias a mi vieja y a mi viejo. El irlandés de Shorthand no está mal, un poco exagerado a veces, pero el jamaicano rasta de Bal es de puta madre.

El capullo cagao del marido va de aquí para allá con Shorthand, mientras Bal sujeta firmemente a la señora con el cuchillo en su garganta; demasiado firmemente, diría yo, el muy guarro. Hago unas buena tazas de té para todos, lo que no resulta tan fácil con los guantes puestos y eso, joder.

«¿Hay galletas, encanto?», le pregunto, pero la pobre vacaburra no puede ni hablar. Señala un armario sobre la encimera. Echo un vistazo. «Que me jodan, un paquete de KitKats. Cojonudo.»

Dios, qué calor da este pasamontañas, joder.

«Siéntate en el sofá, encanto», le digo. Ni se mueve. «Ponle el culo ahí, Bobby», le digo a Bal. La lleva hasta el sofá, pasándole el brazo por encima como si fuera su puñetero novio o algo por el estilo.

Coloco el té delante de ella. «Ni se te ocurra tirarle ese té a la cara a nadie, encanto», le digo, «o ¿sabes los chavalines esos de arriba? ¡Serán pasto de los gusanos, joder!»

«Yo no…», tartamudeó. Pobre mujer, carajo. Sentada en casa viendo la tele y le pasa esto. No quiere uno ni pensarlo.

Bal no está demasiado satisfecho. «Bébete el jodido té, vieja. Mi amigo este aquí, Hursty, hace buen té. Tú bebe té de Hursty. ¿Te crees que somos tus putos esclavos? ¡Zorra blanca!»

«Oye, oye, venga, tú. Si la señora no quiere té, pues la señora no tiene que tomar ningún té», le dije a Bal, o Bobby, como le llamaba.

Cuando salíamos a hacer trabajos como éste, éramos siempre Hursty, Bobby y Martin; así nos llamábamos. Venía por Bobby Moore, Geoff Hurst y Martin Peters: los *Hammers*[19] que nos hicieron ganar la Copa del Mundo en 1966. Bariy era Bobby, el capitán; yo era Hursty, el ariete. Shorthand…, bueno, se creía Martin Peters, el cerebro: diez años por delante de su tiempo y toda esa mierda.

Por supuesto, no había demasiada pasta en la casa: sólo sacamos unas doscientas

libras. En estos puñeteros sitios nunca hay un puto chavo. En realidad sólo lo hacemos porque es fácil y nos pone. Además hace que no pierdas la costumbre de planear y todo eso. No puedes permitirte el lujo de oxidarte. Por eso somos la escuadra número uno del país: el truco está en la planificación, ¿que no? Cualquier gilipollas puede entrar a saco; son la planificación y la organización lo que distingue de la puñetera chusma a los auténticos profesionales. De todos modos, Shorthand le saca los números de las tarjetas al marido y hace una excursión por los cajeros y vuelve con seiscientos papeles. Esas putas máquinas y sus máximos de mierda. Lo mejor es esperar hasta medianoche, entonces, a las 23.56 o lo que sea, sacas doscientos, y después, a las 24.01, otros doscientos. Ahora son sólo las 23.25, y eso es demasiado esperar. Siempre hay que dejar un poco de tiempo extra por si hay follón. Pero ésta… ésta fue fácil que te cagas.

Los maniatamos y Bal cortó el cable del teléfono. Shorthand le puso la mano encima del hombro al tío. «Ahora no vayáis a contarles nada a los guardianes de la ley, ¿me oís? Claro, tenéis dos niños encantadores allá arriba que responden a los nombres de Andy y Jessica, ¿verdad que sí?»

Ellos asintieron espantados.

«No querréis que volvamos otra vez a buscarlos, ¿verdad que no? Venga.»

Le miraron aterrorizados, los muy cagones. Dije: «Sabemos a qué colegio van vuestros chavales, con qué grupo *scout*, quién es su guía de patrulla; lo sabemos todo. Pero si vosotros nos olvidáis, nosotros os olvidamos, ¿estamos? ¡Habéis tenido suerte!»

«Así que nada de policía», susurró Bal, acariciando la cara de la mujer con el dorso de su cuchillo.

Un lado de la cara de la titi se había hinchado, y de qué manera. Eso me hizo sentir raro. No soy partidario de pegar a las mujeres: no soy como mi viejo. Pero ya no le pega a mamá, no le pega desde que le dije al cabrón que más le valía no hacerlo. Eso es algo que yo nunca haría, pegarle a una mujer. Esta noche, bueno, no cuenta porque se trata de negocios, y no hay más cáscaras. Eres el ariete y no puedes defraudar a la afición. El primer capullo que abre la puta puerta se la come, ni mujer ni su puta madre, con toda la fuerza que le puedas echar. Y yo le puedo echar mucha, ya lo creo. Y es que toda la faena depende de ello y no se puede defraudar a la afición. Hay que ser profesional, ¿vale? Lo que yo digo, negocios, y lo que es bueno para los negocios es bueno para Gran Bretaña, y a mí me gusta hacer algo por la *Union Jack*[20]. Simplemente, hay que dejar de lado todas esos gustos y manías personales, no vienen a cuento. Pero meterle a una mujer no es algo que me mole: no es lo mío. No digo que esté mal del todo porque conozco algunas que se merecen una buena mano de hostias; lo único que digo es que no supone una verdadera satisfacción.

«Bueno, es un placer hacer negocios con gente tan distinguida», dice Shorthand, y nos vamos a tomar por culo y dejamos a la familia en paz, mientras nosotros

disfrutamos de un buen subidón de adrenalina. Lo que me alegra es no haber tenido que despertar a los chavales. Yo también tengo uno y sólo de pensar en que un cabrón hiciese algo así con él…, bueno, no hay cabrón que se atreva, joder. Aunque la idea me da que pensar, hasta me hace recordar que tengo que pasarme a verle. Puede que mañana por la mañana me pase por allí y tal.

WOLVERHAMPTON, 1963

Spike se rió y levantó la pinta de cerveza Bank, deteniéndola a escasos centímetros de sus labios. «Salud, Bob», sonrió, mientras sus ojos hundidos se estrechaban en una angosta ranura que parecía una boca, «¡que todos tus problemas sean *pequeños*!»

Bob guiñó el ojo y le dio un sorbo a su pinta. Sonreía a sus compañeros de trabajo que estaban alrededor de la mesa. Estaba a gusto con todos, incluido Spike. Spike no era tan malo. Si no quería prosperar, eso era asunto suyo. Spike seguiría feliz amorrado a los Scotlands durante el resto de su vida; sin otra ambición que despilfarrar una buena paga en más bebida y en caballos desahuciados. Había notado como crecía el abismo entre ellos desde que se mudó, y tenía que ver con algo más que su traslado a Ford Houses Estate. Recordó lo que Spike había dicho: Para qué queréis ir a vivir allí y gastar una pasta gansa en una puñetera casa si el ayuntamiento os puede alquilar una a buen precio. ¡Hay que disfrutar la vida!

Ésa era la idea que Spike tenía de la diversión, echarse al coleto unas Banks. Molyneux's North Bank un sábado después de echar la quiniela. Ésa era su vida, y de ahí no le sacaban. Bob era de clase trabajadora y se sentía orgulloso de ello, pero era un obrero cualificado. Quería lo mejor para su familia.

Su familia. El primero ya en camino. Este pensamiento y el ron que tomaba con su pinta le confortaban.

«¿Otra, Bob?», le instó Spike.

«No sé yo. Tengo que ir al hospital esta noche. Puede ocurrir en cualquier momento, dijeron.»

«¡Chooorraaadas! ¡Los primeros siempre llegan tarde, todo el mundo lo sabe!», rugió Spike, mientras Tony y Clem tamborileaban alentadoramente con sus vasos vacíos sobre la mesa.

Pero Bob se levantó y se marchó. Sabía que hablarían de él y lo que dirían: que se había vuelto un blando, que estaba desperdiciando su excusa para emborracharse; pero no le importaba. Él sólo quería ver a Mary.

Fuera llovía; una llovizna monótona, lenta. Aunque era todavía por la tarde, la oscuridad invernal comenzaba a caer y Bob se subió el cuello del abrigo para protegerse del azote del viento. Divisó un autobús de la Midland Red que en seguida estuvo junto a él; a continuación, pasó de largo como una exhalación ante su mano tendida. Iba medio vacío y él estaba en la parada y el autobús no se detuvo. Lo estúpidamente injusto del asunto le aturdió e irritó. «¡Me cago en la puta madre de los Midland Red!», gritó a la parte trasera bamboleante y burlona a medida que se alejaba. Siguió a pie de mala gana.

Notó que algo iba mal cuando llegó al hospital. Fue sólo un fogonazo, la efímera sensación de que algo fallaba. Todos los futuros padres deben sentirse así, se dijo. Entonces volvió a sentirlo.

Algo había ido mal. Pero ¿qué podía ser? Estamos en el siglo XX. Nada falla en estos tiempos. Estamos en Gran Bretaña.

Bob casi perdió el aliento cuando vio a su mujer en la cama, aullando a pesar de que evidentemente la habían sedado. Tenía un aspecto horrible. «Bob…», gimió.

«Mary…, qué ha pasado…, lo has tenido…, está bien…, ¡dónde está el bebé!»

«Ha tenido una nenita, una niña sana», dijo una enfermera sin entusiasmo ni convicción.

«No me dejan verla, Bob, no me dejan abrazar a mi bebé», gimoteó Mary.

«¡Qué está pasando aquí!», gritó Bob.

Otra enfermera había aparecido a sus espaldas. Mostraba una cara larga, torturada. Era el rostro de alguien que ha visto algo a la vez aterrador e incomprensible. Su actitud profesional le sentaba como un esmoquin de estreno a un vagabundo. «Han surgido uno o dos imprevistos…», dijo titubeando.

Aún no ha cambiado el puto cerrojo; ella sabe lo que le pasaría si lo intenta. Me guardé el juego de llaves de este cagadero después de mudarme. Le dije que necesitaba un sitio propio. Era lo mejor para todos. Pero claro, seguí guardando una llave de este queo para poder acercarme y ver al pequeño: era lógico que quisiera hacerlo. Ella oye mi llave en la cerradura y me pone una cara muy rara cuando paso. Pero el muchachete está aquí, asomando detrás de ella.

Fuma delante de él, además. Cuarenta al día se fuma, joder. Hábitos de guarra. Odio ver fumar a las tías. En los tíos es diferente y tal, pero en las tías resulta vulgar, sobre todo en las tías jóvenes. Quiero decir, no hablo de mi vieja y tal. Me refiero a que ella disfruta bastante poco de la vida ya de por sí; yo no le privaría de su fumeque. Pero en las tías jóvenes queda como muy putón. Después hay que tener en cuenta lo de la salud. Eso es lo que le dije la última vez que subí. Le advertí a la muy guarra que no fumara delante del crío. Hay que tener en cuenta lo de la salud, carajo, le dije. Más vale no pensarlo.

«Necesita zapatos nuevos, Dave», dice.

«¿Ah, sí? Pues ya le conseguiré yo un par, ¿no?», le digo. No pienso darle más guita, joder. Esa guarra se lo gastaría en el par más barato que haya en beneficio de su fumeque. No soy tan corto, joder.

El pequeño me mira.

«¿Cómo está mi chaval, eh?»

«Bien», dice.

«¿Bien?», suelto yo. «¿Cómo que bien? ¿Qué tal entonces un beso para tu papaíto, eh?» Se acerca y me da un beso sonoro junto al morro. «Éste es mi chico», le digo, despeinándole. Pero voy a tener que dejar la milonga esta de los besuqueos, ya se está haciendo demasiado grande para eso, puñeta. Podría volverse un blandengue con tanta zalamería; peor aún, podría convertirse en una de esas mariconas que se ven por ahí. Eso no es natural. Me vuelvo a ella, «Oye, ese maricón menorero no seguirá merodeando por el colegio, ¿verdad?»

«Nah, ya no he vuelto a oír nada del tema.»

«Pues si oyes algo me lo dices de inmediato. Ningún bujarra asqueroso va a acercarse a mi chico, ¿no es así, hijo? ¿Recuerdas lo que te dije si alguien te incordia en el colegio?»

«¡Patada en los güevos!», dice él. Me río y jugamos un poco a boxear. Manos grandes para ser un chavalín; de tal palo tal astilla, eso si la Guarra lo cría como está mandado.

La Guarra. Aunque hoy tiene una pinta bastante apetitosa, arreglada y todo. «¿Te

ves con alguien, nena?», le pregunto.

«Ahora mismo no», suelta ella, así como muy presumida y tal.

«Entonces bájate las putas bragas.»

«¡Dave! No hables así. Delante de Gary, no», dice ella, señalando al pequeño.

«Sí, ya. Escucha, Gal, toma esta pasta y píllate unos caramelos. Ahí tienes las llaves del coche, ésta para abrir la puerta. Espérame dentro, ¿vale? Sólo tardo unos minutos. Tengo algunas cosas que decirle a mamá; cosas de mayores y eso.»

El pequeñajo se marcha remoloneando con la pasta, y entonces ella empieza a darme la vara.

«No me apetece», dice.

«Me importa un carajo lo que a ti te apetezca, ¿vale?», le digo. Ni pizca de respeto, joder, ése ha sido siempre el problema de la Guarra, una especie de deficiencia de carácter. Pone esa puta cara, pero sabe lo que hay y se despelota y se va para el dormitorio. La tumbo en la cama y empiezo a besarla, mi lengua en esa horrible boca de cenicero. La abro de piernas y se la meto sin problema, la muy guarra lo tiene como una puta esponja empapada, y comienzo a darle lo suyo. Sólo quiero descargar la tubería y largarme de allí al puñetero coche. El asunto es que siempre que se la meto no consigo correrme, carajo…, y ya estamos otra vez, joder, debería habérmelo imaginado. Se vuelve loca que te cagas; la que no quería saber nada además, joder, ella se vuelve majareta y yo sin poderme correr, joder.

JODER, CÓMO ODIO A ESTA CABRONA ASQUEROSA VACABURRA DE MIERDA Y YO SIN PODERME CORRER, HOSTIAS.

Quiero hacer pedazos su puto coño apestoso, hacerle daño de verdad a esta zorra asquerosa, pero cuanto más duro le doy, más a gusto está, y disfruta cada minuto, la puta guarra asquerosa y pervertida…, esto no debería ser así…, no dejo de verle, el Lyonsy del Millwall, no dejo de tenerlo en la cabeza. Trato de joder vivo a Lyonsy en vez de a ella. Aquella bulla que tuvimos en el túnel de Rotherhithe cuando yo le metí primero y le sacudí tres putas veces a ese cabronazo y él se limitó a quedarse allí encajándolas todas, echándome esa puta mirada, como si yo no fuera más que un puñetero juguetito.

Entonces él me pegó a mí.

«¡DAAAAAVEEE! ¡DAAAAVEE!», grita ella corriéndose que te cagas de la olla, sabes, «QUÉDATE, QUÉDATE PARA SIEMPRE, PODEMOS HACER QUE FUNCIONE, OH, DAVE… ¡OH, DAAAAVEE!» Se encabrita como un puto semental, puedo sentir su fuerza debajo de mí y su tamaño en relación conmigo además y yo estoy que me muero por dentro mientras ella se apacigua y yo la saco todavía hecha un puto ladrillo y tengo que alejarme inmediatamente de esta guarrindonga, porque, si no, no me hago responsable de lo que pueda hacer.

Me visto y ella luce en el rostro una enorme sonrisa y sigue con lo de que nadie podrá cambiarme jamás, y antes, cuando decía eso, me hacía sentir especial, de eso no hay duda, pero me hace sentir un pedazo de inútil que te cagas del que todo el

mundo se ríe para sus adentros.

«Ya», le digo, yéndome a tomar por culo y bajando al coche, pero no estoy de humor para el puñetero crío. Ahora no: no ahora que esa puta guarra lo ha estropeado todo. Lo coloco en casa de mi hermana: allí está más contento, jugando con los críos de ella. En realidad a mí los críos no me van mucho, a decir verdad.

Vuelvo a mi piso y cojo un *Playboy*, ese en el que sale la guarra de Opal Ronson. Le he quitado las grapas y lo pego en la nevera usando los imanes. No es que compre revistas guarras habitualmente, sólo si sale alguna estrella en pelotas. Es bueno ver en cueros a las putas estrellas, algo así como ver a alguien conocido. Acaba con el misterio, joder, las hace como más accesibles y tal. Tengo un melón fresco en la nevera al que ya le he hecho tres agujeros del ancho y largo de mi erección; dos en un extremo y uno en el otro, para el coño, el ojete y la boca de Opal. Le pongo un poco de carmín al de la boca. Después echo un chorro de crema para manos Pond's en los otros y allá que vamos, joder…, dónde la quieres, muñeca, en los morros, en el culo o en el coño…, me concentro en la imagen de Opal agachándose, con la espalda arqueada y no consigo entender lo que me dice, si la quiere o no en el coño o en el ojete y algo en esos ojos negros me dice que quizá Opal no es la clase de chica a la que uno se la pueda meter por la puerta de servicio en la primera cita, pienso en ella actuando en *Asuntos de seducción…*, naah…, aunque también en esa de *Paranoia*, desde luego; entonces pienso: A la mierda, a lo mejor la muy zorra necesita que le den una buena lección y, joder, para adentro que te va…, fuá, te va a partir por la mitad, chiquilla…, fuá…, ¡UOOOO!

La cabeza me da vueltas que te cagas mientras bombeo lefa sin parar dentro del melón. Unos imaginarios segundos en la cloaca de Opal dan resultado. Dios te bendiga, chiquilla.

Echo una cabezada en mi sofá y cuando me despierto intento mirar la caja tonta pero no consigo sosegarme. Trabajo un poco con las mancuernas y compruebo mis pectorales. Empiezan a estar más definidos, pero todavía siguen un poco amariconados, como los de los bujarras que se pavonean por el club. Lo que quiero es churrasco, para tener potencia de pegada. Después de un rato me bajo al Blind Beggar. No hay ni dios, así que pruebo en el Grave Maurice. Allí están todos: Bal, Riggsie, Shorthand, Roj y también John. Me pillo una pinta de negra amarga y me acerco. Hay buen palique, y empezaba a relajarme y a entrar en el rollo cuando oigo el ruido ese en la barra.

«¡HEEEYYYYGGGHHHH!»

Me vuelvo y lo veo. Ese lamentable hijo de puta, mi puñetero viejo. Mírale: dando tumbos pasao del tarro que te cagas, molestando al personal. Triste que te cagas, él es así, siempre lo fue. Joder, ahora la plaga nos jipa y se acerca. Bal, Riggsie y Shorthand, vaya, disfrutando como unos cabrones cada minuto de mi puto bochorno, claro.

«¡Todo bien, hijo! ¿Le pagas una copa a tu viejo o qué? ¿Eh?», dice. Va ajumao

que te cagas, el cabrón.

«Estoy tratando de tener una conversación aquí, hostias», le digo.

Enarca las cejas y me mira como si fuera gilipollas. Entonces pone los brazos en jarra. «Ah, conque una conversación, ¿eh?…»

«Tranqui, Mr T., ahora mismo iba a por ellas, ¿vale?», dice Bal, y sale disparado a la barra. Vuelve con una pinta y un enorme scotch para el capullo del viejo.

«Eso es un hombre», dice señalando a Bal. «El joven Barry, ése…, Barry Leitch…, ¡eso es un hombre *de verdad*, joder!», sonríe, brindando hacia Bal, que le corresponde. Entonces me cala a mí mirándole fijamente. «¡Eh, qué pasa con tu jeta!»

Estoy furioso que te cagas con el capullo del viejo.

«Qué paaassaaa…»

Esa puta cara de escocés cervecero, esa estúpida voz *Jock* jadeante; no para, ni un puñetero instante. Quiero hacer callar esa voz estúpida de verdad.

«¡Nada!», salto yo. Entonces el capullo del viejo me pasa el brazo por los hombros y se vuelve hacia Bal y Riggsie. Voy a meterle al muy cabrón, hostia…

«Éste es mi chico. ¡Y es un gilipollas que te cagas! ¡UN PUTO GI-LI-PO-LLAS! Pero aun con todo mi chico», dice. Y después: «Eh, hijo, ¿me subvencionas entonces? Estoy a la espera de un buen cheque del seguro, hijo. Me dijeron que hoy ya estaría aquí, así que allí estaba yo anoche, en el canódromo, pensando que estaría forrado y arreglado para esta mañana…, sabes cómo te digo David…, ¿eh, hijo?»

Saco un par de billetes de diez. Lo que sea con tal de librarme del viejo chuloputas de los cojones.

«Eres un buen muchacho, hijo. ¡Un buen muchacho PROSTANTE!»

Miró a su alrededor y a continuación se arremangó. «Sangre de mi sangre», le dijo a Riggsie, «sangre prostante.»

«Estoy seguro de que es de pura cepa, Mr T.», dice Riggsie, y Bal y Shorthand y Roj y Johnny y demás se echan unas buenas risas, y yo también, pero no me gusta la lengua de Riggsie. Capullo o no, sigue tratándose de mi viejo. Lo que hace falta aquí es un poco de respeto.

«Así es, hijo. ¡Cien por cien prostante!», dice el payaso del viejo. Entonces, afortunadamente, mira a su alrededor y ve a otro viejo bolinga que entra en el bar dando tumbos. «Muy a mi pesar os tengo que dejar, muchachos. En la barra hay un buen amigo mío, que lo sepáis…, bueno, a cuidarse, muchachos. ¡Nada de jaleo futbolero! ¡Cuento con que no perdáis la cabeza, muchachos! Tenéis que tener la mentalidad de las grandes ocasiones…, ¡mierda! Los Billy Boys…,[21] os podíamos haber enseñado un par de cosillas…, ésos sí que eran tipos duros *de verdad*…, los Bricktin Billy Boys, ¡estoy hablando de los auténticos Bricktin Billy Boys! Recordad, muchachos, hay que dar primero y sin cuartel. ¡Tenéis que tener la mentalidad de las grandes ocasiones!»

«Como tiene que ser, Mr T.», dice Bal.

El capullo del viejo se levanta y se acerca tambaleándose al otro viejo y

lamentable cabronazo que está en la barra.

«¡LA MENTALIDAD DE LAS GRANDES OCASIONES!», se vuelve y grita.

Estoy mosqueado que te cagas. Sólo hay un sitio al que se pueda ir cuando te sientes así. Un autobús a London Bridge y un agradable paseo por Tooley Street, junto a Jamaica Road, y de vuelta a casa en metro desde Rotherhithe. Sólo nosotros seis.

Bal sonrió, «Yo estoy por eso. Vamos a mearnos en esos bastardos.»

Riggsie se encoge de hombros, Shorthand y los demás también. Nos acompañarán, pero en realidad les faltan bemoles.

A mí no. Apuro mi pinta, relajando el gaznate y bebiéndomela de un trago y sintiendo ese regüeldo gaseoso a medida que me llena la tripa. Es hora de moverse.

TORONTO, 1967

Bob miró al pequeño que su esposa llevaba en brazos. Por un segundo pensó en otro país, otra esposa y otro niño…, no. Se detuvo mientras acariciaba la mejilla cálida y colorada del bebé. Eso fue en otra época, en otro lugar. Aquél era el Bob Worthington de Wolverhampton. Este Bob Worthington había iniciado una nueva vida en Toronto.

Se quedó en el hospital durante unas horas y después, agotado pero jovial, tras haber pasado toda la noche en vela, emprendió el largo viaje en coche hasta su casa de las afueras. En su calle todas las casas eran distintas, a diferencia de los arrabales de ladrillo rojo construidos en masa de los que procedía, aunque de todos modos un extraño aire de uniformidad seguía impregnando su barrio. Aparcó el coche en el estrecho camino de entrada del garaje.

Bob miró la canasta de baloncesto que estaba suspendida a la altura reglamentaria de 3,05 metros sobre la puerta del garaje e imaginó a su hijo creciendo, incluso lo vio ya joven, saltando como un salmón para encestar. Este niño tendría las oportunidades que las circunstancias le habían negado a él. De eso se encargaría él. Mañana tendría que volver al trabajo; eso es lo que había que hacer cuando uno era su propio jefe. Ahora mismo estaba reventado. Mientras se iba a la cama, Bob rogó por un profundo sueño con imágenes definidas por los maravillosos acontecimientos del día. Deseó que no aparecieran los demonios.

Eso era lo que deseaba más que nada en el mundo.

TÍAS DECENTES

Ahí estamos, sentados en el puto aparcamiento, en la parte trasera de la furgona. Ni dios quiere nuestra puta mandanga; todo esto ha sido una puñetera pérdida de tiempo. Pues yo estoy pensando que si por aquí la cosa no se anima un poco pronto, me voy a meter un buen éxtasis y me voy de cabeza a donde está el cotarro. Bal está en el otro carro con unos tíos, no está por entrar. Bueno, que haga lo que le parezca, yo no voy a quedarme colgado aquí, ¿no?; ahí dentro hay tías a mogollón.

«La bulla aquella de la semana pasada, en ese pub y tal, fue acojonante», dice Shorthand.

«Ya, después de que te quitara de encima a aquellos tíos», le digo. De no haberlo hecho, el mamón habría estado listo. «Puto punto final, ¿vale?»

«Ya, durante un momento pensé que estaba bien jodido. Pero fíjate, en cuanto le eché mano a un vaso, fuuaa…, me ventilé a todos aquellos cabrones: a izquierda, derecha y por el centro, hostias.»

«El gordo cabrón ese de detrás de la barra», dice Johnny, «tenía bastante buen estilo, joder.»

«Ya», suelto, «lo tenía hasta que le di con aquella banqueta de metal. Eso estuvo de campeonato. Lo recuerdo muy bien: fantástico que te cagas la forma en que se le abrió la ceja al muy cabrón.»

Veo a Shorthand revolviendo en una bolsa de plástico buscando cerveza. «¡Eh, Shorthand! Dame una puta lata, cacho cabrón», le grito. Me pasa una lager. McEwan’s.

«Puto meado escocés», dice, y después: «Perdona, colega, me olvidé.»

«No te preocupes.»

«Quiero decir, mierda, no es que seas escocés en realidad. Es como mi viejo, que es un *Mick*, y mi vieja, que es polaca, ¿no? Eso no me convierte en un polaco de habas, ¿verdad que no?»

Me limito a encogerme de hombros. «Somos todos unos mil leches del cagarse, colega.»

«Ya», sale Shorthand, «pero somos todos blancos, ¿no? La pureza racial y todo eso.»

«Ya, supongo que llevas razón en eso, colega», digo yo.

«Quiero decir, no es que diga que Hitler estuviera necesariamente en lo cierto, ojo. No fue culpa suya que no fuera inglés.»

«Ya, Hitler era un gilipollas que te cagas», le digo. «Dos guerras mundiales y una copa del mundo, colega. Todas ganadas por los muchachos de azul y grana.»

Shorthand empieza a cantar. No hay quien le pare cuando empieza con algunos de

los clásicos del West Ham. «No hay quien pueda con los azulgranas, todo es un clamor con los azulgranas…»

Riggsie se sube a la furgona. Bal le sigue con el cabrón de Rodger. «¡Venga para adentro, cacho cabrones!», dice Riggsie, «¡Es una pasada allá dentro! La música, ya te digo, ¡hace que los pelos del cogote se te pongan de punta, carajo!»

«¿Te digo lo que a mí me pone de punta los putos pelos del cogote?», digo.

«Las gaitas», suelta Shorthand.

«Nah. Ahí dentro hay unos cabrones trapicheando, y no son de nuestro equipo, puñeta», le digo a Riggsie.

Bal dice: «Ya, joder, tienes toda la razón, Thorny. Le van a partir la jeta a algún cabronazo ahí dentro.»

Eso le cierra el pico a Riggsie a base de bien. Es un puto blandengue, un capullo estúpido. Esos bobos presuntuosos, esos cabronazos flacuchos con enormes bolsas llenas de pirulos, no hacen más que darle coba. No es de extrañar que no haya forma de colocar nuestros paracetamoles y bicarbonatos.

«Nah, no es eso», suelta Riggsie, «lo que pasa es que parece que esta noche todo dios haya pillado antes de venir aquí.» Le pasa un pirulo a Bal. «Ten, toma uno.»

«Vete a tomar por culo», bufa Bal. Sigue sin estar por la labor. A la mierda, me trago un éxtasis y me voy para dentro con Riggsie.

Shorthand también se ha echado uno al coleto y sale detrás de nosotros.

Dentro, controlo a un grupo de tías que están de pie contra la pared. Hay una a la que no puedo dejar de mirar. Me siento un poco pocho, como si tuviera que echar una cagada enorme, y entonces me doy cuenta de que es porque voy hasta el puto culo de tanta mandanga y además está esa puñetera música.

«¿Y tú qué coño miras?», dice ella acercándose sin más y soltándomelo directamente. En realidad yo no me dedico a mirar a las tías como tales. Quiero decir, tal y como yo veo las cosas es cuestión de modales. Shorthand, bueno, él simplemente intimida a las chorbas. Se las queda mirando fijamente; probablemente piensan que las va a violar o algo así, joder. Le he tenido que dar algún toque al respecto. Que no te vea yo mirando así a las tías, le digo. Si quieres mirar así a algún cabrón, te vas por Old Kent Road y lo intentas con unos cuantos tíos del Millwall. Hay que tratar con respeto a las periquitas. ¿Qué te parecería ver a algún cafre o cazador de cabezas mirando así a tu hermanita?

Pero aquí estoy, mirando a esta chica. Y no es sólo porque sea tan guapa, que lo es, es preciosa que te cagas. Es que acabo de tomarme el éxtasis este y estoy mirando fijamente a esta chica que no tiene brazos.

«¿Tú no salías en la tele?», es lo único que se me ocurre.

«Nah, no salía en la tele ni tampoco en ningún puñetero espectáculo de monstruos.»

«Yo no…»

«Bueno, pues vete a la mierda», me suelta, volviéndome la espalda. Su colega le

pasa el brazo alrededor del cuello. Yo me limito a quedarme allí como una puta remolacha. Quiero decir, a nadie le gusta una guarra deslenguada; eso está claro, ¿pero qué se le puede decir a una chica que no tiene brazos?

«Eh, Dave, no irás a dejar que una monstruita te hable así, ¿verdad?», me sonríe mostrando sus dientes podridos.

Unos dientes que podrían ser destrozados con mucha facilidad.

«Cierra la puñetera boca, so gilipollas, o lo hago yo por ti.» No cabe la menor duda, este cabrón me tiene mosqueado; una chica guapa que no tiene brazos, puñeta, es para hacer llorar de pena a cualquiera, eso es. Su colega se me acerca, otra preciosidad, todo ojos, hasta el culo de éxtasis.

«No se lo tengas en cuenta. Un tripi chungo.»

«Y qué pasa con sus brazos, ¿qué?» En realidad no debería haber dicho eso, pero a veces las cosas se escapan. Aunque supongo que lo mejor es decir lo que te pasa por la cabeza.

«Tenazadrina, ¿sabes?»

Entonces Shorthand tiene que meter el puto cazo. «Ése es el garito más pequeño del mundo, ¿no?: el Tenazadrine Arms.»[22]

«¡Cállate, bocazas de mierda!», le suelto al gilipollas, y él sabe lo que quiere decir la mirada que le echo y se va a tomar por culo. Colega o no, ese mamón está entrando en trayectoria de colisión con una buena mano de hostias. Me vuelvo hacia la chorba. «Dile a tu colega que no he querido molestarla para nada.»

Ella me sonríe: «Ven y díselo tú mismo.»

Eso me deja seco, porque me vuelvo de lo más tímido con una chica que me guste de verdad. Aquí no hablo de guarras, porque ésas no valen nada, pero con una chica que me gusta es totalmente diferente. Pero el éxtasis ayuda. Me acerco.

«Oye, siento haberte mirado así y tal.»

«Estoy acostumbrada», dice ella.

«No suelo quedarme mirando a la gente…»

«Sólo a los que no tienen brazos.»

«No es por los brazos…, es porque el éxtasis me estaba dando un subidón tan estupendo y me sentía tan bien…, y tú… estás tan guapa, joder», se lo suelto todo. «Me llamo Dave, por cierto.»

«Samantha. No me llames nunca Sam. Jamás. Mi nombre es Samantha», dice ella, a punto de sonreír.

A punto es más que suficiente para mí. «Samantha», repito, «bueno, pues a mí nunca me llames David. Es Dave.»

Entonces ella sonríe ante eso y algo sucede en mi interior. Esta chorba es como una paloma blanca, joder, atiborrada de más MDMA del que yo me haya metido en mi puta vida.

LONDRES, 1979

Estaba sentada con un batido de chocolate en la sucursal de Oxford Street de una cadena de comida rápida, sorbiendo con una pajita el líquido azucarado. Había decidido coger el metro hasta el centro después de fichar en el paro en Hammersmith. Se sentía incapaz de ir al piso en el que estaba de okupa; un grupo de tíos jóvenes escoceses se había instalado allí recientemente y se pasaban la mayor parte del día sentados en círculo bebiendo botellas de sidra y discutiendo con un dogmatismo sin objeto acerca de las bandas que les enrollaban. El West End le había parecido mejor opción en aquel día caluroso, pero su cabeza era un nebuloso vacío, una fiesta de opio en la que se colaban de vez en cuando pensamientos inoportunos. Pensó en otra movida, otro grupo, otra cara, otro polvo; otro polvo mecánico y sin amor. Apretó los músculos de su vagina y dejó que un escalofrío sacudiera su cuerpo. Sintiendo un inminente acceso de autoaborrecimiento, se obligó a desviar el curso errado de sus ideas contemplando el espectáculo trivial de los clientes que se apresuraban a entrar en aquel comedor ridículamente concurrido.

Fue en ese momento cuando notó que él la miraba.

Ella no sabía cuánto tiempo llevaba observándola. Lo primero que advirtió fue su sonrisa, pero estaba decidida a ignorarle. Otro pelma de mierda. Los peores eran siempre los que querían hablar con ella de su discapacidad. Hubo un viejo cabrón que le dijo que era sacerdote de la Iglesia anglicana. Ahora mismo no quería más de esa mierda.

Cuando él se acercó y se sentó a su lado, sintió el habitual sobresalto por lo ya conocido. Él también era punk. Llevaba el pelo rosa y vestía una chaqueta de cuero, sujeta con imperdibles de modo poco imaginativo. Había algo estéril en su aspecto: demasiado evidente, demasiado artificial. De plástico total. «¿Te importa que me una a ti?», le preguntó. Tenía acento extranjero, posiblemente alemán. Ella lo notó, se fijó en su indumentaria. Como llevaba la chaqueta sobre los hombros le costó algo reparar en que se parecía a ella más de lo que en principio había advertido.

«Me llamo Andreas. Te daría la mano», dijo riendo, «pero algo me dice que no sería muy apropiado.» Se quitó la chaqueta con una sacudida, revelando unas aletas que, como las suyas, le brotaban de los hombros. «Pero», dijo sonriendo, «quizá podríamos besamos.»

Samantha sintió que su mandíbula se crispaba agresivamente, pero se dio cuenta de que esta reacción tenía que competir con otra; un nauseabundo, ansioso y repugnante espasmo de vergonzante atracción. «No quiero darte ningún puto beso», saltó ella, en un tono de estereotipo punk. Era tan falso como la ropa de Andreas.

«Eso me entristece», dijo Andreas, y realmente parecía triste. «Me parece que

eres una persona muy enfadada, ¿no?»

«¿Que qué?», dijo ella, auténticamente alterada, aunque intrigada por aquella continua intrusión.

«Lo que yo creía. Eso es bueno. La ira es buena. Pero si dura demasiado puede llegar a ser mala, ¿no? Lo malo dentro. Bien me lo sé. Pero ¿cómo es el dicho?: No hay que enfadarse, hay que devolver el golpe. ¿Lo conoces?»

«Sí.»

Samantha ya se había topado otras veces con niños de la Tenazadrina. Siempre había resultado embarazoso. Un tema tópico de conversación; su propia deformidad les miraba a la cara. ¿Cómo ignorarlo, cómo no ignorarlo? Se cernía sobre cualquier conversación banal como una nube oscura. Había algo más: una parte de ella los odiaba. Le recordaban su aspecto, la imagen que de ella tenía el resto del mundo. Alguien con una carencia: carencia de brazos. Y una vez que la gente te pone la etiqueta de deficiente, tiende a generalizar, aplicándola a todas las facetas: intelecto, suerte, esperanzas. No obstante, Andreas no le inspiraba en absoluto esa sensación de desasosiego o repugnancia. No daba impresión alguna de deficiencia, a pesar de su apariencia física. Sólo transmitía una asombrosa sensación de sobreabundancia: pudo advertir que desbordaba confianza. Mientras que ella había aprendido a disimular sus miedos con expresiones de desprecio, en él veía a alguien dispuesto a enfrentarse al mundo de igual a igual.

«¿Vas a ir a The Vortex esta noche?»

«Puede», se sorprendió oyéndose decir. A ella no le gustaba The Vortex, odiaba a esa peña. Ni siquiera sabía quién tocaba.

«Tocan los 999. Son un grupo bastante malo, pero qué más da uno u otro si vas a tope de speed y cerveza, ¿no?»

«Sí, exacto.»

«Mi nombre es Andreas.»

«Bien», respondió secamente, y después, cediendo a las cejas enarcadas de Andreas, que le daban un aspecto ligeramente estrafalario: «Sam. Samantha no, ¿vale? Sam.»

«Es mejor Samantha. Sam es nombre de hombre, no de chica encantadora. No permitas que te recorten Samantha. No dejes que lo vuelvan a hacer.»

Ella sintió que una pequeña llamarada de furia ascendía por su cuerpo. ¿Quién se creía que era? Estaba a punto de reaccionar cuando él dijo: «Samantha…, eres muy hermosa. Tenemos que quedar en el pub The Ship en Wardour Street a las ocho. ¿Vale?»

«Sí, bueno, a lo mejor», dijo Samantha, sabiendo que allí estaría. Ella le miró a los ojos. Lo que en ellos vio era fuerte y cálido. Después pensó que resultaban absurdamente azules en contraposición con su pelo rosa.

«¿Te has colado en el zoo de Londres o qué? ¿Qué haces con ese puto flamenco en la cabeza?»

Andreas la miró con aire burlón. Samantha creyó ver que en su rostro se insinuaba un enojo feroz, antes de que se sosegara tan completamente que supuso que lo había imaginado todo. «Ya veo…, un flamenco. Samantha ha hecho un chiste, ¿no?»

«¿No tienes sentido del humor o qué?»

«Eres muy joven, Samantha, muy joven», observó Andreas.

«¿De qué me hablas? Tengo la misma edad que tú. Seguramente nacimos con pocas semanas de diferencia.»

«También yo soy muy joven. No obstante, es cuestión de carácter.»

Ella estuvo a punto de ceder de nuevo a un impulso de ira, pero Andreas se levantó de su silla. «Ahora me voy. Pero, primero, ese beso, ¿no?»

Samantha no se movió cuando él se inclinó para besarla en la boca. Fue un beso tierno. Se demoró unos instantes y ella sintió que respondía de modo vacilante. Entonces él se apartó. «A las ocho está bien, ¿vale?»

«Sí», dijo ella, y él se marchó. Se quedó sola, lo cual se le hizo dolorosamente evidente. Sabía lo que estarían pensando todos: dos chicos de la Tenazadrina besándose.

Bueno, se dijo Samantha, al menos no va detrás del dinero de mi indemnización.

Poco después de aquello se marchó, caminando sin rumbo por Charing Cross Road, y después cogió el atajo hacia Soho Square, tomando el sol con los oficinistas. Después atravesó las calles del Soho y subió y bajó Carnaby Street dos veces hasta que la desesperación se adueñó de ella y tomó el metro de vuelta a la casa okupada de Sheperd's Bush que compartía con otros jóvenes punkis que se iban intercambiando periódicamente.

En la cocina, un joven punk escocés pelirrojo con muchos granos y terriblemente delgado, que se llamaba Mark, comía beicon, huevos y alubias directamente de la sartén. «¿Qué tal, Samantha?», dijo sonriendo. «¿Llevas algo de speed?»

«No», dijo ella abruptamente.

«Matty y Spud están por el centro. Yo no podía moverme esta mañana. Acabé destrozado que te cagas anoche. Ya ves, aquí desayunando. ¿Tienes hambre?», dijo, señalando con la cabeza la comida cuajada en grasa.

«No…, no gracias, Mark», dijo Samantha forzando una sonrisa. Podía sentir que los granos se formaban en *su* cara por la simple razón de hallarse cerca de la sartén de Mark. Los tíos escoceses de la casa okupada sólo tenían dieciséis años, pero eran una plaga: mugrientos, ruidosos y nada entendidos en música. Eran bastante amables; de hecho su problema era ser demasiado amables: iban detrás de ti con la lengua fuera como una camada de entusiastas cachorrillos. Fue a la habitación que compartía con otras dos chicas, Julie y Linda, y puso la tele en blanco y negro mirando el reloj constantemente hasta que se hizo la hora de salir otra vez.

Llegó a The Ship con diez minutos de retraso. Allí estaba él, sentado en un rincón. Ella se acercó a la barra y pidió una pinta de sidra. A continuación se sentó a

su lado. Pareció que había un largo camino hasta el asiento, y sintió que todos los ojos del pub estaban puestos en ella. La sorprendió que, después de devolverle la sonrisa y mirar nerviosa a su alrededor, nadie pareció haberse fijado en ellos. Bebieron sin parar y le pegaron un poco al speed que llevaba ella y que le había dicho a Mark el escocés que no tenía.

Aquella noche en el club el grupo destrozó su repertorio mientras Andreas y Samantha bailaban pogo ajenos a todo. Samantha sentía una libertad y una desinhibición que no había experimentado nunca. No sólo a causa de las drogas y el alcohol: era Andreas con su entusiasmo y confianza liberadores y contagiosos. Sabía que se iría a casa con él. No quería que acabara el concierto y, al mismo tiempo, lo estaba deseando.

De camino a casa, Samantha sintió que perdía su paraíso cuando les salieron al paso un trío de skinheads borrachos y camorristas.

«¡Joder, un espectáculo de *freaks*!», gritó uno.

«Déjalos en paz», dijo otro, «es de pena, joder. A ti no te gustaría.»

«¡Pero tiene un buen par de tetas! ¡Déjanos darles un tiento, cariño!» El primer skin se acercó a Samantha.

«¡Que os den por culo!», gritó ella. Después Andreas se plantó delante de ella, cerrándole el paso.

La expresión del joven skin era de vacilación y burla y durante unos instantes cruciales pareció absolutamente consciente de la capacidad de los acontecimientos para escapar tanto a sus expectativas como a su voluntad. «¡Apártate de mi camino, *freak* de mierda!», silbó a Andreas.

«¡Quita de ahí!», dijo Samantha, «¡no necesito que nadie se pelee por mí!»

Andreas, sin embargo, no se movió. Miró fijamente a su verdugo potencial. Movió sus mandíbulas, lentamente, lánguidamente. Casi parecía disfrutar de aquella distracción; daba la impresión de controlar absolutamente la situación. No parecía tener ninguna prisa por hablar, pero cuando lo hizo fue con un tono lento y monocorde. «Si no nos dejas en paz te arrancaré la puta cara a bocados. Entérate bien: te quedarás sin cara.»

Sostuvo su mirada. Los ojos del joven skinhead comenzaron a humedecerse y después parpadearon. Empezó a gritar pero, incluso antes de hacerlo, pareció que sólo en parte era consciente de irse alejando.

«Venga, Tony, que le den a ese *freak Kraut*[23], vámonos de aquí antes de que asome la pasma», dijo su amigo.

Vociferaron algunos insultos más mientras se marchaban, pero de ese modo desesperadamente desafiante de los humillados y vencidos.

Samantha estaba conmovida. Luchaba por no dejarse impresionar pero aquel alemán la impresionaba cada vez más. «Qué cojones tienes.»

Andreas volvió la cabeza hacia uno de sus hombros. Se tocó la cabeza con el dedo de uno de los muñones que tenía por manos. «No estoy hecho para pelear. No

tengo envergadura», sonrió, «y por eso hay que usar la cabeza. Ahí es donde gano y pierdo mis batallas. A veces funciona y otras… no resulta tan bien, ¿sabes?» Sacudió la cabeza con una sonrisa de *c’est la vie*.

«Ya, pero has apabullado de verdad a esos hijos de puta», dijo Samantha. Comprendió que no sólo los skinheads estaban apabullados.

Comprendió que estaba enamorada de Andreas.

Hablamos durante siglos, simplemente hablando y tal. Nunca en la vida he largado tanto, al menos no con una tía. La cosa es que ni siquiera me da vergüenza. No era como hablar con una tía; no en el sentido habitual, lo que yo entiendo por una tía. Hablé de mí, de Bal y del patio; de mi mamá y del viejo soplapollas; de la Guarra y del pequeñajo; pero sobre todo de la cuadrilla, de las movidas en las que nos hemos metido y las que planeábamos, y de cómo iba a arreglarle las cuentas al Lyonsy ese del Millwall. Ajustar las cuentas con ese cabrón de una vez por todas.

Pero no podía dejar de mirarla a la cara. Incluso hablaba como una especie de maricona. «¿Te importa que te toque la cara?», le pregunto.

«No», dice ella.

Así que no puedo evitar tocarle la cara. Realmente no quería hacer nada más, bueno, a lo mejor achucharla un poco. No follar ni nada de eso, más bien estar con ella. Pensaba como un mariconazo que te cagas. No era como, quiero decir, era como… amor o algo así, ¿no?

Cuando se acabó la música tuve que pedirle que me acompañara al centro. Lo curioso era que todo aquello le interesaba, que *yo* le interesaba. Incluso cuando hablé de todos aquellos follones y demás, parecía interesada que te cagas.

Le pedí prestado el coche a uno de los de seguridad y nos fuimos a pasar el día juntos a Bournemouth. Jamás me había sentido así. Pensé que era otro. Alguien distinto.

Después estuvimos en el café aquel, seguíamos pegando la hebra a base de bien, sin parar, y cuando salimos aquellos tres tíos allí plantados, mirando y haciendo risitas con Samantha. Con *mi* Samantha.

«¿Qué coño miráis?», digo. A uno de ellos se le caen los huevos al suelo.

«Nada.»

«Venga, Dave», dice Samantha, «no hacían nada.»

«Eh, ¿cuál es tu problema entonces, eh?», dice el otro cerdo, el que va de bocazas. Vaya, que me revienten si voy a aguantar nada semejante.

En ocasiones como ésta me remito siempre a las viejas películas de Bruce Lee. Todo eso del Kung Fu es un montón de bazofia, pero siempre hubo una cosa de las que dijo Bruce Lee, algo así como un consejo que él daba, que siempre me ha resultado provechoso. Decía: No se le pega a un fulano, se le *atraviesa* con el puño. El tío bocazas aquel…, sólo veía el muro naranja de ladrillos detrás de su cara. Eso es lo que quería demoler.

Lo siguiente que advierto es que estoy de pie mirando al otro tío: «¿Quién va ahora, eh?»

Se quedaron helados, mirando al tonto del culo del suelo, que parecía en bastante mal estado. Unos cuantos entrometidos estaban metiendo las narices, así que pensé que era mejor que nos dirigiéramos de vuelta a *The Smoke*[24], ya que Samantha paraba por Islington, bastante cerca de mi casa, lo que me puso muy contento. Aunque aquel pequeño incidente…, aquello echó a perder el día entero, seguro.

«¿Por qué has hecho eso?», me preguntó en el coche cuando cogimos la autovía.

No parecía demasiado enfadada, sin embargo, más que nada intrigada. Es tan jodidamente hermosa que más vale no pensarlo. Apenas podía mantener los ojos en la puta carretera. Tenía algo así como la impresión de que perdía el tiempo cuando no estaba mirando su cara.

«Se estaban pasando, no te mostraban el debido respeto.»

«Es importante para ti, ¿verdad?, que la gente no me moleste, que no me haga daño.»

«Para mí es más importante que nada en el mundo», le dije. «Nunca me he sentido así antes.»

Me mira, más o menos en plan pensativo, pero no dice nada. He estado hablando más de la cuenta, joder. Es la química, lo sé, pero es lo que hay dentro de mí y me la trae floja.

Volvimos en coche a su casa. Me sentí un poco raro cuando llegamos allí porque había una fotografía suya con un tío. De cuando eran más jóvenes. La cosa es que él era como ella, sin puñeteros brazos.

«¿Tu novio?», le pregunté. No lo pude evitar.

Se rió de mí. «¿Sólo porque no tiene brazos tiene que ser mi novio?»

«Nah, yo no he querido decir que…»

«Es un tipo alemán que conozco», dijo.

Un maldito *Kraut*. Dos guerras mundiales y una copa del mundo, cacho cabrón. «¿Así que sí lo es? ¿Tu novio?»

«No, no lo es. Es sólo un buen amigo, eso es todo.»

Sentí un calor vivo en el pecho e incluso empezó a gustarme el maldito *Kraut*. Quiero decir, pobre tío, sin brazos y tal, joder, no debe ser muy divertido, ¿vale?

Así que hablamos un rato más y Samantha me contó algunas cosas. Cosas de su pasado. Cosas que me hicieron hervir la sangre que te cagas.

NUEVA YORK, 1982

A pesar de ser alguien que estaba donde quería estar, en una oficina bien amueblada de un edificio céntrico de Manhattan, a Bruce Sturgess le acosaban pensamientos desagradables, persistentes. Se asomó a la ventana que daba al norte y a la espléndida panorámica que abarcaba hasta Central Park. El magnífico edificio de la Chrysler y el Empire State se encumbraban en el cielo, mirando hacia abajo con desdén y desaprobación como porteros de discoteca. Siempre hay alguien que te mira desde arriba, se dijo con una sonrisa triste, por muy arriba que hayas llegado. Eran extraordinarios, aquellos edificios, especialmente el *art déco* del Chrysler. Pensó en Frank Sinatra y Gene Kelly convirtiendo la ciudad en una impresionante tramoya en *Un día en Nueva York*. Libertad, eso era lo que Nueva York representaba para él. Era algo tópico y predecible, pensó, pero no por ello menos cierto. El panorama, sin embargo, no conseguía borrar las lacerantes imágenes de deformidades que ardían de forma implacable en su mente. Pasaba por su peor momento. Eso le condujo a marcar el número de Londres de Bamey Drysdale. Había algo en la voz de Barney, un tono positivo, inalterable, brusco, que calmaba siempre a Bruce cuando se angustiaba de ese modo.

A Bamey Drysdale, atareado en hacer su equipaje en su apartamento de Holland Park, no le agradó mucho escuchar el sonido del teléfono. «¿Ahora qué?», protestó, irritado. Bamey se disponía a pasar un largo fin de semana en su casa de campo de Gales, haciendo enormes preparativos para trasladarse allí casi definitivamente con toda la familia al mes siguiente.

«Hola…»

«¡Muchacho!», dijo Bruce, en tono casi provocador.

«¡Bruce!», Barney rió, de mejor humor al oír la voz de su amigo. «¡Viejo granuja! ¿Cómo te tratan por Yanquilandia?»

Sturgess soltó algunas insustancialidades. Sí, era bueno escuchar la voz de Barney. Sólo sintió algo de frialdad en su voz cuando su viejo amigo mencionó a Philippa y a los chicos. Las cosas no iban bien con ella. Los chicos se habían aclimatado bien, en su casa de Long Island, pero ella odiaba América. Las dosis de expediciones comerciales a Bloomingdale’s y Macy’s no le servían para aliviar su creciente descontento. Sturgess, sin embargo, amaba Nueva York. Adoraba el anonimato de que gozaba, el de alguien que aún no había hecho todos los contactos que pronto haría. Pensó en el muchacho que se había follado la noche anterior en el servicio de aquel club maravillosamente guarro del East Village…

«Me coges en un momento bastante malo, viejo», explicó Barney. «Me voy a la casa de campo este fin de semana.»

«Yo, querido», susurró Sturgess, frotándose la entrepierna mientras observaba desde la ventana de su oficina el imponente perfil del cielo de Manhattan, «también.»

«Maravilloso», dijo.

Maravilloso, pensó. Pero se sentía angustiado. Deformidades, obsesiones con muchachos jóvenes; debía andarse con cuidado. Sería tan fácil arrojar por la borda todo aquello por lo que había luchado. Era bueno hablar con Barney. Dios te bendiga, Barney.

Veo cada vez más a Samantha. El caso es que no hemos hecho nada. Ojalá supiera de qué puñetas va lo nuestro. Como si me importara que no tenga brazos. Nos limitamos a hablar cuando estamos juntos, pero el caso es que en realidad no me gusta el rumbo que toma la conversación. Ella sigue dale que te pego con lo de sus brazos y los mendas que vendían el producto que la puso así. No quiero oír todo eso; lo que me gusta es mirarla.

El caso es que no puedo hacer otra cosa que seguirle la corriente, porque la verdad es que no me importa en absoluto nada que no sea estar con ella.

«Me miras, y quieres acostarte conmigo. Quieres follar conmigo», dice. Suele salirme de sopetón con cosas por el estilo.

«Bueno, ¿y qué pasa si quiero? No hay ninguna ley en contra, ¿verdad? No hay ninguna ley que prohíba que alguien te apetezca», le informo. Después tengo un ligero ataque de pánico porque esto ocurre en mi casa y seguro que ha ido al frigorífico. Espero que no haya visto el puto melón con la crema. Mierda, menos mal que quité el póster de Opal.

«Tú no sabes lo que es para mí. Una deforme, una mujer incompleta. Me quitaron algo. No estoy entera, y quiero que paguen por ello. No es cuestión de unas cuantas libras en el banco; yo quiero justicia. Quiero a Bruce Sturgess, el bastardo que puso en circulación esa droga, el que nos masacró.»

«¿Quieres que te ayude a ajustarle las cuentas al tal Sturgess? Estupendo, lo haré.»

«¡No lo entiendes! No quiero que le des de bofetadas. No es un soplapollas que va al fútbol o que toma copas en el bar de la esquina. ¡No quiero que asusten a ese hijo de puta! Quiero sus brazos. Quiero que le talen los miembros. ¡Quiero que sepa lo que se siente!»

«No puedes hacer eso…, te encerrarán…»

«¿Qué te pasa, *hooligan*? ¿Ya no tienes huevos?», se reía de mí, le cambió la cara, parecía diferente, no era ella.

«Nah, yo no…»

«Ese hijoputa de mierda será mío, con o sin tu ayuda. Quiero que ese cerdo sepa lo que se siente al convertirse en un monstruo. Él me hizo así. Yo quiero hacerle lo mismo. ¿Comprendes? No quiero su dinero de mierda. Quiero quitarles lo que me quitaron para que vean de qué sirve su dinero de mierda. Quiero que sepan qué se siente cuando alguien que no conoces te hace daño, qué se siente cuando te transforman…, cuanto te niegan tu lugar en el mundo. Los hijoputas como él lo hacen constantemente: arrebatan trabajos, hogares, vidas con las decisiones que toman y

nunca ven la destrucción que causan, nunca tienen que responder por ello. Quiero que lo vea, pero también quiero que lo sufra. Quiero que sepa qué se siente siendo un monstruo.»

«¡Tú no eres un monstruo! ¡Eres hermosa! ¡Te quiero!»

Su rostro se iluminó como no lo había visto nunca antes, como si ella sintiera lo mismo que yo. «¿Te han hecho alguna vez una paja con los pies?», me preguntó.

PEMBROKESHIRE, 1982

Barney Drysdale sentía siempre esa oleada de satisfacción cuando atormentaba y encabritaba al viejo Land Rover por la escarpada pista hacia la casa de campo. No bien se apeó, miró la vieja construcción de piedra, después aspiró el aire fresco y contempló el paisaje que rodeaba su casa. Nada más que colinas, arroyos, un par de granjas y ovejas. Eso le bastaba.

Al día siguiente tendría compañía; Beth y Gillian llegarían de Londres. Formaba parte del ritual de la familia que Barney fuera el primero en llegar a la casa para, como solía decir, «encender el fuego». Le gustaba inspeccionar el lugar en soledad, observar los avances en la restauración. En realidad, el logro era de los obreros, que habían convertido un montón de escombros en una casa de ensueño. Barney había aparecido por allí, hizo como si echara una mano, resoplando y refunfuñando y tratando de ser uno más de la cuadrilla, sin llegar nunca a ganarse a los suspicaces obreros, ni siquiera cuando llegaba con unas cervezas, o insistía en que dejaran el tajo temprano para reunirse todos en el pub del pueblo. Pensaba que eran un poco tímidos, gente de pueblo que se sentía azorada. No se daba cuenta que se avergonzaban de él. En el pub, presentaban sus excusas y se iban uno tras otro. Después telefoneaban al bar para comprobar si Barney se había marchado y regresaban para continuar la reunión sin él.

Hacía un frío húmedo por toda la casa y Barney se dispuso a encender el carbón. Durante el breve espacio de tiempo en que había estado aplazando la tarea, recorriendo su residencia de vacaciones, había caído la noche. Barney fue a buscar un poco de carbón del cobertizo, que estaba casi tan oscuro como el tizón, fuera del alcance de las luces de la casa. Se sintió bien caminando a tientas por la oscuridad, disfrutando del frío del aire de la noche en su piel.

Sus pasos indecisos hacían resonar el sendero cuando Barney creyó oír un ruido, algo así como una tos. Un espasmo de miedo estalló en su pecho, pero se le pasó de inmediato y se rió de su alarma. Regresó con el carbón y los troncos.

Para su consternación, Barney advirtió de repente que se había quedado sin pastillas para encender. La tienda del pueblo ya estaría cerrada.

«Teas», se dijo.

Amontonó unos cuantos periódicos retorcidos, las astillas, y después pedacitos de carbón. Era una tarea lenta y requería paciencia, pero le complació ver que se iniciaba una llamarada satisfactoria.

Se sentó frente a ella durante unos instantes y después, inquieto, condujo hasta el pueblo y se tomó un par de solitarias copas en el pub, echando un vistazo al *Telegraph*. Lamentó no reconocer a nadie: ni obreros locales, ni profesionales de

vacaciones. Después de un rato, esa suave melancolía que sólo engendra la soledad se cernió sobre él y regresó.

De vuelta en casa, Barney se colocó en una silla frente al fuego: relajándose con un poco de televisión, sorbiendo una copa de oporto y mordisqueando un pedazo de queso *stilton* que había traído consigo. La estufa había calentado rápidamente la casa y Barney se sintió amodorrado y se fue a dormir.

En la parte de abajo de la casa había alguien más.

La figura se movía en la oscuridad con mucho garbo y sigilo. Colgando del hombro de la silueta, donde debería haber un brazo había una gran lata. El contenido de esa lata fue empleado para empapar de petróleo la alfombra y las cortinas.

Fuera, otra persona llevaba una brocha en la boca. Con increíble velocidad y destreza, moviendo rápidamente la cabeza hacia delante y hacia atrás, la oscura silueta trazó un eslogan sobre la pared de la casa:

CYMRU I'R CYMRU
LLOEGR I'R MOCH[25]

Subimos en el camión a Romford, donde este gilipollas tiene un viejo Aston Martin tirado en la puerta. «Dame cincuenta libras, colega, y es tuyo», dice el chalao. «Paso de seguir metiéndole mano. He hecho muchas reparaciones; no le cuesta demasiado ponerse en marcha. Lo que pasa es que estoy un poco harto de él.»

Levanto el capó y le echo una mirada. No tiene demasiada mala pinta. Bal le echa una mirada y me hace un gesto con la cabeza.

«Nah…, está hecho una mierda colega. Te lo quitamos de encima por diez billetes.»

«Ni pensarlo. Este carro me costó mogollón. Y he gastado otro tanto en arreglos.»

«Ya, pero te costará por lo menos doscientos apañar este follón. A mí me parece que, para empezar, el cambio está jodido. Colega, vas a tirar una buena pasta por nada, palabra.»

«¿Qué tal cuarenta?», dice.

«Somos hombres de negocios, colega. Tenemos que ganamos la vida», dice Bal encogiéndose de hombros.

El muy primo arruga la cara y coge las diez libras. Esta preciosidad estará de nuevo en la carretera en menos que canta un gallo. Lo enganchamos y lo remolcamos hacia el taller.

Hay algo en esta puñetera jaula nuestra que me deprime que te cagas. Sobre todo estar aquí en un caluroso día de verano como éste. Creo que lo que pasa es que nunca recibe el calor del sol, siempre está a la puta sombra por culpa de los edificios altos que la rodean. Aquí dentro no hay puta luz natural, sólo esas viejas lámparas de mierda. Un día, te lo juro, voy a hacer un agujero en ese puto tejado, practicar una especie de tragaluz. El olor a queroseno del calentador y el del aceite de las piezas que hay tiradas por ahí; hay veces que me puede, ya lo creo. Y luego que siempre acabo guarro que te cagas. Todas esas piezas amontonadas en el suelo y sobre esa puta mesa enorme. Y además está esa puta puerta corredera inmensa que ni siquiera tiene ya cerrojo. Tenemos que cerrarla con candado. Me pongo negro casi todas las mañanas intentando abrir la muy puta.

Pero a Bal le encanta este sitio. Tiene aquí todas sus putas herramientas, incluso la enorme sierra mecánica de los cojones que usó el pasado invierno cuando se metió en aquel negociete de talar árboles en Epping Forest, vendiéndolos como haces de leña a través del *Advertiser*.

Sí, hace demasiado calor hoy para estar en el taller.

«Cada día que amanece, el número de tontos crece, ¿eh, colega?», se ríe Bal, dándole un manotazo al capó.

«Sí, vaya un capullo estúpido. Joder, qué calor hace hoy. Escucha, colega, mi garganta trata de decirme algo. ¿Te apetece un trago?»

«Sí, vale. Te veo en el Maurice. Quiero meterle mano un rato a esto primero», dice, dándole otra palmada al capó, tocándolo como si fuera el culo o las tetas de una periquita o algo así. Bueno, pues que le aproveche: loco por los carros, ese cabrón. A mí me van más el culo y las tetas de Samantha. Fuuaah. Este puto calor me está poniendo cachondón. A veces me pregunto si es científico o no, o si es sólo porque todas las chorbas van por ahí medio desnudas en esta época del año. De todas formas, no puedo esperar a ponerle las manos encima, pero mientras tanto me conformaré con una buena y fresca pinta de lager. Le dejo a lo suyo.

Puta policía de barrio. Llevaba en el pub cinco minutos y había echado dos putos tragos cuando ese capullo de Nesbitt de la *Old Bill*[26] entró directamente en el bar del Maurice como si el jodido garito fuese suyo.

«¿Qué tal, Thorny?»

«D. C. Nesbitt. Qué agradable sorpresa.»

«Nunca es agradable visitar a las clases criminales.»

«Sé a qué te refieres, John. Yo las rehúyo como a la peste. Aunque para ti debe ser complicado teniendo en cuenta tu profesión. En realidad, no te da demasiado margen, ¿verdad? Quizá te vendría bien cambiar de oficio. ¿Te has planteado alguna vez probar suerte en el negocio del automóvil?»

El cabrón se queda ahí plantado tragándose el mosqueo, intentando intimidarme con la mirada como si debiera disculparme. Billy y la chica nueva detrás de la barra se echan unas buenas risas. Me limito a levantar el vaso hacia el capullo de la pasma: «¡Salud!»

«¿Dónde está tu colega Leitchy?»

«Barry Leitch…, hace tiempo que no veo a Bal», le cuento. «Quiero decir, en el tajo sí, es difícil no hacerlo en un negocio a medias, pero no hacemos demasiada vida social juntos. Solemos movernos en distintos círculos últimamente, no sé si me captas.»

«¿Y en qué círculos se mueve él?»

«Tendrás que preguntárselo a él. Estamos demasiado ocupados currando estos días como para andar perdiendo el tiempo con cháchara ociosas sobre nuestra vida social.»

«Estarás en Millwall la semana que viene», dice.

«¿Disculpa?»

«No me toques los huevos, Thorny. El Millwall y el West Ham. Liga de Primera División de Endsleigh Insurance. La semana que viene.»

«Lo siento, jefe, no me he interesado mucho por el calendario de la Liga últimamente. Desde que Bonzo ocupa el puesto de manager he perdido el interés. Buen rendimiento en la cancha, pero no vale para manager, sabes. Es triste que

suceda, pero así es la vida, ¿no?»

«Me alegra oírlo, porque como el sábado vea tu miserable culo al otro lado del río bajo cualquier modo, forma o manera, te detendré por incitación al desorden. Aunque estés en el centro comercial de Croydon cargado de bolsas de juguetes para los huérfanos hambrientos del vecindario, te empapelaré, joder. Mantente alejado de South London.»

«Encantado, Mr. N. Nunca me ha gustado, por allí no hay nada.»

Nunca he simpatizado con la pasma. No sólo por el trabajo que hacen, sino como personas y tal. Requiere cierto tipo de persona, sabes cómo te quiero decir. Siempre eran los chivatos y cobardes a los que daban de bofetadas en la escuela los que después acababan en la pasma. Como si se pusieran un uniforme para intentar devolvérsela al mundo. El mayor problema que tiene la pasma, sin embargo, es que van metiendo las narices por ahí, ¿no? Ese capullo de Nesbitt, en cuanto le hinca el diente a algo, no suelta jamás. Ahí están esos mariconazos menoreros dándose vueltas por el patio del colegio, metiendo mano a los chavales. Ésos son los asquerosos a los que la pasma debería vigilar; y no darle la barrila a alguien que intenta ganarse la vida, joder.

Le doy un toque a Bal en el taller en cuanto el sucio cabrón de Nesbitt se va a tomar por culo. «Hay que desconvocar lo de Millwall. Nesbitt está al loro. Ha estado por aquí, en el Maurice, amenazando.»

«Se está tirando el moco, carajo: eso significa que no dispone de efectivos para manejar la situación. No hay presupuesto para horas extraordinarias, ¿no? El *Advertiser* está lleno de mierda. Si tuviera personal haría mutis y trataría de cogernos con las manos en la masa. Tú sabes tan bien como yo que a la pasma le encantan las buenas broncas. Les permite decirles a los políticos que la cosa del orden público se les está yendo de las manos, así que dadnos más dinero para más pasma.»

«Ya, y si lo desconvocamos, los cabrones del Millwall pensarán que los de East London ya no tenemos huevos.»

«Pero una cosa», dice Bal, «está lo de Newcastle dentro de un par de semanas.»

«Sí, reúne a la cuadrilla para eso. Mejor que Millwall; un viajecito, joder. Podría llegar a la prensa nacional. Están todos hartos de follones en Londres. Para nada una bulla con los del Millwall saldría en el puñetero *Standard*.»

Newcastle me venía mejor. Lyonsy seguía en el talego. Había estado dándole a las pesas, aumentando mi potencia de pegada, preparándome sólo para ese cabrón. No quiero nada del Millwall sin Lyonsy. Me daba cuenta de que a Bal le excitaba la idea de ir a Newcastle, porque apareció en el pub como un rayo y me llevó de inmediato a la parte de atrás. Miró de mala manera a todo cabrón que intentó entrar.

«¿Sabes?», me dijo, «estoy preocupado por Riggsie y todos ésos. Tanto éxtasis, Thorny, toda esa mierda de paz y amor.»

«Sí, ya sé», digo, pensando en Samantha. La veré esta noche. En su casa, en Islington. Las cosas que puede hacer con los pies. La manera en que me cogió la

polla entre los dedos de sus pies y le daba tironcitos con tanta suavidad que empecé a chorrear antes de que supiera qué cojones pasaba.

«Me puede», está diciendo Bal, «me saca de quicio, Dave.»

«Ya, lo sé», le digo.

Samantha. Mandan cojones. Ya no puede faltar mucho para que lo hagamos como está mandado. Pero este cabrón de Bal: para él soy como un libro abierto, joder.

«Escucha, colega», suelta Bal, todo serio y tal, «tú no dejarías que una tía jodiera las cosas, ¿verdad? Me refiero a ti y a mí, el negocio, la peña y todo eso.»

«Claro que no», le digo. «Lo mío con Samantha no va por ahí. No tiene problema con la violencia. Creo que la pone cachonda.»

Y yo también.

«¿Sí?», sonríe, pero no pienso contarle nada más, de Samantha no. Ya he dicho bastante, tal y como están las cosas. Lo deja correr. Lo que pasa es que ando estos días preocupado por los cabecillas. Me refiero, por ejemplo, a Riggsie y Shorthand. En realidad, ya no están por la labor. Es la puta decadencia, ¿no? Con estos cabrones pasa como con la antigua Roma, un enorme cuelgue de sexo. No es de extrañar que los de Ilford nos echaran un pulso. ¿Quiénes serán los siguientes? ¿Esa peña de espabilaos de Basildon? ¿Los de East Ham? ¿La cuadrilla de los Gray?

«¡No me fastidies!», bufé. «De todas maneras, qué más da quién quiere echamos un pulso. ¡Ya les daremos!»

Él sonríe y entrechocamos los vasos. Bal y yo estamos más unidos que los hermanos de sangre, joder. Almas gemelas que te cagas y eso. Siempre lo hemos sido.

Sin embargo, ahora hay que pensar en Samantha…, me recuerda esa canción de los ABC que es una de mis favoritas: Para qué hacer del pasado tu vaca sagrada, dicen que has cambiado, has cambiado cómo.

Ése es el problema de Bal, intenta convertir el pasado en una vaca sagrada. Creo que fue la buena de Maggie la que dijo algo así como que todos hemos de renovamos para afrontar nuevos desafíos. Que no lo haces: acabas como todos esos capullos tristones del norte que lloran sobre sus cervezas porque han cerrado alguna puñetera fábrica o mina.

No puedes convertir el pasado en una puñetera vaca sagrada.

El presente somos yo y ella: Samantha y tal. No puedo quedarme aquí sentado escuchando a Bal, tengo que arreglarme para ir a verla. Ésta podría ser la noche.

Cuando llego a casa hay un mensaje en el contestador; es la voz de la Guarra. Ni siquiera escucho lo que tiene que decir en su favor. Me hace sentir fatal porque estaba pensando en Samantha y me sentía bien y va ella y trata de estropearlo metiéndose en mi puta vida cuando no tiene nada que ver conmigo.

Samantha es lo que quiero.

Me arreglo y llego a su casa en la mitad de tiempo. Estoy otra vez de muy buen humor sólo de pensar en ella, porque el puto montón de escoria este se me cruza

saliendo del aparcamiento y en vez de pegarle un bocinazo y salir detrás de él para decirle cuatro cosas, me limito a sonreír y levantar la mano. Hace un día demasiado bueno como para acalorarse y agobiarse por unas cuantas chorradas, ¿no?

Su cara tiene esa expresión. No pierde el tiempo.

«Quítate toda la ropa y túmbate en la cama», me dijo.

Pues bueno, eso es lo que hice. Me desprendí de los vaqueros, la camisa y los zapatos. Me quité los calcetines y los calzoncillos. Mientras me echaba en la cama notaba que mi manubrio comenzaba a estar en posición de firmes.

«Siempre me han gustado las pollas», dijo ella, sacudiéndose el top con un movimiento de serpiente. Así se movía ella, como una serpiente. «Todos los miembros me parecen bellos. Tú tienes cinco y yo sólo dos. Eso quiere decir que tienes que darme uno, ¿no?»

«Sí, claro…», dije, la cabeza empezaba a darme vueltas y la puñetera voz se me volvía ronca del todo.

Se quitó los *pantys* usando el otro pie, una pernera cada vez. Aquellos puñeteros pies eran como manos. Cuanto más la veía en acción menos podía creerlo.

La miré, desnuda por primera vez. Había pensado en ello, con aquella idea me la meneé durante días. Es curioso, después siempre me sentía como un poco culpable. No porque no tuviera brazos, sino porque se trataba de alguien que realmente me importaba, lo cual es raro que te cagas, pero no puedo evitar ser como soy o sentir lo que siento dentro de mí. Ahí está, frente a mí. Sus piernas son muy largas y torneadas, como deben ser en una chica, y tiene ese precioso vientre plano, un hermoso culo, unas tetas estupendas y esa cara. Esa cara, joder, como la de un ángel, joder. Después miré donde deberían estar los brazos y me sentí… triste.

Triste, y cabreado de la hostia.

«Me encanta follar», dice ella. «No tuvieron que enseñarme. Estaba ya en mí. El primero fue a los doce años y él tenía veintiocho. Fue en casa. Le hice perder la cabeza. Es todo cuestión de caderas y nadie sabe usarlas como yo. Nadie sabe usar la boca como yo. A muchos hombres les encanta, ¿sabes? Oh, ya sé, el rollo ese de follarse una *freak*…»

«Nah, tú no eres ningún monstruo. No vayas por ahí hablando de ti de ese modo…»

Ella simplemente me sonríe. «El meollo de la cuestión es tener acceso. No tener brazos para defenderse de los tíos. Les gusta pensar que no hay nada que yo pueda hacer al respecto, que no hay brazos inoportunos con los que apartarlos, para impedirles hacer lo que les apetezca. Eso te gusta, ¿verdad? Ahí lo tienes todo, acceso a mis pechos, mi coño, mi culo. Lo que quieras. Y si además no tuviera piernas, ¿eh? Nada más que un juguete para follar. Podrías improvisar un arnés, ponérmelo y tomarme como mejor te plazca, cuando quisieras. Crees que estoy indefensa, aquí a tu disposición, para que tu polla calentorra me penetre en cualquier momento.»

Eso no está bien, joder, que hable así. No está bien en absoluto, joder. Me estoy poniendo paranoico. Seguro que encontró el melón en la nevera aquella vez…, fijo.

«Si lo dices por lo del melón…»

«¿De qué me hablas?», pregunta.

No es eso. Menos mal, mierda. Le contesto: «¿Y *tú* qué haces hablando así? ¿Eh? Te quiero. ¡Yo te quiero, joder!»

«Lo que quieres decir es que me quieres joder.»

«Nah, te quiero, ¿vale?»

«Me decepcionas un poco, chico de Mile End. ¿Nunca te ha dicho nadie que no hay amor en este mundo? Todo es dinero y poder. Eso es lo que yo he entendido: poder. Lo aprendí a medida que crecía. El poder con que nos topamos cuando intentamos conseguir una indemnización, que nos hicieran justicia: los industriales, el gobierno, la judicatura, toda la puta camarilla que controla el cotarro. El modo en que cerraron filas e hicieron una piña. Te hubieras sentido orgulloso de ellos, Dave. ¿No es eso de lo que vais tú y tu panda, a vuestro modo caricaturesco? El poder de hacer daño. El poder de poseer. El poder de ser alguien, de ser tan temido que nadie se atreva nunca a tocarte los huevos. Nunca. Pero estáis equivocados, Dave, porque siempre habrá alguien que te toque los huevos.»

«Puede que eso fuera lo que me parecía entonces, pero ya no soy así. Sé lo que siento», le digo. Me llevo la mano a los huevos. Mi erección se está yendo al garete y me siento raro que te cagas, sentado ahí en pelotas con una periquita desnuda y sin hacer nada.

«Pues es una lástima, mi dulce y pequeño pandillero. Porque si ése es el caso no me sirves de nada. No necesito un payaso sin cojones. Vosotros los hombres sois muy duros de boquilla, pero siempre salís corriendo. De siempre. Mi propio padre, joder, salió corriendo.»

«¡Sí que tengo cojones! ¡Haría cualquier cosa por ti!»

«Muy bien. En tal caso, te la voy a chupar hasta que la vuelvas a tener tan dura como antes y luego te dejaré escoger qué quieres hacer conmigo. Tu imaginación es, como suele decirse, el único límite.»

Eso fue lo que dijo, y yo no podía hacer nada. La amaba y quería cuidarla. Necesitaba que me quisiera, no que me hablara como una puta marciana de mierda. No me enrolla oír hablar así a las chicas. Debe leer unas cosas de lo más guarronas o andar con gente muy rara para soltar ese tipo de cosas.

Así que no podía hacer nada, ¿y sabes qué? Me parece que ella sabía que pasaría eso. Estoy seguro de que lo sabía, joder.

Se puso una bata sobre los hombros. La hacía parecer muy hermosa, porque el modo en que le colgaba me hizo pensar durante unos momentos que tenía brazos. Pero si tuviera brazos no estaría aquí sentada con un tipo como yo. «¿Cuándo vas a ir a por Sturgess?», me preguntó.

«No puedo hacer eso. No puedo, carajo.»

«¡Si me quieres de verdad lo harás! ¡*Cualquier cosa*, has dicho, joder!», me gritó. Empezó a llorar. Que me jodan, no soporto verla llorar.

«No está bien. No conozco a ese tipo. Sería asesinato, ¿no?»

Ella me miró, y después se sentó en la cama a mi lado. «Deja que te cuente una pequeña historia», dijo. Me lo contó todo entre sollozos.

Cuando ella nació, su viejo se largó. No soportaba tener una cría sin brazos. Su vieja, bueno, cogió y se quitó de en medio, ¿sabes? Así que Samantha creció en la protección de menores. El gobierno y los de los tribunales tomaron partido por los que habían fabricado el fármaco, ni siquiera quisieron darle ninguna compensación, ni a ella ni a ninguno de esos niños que nacieron sin brazos. Así quedó la cosa. No escupieron la puñetera pasta hasta que la prensa metió mano en el asunto y emprendió una campaña. A ese jodido de Sturgess, el cabrón que lo provocó todo, le dieron el título de Sir, puto cerdo de mierda. Él era el máximo responsable, pero todos le protegieron, y le concedieron un jodido título de nobleza por sus servicios a la industria. Tiene que haber un poco de justicia en este mundo, ¿no? Más vale no pensar en ello.

Así que simplemente le dije que lo haría.

Después de eso Samantha y yo nos fuimos a la cama e hicimos el amor. Fue realmente hermoso, no como con la Guarra. Me corrí como está mandado y eso, lo que me hizo sentir de puta madre. Y mientras lo hacía con ella, sólo veía su rostro, su hermoso rostro, y no el de ese puto mariconazo asqueroso del Millwall.

ORGREAVE, 1984

La palabra «terrorista» sonaba levemente ridícula en los oídos de Samantha Worthington. Terrorista internacional sonaba aún más disparatado. Samantha Worthington, que creció en una residencia en las afueras de Wolverhampton, y había salido al extranjero una vez, a Alemania. Hubo también otro viaje, a Gales. Dos viajes en los que la posibilidad de ser capturada siempre había estado presente. Dos ocasiones en las que se había sentido más viva, más redimida que nunca, y más motivada para la siguiente. «No es así como funciona», le dijo Andreas. «Nos echamos a dormir una larga temporada. Después nos despertamos y golpeamos. Y, después, es hora de dormir otra vez.»

Una parte de Samantha había hecho más que vislumbrar la posibilidad de ser capturada; en un rincón de su mente la había abrazado como su destino. Se contaría su historia, y aunque sus acciones suscitarían rechazo, también despertarían simpatía. Polarizaría el asunto, y eso es lo que hacía falta. Sabía que la presentarían bien como una fría psicópata, «Sam la Roja, terrorista internacional», o como una muchachita boba e ingenua, embaucada por personajes más siniestros. Bruja Malvada o Ángel Cándido: una opción errónea pero inevitable. ¿A cuál de ellas recurriría? Aquella fantasía le pasó por la mente una y otra vez mientras en su cabeza ensayaba ambos papeles.

Samantha sabía que su verdad era infinitamente más compleja. Observó la fuerza que le impulsaba: la venganza; y aquella que la retenía: el amor; y concluyó que no podía hacer otra cosa. Era una prisionera, pero por propia voluntad. Andreas hacía las cosas con una frialdad que indicaba que podría llegar a olvidarlo todo, una vez deshecho el entuerto. Era sólo un indicio y, de nuevo, Samantha sabía en su fuero interno que era improbable. ¿Acaso él no había empezado a hablar de pasar de los temas concretos al asunto global de la opresión estatal? Sí, era un mero indicio, pero mientras existiera, ella seguiría con él.

Andreas, por su parte, consideraba que lo único que se requería era disciplina. Eso y discreción. La diferencia entre ellos y la gente que era abiertamente radical o revolucionaria residía en que trataban de pasar inadvertidos. De cara al mundo exterior, ellos eran ciudadanos vulgares, no militantes. Samantha sólo bajó la guardia una vez.

Algunos amigos suyos de Londres estaban en un Comité de Apoyo a los Mineros y la convencieron para que fuera a Orgreave. El espectáculo de los asediados representantes de la clase obrera en plena batalla con las fuerzas represivas del Estado resultó ser excesivo. Se abrió paso sinuosamente hasta la primera línea donde los piquetes forcejeaban con el cordón policial que protegía a los esquiroles. Se sintió

forzada a intervenir.

El joven camisa blanca de la Policía Metropolitana, reclutado para subir al norte bajo la promesa de un abultado sobre de paga, engordado por horas extra al servicio de sus amos gubernamentales, no podía creer que la muchacha sin brazos acabase de propinarle una violenta patada en los testículos. Mientras los ojos le lloraban y luchaba por cobrar aliento, la vio desaparecer entre la multitud.

Una cámara oculta, situada en una furgoneta blanca, también había presenciado las acciones y huida de Samantha.

LONDRES, 1990

Bruce Sturgess estaba sentado en una silla de su espacioso jardín a orillas del Támesis, en Richmond. Hacía un día de verano cálido y fresco mientras Sturgess se asomaba lánguidamente a las movedizas aguas del río. Sonó un bocinazo procedente de un barco que pasaba y algunas personas le saludaron desde la cubierta al pasar frente a él. Como no llevaba gafas, Sturgess no reconoció el barco ni mucho menos a la gente que había en él, pero devolvió perezosamente el saludo a aquel conjunto de sonrisas y gafas de sol, sintiéndose uno con aquella su pequeña parte del mundo. Entonces, por alguna razón que no quiso indagar, sacó un trozo de papel de su bolsillo. Garrapateado en él podía leerse:

MI HOMBRE MISTERIOSO, POR FAVOR, LLÁMAME. JONATHAN

Había un número con una gran X al lado. Aquel patético pillín. ¿Realmente creía que él, Bruce Sturgess, *Sir* Bruce Sturgess, se comprometería con un muchachito mercenario, carne de alquiler? Había por allí muchas más cochinas mariconas de a diez peniques, con expresión de inocencia artificial en la cara, como a él le gustaban. No, pensó Sturgess, había muchos bocados selectos para elegir en el mostrador. Sin embargo, lo que de verdad necesitaba era alguien con cuya discreción se pudiera contar. Aplastó con la mano el papelito, dejándose invadir por un delicioso acceso de violencia. Después de que la ola se retirase, ésta fue reemplazada por una fugaz sensación de pánico mientras alisaba el papel y volvía a deslizarlo en su bolsillo. Bruce Sturgess no pudo cobrar ánimo suficiente para deshacerse de él.

En vez de eso, se acomodó para ver descender ociosamente a los barcos sobre el Támesis.

Sturgess comenzó a reflexionar acerca de su vida, algo que acostumbraba a hacer bastante a menudo desde que se había jubilado. Por lo general, no le producía más que satisfacción. El esplendor del título aún no se había desvanecido. Sentaba bien que a uno le llamaran Sir Bruce —no sólo por las mejores mesas en los restaurantes, *suites* de hotel, presidencias y todas las demás galas—, sencillamente, le sonaba bien. «Sir Bruce», se dijo con suavidad. Lo hacía a menudo. No obstante, si había alguien que lo merecía, todos lo decían, ése era él. Había trepado sin pausa por la escalera de la compañía desde un pasado profesional en la investigación y desarrollo científicos hasta la gerencia, y después a la ejecutiva de United Pharmacology, el *holding* de fármacos, alimentación y bebidas alcohólicas. Indudablemente, la Tenazadrina había resultado algo deshonroso. Después de aquello rodaron cabezas, pero para Bruce Sturgess no fue más que otro desastre empresarial del que escabullirse astutamente.

Siempre habría por ahí alguien menos veterano y ladino a quien cargar el muerto, y eran muchos los que se hallaban en esa posición respecto a Bruce Sturgess. Sus maniobras en aquel asunto no habían hecho sino incrementar su cotización como hábil ejecutivo.

Había valorado aquella tragedia en términos puramente económicos: las pérdidas de la compañía. Sturgess se negó a mirar los artículos de «interés humano» de la prensa y las imágenes televisivas de los niños de la Tenazadrina. Miembros y deformidades rara vez invadían su pensamiento. Hubo una época en que no fue así: cuando estuvo destinado en Nueva York, cuyo tentador anonimato resultó excesivo y se vio forzado a asumir una parte de su sexualidad que reprimía desde sus días de colegial. Fue entonces cuando comprendió lo que suponía ser diferente, y se vio afligido durante un tiempo por una aterradora empatía. Afortunadamente no duró mucho.

Recordó la primera vez que el legado de la Tenazadrina golpeó con fuerza su existencia. Había quedado para jugar un partido de criquet con sus dos hijos pequeños en Richmond Common. Estaban ya colocados los postes y Sturgess a punto de batear cuando algo se atravesó en su campo visual. A lo lejos vio a un niño sin piernas. El muchacho se desplazaba en una especie de carrito, algo así como un *skateboard*, usando los brazos. Resultaba perverso, obsceno. Sturgess se sintió durante un segundo como el doctor Frankenstein en los peores momentos del barón.

Él no había fabricado el fármaco, se dijo a sí mismo una y otra vez, simplemente se lo había comprado a los *Krauts* y puesto a la venta. Sí, había rumores; más que rumores, estaba aquel informe, que había ocultado, que indicaba que los *tests* no habían sido tan rigurosos como debían y que la toxicidad del fármaco era mayor de lo que se pensó en un principio. Como antiguo químico, realmente debería haberse interesado más por ese aspecto del asunto. Pero se trataba de la Tenazadrina, el analgésico milagroso. En el pasado no había ocurrido nada malo con productos semejantes. Además, había competidores por la franquicia para poner a la venta el fármaco en el Reino Unido. No iban a quedarse de brazos cruzados y Sturgess pensó que tampoco él podía permitírselo. Cerró el trato con el alemán, aquel tipo tan extraño, en la sala de espera del aeropuerto de Heathrow. El *Kraut* empezó a echarse atrás, gimoteando que había que hacer más *tests*, y le pasó una copia de aquel informe.

Sin embargo se había invertido demasiado en el fármaco como para no sacarlo al mercado. Demasiado tiempo, demasiado dinero, y demasiado en términos de credibilidad de ciertas carreras empresariales, entre ellas la suya. El informe nunca llegó a circular, fue incinerado en la chimenea de la casa de Sturgess en West London.

Todo aquello volvió a su memoria cuando Sturgess vio a aquel niño, y por primera vez sintió que le desbordaba una abrumadora sensación de culpa. «Seguid vosotros, muchachos», gorjeó a sus confusos hijos, mientras volvía al coche

tambaleándose, intentando recuperar la compostura, respirando con dificultad hasta que el espectro desapareció de su vista. Después continuó con el partido de criquet. La vida seguía, meditó. Era el sistema inglés: esa capacidad para aislar el dolor y la culpa en lugares independientes y seguros de la psique, algo así como enterrar en granito barriles sellados de desechos radiactivos.

Se acordó del bueno de Barney Drysdale; Barney, que había estado con él hasta el final.

«Me atormentan los recuerdos, Barney», le había dicho a su colega.

«Ánimo, chico. Sacamos un solo producto deficiente y nos cae encima un montón de publicidad negativa. Tendremos que echarle valor; los chicos de la prensa encontrarán pronto otra novedad de la que ocuparse. Con toda la labor que hemos realizado para salvar vidas con nuestros adelantos en tecnología farmacológica y a nadie le importa un bledo. Hay que permanecer unidos en momentos como éste. ¡Todos esos periodistas fisgones y todos esos sensibleros piensan que no hay que pagar un precio por el progreso! ¡Pues están equivocados!»

Había sido una buena charla. Había hecho maravillas por el estado de ánimo de Bruce Sturgess. Barney era un tipo alentador. Le enseñó a ser selectivo con lo que uno medita, a concentrarse en las virtudes propias, a dejar el sentimiento de culpa a nuestros amigos del extranjero. Sí, era el sistema inglés. Echaba mucho de menos a Barney. Su amigo había fallecido varios años antes en el incendio de su casa de campo en Pembrokeshire. Habían echado la culpa a unos extremistas nacionalistas galeses. Escoria, pensó Sturgess. Algunos dirían que fue un castigo justo, pero Bruce Sturgess no creía en eso. Sólo fue mala suerte, carajo.

¿Cómo se llamaba aquel *Kraut*?, pensó amodorrado, mientras dormitaba al sol. Emmerich. Gunther Emmerich. Sir Bruce se adormeció mientras el sol le daba en la cara. Yo nunca olvido un nombre, pensó con presunción.

Reunimos a algo más de un centenar de la peña para arrasar Newcastle. Las cosas se estaban poniendo un poco difíciles, joder. Con el Informe Taylor ese y los estadios con localidades de asiento obligatorio ya en camino, aquélla podría ser una de las últimas temporadas para montar broncas a gran escala en los graderíos. Ya estaban empezando las obras en los campos a lo largo y ancho del puto país. Están acabando con el puto juego, esos cabrones.

Para aquella movida sabíamos que habría buena cantidad de pasma, así que no había perspectivas de un cuerpo a cuerpo. Bal y yo impartimos estrictas instrucciones el viernes por la noche en el Grave Maurice: en principio, ni dios debía llevar herramientas encima. Últimamente la pasma detenía a gente por cualquier motivo. Toda la operación tenía que ser una demostración de fuerza, un poquito de relaciones públicas: enseñarles a esos putos bobos gordinflones de *Geordies*[27] que los *Cockneys*[28] siguen teniendo huevos. Les lanzaremos unas cuantas monedas afiladas de libra, cantaremos unas cuantas canciones, y, por lo demás, trataremos su gueto como el puto cagadero que es. Pero no haremos nada en el terreno de juego: nada va a hacer que las celdas se llenen con nuestra peña. Bal y yo dábamos todas las órdenes; ninguno de los de Ilford pestañeó una mierda, ni ninguno de los otros cabrones tampoco.

De todas formas, treinta y dos de nosotros teníamos que coger el tren en King's Cross, para llegar a un garito de Geordielandia que habíamos escogido y que abría a las once. Otros treinta y tantos subirían en el de las nueve para meterse en otro pub a unos cuantos cientos de metros de distancia. El resto subiría en un autobús de seguidores, disfrazados de hinchas durante el viaje, y llegarían a Newcastle sobre la una. La idea era que se dividieran en dos facciones y se dirigieran a ambos pubs. Ellos serían el cebo para hacer salir a los bobos *Geordies* con ganas, y entonces nosotros entraríamos a saco y les daríamos lo suyo. Habíamos enviado allá arriba a dos ojeadores el viernes a la hora de comer, y nos mantenían al corriente a través del móvil.

Bueno, como habría dicho el viejo: hasta los planes mejor fraguados bla bla bla, porque la cosa no resultó del todo como la habíamos planeado, ¿vale? Newcastle es uno de mis desplazamientos favoritos, por el aliciente. Para empezar, está lejos que te cagas, es muy distinto. Afrontémoslo, esos cabrones se parecen más a los *Jocks* que a auténticos ingleses: como muy guarros y sin civilizar. Ese sitio tiene algo que me da grima. Todo puñeteras colinas, con esos feos puentes que cuelgan sobre ese sucio río. Los tíos son los típicos bestias del norte, duros de mollera, no sabrían organizar una bolinga en una fábrica de cerveza, pero pueden repartir bastante leña, y encajarla,

cuando de bulla se trata. Generalmente cuesta bastante tumbar a uno de esos cabrones. De todos modos, a mí eso no me preocupa porque normalmente me sobra, y acostumbro a embeberme de este tipo de vibraciones, joder, pero hoy simplemente no tengo ganas. Quería estar con ella; muy lejos de aquí, allá en el puto *Smoke*. En algún puto club, o en un pedazo de *rave* o algo así, de éxtasis. Sólo yo y ella.

De todas formas, fuimos a la estación. Había un par de cerdos en Kings Cross. Subieron al tren, pero se bajaron en Durham. Yo pensé que llamarían por radio a Newcastle y me preparé para una recepción de la *Old Bill* local. Sin embargo, cuando nos bajamos en la estación, estaba casi desierta.

«¡Ni un puto mono! ¿Dónde están todos los putos polis?», gritó Bal.

«¿Qué pasa aquí?», preguntó Riggsie.

Pero yo oía algo. Un rumor en la distancia, y a continuación un griterío. Entonces aparecieron, cruzando el andén a toda pastilla, algunos provistos de bates de béisbol.

«¡ES UNA JODIDA ENCERRONA!», grité, «¡LOS HIJOPUTAS GEORDIES Y LA *OLD BILL*! ¡NOS LA HAN JUGADO, JODER!»

«¡NI UN PASO ATRÁS, CABRONES! ¡A POR ESOS CAAABROONEES!», dijo Bal entrando a saco, y los demás hicimos lo propio. Me sacudieron duro que te cagas en la espalda pero seguí repartiendo leña, abriéndome paso hasta el mogollón. Me sentía bien. Me olvidé de todo. Ya no había tensión, sólo conexión. Iba a tope. De eso se trataba. Me había olvidado de lo bien que me sentaba. Entonces resbalé sobre el andén y caí. Sentí las patadas de las botas, pero ni siquiera me ovillé, simplemente seguí peleando, golpeando y pateando. Conseguí ponerme en pie, porque Riggsie me hizo sitio cogiendo una valla móvil y cargando contra ellos con ella. Cogí a aquel tipo flacucho con gafas de culo de botella y no paré de arrearle con todas mis fuerzas. Dejó caer un bloc de notas y me di cuenta de que sólo era un pobre capullo *trainspotter*[29] que se había visto envuelto en todo el follón.

Finalmente apareció la *Old Bill* y ésa fue la señal para que todo el mundo se largara en diferentes direcciones. En la calle se me acercó un tío con un ojo hinchado. «Cabrón hijoputa *Cockney*», dijo con acento *Geordie*. Pero el cerdo se reía. Yo también empecé a reírme.

«Ha estado de puta madre», dijo.

«Ya, qué nivel, ¿no?», asentí.

«Ah, tío, estoy demasiado puesto de éxtasis para meterme en todo esto ahora», sonrió.

«Sí, de acuerdo», asentí con la cabeza.

Levantó el pulgar hacia mí, y dijo: «Ya nos veremos después, tío.»

«Puedes contar con ello, *Geordie*», me reí, y cada uno siguió su camino. Yo me dirigí de vuelta al pub donde estábamos. Otros dos *Geordies* se me acercaron pero no tenía ganas de pelea, me había bajado la adrenalina.

«¿Eres del puto West Ham?», preguntó uno.

«Vete a tomar por culo, soy escocés», gruñí con mi acento *Jock*.

«Vale, tío, lo siento», dijo él.

Les dejé y me metí en el pub. Riggsie y otros tipos estaban allí, así que nos abrimos paso hasta el campo y cogimos asiento en la grada rodeados de putos *Geordies*. Pensé en ponerme a repartir leña para ver qué pasaba, pero Riggsie descubrió a unos cuantos secretas de la pasma que nos tenían calaos. Nos quedamos para ver el primer tiempo, pero nos aburríamos que te cagas y salimos y nos fuimos al pub. Les di una buena mano de hostias a un par de tipos que jugaban al billar y rompimos unos vasos y volcamos un par de mesas a patadas antes de coger la puerta.

Cuando salimos a la calle al final del partido, vimos que la policía escoltaba camino de la estación al grueso de la peña, a la que seguía una jauría de *Geordies* al acecho. La pasma dominaba la situación, esta vez con un gran despliegue de caballos y coches. No pudimos hacer nada más, pero yo me alegré de subir al tren para volver con Samantha.

Bal iba muy puesto en el chuchú hacia casa. «¡Estos capullos ya saben quiénes somos!», gritó.

No hubo ni un cabrón de Ilford, Grays, East Ham o lo que fuera que pudiera decir lo contrario. Le pillé un éxtasis a Riggsie y me subió cuando íbamos por algún sitio cerca de Doncaster.

Veo a ese jodido cabrón. Sturgess. Ése es el cabrón que tiene que morir; por lo que le hizo a mi Samantha. Serás mío, cacho cabrón.

El cabrón detiene su buga en Picadilly Circus y ese tío joven se mete de un salto y circundan la rotonda y bajan por el Dilly, girando a la derecha para desviarse en Hyde Park. Voy tras ellos. El coche se detiene en The Serpentine[30]. No veo gran cosa en la oscuridad, pero sé lo que estará haciendo ese mariconazo, ¿vale?

Después de media hora más o menos, el coche arranca. Se dirigen otra vez hacia Picadilly Circus y la joven escoria de mierda sale del coche. Puedo reconocer a un cochino bujarrón a un kilómetro de distancia. Doy una vuelta en coche durante un rato y cuando vuelvo el chapera está otra vez en el mismo puto sitio y a Sturgess no se le ve por ninguna parte. Me detengo al lado del mariconcete.

«Oye, ¿quieres montar?», pregunto.

«Sí, vale», dice él, con acento del norte, pero acento del norte auténtico, no con acento de macho y tal.

«¿Y qué tal una mamada, querido?», le pregunto mientras sube. Sucio, así me hace sentir. Más vale no pensarlo demasiado.

Me mira cautelosamente con esos puñeteros ojos de niña. «Veinte billetes, en Hyde Park, y después me traes de vuelta aquí», dice.

«Hecho», digo, poniendo el motor en marcha.

«Aquí cerca», dice remilgadamente.

«Ya, vale, acepto», le digo. Vuelvo a poner el estéreo del coche. ABC: *The Lexicon of Love*, mi álbum favorito de todos los tiempos. El mejor puto álbum grabado jamás, ¿que no?

Fuimos en el coche por el parque y me detuve en el mismo sitio en que ese asqueroso de mierda se había detenido con Sturgess.

«Has hecho esto alguna vez», dijo sonriendo. «Es curioso, no me ha parecido que tuvieras aspecto de cliente…, eres tan joven. Voy a disfrutar», balbuceó.

«Yo también, colega, yo también. ¿De dónde eres, eh?»

«Sheffield», dice.

Me toco una cicatriz que tengo en la barbilla. Me la hicieron en Sheffield hace dos años. *Bramall Lañe: bycicle chain*[31]. Soy un poeta y yo sin enterarme, carajo. Los tipos esos del United tenían bastante clase. Nunca me pareció que los del Wednesday valieran nada, sin embargo: putos gilipollas.

«¿Eres un *Owl* o un *Blade*?»

«¿Qué?» balbuceó.

«Fútbol, sabes. ¿Eres hincha del Wednesday o del United?»

«En realidad no me interesa el fútbol», dijo.

«Este grupo, los ABC, eran de Sheffield. El tío del traje dorado.» Es él en el estéreo: «Show me».

Pongo al pequeño saco de escoria a trabajarme la picha. Me quedo ahí sentado sonriendo, mirándole la nuca, su cabeza rapada de maricón. No sucede nada.

Se para al poco rato y levanta la vista. «No te preocupes», dice, «a veces pasa.»

«Oh, no estoy preocupado, colega», sonrío pasándole uno de veinte por el esfuerzo y tal.

«Sabes», dice, «por un instante he pensado que eras poli.»

«Ja, ja, ja…, nah, colega, yo no. La ley es un marrón, pero nada más que eso, ¿vale? Yo, bueno, soy más bien lo que tú llamarías una puta catástrofe.»

Me mira durante un momento, perplejo del todo. Intenta sonreír, pero el miedo ha paralizado su cara de maricón antes de que agarre su escuálido cuello y estrelle esa asquerosa jeta contra el tablero. Se hace pedazos y la sangre salpica todo el puñetero carro. Le meto otra vez, y otra vez, y otra más.

«¡PUTO MARICONAZO! ¡VOY A SACARTE LAS MUELAS! ¡TE VOY A DEJAR UNA BOCA SUAVE Y ACOGEDORA, IGUALITO QUE EL COÑITO DE UNA TÍA BUENA, Y DESPUÉS ME LA VAS A CHUPAR COMO ES DEBIDO, JODER!»

Miré su cara, el tío del Millwall. Lyonsy. Lyonsy el León, le llaman. Pronto volverá a estar en la calle. Cada vez que le bajaba al mariconazo la cabeza, gritaba, y cada vez que se la subía, suplicaba: «Por favor…, no quiero morir…, no quiero morir…»

Ahora la tenía dura. Empujé su cabeza sobre mí y bombeé y bombeé, y comenzó a tener arcadas y a vomitar, derramándose su sangre y su vómito sobre mis cojones y muslos…

… mucha más sangre que la de la Guarra cuando le estoy echando uno y tiene la gotera…, pero ahora me corro, y sólo puedo ver a Samantha mientras lleno de lefa esa cara de maricón… Esto es para ti, chica, esto es para ti, pienso, pero me doy cuenta de que lo que estoy haciendo es descargar en la cabeza de ese puñetero monstruo, la cosa esa…

«¡OOOOHHHH, PUTO SARASA ASQUEROSO!»

Después le levanto la cabeza y miro cómo la sangre y la lefa y el vómito gotean de su cara reventada.

Debería matarlo. Por lo que me ha hecho hacer, debería matarlo, ya lo creo, puñeta.

«Voy a enseñarte una canción», le digo, apagando el estéreo del coche. «¿Vale? Como no cantes, pedazo de cara de pastel de Yorkshire, te arrancaré los putos huevos de cuajo y te los embutiré en la garganta, ¿vale?»

Asiente con la cabeza, puto sarasa desgraciao.

«Seguiré haciendo pompas siempre…, ¡CANTA, CACHO cabrón!»

Farfulla algo a través de su boca partida.

«Bonitas burbujas en el aaiireee… vuelan tan alto, casi tocando el cielo, y después, como mis sueños, se desvanecen y mueren… ¡CANTA!… La fortuna se oculta siempre, he mirado por todas partes, seguiré haciendo pompas siempre, bonitas burbujas en eeel…»

«¡UNITED!»

Grité que te cagas al estrellar mi puño en aquella cara de bujarra. Después abrí la puerta y lo eché al parque de un empujón. «¡Fuera de aquí, puto monstruo asqueroso!», grito, mientras está ahí tirado, totalmente pallá.

Me largué, y después me acerqué a él en marcha atrás. Me daban ganas de atropellarle, ¿vale? Pero no es a él a quien quiero. «¡Eh, maricón, dile al viejo cabrón asqueroso de tu novio que él es el siguiente, joder!»

Samantha no tiene brazos, no tiene madre ni padre, creció en una jodida residencia, todo por culpa de un puto viejo ricachón y maricón. Bueno, tenía previsto arreglar todo eso bien a fondo, ¿vale?

Vuelvo al apartamento y hay un puñetero mensaje en el puto contestador. Es mi madre, que nunca me llama. Parece realmente cagada de miedo: «Ven a verme inmediatamente, hijo. Ha pasado algo horrible. Llámame en cuanto llegues a casa.»

Mi vieja; nunca le ha jugado una mala pasada a nadie, nunca en la vida, ¿y qué ha sacado en limpio? Nada, eso. Por otro lado, un mariconazo, el que convirtió a todos esos chavales en monstruos, los tipos como él lo tienen todo. Después pienso qué le podría pasar a mi madre y pienso en el cabrón del viejo, el viejo borracho hijoputa. Como le haya hecho daño a mi madre, como le haya puesto la mano encima a mi vieja…

LONDRES, 1991

Habían pasado tres años. Tres años y por fin iba a verla. Había habido llamadas telefónicas, pero ahora ella iba, de hecho, a *ver* a Andreas. La última vez fue su único fin de semana en cinco años. Un fin de semana desde lo de Berlín, cuando juntos masacraron al niño de los Emmerich. Algo se quebró en ella entonces, las pullas de él la condujeron a un frenesí de violencia. Habría hecho cualquier cosa por él. Lo hizo. La sangre del niño, el amargo vino de comunión de su deforme relación.

Lo gracioso fue que ella había fantaseado con la idea de quedarse con el bebé. Ellos, una pareja de la Tenazadrina, viviendo en Berlín con un bebé. Ella podría haber sido una de las madres del Tiergarten durante los lánguidos meses de verano. Pero él quería que el bebé fuera un sacrificio, prueba de la devoción de ella por lo que trataban de hacer.

Cuando mató al bebé, algo de ella murió con él. Cuando examinó su pequeño cadáver, deslavazado y sin brazos, se dio cuenta de que también su vida había, efectivamente, terminado. Se preguntó si alguna vez había comenzado realmente. Intentó recordar las ocasiones en que se había sentido verdaderamente feliz; no parecían más que puertos en calma vergonzosamente breves en una vida que era un mar de tormentos. No, no había ninguna posibilidad de felicidad, sólo ocasiones para continuar la venganza. Andreas no paraba de decir que había que situarse más allá del yo, más allá del ego. Los agentes del cambio no podían ser felices.

Samantha estuvo en estado de *shock*, más o menos catatónica durante casi dos años enteros. Cuando salió de ese trance, descubrió que ya no quería a Andreas. Es más, ya no se sentía capaz de amar. Iba a ver a Andreas por primera vez en tres años y la única persona en quien podía pensar era Bruce Sturgess.

Ahora habían dado con Sturgess. Le pertenecía. Andreas, tuvo que reconocerlo fríamente, ya no la hacía sentir nada. Sólo quería a Sturgess. Era el último.

El otro, el de la casa en Gales, resultó fácil. Estaba desprotegido. Le vieron en el salón-bar del pueblo. A menudo había pensado que cuando atravesara a rastras aquella ventana, tendría miedo. Pero no, nada. Después de aquella ocasión en Alemania, nada.

Andreas apareció en la puerta. Ella se fijo desapasionadamente en que había perdido cabello, pero su rostro conservaba aquel frescor juvenil. Llevaba gafas de montura de acero.

«Samantha», la besó en la mejilla. Ella se quedó helada.

«Hola», dijo ella.

«¿Por qué tan triste?», sonrió él.

Ella le miró durante un rato. «No estoy triste», dijo, «sólo cansada.» Después, sin

amargura, le contó: «Sabes, tú me has quitado más parte de mi vida que los de la Tenazadrina. Pero no te odio por ello. Tenía que ser así. Así reaccioné frente a todo aquello, es mi naturaleza. Alguna gente puede librarse del dolor, pero yo no. Quiero a Sturgess. Después de él, encontraré algo de paz.»

«No puede haber paz mientras un sistema económico basado en la explotación…»

«No», dijo ella, levantando la mano para callarle. «No puedo asumir esa responsabilidad, Andreas. No hay ningún vínculo emocional. No puedo culpar a un sistema. A las personas sí; no puedo abstraerme hasta el punto de ventilar mi ira contra un sistema.»

«Por eso precisamente seguirás siendo una esclava de ese sistema.»

«No quiero discutir contigo. Sé por qué estás aquí. Aléjate de Sturgess, es mío.»

«Me temo que no me puedo arriesgar…»

«Quiero ser la primera en ir a por ese hijo de puta.»

«Como desees», dijo Andreas, entornando los ojos. «Pero esta noche he venido a hablar de amor. Mañana hacemos planes, pero esta noche es para el amor, ¿no?»

«No hay amor, Andreas, vete a la mierda.»

«Qué pena», sonrió él. «¡Da igual! Esta noche será para beber cerveza. Quizá a un club, ¿vale? No he tenido demasiado tiempo para enterarme de todo eso del *acid house* y el rollo tecno… He probado el éxtasis, por supuesto, pero sólo en casa con Marlene, para hacer el amor… o que te lo hagan, ¿no es eso?…»

Se quedó helada, al oír mencionar el otro nombre, ante lo que podría significar. Él lo confirmó con una foto de una mujer y dos niños pequeños, uno recién nacido y otro algo mayor. La imagen era de idílica satisfacción. Samantha se quedó mirando la fotografía, la expresión de amor y orgullo del rostro de Andreas. Se preguntó que clase de expresión debía de tener su propio padre cuando la vio por primera vez.

«Nada de paz hasta acabar con el sistema, ¿eh?», se rió con frialdad. Era una risa distante y cruel, y pareció desconcertar a Andreas. Ella sonrió satisfecha. Era la primera vez que le había visto inquietarse de aquel modo y se alegró de que la causa fuera ella. «Todos esos pequeños miembros…», continuó, embriagada por la sensación de poder sobre él.

La garra de Andreas le arrebató la foto. Frunció el ceño: «Estoy aquí, ¿no? ¿Acaso disfruto de paz y alegría? No. Sturgess está aquí y yo estoy aquí, Samantha. Una parte de mí está siempre aquí, donde está él. Ya ves, yo tampoco puedo librarme del dolor.»

¿QUIERES UN POCO?

Cuando llego a casa de mi vieja la primera persona que veo es la Guarra. «¿Qué hace ella aquí?», pregunto.

«¡No hables así, David! Es la madre de tu chiquitín, por Dios», dice mi vieja.

«¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Gal?»

«Se lo llevaron al hospital», dice la Guarra, cigarrillo en mano, echando ese puto humo asqueroso por la nariz. «Meningitis, pero se pondrá bien, Dave, lo ha dicho el médico, ¿no, mamá?»

Esa puta guarra llamando mamá a *mi* vieja, como si tuviera que ver con todo esto.

«Sí, nos hemos asustado un poco, pero está bien.»

«Ya, estábamos muy preocupados», dice la Guarra.

Me quedo mirando a la puta guarra cara de vaca: «¿Dónde está?»

«Planta ocho del London…»

«¡Si algo le sucede, será culpa tuya!», salto, y después me acerco corriendo a su bolso, que está sobre la mesa, y saco sus pitillos. «¡Tuya y de esto! ¡El fumeque de mierda en sus putos pulmones a todas horas todos los días!» Estrujo el paquete. «¡Si te vuelvo a pillar fumando al lado de mi chaval, haré contigo lo que he hecho con este puñetero paquete de fumeque! ¡No deberías estar aquí! ¡Aquí no pintas nada! ¡Ya no tienes nada que ver conmigo! ¿Te enteras?»

Salgo pitando por la puta puerta y mi vieja me grita que vuelva, pero me largo. Me acerco al hospital, con el corazón en un puño. Esa puta guarra tuvo que ponerle malo con su fumeque en el preciso instante en que tengo cosas que hacer. Cuando llego allí, el pequeño duerme. Parece un ángel. Me dicen que se va a poner bien. Tengo que irme. Tengo una cita.

Estoy pero que muy mosqueado cuando llego a ese puto sitio. Les he estado observando; les he visto entrar y salir, pero ahora tengo que entrar yo por primera vez.

Me da repelús, joder. Un maricón me hace de buenas a primeras una rápida proposición, entornando los ojos y diciendo no sé qué de una fiesta en los lavabos. Le mando a cascársela por ahí, joder. Sólo busco a uno, y está en la barra. Fácil de reconocer: es el capullo más viejo de aquí. Me acerco y me siento a su lado.

«Una buena copa de coñac», le dice al barman.

«Tiene usted un acento muy distinguido», le digo.

Se vuelve y me mira con esa cara de mariconazo: la boca floja y gomosa, esos ojos mortecinos de niña. Me dan ganas de vomitar de verdad, me mira de arriba abajo como si fuera un trozo de carne, joder.

«No hablemos de mí. Hablemos de ti. ¿Una copa?»

«Eh, sí. Whisky, por favor.»

«Supongo que debería preguntarte si vienes mucho por aquí o alguna sosería por el estilo», sonríe.

Viejo guarro cabrón, joder.

«Es la primera vez», digo. «A decir verdad, hace tiempo que tenía la sensación de que deseaba hacerlo…, quiero decir, siento hablarte de esta manera, pero pensé que, bueno, como eres mayor, a lo mejor serías discreto. Tengo mujer y un hijo y no quiero que sepan que he estado aquí…, en un sitio como éste…, quiero decir…»

Levanta su asquerosa mano con la manicura hecha como para hacerme callar. «Creo que tenemos lo que nuestros amigos los economistas denominarían una coincidencia de necesidades.»

«¿Que qué?»

«Creo que ambos queremos un poco de buena diversión, pero en secreto, con discreción asegurada.»

«Ya…, discreción. Eso es lo que quiero. Buena diversión, eso. Eso me vendría muy bien.»

«Vámonos de este puto agujero», suelta él, «este sitio me da grima.»

Me dan ganas de decirle: Pues entonces no deberías ser un bujarrón tan asqueroso, ¿no?, pero hago mutis, y nos vamos. Samantha estará esperando en el taller, donde le dejé las llaves.

Por un momento pensé que al bicho aquel, el cagueras, no le enrollaría ir al taller de coches del East End, pero la idea de hacerlo en plan canalla parecía excitar a aquella alimaña enfermiza. Bueno, dentro de unos instantes veremos cuánto le excita.

Cogemos mi buga, y mientras avanzamos en silencio miro a través del espejo esa cabeza rugosa de tortuga; me recuerda al capullo ese de los dibujos animados, la tortuga D’Artagnan; y pienso en que Samantha me utiliza y que me estoy comportando como una nenaza blandengue que te cagas pero no importa porque cuando sientes por alguien lo que yo siento por ella harás lo que sea, lo que sea por ella, joder, y eso es todo lo que hay y voy a mandar a este puto bicho al otro mundo, joder, a un infierno para las mentes enfermas y asquerosas…

Tengo puestos a los ABC en el estéreo del coche y empiezo a encontrarme a gusto con «All Of My Heart» que me hace sentir tan triste que si la aplico a mis circunstancias personales tengo ganas de llorar como una niña y me doy cuenta de que estoy emitiendo vibraciones sarasas porque el mariconazo me pregunta:

«¿Va todo bien?»

Hemos llegado al taller. Paro el buga.

«Sí…, quiero decir… tú ya sabes lo que hay, colega. Lo que pasa es que me siento confundido. Sólo porque tú y yo vayamos a hacerlo y tal, no quiere decir que ya no queramos a los nuestros, ¿verdad?…»

El asqueroso bujarrón me pone una mano en el brazo. «No te preocupes. Simplemente estás nervioso. Venga», dice, saliendo del coche, «hemos llegado demasiado lejos para echamos atrás ahora.»

Tiene razón, además. Salgo y me encamino hacia la cerradura. Abro el candado y las puertas de par en par. Las cierro a nuestra espalda, y le llevo por la parte de atrás hasta el garaje.

Samantha enciende las luces y yo agarro del pescuezo al capullo éste de la tortuga D'Artagnan y le sacudo en la cara con el tarro al monstruo asqueroso. El beso de Glasgow, lo llama el viejo. Lo tiro al suelo y le doy una patada en los cojones.

Samantha se acerca y es como si improvisara un baile allí mismo y sus aletas se menean como los mandos de una máquina de millón y está hecha una cría y suelta: «¡Lo has cogido, Dave! ¡Has cogido al hijoputa! ¡Es nuestro!» Ella le da una patada en el estómago al animal resollante. «¡Sturgess! ¡Se te acusa de delitos contra la salud pública! ¡Qué cojones tienes que alegar!», grita ella, inclinándose sobre él.

«Quiénes sois…, tengo dinero…, puedo conseguiros todo el dinero que queráis…», jadea la alimaña.

Ella le mira como si fuese un demente. «DINEROOO…», chilla, «NO NECESITO TU PUTO DINEROOO…, ¡para qué quiero yo dinero, joder! ¡Te quiero a ti! ¡Eres más importante para mí que todo el puto dinero del mundo! ¿A que nunca pensaste que vivirías para oír a alguien decir eso sobre ti, eh?»

He cerrado con el candado y la cadena, y después he ido a la parte de atrás y echado el cerrojo de la puerta de la oficina. Samantha sigue burlándose del mariconazo, que suplica piedad como una nena.

Ella me hace un gesto con la cabeza y yo levanto al mariconazo y lo arrastro hasta la mesa. Su asqueroso morro gotea sangre y mocos y llora como un capullo patético, ni siquiera es capaz de encajar su puto castigo como un hombre. No esperaba otra cosa de un bujarrón.

Lo echo encima de la mesa, boca arriba. Veo aparecer en sus ojos una extraña expresión cuando el puto bicho asqueroso llega a pensar que pretendo metérsela por el culo… como si fuera para eso para lo que quisiéramos. Le ato las muñecas a las patas de la mesa con un cable eléctrico, y Samantha se sube a la mesa y se sienta sobre sus piernas para sujetarlas mientras yo las amarro a continuación.

Pongo en marcha la sierra eléctrica y el cabrón de Sturgess grita, pero oigo otros ruidos y están aporreando la puerta. Es la puta *Old Bill* y suena como si fuera hubiera un mogollón.

Samantha está gritando: «No les dejes entrar, no les dejes entrar, joder», e intenta poner con los pies la sierra eléctrica delante de Sturgess, que está fuera de sí que te cagas, forcejeando con sus ataduras. Ese candado y esa cadena no mantendrán la puerta cerrada demasiado tiempo. No se me ocurre qué puedo hacer, y entonces veo el enorme pasador de aluminio del agujero del cerrojo: inmenso que te cagas, pero sin cerrojo. Deslizo mi brazo en él, el codo más allá de la juntura entre la puerta y la pared. Oigo la voz de algún cabrón imbécil de la pasma por un altavoz, pero no distingo lo que dice, lo único que oigo es la canción «Poison Arrow» a todo trapo en mi cabeza:

Porque fue ella quien me rompió el corazón, porque sabía como acabaría desde el momento en que comenzó…

Y Samantha ya lo tiene, oigo el siseo de la sierra y el dolor de mi brazo es insoportable que te cagas; este brazo ya no podrá tumbar después de esto al Lyonsy del Millwall, como si importara, y vuelvo la cabeza para gritarle a Samantha: «¡Acaba con ese cabrón, Sam! ¡Venga, nena! ¡Acaba con él!»

El sonido de la sierra cambia cuando desgarra la carne del mariconazo, justo debajo del hombro, y la sangre chorrea y salpica el suelo del garaje. Pienso en el marrón que se le va a quedar al bueno de Bal, que no estará del todo contento, y es curioso estar pensando eso porque la sierra ya ha atravesado la carne de Sturgess y secciona el hueso. Samantha, ahí sentada, con la sierra en los pies, arrancándole el miembro a la vociferante alimaña cautiva… Dios, tiene el mismo aspecto que cuando le estoy echando uno y escucho otro ruido de astillas y esta vez soy yo, es mi puto brazo, y el dolor es tan intenso que voy a perder el conocimiento, pero capto la mirada que me echa Samantha mientras caigo y grita algo que no oigo aunque sé lo que es, lo leo en sus labios. Está cubierta con la sangre de él que chorrea que te cagas por todas partes, pero ella sonríe como una niña pequeña jugando en el barro y su boca dice: Te quiero…, y yo le respondo y pierdo el conocimiento y no me importa porque es la mejor sensación del mundo… la fortuna siempre está oculta… pero yo la encontré porque la quiero y lo hice… he buscado por todas partes… la *Old Bill* puede hacer lo que le salga de los huevos, ya acabó todo, pero no me importa una mierda… seguiré siempre haciendo burbujas…

hermosas

burbujas

en

el…

Los invictos

Novela rosa Acid House

Para Colin Campbell y Dougie Webster

Somos los invictos
tenemos la televisión a la sombra
y chicas en todas nuestras fiestas
nos lo hemos montado bien

IGGY POP

PRÓLOGO

Estoy más que hasta los huevos porque no pasa nada y probablemente me he metido un paracetamol pero a la mierda hay que tener vibraciones positivas y la pequeña Amber está venga a masajearme la nuca diciendo qué ocurrirá cuando este bloque de sintetizadores operísticos parezca hacerse de 3D y noto que me entra un subidón de aúpa mientras esa mano invisible me agarra y me pone en el tejado porque la música está dentro de mí a mi alrededor y en todas partes, rezuma por mi cuerpo, como tiene que ser como tiene que ser y miro a mi alrededor y todos hacemos fuá y nuestros ojos no son más que grandes pozos de amor y energía y mis tripas dan una gran voltereta cuando la náusea recorre zumbando mi cuerpo y subimos a la pista uno detrás de otro y creo que voy a tener que cagar pero me aguanto y se me pasa y voy montado en un cohete a Rusia…

«No es mala mandanga, eh», le digo a Amber, mientras nos acompasamos a ella bailando lentamente.

«Ya, por su sitio.»

«Bien, eh», dice Ally.

Y entonces mi mandamás se pone a los platos, y esta noche está en forma, masajeando nuestros órganos psicosexuales colectivos allí tendidos frente a nosotros y recibo una gran sonrisa prometedora de una diosa con un top de licra que, con su piel bronceada y el barniz de sudor, parece tan tentadora como una botella de Becks en frío en un día caluroso, de bochorno, y el corazón me hace bong bong bong Lloyd Buist a sus órdenes, y la N-rgí-A del baile la EU-for-YAA del baile se apodera de mí y hago un meneíto *sexy* con Ally y Amber y Hazel y ese gran estúpido cae sobre mí y me abraza y se disculpa y yo le doy unas palmadas en su estómago de ladrillo y doy gracias al cielo porque vamos de éxtasis y estamos en este club y no mamaos en The Edge o en algún sitio de encefalograma plano y yo no tocaría esa bazofia, joder…, uaah cohetes…, uaah sigue subiendo y pienso que *ahora* es el momento de enamorarse ahora ahora ahora pero no del mundo de esa *ella* especial y única, hazlo sin más, hazlo ya mismo, cambia toda tu puta vida en lo que dura un latido cardíaco, hazlo *ya*…, pero nah…, es sólo una diversión…

Más tarde es hora de enfriarse en el queo de Hazel. Ally nos regala con algo de Slam, lo cual está muy bien excepto porque quiere piar a lo loco y yo estoy de humor bailongo, nah, en realidad estoy de humor follador. Los Amsterdam Playboys estos te hacen algo detrás de los huevos. ¡Uuf!

Hay muchas tías aquí. Me encantan las tías porque tienen una pinta estupenda que te cagas, sobre todo cuando vas de éxtasis. Parece una idea un poco demasiado obvia, porque la mayoría de los tíos piensan lo mismo. Leí algo en alguna parte sobre que se

mira a las tías como santas o putas. Es demasiado simple…, a mí eso me parece una mierda. Quizá trataba de lo que los jovencitos piensan de las tías. Le pregunto a Ally al respecto.

«Nah, eso es mierda, tío, demasiado simplista», dice él. Ally luce una sonrisa asombrosa y sus ojos parecen devorar cada palabra que te sale de la boca. «Yo tengo mi propia clasificación, Lloyd. Las tías se dividen en, uno: Marchosas; dos: Puretas; tres: Pencos; cuatro: Marchosas…»

«Pero Marchosas ya lo has dicho», le dije.

«Veamos…, Marchosas, Puretas, Pencos o Cochonas, ésos son los cuatro tipos de periquita», dice sonriendo, lanzando miradas por toda la habitación. «Aquí lo que hay mayormente son Marchosas, menos mal, joder.»

«¿Entonces que es lo que tú consideras una Marchosa?»

«Puta idea…, evidentemente es todo cuestión de actitud, toda esta clasificación…, eso…, escucha, Lloyd, ¿ya te has comido el otro pirulo?»

No lo había hecho. Hay unos *crusties*[32] quemando incienso en la esquina y me llega un olorcillo que me llena las narices y señalo con la cabeza hacia ellos. «Nah…»

«¿Vas a hacerlo pronto?»

«Nah…, sigo colgado, tío. Puede que la guarde para el fútbol mañana, eh.»

«Pues yo no sé, eh, Lloyd…», dice Ally de morros, poniendo cara de niño al que le han quitado los caramelos.

«A la mierda, es una ocasión especial, eh», le digo, como él o yo o algún otro capullo dice todos los fines de semana ya que todos los fines de semana son, desde luego, ocasiones especiales. Nos comemos los pirulos y el subidón de adrenalina sólo por habernos metido más química pone en marcha a Ally otra vez.

«Las Marchosas, tío, pueden dividirse en dos grupos: Chicas Holaquetal y Feministas Sexys. Las Puretas son mujeres que no tocan las drogas, a que sí, tío, y sólo se folian a gilipollas muermos como ellas que están metidos en toda esa mierda de Hogar y Plantas. Ésas son las Puretas estándar, está tirao distinguirlas. Existen Puretas alternativas, las feministas con cara de pocos amigos que leen el *Guardian* o el *Independent* y tal y que llevan camino de hacer carrera y toda esa mierda. Hay que tener ojo con ellas, si no son bolleras, tío, a veces puedes confundirlas con Feministas Sexys. No siempre, pero a veces sí.»

Cosa de magia. Ally se ha disparado. «¡El chico de los Boyle está lanzado!», grito, y se acerca más gente mientras Ally sigue echando su mitin.

«No obstante, las Chicas Holaquetal son las mejores, tío, pero ya seguiremos con eso. Las Pencos beben mucho y folian con arrabaleros. Visten mal y como mucho algunas veces toman Class As, aunque ahora hay más Pencos que se meten. Son la clase de mujeres que van a la disco y bailan alrededor de sus bolsos. Las Cochonas son lo más bajo que hay, tío; se folian lo que sea y a menudo son alcohólicas. A las Chicas Holaquetal se las llama así porque siempre dicen ho-laaa… cuando te las

encuentras.»

«Tú siempre dices eso, Amber», dice Hazel.

«¿Y?», dice Amber, preguntándose de qué va todo esto.

«Pero hay que andar con ojo», me dice Ally, «porque a veces también lo dicen las Pencos. Lo importante es el *modo* en que lo dicen.»

«¿Me estás llamando puto Penco, hijo?», le pregunta Amber a Ally.

«Nah, tío…, tú dices hola de un modo enrollao», le sonríe, y ella se derrite. Que me jodan si no nos está subiendo otra vez. «Tú eres una Chica Holaquetal y ésas son Marchosas espontáneas y juveniles, la sal de la tierra. Las mejores acaban por tener ese toque especial y se convierten en Feministas Sexys; las peores terminan apalancadas con un gilipollas latente y se convierten en Puretas. Y te diré algo más, Lloyd», dice, volviéndose hacia mí, «en el ochenta por ciento de los casos el hombre siempre se vuelve puretón y aburrido antes que la mujer.»

«Eso es pura bazofia, Ally.»

«Nah, Ally tiene razón», apunta alguien. Es Nukes.

«¿Lo ves? ¡Lo que pasa es que tú has elegido mujeres aburridas toda tu puta vida, tontolculo!» Ally sonríe y me da un abrazo.

Fuaahh…, estoy follao, es como si estuviese cagando el alma por todos los poros de mi cara. «Tengo que salir de ésta bailando o me quedaré aquí hecho un vegetal toda la noche… Nukes…, ayúdame a llegar a la pista, tío…»

«Estoy cegado, tío…, cegado por la puta luz…, no era ésa una canción de no sé qué capullo…, tengo que sentarme», gruñó Nukes, de él surgía una aura magnífica. Me tambaleé hacia los altavoces.

«Venga, Lloyd, tío, quédate aquí a charlar un rato», dice Ally, sus pupilas cada vez más negras y sus párpados cada vez más pesados. «Enseguida. Tengo el punto discotequero. *Rock the disco tek*, eh.»

Dejo ahí a Ally bailando con Amber y su colega Hazel, definitivamente dos Marchosas en cualquier clasificación, que tienen un aspecto tan deliciosamente fresco y colorido como un par de cócteles *happy hour* posados tentadoramente en la barra del Oíd Orleans. Después de unos pasitos, mis piernas se ponen en marcha y termino por disfrutar. Empiezan a pasar más cosas extrañas detrás de mis genitales. Recuerdo que le tiré los tejos a Amber en una fiesta el año pasado y mirarla me hizo preguntarme por qué no lo había vuelto a hacer. Le digo a Amber primero, «Oye, ¿te apetece que vayamos al dormitorio para un encuentro de mentes y demás partes?»

«No, no me apetece sexo contigo. Pienso tirarle los tejos a Ally un poco más tarde. Está fantástico.»

«Ya, ya, ya», digo sonriendo, y miro a Ally con su bronceado de Tenerife y he de reconocer que en efecto el cabrón tiene un aspecto, eh, un pelín más que presentable; eso sí, todo dios lo tiene cuando va de éxtasis. Me saluda con la mano y yo le correspondo. Una gran pálida

Una pálida no, aunque los latidos del corazón, la sudoración y el calor, se han

intensificado decididamente. Pégale al Volvic. ¡Lo notáis, tripulantes!

«Una cinta cojonuda, Ambs…, hazme una copia…, ¿son los Slam? ¿Lo son?»

Ella cierra los ojos y después los abre brevemente y asiente con la cabeza, muy seria: «Sólo es una mezcla de Yip Yap, eh.»

Fuá, sí, joder…

«Yo estoy por la labor», me dice Haze.

«¿Eh?»

«Un polvo y tal. Le hablabas a Ambs de eso, eh. Tú y yo, pues. En el dormitorio.»

Me disponía a preguntárselo antes de que me distrajera…, veamos… antes de que me distrajera la calabaza de Amber; fuá, cacho cabrón, estoy en contacto con mis sentimientos o qué, pero no pasa nada y grito: «Eh, Ally, tengo celos sexuales de ti», y hace un puchero y se acerca y me da un abrazo y Amber también así que debería sentirme bien pero me siento un poco capullo por hacerle sentirse mal porque descubro que no estoy realmente celoso de Ally que es un chaval estupendo como diría Gordon McQueen el de Scotsport sólo que él ya no sale ahora es el gachó ese Gerry McNee el que lo dice ahora, y el otro desgraciao que también escribe de fútbol que también sale, pero como dirían esos chicos: «le deseo lo mejor, etc., etc.»

«Amber decía que iba a tirarte los tejos», le digo a Ally.

Amber sonríe y me da un empujón en el pecho. Ally se vuelve hacia mí y dice: «Lo importante, tío, es que yo quiero a Amber», la envuelve con el brazo. «Lo que pase sexualmente… es sólo un detalle. Lo importante es, tío, que yo quiero a toda la gente que conozco en esta habitación. ¡Y conozco a todo el mundo! Menos a esos tíos», señala a los *crusties* que están liando petas en una esquina. «Pero también querría a estos mendas si los conociese. El noventa por ciento de la gente merece ser amada, tío, una vez que llegas a conocerla… si tienen suficiente fe en ellos mismos…, si se aman y respetan a sí mismos, eh…»

Noto que la cara se me abre como una lata de sardinas cuando sonrío a Ally y después me vuelvo hacia Haze y digo: «Aúpa…»

En el dormitorio Haze se sacude el conjunto y yo el mío y ya estamos debajo del edredón. Hace demasiado calor para estar debajo del edredón pero es por si entra algún capullo, que lo hará. Ponemos las lenguas a trabajar duro y yo debo de saber muy salado y sudoroso porque ella también. Me cuesta siglos conseguir una erección, pero eso no me molesta porque cuando voy de éxtasis me va más acariciar que la penetración. A ella se le va bastante la olla, sin embargo, y consigo que se corra empleando los dedos. Me quedo ahí tumbado viendo su orgasmo como si la viera marcar un gol para los Hibs. Vamos a repetir la jugada, Archie… Quiero que se corra siete veces. Después de un rato, sin embargo, empiezo a sentir que algo se mueve y tengo que parar y levantarme y revolver en mis vaqueros.

«¿Qué pasa?», pregunta. «Tengo un condón aquí…»

«Nah, es el nitrato ese, los poppers.» Encuentro el frasco. Las cosas han llegado

al punto de que ahora ya no le saco nada a follar sin el nitrato aminal. Los éxtasis son más sensuales que sexuales, pero hay que tener nitrato, tío, en realidad no es un extra opcional, ahora es realmente tan esencial como una polla y un coño.

Así que…, así que seguimos jugando con la piel y es tan bueno porque sigo de subidón y el éxtasis ha multiplicado por diez la sensibilidad táctil y nuestras pieles están tan sensibilizadas que es como si pudiésemos alcanzar el interior del otro y acariciar todas esas partes y fragmentos internos y nos situamos hasta llegar al sesenta y nueve y cuando nos empezamos a lamer no hay manera de que yo, en cualquier caso, me corra rápidamente, así que lo dejamos y yo me pongo encima y dentro de ella y después ella está encima de mí y luego yo estoy encima de ella y luego ella está encima de mí, pero lo hace de un modo un poco excesivamente teatral, sospecho; podría estar equivocado, quizá simplemente le falte experiencia porque debe de tener sólo unos dieciocho años o así cuando yo tengo treinta y un putos años que quizá sean demasiados para seguir en este plan cuando podría estar casado con una señora agradable y gorda en una bonita casa en las afueras con niños y un empleo seguro en el que tendría informes urgentes que redactar notificando a mis superiores de la dirección que a menos que se tomen determinadas medidas la organización podría sufrir, pero aquí estamos yo y Purple Haze, joder

y ahora la cosa mejora, más relajada, espiritual. Se pone bien…

… está muy muy bien y Haze y yo derramamos fluidos dentro y encima del otro y pongo el nitrato aminal en sus narices y en las mías y nos aferramos juntos a esa enorme ola batiente de orgasmo

UA UO UO

UO UO

UO

OOOOOOOOHHHHHHHHHJOOOOOOOOOOOOOOOOOHHHHHHHHHH

OOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOHHHHHHHHHHHHHHHHHHHH

hhhhhhhhhhhh! !!!!!!!!!!!!!!!!!

Me gusta la sensación que sigue con el corazón bombeando a causa del orgasmo y el nitrato. Es cojonudo sentir mi cuerpo reajustarse, ralentizarse mis latidos cardíacos.

«¡Ha sido estupendo!», dice Hazel.

«Ha sido…», intento encontrar las palabras, «frutal. Un polvo pleno con sabor afrutado.»

Me pregunto si alguien tendrá ganas de tomar cócteles en el Oíd Orleans más tarde o mañana por la noche, ¿o es ya esta noche?

Hablamos un poco, y después nos unimos a los demás. Es verdaderamente extraña la intimidad que se puede tener con alguien a quien realmente no conoces yendo de éxtasis. Realmente no conozco a Hazel pero puedes echar un polvo cojonudo con un extraño yendo de éxtasis. Cuesta mucho tiempo llegar a semejante intimidad por la vía habitual. Tienes que ir paso a paso, eh.

Ally se me acerca enseguida. «La pequeña Hazel, todo un bollicao. Estás hecho un sucio cabrón, tío, eh. Joder, Lloyd, ojalá tuviera dieciséis años ahora y tuviera todo esto. El punk y tal fue una mierda comparado con esto…»

Lo miro y después echo una mirada alrededor de la habitación. «Pero si lo tienes, so tontolculo, igual que tuviste el punk, igual que tendrás lo que venga después, porque te niegas a crecer. Lo que pasa es que te gusta nadar y guardar la ropa. No hay otra manera, tío, joder.»

«No tiene ningún sentido nadar si luego no puedes guardar la ropa, ¿vale?»

«Esto es estupendo…, ¿qué tal Tenerife, por cierto? En realidad nunca me lo has contado.»

«Total, tío. Mejor que Ibiza. No bromeo. Tenías que haber venido, Lloyd. Te habrías puesto las botas.»

«Realmente quería ir, Ally, pero la tela lo jodió, eh. No sé ahorrar, ése es mi problema. ¿Qué tal John Bogweed la semana pasada? ¿Qué tal estuvo?»

«¿John Bigheid?[33] Mierda.»

«Ya.»

«Son cosas que pasan…»

«Ya…, a mí nunca me llegó lo que tocaba…, eso sí, había cosas que no estaban mal…, eres un sucio cabrón…»

«Lo sé, lo sé. Deberías tirarle los tejos a Amber. Está por ti, tío.»

«Que me jodan, tío, paso de follarme a Amber. Empieza a sentarme mal perseguir a los bollicaos, llenarles la cabeza de mierda y picármelas, y después salir corriendo a toda hostia hasta el fin de semana, tío. Me siento como si estuviera otra vez entre los catorce y los dieciséis, cuando sólo era un polvo en el que había que intentar comerse y terminar lo antes posible. Estoy volviendo de cabeza a la primera fase de desarrollo sexual, tío.»

«¿Ah, sí?, ¿cuál es la fase siguiente?»

«Te tomas tu tiempo, le metes mano un buen rato a la chica, intentas que se corra, buscas el clítoris, pruebas el sexo oral…, ése era yo más o menos entre los dieciséis y los dieciocho. Y después de eso, más o menos entre los dieciocho y los veintiuno, para mí siempre fue cosa de posiciones. Hacerlo de diferentes maneras, intentar distintas aproximaciones como el estilo perrito, en sillas, por el culo y todo ese tipo de cosas, algo así como gimnasia sexual. La fase siguiente fue encontrar una chica y tratar de sintonizar con los ritmos internos del otro. Hacer música juntos. El caso es, Lloyd, que creo que he pasado esa fase y vuelvo a iniciar el círculo cuando lo que quiero es ir hacia adelante.»

«A lo mejor es que ya lo has hecho todo», aventuro.

«Nah», suelta él, «para nada. Quiero esa clase de comunión psíquica, meterse de lleno en el bolo del otro, como los vuelos astrales y eso.» Aprieta el índice sobre mi cabeza. «Y ahora estoy en esa fase hasta que lo encuentre. Nunca lo he tenido, tío. He tenido los ritmos internos, pero no la unión de las almas. Ni por asomo. Los éxtasis

ayudan, pero la única manera de lograr la unión de las almas es dejarla entrar en tu cabeza y que ella te deje entrar en la suya al mismo tiempo. Es comunicación, tío. Eso no lo puedes conseguir con cualquier marchosa, ni siquiera cuando los dos vais de éxtasis. Tiene que ser amor. Eso es lo que realmente busco, Lloyd: amor.»

Sonrío a sus grandes ojos y digo: «Eres un puto filósofo sexual, Mister Boyle.»

«Nah, no bromeo. Estoy buscando el amor.»

«A lo mejor eso es lo que realmente buscamos todos, Ally.»

«El caso es, Lloyd, tío, que a lo mejor no puedes buscarlo. A lo mejor te tiene que buscar él a ti.»

«Ya, pero hasta que lo haga, te hace falta un polvo cojonudo, eh.»

Más tarde, Amber me dice entre lágrimas que Ally la ha rechazado y no quiere acostarse con ella porque no la quiere como amante, sólo como colega. Nukes está en la cocina con nosotros y se limita a levantar las manos como si todo esto fuera demasiado fuerte y dice: «Me voy…, nos vemos…» pero me doy cuenta de que el capullo se ha ido con la chica esa, y ésa es la señal para que todo el mundo se largue, pero yo me quedo e intento explicarles la posición de Ally a Amber y Hazel y meterme unas rayas de coca con ellas y vemos salir el sol y lo discutimos todo. Hazel se va a dormir pero Amber quiere quedarse despierta para hablar. Finalmente, sin embargo, se queda dormida en el sofá. Yo me voy a otro dormitorio y pillo una colcha y se la echo por encima. Parece tranquila. Necesita un novio: un tío joven y majo que la cuide y que se deje cuidar por ella. Me planteo meterme en la cama con Hazel a sobar pero he notado crecer la distancia entre nosotros a medida que el MDMA se agotaba en nuestros cuerpos. Me voy a casa y aunque no soy religioso rezo para que Amber tenga un novio y para que Ally y yo tengamos cada uno una novia especial.

No soy religioso, pero simplemente me gusta la idea de que los amigos se deseen cosas buenas unos a otros; me gusta la idea de toda esta buena voluntad flotando en el espacio psíquico.

Ya en casa, me trago dos gelatinas y las bajo con una botella de Becks. Me tambaleo hasta la cama, donde un sopor extraño, perturbador desciende sobre mí. Estoy en el conocido distrito de Que-Te-Den-Por-El-Puto-Culo, de Ciudad del Zumbao.

Primera parte

El arrollador amor del éxtasis

1. HEATHER

Estás tecleando ese informe usando el procesador de textos del ordenador central y Brian Case, *Mister Case*, sonríe impúdicamente y dice: «¿Cómo está hoy el sol de mi vida?» Lo que yo querría decir es que no soy el sol de tu vida, y que si lo soy necesitas uno con urgencia, pedazo de reptil demente y lamentable, pero necesito el empleo y no el agobio, así que me limito a sonreír y sigo tecleando datos en la pantalla.

Sólo que es doloroso.

Es doloroso porque te llaman algo que no eres, te ven como no eres. Por eso duele.

De camino a casa me detengo en un pub. El East Port Bar. Las dos últimas semanas me he estado asomando desde fuera, tratando de reunir valor para entrar. Miraba a todos los bebedores, escuchaba el ruido, la ocasional risa estrepitosa, olfateaba el humo. Cuando por fin atravesé la puerta pensé que iba a ser un poderoso momento de catarsis. Pero ni siquiera noto que estoy en la barra hasta que le pido un gin tonic al tío de la cara arrugada. ¿Qué estoy haciendo aquí?

Yo nunca entro

Yo nunca

Porque Liz me pidió que viniera. Liz. Ni siquiera está aquí todavía.

Parece que aquí en el bar hoy son todo hombres a la hora de la cena, aunque lo hayan arreglado para hacerlo más marchoso. Un capullo me mira como si yo estuviera buscando. Aquí. En el East Port Bar. Dunfermline. ¡Aquí! Sería de risa. Debería ser de risa. Lo que pasa, sin embargo, es que ahora la cosa no tiene gracia. Me he reído durante demasiado tiempo. Me he reído cuando no sabía por qué me reía.

Liz entra. Pido otro gin tonic para mí a la vez que uno para ella. Liz y yo. Seguimos siendo amigas, a pesar de haber sido asignadas a oficinas diferentes. Razón oficial: beneficioso para el desarrollo de nuestra carrera tener la oportunidad de trabajar con gente distinta en equipos distintos en áreas distintas. La oportunidad de ampliar nuestra base de aptitudes. Un poder éste que nuestro sindicato recientemente negoció otorgar a nuestros jefes: mayor flexibilidad. La oportunidad de introducir datos en una máquina distinta en una oficina distinta. La verdadera razón por la que nos trasladaron, por supuesto, es que nos entendíamos y nos lo pasábamos bien y no les gusta que la gente sea *demasiado* feliz trabajando.

Liz es mayor que yo. Empalma los cigarrillos y bebe muchísima ginebra. Yo vivo con Hugh, *en una casa*, pero *vivo* para mis risas con Liz. Y Marie, mi mejor amiga Marie.



2. LLOYD

Tengo la cabeza un poco jodida; básicamente porque me metí un par de gelatinas para bajar. Estupidez y sordidez, eso es. Ventanas de arrabal. Veo el mundo a través de ventanas de arrabal. Suena el teléfono junto a la cama. Nukes está al otro extremo de la línea.

«Lloyd…, soy yo.»

«Nukes. Vale. ¿Recuperado de anoche, o era esta mañana? No puedo ponerme en marcha, tío. Tomé un par de esas putas gelatinas para bajar…»

«Cuéntamelo a mí. ¿Vas al fútbol?»

«Nah…, me apetece una pinta.»

«Me gustaría saber cómo se ve la cosa desde el graderío nuevo, eh.»

«Que les den por culo a los graderíos nuevos, tío.»

«Pues no tienen mala pinta…, mucho mejor que la mierda de los *jambos*[34], joder.»

«Ya, basura barata, paneles de conglomerado del B & Q. Gary McKay los puso una noche cuando no echaban fútbol en la Sky. Pero no sé si podré quedarme sentado en el mismo sitio noventa minutos, Nukes…»

«Vale, pues, chavalote, no descartemos ninguna opción…»

«Guay.»

«Vale, te veo en el Windsor dentro de media hora. Pero no llames a Ally. Si oigo a ese cabrón dándole al pico sobre lo bien que estuvo John Digweed la semana pasada, o de lo estupendo que es Tenerife, lo empujo debajo de un bus.»

«Bueno…, ese capullo arbitrario me dijo que lo de Digweed fue una mierda.»

«El cabrón dijo lo mismo de Tony Humphries. Siempre empieza la noche diciendo que todo el mundo es una mierda. Luego le oyes decirle a algún capullo que no estuvo mal y después, hacia el final de la noche, sólo sabe hablar de lo estupendo que fue.»

Me doy una ducha e intento ponerme en movimiento. Las putas gelatinas estas: nunca más. Salgo tambaleándome al Walk para encontrarme con Nukes. Nos vamos de pedo. Nos metemos un par de gelatinas cada uno para ahorrar. Nukes tiene un argumento sólido: «Consigues el mismo efecto con un par de gelatinas y cuatro pintas que con treinta pintas. ¿Por qué darles el dinero a los cabrones de los cerveceros y perder tiempo?»

El mediodía se disuelve en una tarde fangosa. «Estoy follao, tío», le digo a Nukes. Me dejo llevar hasta la Ciudad De Los Zumbaos, Desnuquelandia, y el barman me da un meneo que me devuelve al Planeta Leith. Dice algo pero no consigo distinguir qué es. Salgo por la puerta bamboleándome. Oigo a Nukes cantando

canciones de los Hibs pero no veo al cabrón. No sé dónde estamos, parece ser que por el centro. Oigo gente riéndose de mí, voces en plan pijo. Después estoy en un taxi y luego en otro pub de Leith. Oigo a un tío gritarme: «Ése es el cabrón que se folló a su hermana», y traté de decir algo pero estaba demasiado borracho, y oigo a otro tío diciendo: «Nah, ése es Lloyd Buist, el hermano de Vaughan Buist, ¿no, colega? Tú estás pensando en el otro Lloyd, Lloyd Beattie se llamaba el chaval.»

«No me digas que hay dos putos Lloyd en Leith», dice un tío.

Lo siguiente que recuerdo es que estoy hablando con mi colega Woodsy, al que hace siglos que no veo, y está dale que te pego con Dios, la bebida y el éxtasis. Me lleva a casa y me quedo frito.

3. HEATHER

Hugh está en casa. Trabaja hasta más tarde que yo. Tiene un cargo de mayor responsabilidad. Es responsable. ¿De qué es responsable? «¿Has tenido un buen día?», dice sonriendo, dejando brevemente de silbar la canción de los Dire Straits «Money for Nothing».

«Sí», digo, «no ha estado mal. ¿Qué quieres para cenar?» Tendría que haber dejado algo preparado antes. Pero no he querido molestarme.

He pasado más de una hora haciéndome las uñas: cortando, limando, pintando, todo lleva su tiempo. Parece que el tiempo vuela.

«Lo que haya», dice, poniendo las noticias.

«Eh, ¿qué tal unos huevos revueltos con tostadas?»

«Estupendo.»

Me voy a hacer los huevos. «¿Qué tal tu día?», grito.

«No ha estado mal», oigo su voz procedente de la habitación de al lado. «Jenny y yo hemos hecho una presentación sobre distribución por zonas para el equipo de gerencia de nuestra área. Por lo visto la han acogido bien», dice asomando la cabeza por la puerta. «Creo que les convenceremos.»

«Muy bien», digo yo, tratando de infundir entusiasmo a mi tono de voz.

Hugh y yo dejamos la universidad al mismo tiempo y nos pusimos a trabajar para distintos departamentos de la administración local. Ahora él es gerente de una sociedad inmobiliaria y yo estoy exactamente donde estaba hace seis años.

Nadie más que yo tiene la culpa.

Si le quisiera, la cosa no sería tan mala. Una vez pensé que era así. Él era lo que yo entendía por un rebelde: de clase obrera, metido en la política estudiantil. Vaya montón de tonterías, joder.

«Voy a salir esta noche», le digo.

«Ah…», dice él.

«Con Liz. Del trabajo. Ahora que trabajamos en oficinas distintas nunca tenemos ocasión de vernos. Probablemente compremos comida para llevar y una botella de vino.»

«Echan una buena película en la Dos esta noche», dice él.

«¿Ah, sí?»

«*Wall Street*. Michael Douglas.»

«Sí, claro. Pero ha quedado con Liz.»

«Ah, sí, ya veo.»

«Pues muy bien.»

«Muy bien.»

Me encuentro con Liz en MacDonald’s, y acabamos otra vez en el East Port Bar y nos hemos pimplado unas ginebras y después cogemos un taxi hasta Kelty y al club. «¿Cómo es que vais a Kelty, chicas? En Kelty sólo hay putas y mineros», nos dice el taxista.

«¡Eh! ¡Vale ya, fisgón! ¡Yo soy de Kelty!», dice Liz.

«¿Y en qué pozo trabajabas, cariño?», pregunta el taxista, antes de dejarnos en el aparcamiento del club.

Nos metimos y encontramos asiento en el rincón. Había una enorme bola de espejos en el centro de la pista. Liz echó una mirada hacia una mesa cerca de la barra.

«Ese es mi ex», dice ella, «Davie. Un tío guapo, ¿eh?» Señala con la cabeza hacia un tipo que está concentrado en su cartón de bingo. Enseguida se acercó a nosotras.

Asentí al comentario de Liz con todo el entusiasmo que pude reunir, pero no estaba totalmente de acuerdo. Se notaba que hubo un tiempo en que Davie tuvo su atractivo, pero esa impresión tenía más que ver con su coqueta confianza que con cualquier golosina física que los estragos del tiempo y la bebida hubiesen dejado subsistir. Me echó una mirada y sonrió casi estúpidamente. Algo tenía, sin embargo.

«Sus ojos azules me perdieron», dijo Liz, mientras Davie atravesaba la multitud y se sentaba frente a nosotras.

«¿Cómo te va, cariño? ¿Y quién es esta encantadora jovencita?»

«Es Heather, del trabajo.»

«Hola», dije yo.

«Encantado de conocerte, Heather. ¿Y podría ofrecerles una copa, hermosas damas?»

«Dos gin tonics nos sentarían bien», dijo Liz.

«Dadlo por hecho», sonrió Davie, dirigiéndose a la barra.

No es que Davie lo apostara todo a la fuerza de sus grandes ojos azules, más bien ponía todos los huevos en la misma cesta de seducción.

Muy pronto sus juegos de miradas le hicieron parecer algo más que un tanto cretino.

«El problema era», dijo Liz confirmando mis sospechas cuando él se fue al baño, «que no había gran cosa detrás de esos ojos.»

4. LLOYD

Me desperté en el sofá de Woodsy sintiéndome una mierda. Estaba enfermo, con un dolor de cabeza de los de taladro de dentista, y tenía el labio partido e hinchado y tenía algo así como un feo borrón de rímel morado bajo el ojo derecho. Eso me hizo recordar por qué tomaba Class As en vez de alcohol. Recuerdo que Nukes y yo nos zurramos. Quién coño sabe si fue entre nosotros o con algún otro hijoputa. Dada la levedad de mis heridas probablemente fue con algún otro hijoputa, porque Nukes es un tío duro y me habría hecho mucho más daño.

«Ayer la cagaste pero bien, ¿eh?» dijo Woodsy, trayéndome una taza de té.

«Ya», dije, demasiado pasado como para sentir muchos deseos de disculparme, «Nukes y yo le dimos a las *satellite tellies*[35] y fuimos a saco. Acabamos de barrila.»

«Vosotros estáis locos, cabrones. El alcohol es un instrumento de Satanás, tío. En cuanto a las gelatinas…, bueno, no suelo estar de acuerdo con ese cabrito *tory* amariconao de la tele…, pero, hostia puta, tío, cabe esperar semejante comportamiento por parte de Nukes, con eso de que es un *cashie*[36] y tal, pero pensé que tú tendrías un poco más de sentido común, Lloyd.»

«Venga, Woodsy, tío», protesté. El capullo de Woodsy seguía con su cuelgue religioso. Había estado dale que te pego, eso sí, empezó el verano pasado. El cabrón sostenía que había visto a Dios después de dos Supermarios y dos *snowballs* en el festival de Rezurrection al aire libre. Le dejamos tirado en el Garage Room de *chill-out*, parecía estar recalentándose de mala manera. Le metí un Volvic en la mano y le dejé a merced de los elefantes rosas. En realidad estuvo mal, pero estaba tan jodidamente puesto y el espectáculo de luces era tan fenomenal en la carpa principal, que quise volver al mogollón. Dos Marchosas maternalistas le vigilaron indulgentemente.

El plan de asistencia se fue a tomar por culo cuando el ataque de escrúpulos de Woodsy le obligó a abandonar a las Marchosas y dirigirse a los cagaderos químicos para conversar con el gran teléfono de aluminio. Fue en una de esas pútridas trampas donde conoció al Gran Jefe.

Lo peor es que al parecer Dios le dijo que el Éxtasis era Su don a los que estaban en el ajo, que a partir de entonces tenían el deber de difundir la palabra. Al parecer instruyó a Woodsy para que organizara un club de Rave Gospel.

Ahora yo no sabía si Woodsy se había frito los sesos, o si se había embarcado en algún cuelgue de control egocéntrico; quizá algún montaje al estilo Koresh para tener acceso a todas las Marchosas que quisiera. ¿Me recibís, chicas? Estáis realmente listas para recibirme, y toda esa *schissee, merde*, mierda comecocos. Fuera lo que fuese, había elegido la droga equivocada para un maníaco del control. La única

persona a la que puedes controlar cuando vas de éxtasis eres tú mismo. Koresh no habría durado ni cinco minutos si su peña de Waco hubiese ido puesta de éxtasis. Corta el puto rollo religioso, Davey, hombre, hemos venido a bailar…

«Oye, Lloyd, ¿sigues teniendo esos platos Technics en tu casa?»

«Sí, pero son de Shaun y tal. Sólo hasta que vuelva de Tailandia, eh.»

Shaun iba a estar fuera un año, pero si tenía dos dedos de frente se quedaría por ahí para siempre, y Shaun era un tipo avispado. Había formado tándem con un tipo de Lancashire que se llamaba El Cuervo, y habían hecho una pequeña fortuna dando palos en las casas de los ricos cabrones. Habían tomado la sabia decisión de dejarlo antes de hacer ese trabajito de más y emprendieron el camino a Tailandia vía Goa. A ellos les vino bien y a mí también, pues heredé los platos y la colección de discos de Shaun, que tenía algunas rarezas *soul* hiperchulas.

«Debes controlarlos bastante bien ya, ¿eh?»

«No lo hago mal, no», mentí. Llevaba sólo un par de meses a cargo de los platos. No tenía ningún sentido del *timing*, ninguna habilidad motora ni demasiado vinilo. Habría querido practicar más con ellos, pero había estado haciendo faenas de carpintero de estranjis con mi colega Drewsy y trapicheaba bastante para La Ponzoñas.

«Mira, Lloyd, he organizado una movida en el Reck-Tangle Club de Pilton. Quiero que tú estés en el cartel. Primero tú, después yo. ¿Qué te parece?»

«¿Cuándo es?»

«El mes que viene. El catorce. Aún falta bastante.»

«Bueno. Cuenta conmigo.»

Yo era una mierda con los platos pero supuse que una fecha tope me obligaría a ponerme las pilas. No me hizo tanta gracia que Woodsy me dijera que quería estrofas de himnos y música *gospel* mezclados con tecno, *house, garage* y cosas de *ambient*, pero seguía estando dispuesto.

De todos modos decidí que pasaría mucho tiempo en casa con los platos. Muchos de mis colegas, sobre todo Nukes, Ally y Amber, me animaron bastante. Se dejaban caer para fumar unos petas y a menudo traían discos de *dance* que les habían prestado. Empecé a ir sobrio a unos cuantos clubs a observar a los D J y ver lo que hacían. Mi favorito era Craig Smith, el DJ de Edimburgo del Solefusion, que siempre parecía divertirse mucho con lo que hacía. Había demasiados capullos con cara de pocos amigos y sin alma, y se notaba en el *Richard Millhouse*[37]. No puedes hacer disfrutar a otros cabrones si tú mismo no disfrutas.

Una tarde me estaba relajando con un poco de *Richard Nixon* cuando llamaron a la puerta. Tenía bajo el volumen de la música, pero aun así pensé que serían los cabrones *yuppies* de enfrente que se quejaban de todo y por todo.

Abrí la puerta y ante a mí estaba la vieja señora McKenzie, la de abajo. «Sopa», escupió, con la cara arrugada.

Me acordé. Me había olvidado de ir al supermercado a por ingredientes para una olla de sopa. Siempre hago una gran olla los jueves antes de que empiece el fin de semana de excesos para asegurarme de tener algo nutritivo en casa por si estoy demasiado follao o pelao para hacer cualquier cosa. Le llevo un poco a la vieja señora McKenzie en un recipiente de Tupperware. Es un vejestorio agradable, pero lo que empezó como un gesto puntual de buena voluntad, se ha convertido ahora en una práctica habitual y empieza a tocarme los huevos mogollón.

«Perdone, señora Mack, aún no he tenido ocasión de hacerla, sabe.»

«Ya…, es que pensé… sopa…, el muchacho de arriba normalmente nos baja un Tupperware de sopa los jueves…, ahora mismo se lo estaba diciendo a Héctor. Sopa…, el otro día se lo decía a Héctor. Sopa. El muchacho de arriba. Sopa.»

«Sí, dentro de un rato la haré.»

«Sopa sopa sopa…, pensé que nos traerían algo de sopa.»

«Está todo controlado señora Mack, se lo puedo asegurar.»

«Sopa…»

«LA SOPA NO ESTÁ LISTA TODAVÍA, SEÑORA MACKENZIE. CUANDO LA HAYA HECHO, QUE SERÁ MÁS AVANZADO EL DÍA, LE BAJARÉ A USTED UN POCO. ¿DE ACUERDO?»

«Sopa. Más tarde.»

«ESO ES, SEÑORA MACKENZIE. SOPA. MÁS TARDE.»

Debía estar armando jaleo porque la Pureta de enfrente se asoma a la puerta para investigar el ruido. «¿Está usted bien señora MacKenzie? ¿También a usted la ha molestado el ruido que hace esa música?», le pregunta a la entrañable anciana la cabrona egocéntrica, manipuladora e insensible.

«Ya viene la sopa», dijo alegre y tranquilizada, mientras se movía lenta y penosamente por el rellano y bajaba las escalera.

Volví adentro, le di carpetazo al *Richard* y salí a comprar los ingredientes para la sopa. Mientras estaba fuera dejaron un mensaje en el contestador. Era una larga y enmarañada declaración de Nukes que de hecho no decía nada salvo que la policía había registrado su casa.

5. HEATHER

Como si.

Como si la proximidad física pudiera compensar la distancia emocional.

Me abraza con fuerza, pero no hay amor ni ternura. Sólo desesperación. Quizá tenga que ver con la conciencia de que me estoy alejando de él, alejándome de este mundo que él quiere que habite: su mundo, el mundo que no compartimos.

No es el mundo que compartimos porque yo soy suya, su propiedad, y él no renunciará a ella fácilmente. Soy una fuente de consuelo, un osito de peluche para un niño grande. Pero los demás nunca lo ven como tal y si pudieran percibir la enervante inmadurez de este hombre supuestamente exitoso, sólo les parecería entrañable, como en tiempos a mí. Sólo que ya no me lo parece, porque es triste y lamentable.

Es un jodido retrasado.

¿Qué saca actuando de ese modo?

Él prospera mientras yo muero por dentro.

Él también debería estar muriendo, pero no lo hace.

No lo hace porque para eso me tiene a mí.

¿Qué quiero yo?

El amor no basta. Tiene algo que ver con estar enamorada. Quiero a mi madre, a mi padre. No quiero otra mamá y otro papá. Antes sí. Antes sí, por defecto, porque no sabía realmente lo que quería.

No quiero que me protejan. Hugh es protector.

Antes también necesitaba eso.

Pero, Hugh, he madurado, he madurado más de lo que tú quieres. Solías decirme que tenía que madurar. Tendrías miedo si vieses quién soy en realidad. Creo que ya lo tienes. Por eso te aferras, te aferras como si te fuera la vida en ello.

Morir por dentro.

Madurar.

¿Cómo reconciliarlos?

6. LLOYD

Volvía del supermercado con los ingredientes de la sopa, y apenas había cruzado la puerta, cuando a mis espaldas sonó bruscamente el timbre. Era La Ponzoñas, que iba a remolque de La Víctima, cuyo careto se había petrificado en una mirada fija, nerviosa y tensa que ni siquiera mi más amplia sonrisa pudo derribar.

La Víctima era una hecha-polvo crónica. La gente como ella siempre parecía frecuentar a La Ponzoñas. A su vez, ella mantenía baja su autoestima y se aseguraba que permaneciese en un estado de miseria psíquica. Era una coleccionista de almas muertas. Me preocupaba el hecho de que, al parecer, yo pasaba cada vez más tiempo con La Ponzoñas; nos intercambiábamos pistas sobre proveedores de drogas y buenos trapicheos. Una vez me follé a La Víctima, cuando iba de coca, le comí el tarro hasta que una noche me la llevé a la cama…, a la cama, y una mierda, en realidad fue en el suelo, en el suelo detrás del sofá donde Ally estaba follándose a aquella chica que conoció en Pure. De todos modos, después La Víctima me estuvo agobiando durante semanas, con llamadas de teléfono, en clubs, etcétera. Tenía tendencia a soportar lo que fuese, y era adicta a cualquier clase de atenciones. Por eso siempre acababa en relaciones en las que era objeto de abuso.

«*Trilirililiriri, two ladies*»[38], les canté con una alegría que no sentía mientras las hacía pasar, simplemente para encontrar una fría correspondencia. La Ponzoñas plegó su labio inferior como una alfombra roja vuelta del revés. Tenía ese aire fatigado, irritado, de jovencita que ya había visto más de lo que debía pero aún no lo que quería, y que casi había decidido retirarse antes que seguir buscando.

«Espera aquí», le soltó a La Víctima, que empezó a balbucear en voz baja.

Me acerqué para dar un poco de teatral consuelo de modo testimonial, pero La Ponzoñas me retorció el brazo y me arrastró hasta la cocina, cerró la puerta detrás de nosotros y bajó la voz tanto que sólo distinguí el movimiento de sus labios.

«¿Eh?», le pregunté.

«Está hecha polvo.»

«¿Y qué tiene eso de nuevo?», dije encogiéndome de hombros, pero no creo que La Ponzoñas me escuchara.

«Se engaña a sí misma, se lo dije», dijo ella, chupando un pitillo y retorciendo su cara en una máscara de odioso desprecio. «Joder, cariño, vives en Babia, le dije, Lloyd. Pero no me hizo caso. Ahora lo está pagando. ¿Y quién es la primera a la que corre a ver?»

«Claro…, claro…», asentí con toda la comprensión que pude reunir, guardando en el armario y la nevera la comida de la bolsa de compra.

«Cada dos por tres le falla la regla y pasa por la mierda esa de “estoy preñada”.

Me dan ganas de decirle: No puedes quedarte preñada cuando no hace más que darte por el culo, pero no lo hice. Me daban ganas de decirle: La razón por la que te falla siempre la regla es porque estás hecha polvo de la cabeza, cariño; tu vida es un desastre y si estás tan hecha polvo, fijo que tu cuerpo acaba pagándolo.»

«Ya veo, ya…, ella y Bobby otra vez…»

El principal explotador de La Víctima era un motero loco llamado Bobby al que yo conocía desde hacía años. Bobby tenía desdoblamiento de personalidad. Una parte de él era pura maldad, la otra completamente cabrona.

«Pero me mordí la lengua. El caso es, Lloyd, que se ha dejado caer por allí y ha empezado a comerle la cabeza. Solo no hacía más que reírse que te cagas, así que hemos tenido que salir de allí. Sólo queremos quedarnos aquí sentadas a tranquilizarnos un poco hasta que ese hijoputa de Bobby se haya ido.»

«Mira, a mí eso me parece de perlas, pero tendréis que hacerlo solas, ¿eh? Voy a ver a un tío que se supone que tiene algo de *pink champagnes*, los *speedballs* esos, ¿sabes?»

«Píllame cinco…, nah, seis…», dijo en tono áspero, revolviendo en su bolso para buscar el monedero.

«Eso suponiendo que las tenga y tal», dije, cogiendo su dinero. No pensaba intentar pillar, sólo iba a ir a papear a casa de mi hermano. No era sólo que decirle eso a La Ponzoñas no parecía lo bastante enrollao; era porque era una hijaputa desagradable y entrometida y no quería que supiera de mí más de la cuenta.

Las dejé a su rollo, repasando antes de irme el culo de La Víctima con sus mallas negras, al mismo tiempo extrañamente complacido y decepcionado de no notar reacción alguna.

Cogí en el Foot of The Walk el bus para ir a casa de mi hermano Vaughan. Iba un poco tarde. Cuando llegué allí, tuve que llamar al timbre durante siglos. Vaughan había salido y Fiona, mi cuñada, estaba en la parte de atrás jugando con mi sobrina, Grace, que tiene un par de años y estaba un poco majarona, como suele ser el caso en los niños de dos años.

«¡Lloyd!, sabía que eras tú. Pasa, pasa.»

Me percaté de que Vaughan había estado dándole a la decoración pero no dije nada. La casa estaba amueblada en un rústico carente de gusto, lo que resulta ridículo en un adosado de las afueras. Así eran Vaughan y Fiona. Los quiero de una forma extraña —un amor tenso, de compromiso—, pero a los capullos como éstos no se les puede decir nada sobre gustos. Simplemente no lo consideran una cuestión relevante. Sale en las páginas de un catálogo.

Le pregunté a Fiona si podía usar el teléfono y cogió la indirecta y salió con Grace al jardín. Llamé a Nukes. «Cuéntame lo que hay», le dije.

«He terminado con los *cashies* y los picos. Ahora soy un hombre marcado, Lloyd. La poli estuvo aquí la otra noche acusándome de todo tipo de cosas, tío. Una pasada

que te cagas.»

«¿Te acusan de algo?»

«Nah, pero me acojonaron. Algunos de los chicos dicen que no hay que preocuparse, pero a la mierda, tío. Estoy en el trapicheo y un poco de bulla en el fútbol podría costarme tres putos años de mi vida.»

«Iba a preguntarte si podías colocarme algo, por cierto…»

«Ni de coña. Trataré de pasar inadvertido una temporada, estoy acabado.»

«Vale, pues. Pero pásate a fumar unos petas la semana que viene, ¿eh?»

«Vale.»

«Salud, Nukes…, eh, ¿te acuerdas de lo que pasó la otra noche? ¿Nos metimos en algún follón?»

«No quieras saberlo, Lloyd.»

«Nukes…»

La línea se cortó.

Yo, paranoico que te cagas, pero no tanto como Nukes. Algo molestaba al cabrón de mala manera. Sabía que últimamente Nukes no estaba tan metido en los *casuals*, pero seguía juntándose con ellos ocasionalmente para alguna gran bulla. Jamás pude entender el atractivo que le veía, pero adoraba la adrenalina. Si la policía lo conoce, sin embargo, mal asunto; aunque sólo guardes un poco de droga para ti y tus colegas, te llaman traficante. Estaba siendo sensato, y yo hice propósito de intentar tomármelo con calma también durante un tiempo.

«¿Te gustan los colores nuevos?», pregunta Fiona.

Grace se me subió encima e intentó sacarme el globo ocular de su cuenca. Aparté su mano antes de que pudiese ir a por mi otro ojo, el que estaba magullado.

«Sí, mola. Muy relajante. Estaba a punto de decirlo», mentí. «Has debido de tener a Vaughan ocupado, ¿no? ¿Dónde está?»

Grace se bajó y se fue corriendo a donde estaba Fiona y se abrazó a su pierna.

«Te doy tres oportunidades.» Fiona sonrió de esa forma que la hacía pasar de ser una joven ama de casa a tener un polvo.

«¿La bolera?», pregunté.

«Has acertado a la primera», asintió cansinamente. «Dijo que te dijera que te pasaras por allí para tomar una pinta. La cena no estará lista hasta las cinco.»

«Estupendo…», dije yo. En realidad no era tan estupendo. Preferiría haberme quedado con Fiona y Grace que escuchar las mierdas de Vaughan. «… Eh, pero a lo mejor me quedo aquí de tranqui un rato.»

«Lloyd, tengo mogollón de cosas que hacer. No te quiero por aquí, con un crío basta», dijo riéndose con malicia.

«Muchas gracias», me reí, haciéndome el dolido. Seguimos con ese ritual. Era patético y aburrido, pero a menudo hablar de tonterías con la gente y no preocuparme de hacer el listillo por el simple hecho de tener alguna clase de vínculo con ellos me provocaba una sensación extraña e inquietante de júbilo. Era un tripi salvaje.

Pero demasiada mierda de ésa puede hacerle polvo a uno la cabeza, y después de un rato decidí que sería mejor irme a ver a Vaughan.

Hacía una gloriosa tarde de verano cuando salí a la calle. Me encontré con que mis pasos tenían una extraña agilidad. Claro, era jueves. Las drogas del fin de semana habían sido ya total y absolutamente procesadas, las toxinas eliminadas: sudadas, cagadas y meadas; la resaca, finiquitada; el autoaborrecimiento psicológico remitía a medida que la química del cerebro se desjodía a sí misma y la fatiga se hundía en el pasado mientras la vieja bomba de adrenalina volvía a ponerse en marcha lentamente preparándose para el siguiente asalto de excesos. A esta sensación, cuando se ha superado la resaca depresiva y el cuerpo y la mente empiezan a arrancar de nuevo, sólo la supera el subidón de un buen éxtasis.

En el club, Vaughan juega a los bolos con un viejales. Me hace un gesto con la cabeza, y el viejo capullo levanta la vista con una mirada ligeramente enojada y me doy cuenta de que he distraído su concentración al proyectar mi sombra sobre su campo visual. Serenándose, el vejete hace rodar, rodar y rodar la bola y pienso que se va a ir fuera, pero nah, el astuto cabrón sabe de qué va el rollo y la bola hace un efecto brasileño que te cagas, y vuelve como un jodido bumerán y se desliza detrás de la defensa de Vaughan como un listillo en una cola, rodando hasta el bolo y haciéndose con él.

Aplaudo el lanzamiento del viejo. A Vaughan le queda el último pero decido no mirar sino entrar y traer algo de beber. Descubro que tengo una papelina de *speed* en el bolsillo, de quién coño sabe cuándo. Me lo llevo al tigre y hago unas rayas sobre la cisterna. Si voy a tener que hablar de bolos más vale hacerlo a lo grande, joder…

Salgo recargado que te cagas. Me acuerdo de esta mandanga, estuve pegándole sin parar la semana pasada. Pero es mucho mejor esnifada.

«No te has quedado al clímax», dice Vaughan, que parece desinflado. «No me habría venido mal tu apoyo para ese último lanzamiento.»

«Perdona, Vaughan, es que reventaba de ganas de echar una meada, eh. ¿Lo has conseguido?»

«Nah, ¡ni de lejos!», ruge el viejo cabrón. El viejo cabrón viste unos pantalones blancos de pinzas, una camisa de cuello de pico azul y lleva puesto un sombrero de ala ancha.

Le doy un palmetazo en la espalda al viejo cabrón: «¡Muy buena, colega! Un tiro estupendo, por cierto, ese lanzamiento con efecto que ha zanjado el tema. Me llamo Lloyd, el hermano de Vaughan.»

«Ya, Lloyd, yo me llamo Eric», dice, tendiéndome la mano y estrujando la mía en un aplastante saludo masónico[39], «¿tú también juegas a los bolos?»

«Nah, Eric, nah, no lo hago, colega; en realidad no es lo mío, sabes. Quiero decir, no tengo nada en contra y eso, es un juego estupendo…, quiero decir, estaba de

apalanque el otro día viendo en la caja tonta al tipo ese, Richard Corsie…, estaba en Correos, ¿no es así? Ese tío sabe lanzar la bola…»

Que me jodan, el *Lou Reed*[40] este está llegando a la meta, pero rápido.

«Eh, ¿qué queréis?», grita Vaughan, un poco avergonzado por mi parrafada.

«Nah, nah, nah, yo las traeré. Tres lager, ¿no es eso?»

«Pis para mariquitas», se burla Eric, «Para mí, Special.»

«Una bebida especial para una victoria especial, eh, Eric», digo con una sonrisa. El viejo capullo me devuelve otra. «¡Le has amargado la jeta a Vaughan, ya lo creo!»

«Ya, vale», suelta Vaughan, «¿vas a traerlas o qué?»

Me voy para la barra y el tío que está detrás me dice que tienes que llevar bandeja para que te sirvan, y yo le digo en broma que ya llevo bastante encima y él dice algo breve en plan normas de la casa, pero, de todos modos, un capullín de la cola me pasa una. Lo he olvidado todo acerca de las estúpidas normas de mierda que tienen en sitios como éste, los capullos engominados con su jersey con el escudo del club y a la hora de cerrar hay más mampostería[41] cayendo por ahí que cuando la Luftwaffe bombardeó la catedral de Coventry…, ahora estoy otra vez en mi asiento.

«¡Salud, muchachos!» digo yo, levantando mi pinta. «Te diré una cosa, Eric, he sabido que controlabas los bolos desde que te he visto en acción. Este tipo controla los bolos, me he dicho. ¡Ese efecto brasileño, tío! ¡Fuá, menudo cabronazo estás hecho, joder!»

«Ya», dijo Eric, con aire de suficiencia, «ha sido un truquillo que he querido probar. Me he dicho: Vaughan ha dispuesto bien su defensa pero, he pensado, intenta una triquiñuela por la puerta de atrás, y puede que a lo mejor resulte.»

«Ya, ha sido un buen lanzamiento», concedió Vaughan.

«Ha sido un puto pleno», le dije. «Has oído hablar del fútbol total, lo inventaron los holandeses, sabes. Pues este tío», dije señalando con la cabeza a Eric, «juega bolos total. Podías haber optado por algo más rompedor, Eric, haber intentado el estilo de la Premier League de resistencia y fuerza, pero nah, con clase, con arte.»

Apuramos las pintas. Vaughan se fue a la barra.

Era siempre lo mismo cuando me juntaba con Vaughan. Éste tenía un sentido del deber, de la responsabilidad de marido y padre, así que siempre que encontraba tiempo intentaba rellenarlo con todas las unidades de alcohol que pudiera. Y cómo bebía. Joder, menos mal que yo iba de Becks de barril. Nunca tocaría ninguna de esas mierdas escocesas, sobre todo la lager de McEwan's, ese vil pis tóxico, por nada del mundo. Las pintas seguían fluyendo y el *speed* seguía haciendo efecto, y resoplaba intensamente. El caso es que era como si mis vibraciones, mi exuberancia, hubieran arrastrado al viejo Eric, y parecía que el viejo hijo de puta hubiera esnifado también unas cuantas rayas.

Después de vaciar rápidamente la pinta siguiente volvió con más cervezas, con chupitos de cebo.

«¡Hostia puta!», dije. «De este hombre sólo cabe esperar lo inesperado, ¿eh?»

«Ya, desde luego», dijo sonriendo Vaughan. Vaughan nos miraba a los dos con una sonrisa grande e indulgente que significaba estos-cabrones-están-locos-pero-los-quiero. Eso me hizo simpatizar con él.

«Deberías subir a ver a mamá y papá», me dijo Vaughan.

«Sí», concedí, culpable, «pensaba pasarme a dejarles esta cinta que les grabé. La Motown, eh.»

«Bien. Lo agradecerán.»

«Ya, Marvin, Smokey, Aretha y todo eso», dije, cambiando inmediatamente de tema, volviéndome hacia Eric: «Oye, Eric, esa proeza tuya con los bolos», comencé a decir.

«Ya», cortó Eric, «¡bien que le ha bajado los humos a Vaughan!, si no te importa que lo diga y tal, Vaughan», se rió Eric. «¡Hay que esperar lo inesperado!»

«Tu-tu-tu-tu, tu-tu-tu-tu», empecé a tararear el tema de «Twilight Zone», y después se me ocurrió algo: «Oye, Eric, tu segundo apellido no será por casualidad Cantona[42], ¿verdad?»

«Eh, nah, es Stewart», dijo.

«Lo que pasa es que ese último lanzamiento tenía algo cantoniano», empecé a reírme, un verdadero ataque de *Flight Lieutenants*[43], y Eric lo mismo, «bien que ha hecho volar en pedazos el Expreso del puto Vaughan Ryan…»

«Ya…, vale pues, cabrones», dijo Vaughan de mal humor.

«Ooh, ah, Cantona», empecé yo, y Eric se sumó. Algunos grupos de bebedores y parejas mayores se volvieron a miramos.

Animado, el viejo Eric y yo nos levantamos a bailar el can-can: na na, na na na na na na, na na na na na na, na na na na na…

«Eh, venga ya, ya está bien. Aquí hay gente que trata de disfrutar una copa», gimotea un capullo gruñón con un jersey y un escudo.

«Ah, entonces ¡qué mal hemos hecho!», grita a su vez el viejo Eric, y a continuación nos dice en voz más baja, pero suficientemente alta como para que todo dios le oiga: «¿A ése qué le pasa, joder?»

«Venga, Eric…», suelta Vaughan, «Lloyd no es socio.»

«Ya, bueno, el chico ha firmado. Es un invitado. Está todo en regla. No hacemos ningún mal. Lo dicho, ningún mal», dijo Eric sacudiendo la cabeza.

«Se han respetado las normas, eh, Eric», digo yo sonriendo con malicia.

«La situación es completamente reglamentaria», confirma Eric estoicamente.

«Me parece que un tal Monsieur Vaughan Buist quizá esté resentido o dolido a causa de un reciente revés deportivo, *n'est ce pas*, Monsieur Cantona. Es, cómo desiglo, un poco cabgeado.»

«*Je suis une booler*[44]», cacarea Eric.

«No es eso, Lloyd», gruñe Vaughan, «lo único que trato de decir es que tú no eres socio. Eres un invitado. La gente que te ha traído responde por ti. Eso es lo único que intento decir.»

«Ya…, pero no hemos hecho nada malo…», murmura Eric.

«Es igual que ese club al que tú vas, Lloyd. Ese sitio allá en The Venue. ¿Cómo se llama ese club?»

«The Pure.»

«Ya, vale, eso, es como si tú estuvieras en The Pure y yo apareciera y tú respondieras por mí…»

«Como mi invitado», bufé, riéndome incontrolablemente ante semejante idea. Oí que el viejo Eric empezaba a hacerlo también. La cosa se puso de morirse.

«Como invitado tuyo…», empezaba ahora Vaughan. Pensé: Estoy jodido. *Flight Lieutenant Biggles* cerniéndose sobre la macabra metrópoli, Ciudad del Zumbao…, el viejo Eric empezó a resoplar, mientras Vaughan continuaba: «Como invitado de nuestro hermano Lloyd en el exclusivo y céntrico club que frecuenta…»

Fuimos interrumpidos por un ruido de asfixia cuando el viejo Eric potó sobre la mesa una fina vomitina cervecera. El capullo gruñón con el jersey y el escudo se fue directo hacia él y le quitó la pinta. «¡Se acabó! ¡Fuera, vamos! ¡Fuera!»

Vaughan le arrebató la pinta. «¡No se ha acabado para nada, joder, Tommy!»

«¡Ya lo creo que sí, puñeta! Se acabó», saltó el capullo gruñón.

«Joder, a esta mesa no vengas diciendo que se acabó», dijo Vaughan, «porque no se ha acabado para nada.»

Le di una palmada en la espalda a Eric y ayudé al viejo capullo a ponerse en pie y dirigirse al lavabo. «Es una dura lucha, ya lo creo», le pillé jadeando entre bocanadas de vómito mientras potaba en la taza del tigre.

«Ya, Eric, tienes toda la razón. No te preocupes», dije animándole. Me sentía como si estuviese en el Rez, tranquilizando a Woodsy cuando se fue del mundo, pero aquí estaba, con un viejo bobalicón en una bolera.

Llevamos a Eric a casa. Era una casa vieja con una puerta que daba directamente a la carretera. Lo apuntalamos contra ella y llamamos al timbre y nos apartamos. Salió una mujer, lo metió dentro de un tirón y dio un portazo. Escuché un ruido de golpes y los gritos de Eric al otro lado de la puerta, «No lo hagas, Betty…, lo siento, Betty…, no me pegues más…»

Entonces volvimos a casa de Vaughan. La comida se había pasado un poco, y a Fiona no le agradó nuestro estado. Yo no quería comer nada pero papeé con fingido entusiasmo.

Me sentía molesto y avergonzado y me marché temprano, y opté por caminar hasta el puerto. Mientras bajaba Leith Walk, vi a La Ponzoñas en la otra acera. Crucé.

«¿Adónde vas?», pregunté.

«Volvía a tu casa. He llamado a Solo y quería que le guardara unas cosas. ¡Vas bolinga!»

«Un poco, sí.»

«¿Has conseguido los *speedballs*?»

Me quedé mirándola un instante. «Nah…, no he visto al tío, eh. Me encontré con un menda, ¿vale?» Me dio una repentina punzada de temor. «¿Dónde está La Víctima?»

«Sigue en tu casa.»

«¡Hostias!»

«¿Qué pasa?»

«¡La Víctima es bulímica! ¡Se ventilará toda la puta compra! ¡No deberías haberla dejado sola!»

Volvimos a toda prisa para encontramos con que La Víctima se había comido y después vomitado las tres coliflores crudas que yo reservaba para la sopa de la señora McKenzie.

Tuve que ir al asiático a por unos ingredientes putrefactos a precios prohibitivos —pero supongo que es justo puesto que los cabrones me han sacado muchas veces de un aprieto con priva y papelillos— y después me costó siglos, medio pedo, hacer la sopa. La Ponzoñas tenía unos secantes que me dio en lugar de la pasta que me debía, la muy puta roñosa. «Andate con ojo con estos cacharros, Lloyd, son cosa seria.»

Jugueteó un rato con los platos con los cascos puestos. Había que reconocerlo, no se le daban mal a La Ponzoñas, parecía que tenía buena mano. Me fijé en que tenía un aro atravesándole el ombligo, que se le veía por debajo de su camiseta corta. «Un aro chachi», le grité, y me mostró el pulgar alzado e improvisó un extraño bailecillo exhibiendo una sonrisa rara, fea. Si un departamento de efectos especiales hubiera sido capaz de reproducir ese rictus risueño, varias personas habrían hecho carrera.

La Víctima se quedó sentada llorando frente a la televisión, empalmando cigarrillos. Lo único que me decía era: «¿Tienes un cigarrillo, Lloyd?…», con voz entrecortada y ronca. Finalmente se marcharon y yo le bajé el Tupperware a la señora McKenzie. Me iba a pasar el fin de semana a Glasgow a ver a unos colegas que tengo allí. Me apetecía, estaba hasta los cojones de Edimburgo. Lo que pasaba es que tenía que decirle a mi amigo Drewsy que iba a ayudarle al día siguiente por la mañana, cosa que en realidad no me apetecía, pero sería dinero en mano y necesitaba guita para el fin de semana.

7. HEATHER

Familias felices.

Yo y Hugh y mi madre y mi padre. Mi padre y Hugh están hablando de política. Mi padre dice que está a favor de la Seguridad Social mientras que Hugh dice que lo que necesitamos es construir una:

«… una sociedad orientada hacia la responsabilidad. Por eso la gente debe tener la libertad de elegir el sistema sanitario y educativo que desee.»

«Eso no es más que basura *tory*», dice mi padre.

«Creo que hay que enfrentarse a los hechos: ese socialismo de viejo cuño tal y como lo entendíamos, hace tiempo que murió. Ahora se trata de satisfacer a diferentes grupos de interés en una sociedad más difusa; se trata de coger lo mejor de la filosofía tradicional de derechas y de izquierdas.»

«Bueno, me temo que yo siempre seré laborista…»

«Yo también soy laborista, siempre lo he sido», dice Hugh.

«Pero tú eres neolaborista, Hugh», digo yo. Mi madre me mira con desaprobación.

Hugh parece un tanto desconcertado. «¿Qué?»

«Tú eres neolaborista. Laborista de Tony Blair. Lo cual es lo mismo que ser *tory*, sólo que Major probablemente esté más a la izquierda que Blair. Blair no es más que una versión más cínica de Michael Portillo[45], y por eso le irá mejor de lo que jamás le irá a Portillo.»

«Creo que la cosa es un poco más complicada que todo eso, Heather», dice Hugh.

«No, no lo creo. ¿Qué es lo que planean hacer los laboristas por los trabajadores de este país si vuelven al poder? Nada.»

«Heather…», dice Hugh con hastío.

«Ahora laboristas y tories son exactamente lo mismo», les digo.

Hugh entorna los ojos hacia mi madre como disculpando mi comportamiento. Acordamos en silencio cambiar de tema y mi padre dice: «Sería horrible que todos estuviéramos de acuerdo, ¿verdad?»

El resto de la velada es bastante anodina. Fuera, en el coche, mientras nos marchamos, Hugh me dice: «Hay quien se ha puesto un poco bolchevique esta noche.»

«Lo único que he hecho ha sido decir lo que creía que era verdad. ¿A qué tanto revuelo?»

«No estaba armando ningún revuelo. Has sido tú. No hacía falta ponerse tan

beligerante.»

«No he estado tan beligerante.»

«Creo que un poco sí, cariño», sonríe él, sacudiendo la cabeza. Tiene ese aspecto de chiquillo y quisiera matarlo a causa de la horrible ternura que me inspira. «Eres toda una mujer, nena», dice a continuación con acento de gángster americano, y me aprieta el muslo. Me contento con hervir por dentro mientras la ternura se evapora.

8. LLOYD

Drewsy y yo estamos en un gueto de casas prefabricadas. Creo que es Carrick Knowe pero podría ser Colinton Mains. En la furgoneta yo iba follao y resacoso. «Sólo es cosa de poner unos rodapiés, Lloyd. Eso y unas puertas nuevas. No nos costará nada», me dijo.

Drewsy parece estar sonriendo siempre porque tiene ojos risueños y gafas de culovaso. La cuestión es que es un capullo muy alegre y desprende buenas vibraciones. Trabajé con él hace siglos en Livingston en un antro de explotación donde hacíamos paneles de construcción, y desde que se puso a currar por su cuenta siempre me ofrece alguna faenilla suelta si puede; lo cual resulta chachi piruli que te cagas para Elle O Y D.

En la casa, el tío, un tal señor Moir, nos hace una taza de té. «Si necesitáis cualquier cosa, muchachos, no tenéis más que pegar un grito. Estaré en el jardín», nos dijo alegremente.

De todas formas, estamos acondicionando las habitaciones guapamente, y yo me siento mejor, con ganas de que llegue la noche para salir por ahí con los capullos *weedgies*[46]. Drewsy y yo estamos en esta habitación que es como el dormitorio de una jovencita. Hay un gran póster del chico de los Oasis en una pared, otro del tipo de Primal Scream y otro más del tío de Blur en la otra. Al lado de la cama, sin embargo, está el chico de los Take That, el que cogió y se marchó. También hay unas cuantas cintas. Pongo el *Parklife* de los Blur, porque me gusta bastante la canción que le da título, en la que se oye al chico que salió en *Quadrophenia* venga a largar. Esa película era cojonuda.

Empiezo a cantar mientras arranco el rodapié viejo.

«¡Eh! ¡Fuaa…, mira esto!», grita Drewsy. Está revolviendo en los cajones de la chica y yo sé lo que busca. Localiza el cajón de la ropa interior con rapidez, sacando un par de bragas y olisqueando la entrepierna. «Joder, si pudiera encontrar el cesto de la ropa sucia», se ríe, y después, repentinamente inspirado, sale al pasillo y abre algunos armarios empotrados. Pero no hay nada. «Puta mierda. Eso sí, hay unas braguitas muy majas, ¿eh?»

«Hostia puta, tío, estoy totalmente enamorado de esta periquita», le digo, poniendo a contraluz unas bragas e intentando invocar mentalmente un bonito holograma que encajar en ellas. «¿Cuántos años crees que tendrá?»

«Yo diría que entre catorce y dieciséis», sonríe Drewsy.

«Pero qué periquita más enrollada, joder», digo yo, registrando la colección de paños menores supersexys. Vuelvo a mis rodapiés pero Drewsy sigue intrigado. Los Blur siguen dando caña y a mí en realidad no me gustan los grupos porque soy un

menda más de tipo club, pero decido que esto me mola.

Levanto la vista y salto mientras Drewsy baila al compás de la música, pero tiene un par de bragas de la chica puestas en la cabeza y las gafas encima. En un principio creo y después sé definitivamente que oigo algo en el exterior y antes de que pueda gritarle a Drewsy se abre la puerta y ahí está el tío, el señor Moir, de pie, delante de Drewsy, que está venga a bailar. «¡Qué pasa! ¿Qué estáis haciendo? Sois… sois…»

El pobre Drewsy se quita las bragas de la cabeza. «Eh, lo siento, señor Moir…, sólo bromeábamos un poco, eh. Ja ja ja», dice añadiendo unas risas juguetonas y teatrales.

«¿Es ésa vuestra idea del humor? ¿Revolver entre las pertenencias de la gente? ¡Hacer el animal con las bragas de mi hija!»

Eso fue lo que me pudo. Empecé a reírme incontroladamente. Me entraron las *Flight Lieutenant Biggles* a lo grande. Me retorcía como si me estuviera dando un ataque y notaba cómo se me ponía la cara roja. «Jia jia jia jia…»

«¿Y tú de qué te cachondeas?» Se volvió hacia mí: «¡Te parece gracioso! ¡Este… puto imbécil asqueroso revolviendo entre las prendas íntimas de mi hija!»

«Lo siento…», siseó débilmente Drewsy, antes de que yo pudiese hablar.

«¿Lo sientes? ¡Cojones lo sientes! ¿Tú tienes hijos? ¿Eh?»

«Sí, tengo dos chavales», dijo Drewsy.

«¿Y es así como crees que debe comportarse un padre?»

«Ya he dicho que lo siento. Ha sido una estupidez. Sólo nos reíamos un poco. Ahora podemos quedamos aquí a discutir cómo debe comportarse un padre, o yo y mi colega podemos rematar la faena. De cualquiera de las dos maneras, pagas tú. ¿Qué prefieres?»

A mí me pareció que Drewsy se lo hizo bien, pero al capullo de Moir no. «Coged vuestras herramientas y marchaos. Os pagaré por el trabajo que habéis hecho. ¡Deberíais consideraros afortunados de que no os denuncie!»

Recogimos, y de vez en cuando el cabrón volvía y se quejaba, ajeno al hecho de que andaba por ahí con las bragas de su hija fuertemente agarradas.

Drewsy y yo nos fuimos al pub. «Siento no haber podido darte el soplo a tiempo, Drewsy. Era la música. No he oído a ese sigiloso cabrón. Un minuto antes ni rastro, y después tenemos al cabrón encima mirando tu bailecito.»

«Son cosas que pasan, Lloyd», sonrió Drewsy. «Eso sí, vaya unas putas risas, eh. ¿Has visto la cara que llevaba el cabrón?»

«¿Has visto la que llevabas tú?»

«¡Ahí, ahí!», estalló en risas.

Drewsy me pagó y apuramos la bebida. Cogí un taxi hasta Haymarket y me subí al tren para Soapdodge City[47]. Cuando me bajé en Queen Street pillé un taxi hasta el piso de Stevo en el West End, recorriendo la misma distancia que en el taxi de Edimburgo pero aproximadamente por un tercio del precio. Me recordó lo cabrones

que eran los taxistas de Edimburgo. Ya casi iba pelado que te cagas. Tendría que tratar de colocar esos éxtasis de mierda de La Ponzoñas.

Claire, Amanda y Siffsy estaban en casa de Stevo y estaban todos maqueándose. «¿A qué cojones viene este desfile de moda, tío?» gimoteé nerviosamente, comprobando lo inadecuado de mis trapos.

«No vamos a ir al Sub Club, porque Roger Sánchez pincha en The Tunnel», dijo Claire.

«Hostia puta…», me lamenté.

«No estás mal», dijo Stevo.

«¿Tú crees?»

«Huy, sí», asintió Claire.

Siffsy no paraba de entrar y salir del cuarto de estar como si se tratara de una puta pasarela. Tardaba siglos. «No sé si estos zapatos y pantacas pegan con este niqui», dijo.

«Nah», dije yo, «la verdad es que los pantacas no pegan con el niqui, no.»

«Pero no puedo dejar de ponerme el niqui, tío. Sesenta y cinco trompos en X-ile. La cosa es que si me pongo los pantacas marrones desentonarán con los zapatos.»

«Tenemos que irnos», dijo Claire levantándose, «venga.»

Amanda y Stevo salieron tras ella. Yo no tenía fuerzas para levantarme, era una gozada de sofá, te hundías en él.

«¡Aguantad un minuto!», rogó Siffsy.

«Que te jodan», dijo Stevo, sacudiendo la cabeza. «Venga, Lloyd, puto maricón de la Costa Este. ¿Estás listo?»

«Sí», dije levantándome.

«No tardo ni un minuto…», suplicó Siffsy.

«Nos vemos en la otra vida», dijo Stevo, saliendo por la puerta, mientras nosotros le seguíamos. Siffsy vino detrás, pendiente de sus trapos.

Su vergüenza se evaporó en The Tunnel. Los éxtasis que había pillado Stevo eran tela marinera, mucho mejor que la mierda que yo había traído encima, la verdad sea dicha. Roger S. estaba en buena forma y estábamos totalmente idos cuando nos dirigimos a casa de Stevo a la mañana siguiente. Siffsy volvió a agobiarse a medida que se desvanecía el éxtasis, y se fue a tomar por culo a casa para cambiarse. Yo me metí uno de los ácidos «cosa seria» de La Ponzoñas suponiendo que si sus éxtasis eran mierda, entonces sus ácidos tampoco serían gran cosa.

Me saqué de la huevera la bolsa de plástico con éxtasis. «Son una mierda», dije poniéndolos a la luz. No los venderé en mi puta vida. Los dejé sobre la mesa.

Ninguno de los mariconazos *Weedgies* estaba por meterse tripis. Stevo puso la tele mientras Amanda y Claire empezaron a manufacturar porros.

Al principio el ácido no era gran cosa. Después pegó una coz. Después coceó más.



9. HEATHER

No quiero un bebé.

Hugh está dispuesto. Tiene esposa, trabajo, casa, coche. Falta algo. Él cree que es el bebé. No tiene demasiada imaginación.

En realidad no nos comunicamos, así que de hecho no puedo decirle que no quiero un bebé. Sí que hablamos, hablamos en ese extraño idioma que hemos desarrollado con el propósito de evitar la comunicación. Ese antilenguaje que hemos creado. Quizá sea un indicio de que la civilización está en regresión. En cualquier caso hay algo que sí lo está. Algo hay.

Lo único bueno de todo ello es que Hugh no puede decirme en realidad que quiere que tengamos un niño. Lo único que puede hacer es sonreír a los niños cuando salimos, hacer aspavientos con las sobrinas y los sobrinos para los que antes nunca tenía tiempo. Sólo con que pudiera decir: Quiero un bebé.

Si él pudiera decir eso para que yo pudiera decir: No, yo no lo quiero.

NO.

NO.

No quiero un bebé. Quiero una vida. Una vida propia.

Ahora me ha echado mano al coño. Es como cuando un crío intenta asaltar un bote de caramelos. Carece de toda sensualidad, es sólo un ritual. Siento una tensión enfermiza. Ahora intenta meterme su polla, abriéndose camino a la fuerza entre mis paredes secas, tirantes, tensas. Está gruñendo. Siempre gruñe. Recuerdo cuando me acosté con él por primera vez en la universidad. Mi amiga Marie me preguntó: «¿Qué tal es?»

«No está mal», dije yo, «un poco gruñón.»

Se rió largo y tendido con eso. Quiso decir que qué tal era *como persona*.

Antes yo solía pensar así a menudo. Era una cachonda, a mi particular manera. Todos lo decían. Así era yo. Ahora ya no soy así. Pero lo soy. Lo soy aquí dentro.

Mi madre siempre decía que yo era afortunada por haber encontrado a alguien

como Hugh. Alguien con ambición. Alguien capaz de mantenerme. «Éste te proporcionará seguridad», me dijo, mientras yo le mostraba el pedrusco que me había dado Hugh. «Igualito que tu padre.»

Si Hugh me lo proporciona todo, ¿qué me queda a mí?

Alimentar.

Alimentar a Tito Hughito.

Alimentar al bebito de Tito Hughito.

Alimentar el resentimiento.

«… Ohh…, qué polvo tienes…», jadea, descargando dentro de mí y apartándose y colapsándose en un profundo sueño. Qué polvo tienes. Eso me dice, cuando estoy debajo de él como un trozo de carne, retorciendo tensamente las sábanas.

Qué polvo tienes.

Tengo la costumbre de dejar el *Cosmo* abierto estratégicamente en la mesita de café y ver cómo Hugh mira de reojo y después se encoge ante sus titulares:

el orgasmo vaginal y clitoridiano
¿es buena en la cama tu pareja?
¿cómo marcha tu vida sexual?
¿importa realmente el tamaño?
mejora tu vida sexual

Yo solía hojear el *Woman's Own*. Una licenciatura en literatura inglesa, un título que no sirve para nada, sí, pero que vale más que hojear el *Woman's Own*. Hugh solía preguntar: «¿Por qué lees esa porquería, cariño?» con un tono de voz en parte despectivo y en parte de condescendencia aprobadora.

¿Se da cuenta este capitán de industria local de Dunfermline de que está dirigiendo la nave de nuestra relación hacia las rocas del olvido? ¿Comprende el efecto que está teniendo sobre su estimada esposa, Heather Thomson, también conocida en círculos reducidos como Quépolvotienes? No, mira para otro lado.

Tengo su esperma tóxico dentro de mí, intentando abrir brecha en mi huevo. Gracias al cielo que hay pastillitas. Me encuentro el clítoris y sueño con un amante misterioso, frotando deliciosamente.



Sucede.

Mientras Hugh duerme profundamente, sucede. Me convierto en Quépolvotienes.

10. LLOYD

Me zumban los oídos y oigo a un capullo que dice algo que se parece un poco a «quizá comprenderán algún día la verdad de por qué las cosas siguen siendo diferentes» con un acento que trae a la memoria el del Cuervo: no del todo *Manc*, más bien provinciano de *East Lanes*[48].

¿Quién ha dicho eso? Me entra el pánico porque no tiene contexto y porque nadie podría haberlo dicho. Hay había hay había cuatro personas en la habitación: yo, sí, estoy aquí, y ahí está Stevo, sentado mirando el golf o más bien el culo azul de ese tío que puede ser o no ser golfista; Claire, tumbada en el sofá riéndose en voz alta y hablando de por qué la gente que se dedica a la hostelería jode tan mal (fatiga causada por horarios intempestivos e impotencia provocada por el alcohol, creo que ésa fue su conclusión, un poco injusta, pienso yo, pero bueno, a la mierda); y Amanda también está aquí, comiendo fresas conmigo.

Estamos comiendo fresas y requesón.

Lo mejor que se puede hacer es cortar la fresa, como en un corte transversal. Esto revela un aspecto del fruto que rara vez vemos. Ay qué razón tienes tonto del culo. Entonces simplemente se disfruta la reverberación del rojo y el blanco y se mira cómo la alfombra marrón de la habitación se convierte en pulidas baldosas de mármol veteado y se extiende lujosamente hasta el infinito y, al hacerlo, satisfaciendo meramente mi capricho me veo a mí mismo alejándome de Amanda y Claire en el sofá y de Stevo, que sigue mirando el golf y estoy gritando: FUAHH CACHO CABRÓN ESTÁS HECHO HOSTIA PUTA TÍO y suelto la fresa y la habitación asume aproximadamente sus dimensiones normales y se vuelven para mirarme y Stevo frunce los labios que parecen fresas enormes y Claire se ríe aún más estrepitosamente, lo que me hace emitir unas risas jadeantes, fragmentadas, de metralleta, y ahora Amanda también está en lo mismo y voy y digo: «¡Todos a cubierta! Estos tripis son buenos que te cagas, se me va la puta olla, tío…»

«Te han dado unas *Flight Lieutenants* de campeonato, Lloyd», se ríe Stevo.

Es cierto. Me han dado.

Todos a cubierta. Para calmarme emprendo la preparación de las fresas en plan maestro de cocina que se convierte en mi cabeza en una misión urgente. No es que esté paranoico ni mierdas de ésas, sino que hay un vacío, un espacio en mi cabeza, que se llenará de malos pensamientos si no me ocupo en algo corta estas fresas y el truco consiste en utilizar primorosamente este afilado cuchillo para apuñalar a algún capullo

Eh

No no no a tomar por culo el truco consiste en por qué he dicho eso no no no

malos pensamientos no tienen explicación, eso los empeora, simplemente hay que ignorarlos porque lo que haces con el cuchillo es sacar la parte blanca de las fresas y rellenar el agujero resultante con una pizca de cremoso requesón con la crema del requesón de picha de qué

Joder

No sé si esto lo estoy pensando o diciendo o las dos cosas a la vez, pero a veces puedes decir una cosa mientras piensas otra. Así que si estoy diciendo esto, diciéndolo realmente en alto, ¿qué estoy pensando? Cabrones, están intentando mosquearme, pero hace falta algo más que un pequeño secante de L. S. D. para sacar de sus putas casillas al viejo Lloyd Buist te lo diré gratis marinero de los siete mares. «Pensaba en alto», dije o pensé.

Dije, porque Claire dice: «Psicosis de droga, Lloyd, eso es. La primera señal.»

Me limito a reírme sin dejar de repetir: «Psicosis de droga psicosis de droga psicosis de droga.»

«Por cierto, por nosotros estupendo que te hayas comido todas las fresas, Lloyd», dice Amanda.

Miro la cestilla y joder si los restos de fresa resultan evidentes, hay rabitos y tal, pero los ejemplares del fruto en estado íntegro brillan por su ausencia. Menudo tripero, Lloyd, pienso para mí.

«El tripero de Lloyd», dice Claire.

«Hostia puta, Claire, eso mismo estaba pensando…, es como telepatía…, o lo he dicho… este ácido es una pasada que te cagas y las fresas, me he comido todas las fresas…»

Comienzo a sentir un poco de pánico. Lo que me supera es que al haber consumido las fresas he perdido mi medio de viajar en el espacio y el tiempo. Las fresas eran mi nave espacial/máquina del tiempo; no, eso es demasiado simple, demasiado estúpido, borra esa línea de pensamiento y empieza de nuevo: las fresas eran mi medio de transporte desde esta dimensión o este estado a otro. Sin fresas estoy condenado a vivir en su puto mundo, lo que no sirve de nada porque sin alucinaciones de naturaleza visual y auditiva los ácidos son bastante chungos; quiero decir te daría igual estar bolinga perdido de lúpulo y legañas, proporcionando beneficios a los fabricantes de cerveza y al Partido Conservador, cosa que haces cada vez que te llevas a la boca un vaso de esa mierda, pero sin las alucinaciones el único aliciente que tienes con el viejo ácido son las *Flight Lieutenants* lo cual sigue siendo mejor que privar porque sólo pareces un capullo con cara larga sentado bebiendo el depresivo llamado alcohol así que a la mierda ahí se acabó la cosa para mí tenían que ser FRESAS…

«Me voy al *delicatessen* a por más fresas, eh», anuncié. Algo en la cara de Claire me hizo reír. Me dio un ataque crónico de *Flight Lieutenants*.

«Ten cuidado, que estás flipando de mala manera», dijo Claire.

«Sí, ojo», asintió Amanda.

«Hay que estar loco para salir en ese estado», dijo Stevo, apartando su atención del culo azul del golfista.

«Nah, tío, todo controlado», dije. «Me siento estupendamente.»

Es cierto. Es una gozada saber que hay gente a la que en realidad le importo. No tanto como para impedirme salir o decir «te acompaño» pero eso podría ser sólo paranoia. Dije que quería estar solo, ¿lo dije?

Quería estar

Echo una meada antes de irme. Odio mear cuando voy de tripi porque parece que no vayas a terminar nunca y la distorsión del tiempo te hace creer que llevas meando más tiempo del que llevas y resulta aburrido y lo siguiente que sé es que estoy harto de esta meada y me estoy guardando la polla antes de haber terminado realmente, bueno, he *terminado* aunque en realidad no me la he sacudido pero joder no llevo vaqueros llevo pantalones de franela con vaqueros no sería tan malo pero con pantalones de franela tendré un mapa de Sudamérica o África en la cojonera a menos que emprenda alguna acción positiva que te cagas cosa que hago embutiéndome papel de tigre en los gallumbos. Mis gallumbos. Rellenos. Cremallera acusadora. *J'accuse*. Que le den por culo. Es Lloyd Buist.

Me llamo Lloyd Buist, no Lloyd Beattie. B. U. I. S. T. Otro terrible ataque de *Flight Lieutenants*. Respira con calma…

Imagínense, confundirme *a mí*, Lloyd Buist, con Lloyd Beattie, el capullo del que se rumoreaba que se había tirado a su hermanita. Yo ni siquiera tengo una puta hermanita. No tengo más que añadir, su señoría, señores del jurado, y verdugo psicópata que inicia cada conversación de pub de Leith con: Me acuerdo de ti. Tú eras el sucio cabrón que…

Quiero decir, ¿cómo coño nos van a confundir? Sí, los dos vivimos en Leith, y somos más o menos de la misma edad. De acuerdo, nuestro nombre de pila es Lloyd…, desde luego un nombre común en Leith. Vale, tanto yo como el otro Lloyd tenemos como inicial de nuestro apellido B. Oh, supongo que hay un punto más en común, su señoría; vale, es hora de poner las cartas sobre la mesa: los dos nos tiramos a nuestras hermanas. ¿Qué puedo decir? Todo queda en familia. No se pierde el tiempo con cháchara de ligoteo y Bacardi's. Sencillamente, hola, peque, ¿qué tal? ¿Te apetece un polvo? ¿Eh? ¿Sí? Guay. Bueno, en mi caso fue la hermana de otro capullo. ¿Vale? ¿Vale, cacho cabrones? La ópera rock que estoy componiendo sobre Lloyd Beattie, el otro Lloyd:

> En su ciudad natal, Lloyd se sienta y espera
> Lloyd se masturba
> Desde la ventana de su dormitorio
> Lloyd parece derrotado

Lloyd mira para fuera y para abajo
Allí no hay más que ciudad

Es una puta mierda porque es demasiado personal porque trata de mí, o de cómo era yo de adolescente, y se supone que esto va de Lloyd Beattie y tengo que intentar comprender las complejidades que condujeron a Lloyd a ese incestuoso *affaire* con su hermana porque estas cosas no suceden porque sí, así como así no, pero espera un momento…, si Lloyd B. Número Uno al que debería llamar el Lloyd No-Follador-De-Hermanitas, esto es: el bueno de mí, se sentaba a hacerse pajas cuando era un aburrido reprimido sexual de catorce años en su dormitorio de Leith, ¿qué estaba haciendo Lloyd Número Dos?, aquel que, o eso se decía de él, se tiraba a su joven hermanita. Probablemente lo mismo que Lloyd Uno, lo mismo que hacían entonces todos los chavales de catorce años de Leith. Pero él no se limitó a meneársela, el muy guarro, él fue un paso más allá al involucrar a una chavalilla que en aquel entonces sólo tenía doce años, decían, un follón para los asistentes sociales, relativamente hablando…

Pero yo no me parezco una mierda a ese anormal, compartimos nombre…, eso es todo…, tómatelo con calma, es el puto ácido este. Vuelvo a la conexión con mis amigos para decir adiós como está mandado antes de que por fin, de una vez por todas, finalmente, me vaya al *delicatessen*.

«Yo nunca me tiré a mi hermanita», les digo cuando vuelvo al cuarto de estar.

«No tienes hermanita que tirarte», dice Stevo, «pero si la tuvieras probablemente lo habrías hecho.»

Pienso en ello. Entonces algo nauseabundo se me revuelve en el estómago. No he comido una puta mierda en un par de días excepto éxtasis, sulfato de anfetamina y ácido. Me tomé una bebida isotónica Lucozade, no obstante, y un poco de pera que tenía Amanda y por supuesto el requesón y las FRESAS. Es hora de irse.

Me fui del piso dando botes, sí, dando botes por Great Western Road. Lloyd Buist, no paro de decirme. Parecía importante recordarlo. Leith. Un *party refugee*[49]. De la clase más oprimida. Lucha por el derecho a la fiesta; deja de desviar tus putas energías hacia tonterías frívolas del tipo alimentos y empleos y tal. Aburrido, aburrido que te cagas. *Party refugee* Lloyd, varado en el West End de Glasgow. Estaba perdido en Francia, enamorado. Nah, nah, so tonto del culo. Estás haciendo un simple recado. Un simple recado, joder.

«¡Qué tal, machote!»

A mi lado hay dos tíos jóvenes, respirando con dificultad y observando a su alrededor, sin mirarme a los ojos porque vuelven la cabeza. Son los chavales esos…, Robert y Richard, de la peña esa de Maryhill. Siempre me encuentro a estos chavales, en The Metro, The Forum, Rezurrection, The Pure, The Arches, The Sub Club…, grandes parroquianos de The Slam, nah, Teriy y Jason… Industria… «¡Qué tal, chicos!»

Tienen el rostro distorsionado, y ya se están alejando de mí con mucha prisa.

«Perdona, machote, no podemos quedarnos a hablar contigo, cenamos un poquito y salimos de naja…, no quedan más cojones que hacerlo, sabes cómo te digo, machote…, quiero decir que no puedes dejar la marcha y eso sólo para comer…», suelta Robert entre jadeos, corriendo hacia atrás como un árbitro. Es una habilidad importante.

«¡Eso es chicos! ¡Ya lo creo, joder! ¡Muy hábil, Roberto! ¡Muy hábil, Roberto, hijo mío!», grito para animarles mientras salen como un rayo calle abajo. Me vuelvo y se me echa encima un enorme monstruo y yo me tenso para recibirle porque ese loco cabrón me va a soltar una, va a agredir al inocente Lloyd de Leith persona desplazada poco acostumbrada a vuestros modales *Weedgies* pero nah se va calle abajo en plena persecución de Richard y Robert que se dirigen hacia el metro de Kelvin Bridge y el abotargado alcohólico nunca atrapará a esos jóvenes en mejor forma porque sus cuerpos están cincelados por el baile y el éxtasis; esos chicos están en una forma que te cagas y el tipo más pesado, grueso (no está tan gordo) se da cuenta y abandona. Nuestros héroes se escapan, dejando a su exhausto perseguidor resoplando pesadamente con los brazos en jarra.

Yo me río. El tío se me acerca pero no puedo parar. Mi nombre es *Flight Lieutenant Biggles*. «¡Dónde paran esos cabrones!», escupe sofocado. Es como si el Lloyd de Leith, un buen chico, un muchacho decente, trabajador, de la escuela de comercio de Edimburgo, que juega al squash y al que no hay cosa que le guste más que asistir a los grandes partidos internacionales de Murrayfield, estuviese siendo asociado con Ricardo y Roberto, dos arrabaleros de una barriada *Weedgie*.

Esto se parece un poco a que me acusen de haberme follado a la hermana que no tengo.

«¿Eh?», creo que consigo escupir.

«Esos cabrones son tus putos colegas. ¿Dónde paran, joder?»

«Vete a tomar por culo», digo yo, dándole la espalda. Entonces noto su brazo sobre mi hombro. Me va a pegar. No. No va a dejarme marchar. Eso es peor. Puedo soportar la violencia en forma de golpes, pero la idea de ser retenido, ni de coña… le doy un puñetazo, en el pecho, vaya un sitio donde pegarle a cualquiera, pero en realidad no quería pegarle, sólo conseguir que me soltara, y eso no sirve de nada porque como cualquier macarrilla puede decirte o le das un puñetazo a un cabrón o no lo haces y las bofetaditas y las medias tintas y los empujones sólo te hacen parecer un capullo, así que empiezo a darle al tío *de verdad* pero es como si estuviera pegándole puñetazos a un colchón y él grita: «¡Llamad a la policía! ¡Llamad a la policía! Este hombre ha salido corriendo de mi restaurante sin pagar», y yo grito: «Suelta, cacho cabrón, no he sido yo, joder», y le doy de puñetazos pero me siento como de goma y me falta el resuello y él me sigue agarrando, con la cara toda arrugada y apremiante detrás de su miedo y aprensión

y

y aparece un policía junto a nosotros. Nos ha separado.

«¿Qué pasa aquí?», me pregunta.

Tengo cuatro tripis en el pantalón. Mis bolsillos. El bolsillo pequeño, el compartimento. Los noto. El cabrón está diciendo: «¡Los colegas de este tío han dejado una cuenta de comida y bebida de casi ciento veinte libras y después se han ido por patas!» Yo estoy pescando esos cuadraditos de papel impregnado.

«¿Es cierto?», me preguntó el policía volviéndose hacia mí.

«Y yo qué coño sé, eh, quiero decir, yo sólo vi a esos dos tíos corriendo calle abajo. A uno lo conocía vagamente del Sub Club, así que le saludé. Entonces este cabrón de aquí», digo cabeceando hacia el hostelero, «sale detrás de los dos chavales. Después vuelve y me agarra.»

El policía se vuelve otra vez hacia el hostelero. Yo pillo los tripis entre el dedo índice y el pulgar y me trago todo el mogollón, bobo de mierda; podría haberlos dejado, la policía nunca los habría encontrado no me iban a registrar de todas formas no he hecho nada malo pero me tragué todo el puto mogollón cuando hasta podría haberlos tirado. No pienso con claridad…

Llamaron al niño Lloyd Beattie
el cabrón creció hasta llegar a ser todo un encanto

Lloyd Uno llamando a Lloyd Dos, ¿me escuchas, Lloyd Dos? ¿Me escuchas, Lloyd Dos? Me escuchas

¿estaré flotando?

Al hijoputa corpulento no le hace gracia. «¡Esos cabrones me han robado! Yo estoy luchando para que este negocio sea rentable y esos putos mierdecillas…»

Algunas personas se habían parado a observar el alboroto. Noté su presencia por primera vez cuando una mujer que había estado mirándonos dijo: «¡Has agarrado al chico por las buenas! ¡Lo ha agarrado por las buenas! El chico no tenía nada que ver…»

«Así es», dije, cabeceando hacia el policía.

«¿Es cierto?», preguntó el policía.

«Sí, supongo», dice el recio hostelero, cortado que te cagas y ya le vale porque manoseó injustamente a un tal Lloyd Buist de Leith que es un calavera que se opone al Estado fascista británico pero que ahora para tremenda vergüenza suya se encuentra con que uno de sus oficiales encargados de hacer cumplir la ley se pone de su parte y le echa una bronca al empresario capitalista que ha intentado prender al

susodicho hombre de Leith.

Otra mujer dice: «¡Los de vuestra ralea ya tenéis bastante dinero, puñeta!»

«Así son los putos hombres. Dinero, dinero, dinero, no piensan en otra cosa», dice riéndose otra, la que se puso de mi parte.

«En eso y en meterla», dijo la otra mujer. Después se vuelve al hostelero y le echa una mirada burlona.

El tío la mira y empieza a decir algo, pero ella está como retándole con la mirada y se lo piensa mejor.

El poli entorna los ojos de un modo destinado a poner en evidencia su exasperación, pero que parece un gesto amanerado y teatral. «Mirad», dice nuestro defensor de la ley, con cara de aburrimiento, «podemos resolver esto según el reglamento, lo que significa que os llevaré a los dos a la comisaría y haré que os acusen de perturbar el orden público.» Enarcó las cejas hacia el hostelero, que parecía estar jiñándose, de una forma que significaba tú-decides.

«Ah, venga…, déjalo estar», ruega el tío del restaurante.

«Te estabas pasando de la raya, amigo», le sermonea el poli, señalándole, «intentando retener a este hombre cuando los culpables eran en realidad otros dos. ¿Reconoces que este hombre ni siquiera ha estado en tu restaurante?»

«Sí», dijo el tío. Parece bastante avergonzado.

«Ya lo creo», suelto yo. Cabrón jetudo. Un transeúnte inocente yo, eh, le dije al poli. Se parece a Zruspa.

Se vuelve para dirigirse a mí, adoptando ese tono formal de Guardián-De-La-Ley, «Y tú», suelta el poli, «tú vas hasta el culo. No sé de qué cojones vas, y ahora mismo tengo encima mucho más de la cuenta para que me importe. Otra insolencia por tu parte y sí me importará. Así que cierra el pico.» Vuelve a mirar al hostelero. «Tú dame detalles sobre los otros dos tipos.»

El tío hace una declaración y le da al policía las descripciones de los jóvenes, como suele decirse. Entonces nos obliga a darnos la mano, como si fuéramos críos en un patio de colegio. Me planteo manifestar mi repulsa ante esta conducta paternalista, pero mostrarse magnánimo sienta extrañamente bien y veo las magulladuras y la hinchazón apareciendo en un lado de la cara del pobre capullo y me pasé un poco pegando al tío de esa manera, el pobre cabrón estaba trastornado por el palo y sólo trataba de hacer justicia pero no pensaba con claridad en su estado de exaltación cuando agarró al susodicho hombre de Leith. Entonces el guardián de la ley se mete en su coche y se marcha, y nos deja mirándonos el uno al otro. Las mujeres se han ido calle arriba.

«¡Vaya corte, eh!», se ríe el tío.

Yo no dije una puta mierda; me limité a encogerme de hombros ante el capullo.

«Perdona, colega…, quiero decir, podrías haberme metido en un lío. Si hubieras presentado denuncia y tal. Te lo agradezco.»

Meterle *a él* en un puto lío… «Escucha, cabronazo estúpido, iba pasadísimo de

tripi cuando ha aparecido ese gilipollas de poli y he tenido que tragarme algunos tripis más que llevaba encima. ¡Dentro de un minuto más o menos voy a quedarme totalmente zumbao!»

«Joder…, ácido…, hace años que no me meto un ácido…», dijo él, y después: «Escucha, colega, ven conmigo. Al restaurante. Siéntate un rato.»

«Si tienes algo de beber, vale.»

Asintió.

«Es que lo único que puedo hacer es privar a tope. Es la única manera de controlar un tripi: meterte todo el alcohol que sea posible. Es un depresivo, sabes.»

«Ya, vale. Tengo bebida en el restaurante. Te llevaría a tomar una cerveza a un garito, pero tengo que volver y prepararme para la noche. Sábado noche, cuando más ajetreo hay y eso.»

No estoy en situación de negarme. Los tripis me golpean como si me dieran un bofetón en la cara con un pescado mojado. Se producen mogollón de pequeñas explosiones simultáneas en mi cabeza y me doy cuenta de que no veo nada en absoluto, sólo una gran luz dorada y algunos objetos oscuros arremolinándose a mi alrededor fuera de mi alcance. «Hostia puta…, tío me voy a morir, no me dejes ir por esa calle…»

«No pasa nada, colega, aquí me tienes…»

El tío me está sujetando otra vez, esta vez yo me agarro a él, aunque se parece a ese puto dinosaurio de *Parque Jurásico*, uno de esos cabritos veloces que, vale, son pequeños para ser dinosaurios, no tan grandes como el T. Rex; T. Rex, ése sí que era un menda: «Me encanta el boogie del sábado noche…, ¿te acuerdas del cabrón de T. Rex?»

«No pasa nada colega, estamos al lado…, aquí mismo…, sólo porque tenga un restaurante, colega, no quiere decir que sea un hijoputa rico al que se lo han dado todo hecho. Soy igual que esos chavales, esos colegas tuyos. ¡Mira que robar a los suyos! Así fue. Eso es lo que más asco me da. Quiero decir, yo soy de Yoker, ¿te suena Yoker? Soy un *red sandstone boy*[50], yo.»

Se enrolla que te cagas con un montón de mierda y yo estoy ciego joder y respiro jodidamente oh no no pienses en la puta respiración no no mal viaje es inútil pensar en la respiración la mayoría de viajes malos empiezan cuando piensas en la respiración

pero

pero somos distintos a los delfines por ejemplo porque esos tontos del culo tienen que pensar conscientemente en cada respiración cuando suben por aire y eso. Anda y que les den morcilla, pobres cabrones.

Pero yo no, Lloyd Buist no. Un humano con un mecanismo respiratorio superior, a salvo del ácido. No tuviste que pensar en respirar, sencillamente ocurrió. ¡Sí!

Y si

Y si, pero, no no no pero y si no no no un viaje asombroso; ahora vuelo por el espacio viendo el cuerpo de Buist: un cascarón vacío que es arrastrado hacia la guarida del hostelero asesino en serie pervertido, este cuerpo que es doblado sobre una mesa con lubricantes aplicados al ojete y se alcanza la penetración justamente cuando la arteria carótida de la víctima es seccionada con un cuchillo de cocina. Se vacía la sangre con pericia para recogerla en un cubo y hacer embutido y el cuerpo es desmembrado sistemáticamente después de ser llenado de semen de Yoker y esa noche en el restaurante de moda del West End los incautos *Weedgies* están sentados pegando la hebra sin ser conscientes de que en vez de estar regalándose con las habituales ratas muertas están mascando los restos de Lloyd A. Buist, un feo y descarriado parroquiano de Leith, integrado en la Ciudad de Edimburgo en el año de la catapím, nah nah un momento, mil novecientos veinte porque conozco la historia y es como para hacer que vuestros corazones hagan ooh la la, apetece un polvo porque acabo de ver algo o a alguien precioso pero precioso que te cagas pasar delante de mi línea de trance-visión aquí en las nubes pero sí, metieron a Leith en Edimburgo a pesar de un plebiscito que rechazó la fusión por un margen de algo así como siete billones a uno pero sí, lo hicieron de todas formas porque los estúpidos capullos arrabaleros estos no tienen ni puta idea y necesitan una autoridad central buena y benigna que les diga lo que les conviene y así es como Leith ha prosperado desde entonces ja ja ja y una mierda… exceptuando a unos cuantos *yuppies* recientes pero evidentemente la historia de Leith tenía otras consecuencias

«Yo también las he pasado canutas, sólo te digo eso», dice mi colega *Red Sandstone Boy*, mientras yo regreso bruscamente a mi cuerpo con una sacudida estremecedora.

Al parecer, todavía sigo exhalando. No siento sensación alguna de inspirar y si el mecanismo respiratorio forma parte del subconsciente como tiene que ser, ¿no es eso precisamente lo que el ácido jode?

Precisamente Holmes. Eso significa que te estás yendo a la mierda tontolculo. «Ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja», se presenta *Flight Lieutenant Biggles*, señor. Biggles, muchacho, no te pongas tan cerca de mí, puñeta, y guarda esa arma cuando yo te hable. Te he dicho que tu respiración resulta bastante fatigosa, está ah joder joder joder

«Tranquilo, colega, aquí es.»

No hay respiración.

no no no piensa en una escena tipo Jardín del Edén donde haya mogollón de seductoras mujeres desnudas jugueteando por ahí y de pronto quién aparece ahí sino Lloyd pero las caras no consigo distinguir las putas caras ¿y qué pasaría si esos crueles hijos de puta de los laboratorios de investigación les dieran LSD a los delfines? Apuesto lo que sea a que ya lo han hecho, jodidos cabrones crueles. Amanda me ha enseñado esas cosas recibe cosas por correo que hablan de lo que esos cabrones les hacen a los gatos y a los perros y a los ratones y a los conejos pero eso no es nada; eso sí que sería cruel: darle LSD a un delfín.

No nos movemos ahora. Moverse ahora no. Ahora no nos movemos. Estamos en otro lugar. Un lugar cerrado.

«¿De qué coño va esto?»

«Tranquilo, tienes resuello…, te traeré un traguito.»

«¿Dónde cojones estamos?»

«No te alteres, colega, es mi restaurante. Gringos. Gringos Mexican Cantina. Hodge Street. Esto es la cocina.»

«Conozco este sitio. Vine aquí una vez. Unos cócteles cojonudos. Con mi novia de entonces. Tomamos cócteles. Me encantan los cócteles. Quiero uno quiero uno quiero uno quiero uno… oh, discúlpame, colega, me estoy yendo de la olla que te cagas con este tripi. ¡FUA! ¡Joder! Sí…, mi exnovia. Se llamaba Stella y estaba bien. Pero no estábamos enamorados, sabes, colega. No sirve de nada a menos que haya amor de verdad, ¿sabes? No te puedes conformar con menos. ¿Pero qué pasa con los cócteles, colega? ¿Eh?»

«Pasa nada, colega. Te haré uno. ¿Cómo lo quieres?»

«Un té frío de Long Island estaría bien.»

Bien. No paro de decir eso, de pensar en esa palabra. Bien.

Así que el tío empieza a mezclar los cócteles y yo estoy en esta cocina y todo se me va de las manos pero él sigue dale que te pego con lo de ser un *red sandstone boy* al que no le importa el dinero…

«… un *red sandstone boy*. No es que sea un acaparador de dinero y sé que hay mucha gente pasando hambre y sin techo en Glasgow, pero eso es culpa del puto gobierno, no mía. Intento ganarme la puta vida. No puedo dar de comer a todos los pobres, esto no es un comedor benéfico. ¿Sabes cuántos impuestos cobran esos putos cabrones del ayuntamiento por este puto sitio?»

«Nah…»

El tío debería fundar una asociación de barrio militante en Yoker y llamarla *Red Sandstone*. Suena bien. *Red Sandstone*.

«No es que sea un conservador, nada más lejos, joder», dice Red. «Eso sí, ese ayuntamiento no es más que un puto ayuntamiento conservador con otro nombre; eso es lo que es. ¿Es igual en Edimburgo?»

Esto es chungo que te cagas. «Eh, ya, Edimburgo. Leith. Lloyd. Yo nunca, quiero

decir, el que se folló a su hermana no, ese fue otro Lloyd…, un cóctel estupendo, colega…»

Un té frío de Long Island.

El cóctel está reverberando de la hostia. Va a estallar…

«Salud. Sí, si yo fuera a votar por alguno, que no es el caso, votaría al SNP…, nah, no lo haría, te voy a decir a quién votaría si estuviera dispuesto a hacerlo por alguien; ¿te acuerdas de ese tío que encarcelaron por no pagar la *poll tax*[51]?»

Me he equivocado de cóctel. Ahora necesito algo con fresas, Fresa, un daiquiri de fresa.

«¿Cómo se llamaba el tío?»

«Daiquiri de fresa.»

«Nah…, el tío al que encarcelaron por no pagar la *poll tax*. El chico del Militant.»

Necesito fresas… «Un daiquiri de fresa, colega…, eso me sentaría bien.»

«Daiquiri de fresa…, sí, claro. ¡Pero termínate primero ese té frío, eh! Esta vez yo me tomaré una cervecita, una San Miguel, nah, demasiado fuerte, quizá una Sol.»

«¿No hay Becks colega?»

«Nah, sólo Sol.»

Red Sandstone se levanta de la silla que hay frente a mí para preparar las bebidas y es como cuando explota un volcán y que me jodan, el techo se está derrumbando… no, ja ja ja me he engañado, pero la ventana se ha ido a tomar por el culo, eso fijo.

«Lo siento, tío, no hay fresas. Tendrá que ser daiquiri de lima.»

No hay putas fresas… vaya un puto mogollón de mierda tío… no hay putas fresas eso es suelta el capullo así que digo yo «Vale tío, vale. Y, eh, gracias por cuidarme».

«Nah, me siento un poco culpable, con eso de que tomaras todos esos tripis y tal. ¿Cómo te encuentras?»

«Bien.»

«Porque, como decía, sólo trato de ganarme la vida. Pero esos tíos no son más que basura. Tienen dinero para ir a los putos clubs toda la noche, pero les roban la comida a los tíos como yo. Es una pasada que te cagas.»

«Nah, tío, nah; yo admiro a esos chicos…, saben que las cartas están marcadas, joder. Saben que hay un gobierno de hijos de puta sosos y aburridos que no nos dan una puta mierda a tipos como nosotros y esperan que seas tan miserable como ellos. Lo que odian es que no lo seas, a pesar de todos sus putos esfuerzos. Lo que esos cabrones no consiguen entender es que el dinero para drogas y clubs no es un puto lujo. Es una necesidad esencial que te cagas.»

«¿Cómo puedes decir eso?»

«Porque somos putos animales sociales y gregarios y necesitamos estar juntos y pasarlo bien. Es el estado básico para sentirse vivo. Un puto derecho fundamental. Esos cabrones del gobierno, como son yonquis del poder, son sencillamente incapaces de pasarlo bien, así que quieren que todos los demás se sientan culpables, que se queden en cajitas y dediquen sus inútiles vidas a criar para el Estado a la

siguiente generación de carne de fábrica o soldados o amorrados al paro. El deber de esos chicos como putos seres humanos es salir de clubs y de marcha con sus amigos. Ahora, necesitan comer de vez en cuando, evidentemente es importante, pero es menos importante que pasarlo bien que te cagas.»

«No puedes admirar a gente como ésa. No son más que basura, esa gente.»

«Pues *sí* que los admiro. Máximo respeto por parte de Lloyd; Lloyd de Leith, el que nunca se folló a su hermana: máximo respeto para esos chicos Richard y Robert de Glesgie… *dear auld Glesca toon…*»[52]

«Pensaba que habías dicho que no los conocías.» La expresión dolida de Red Sandstone asoma a mis ojos rodeada de una cacofonía de ruidos estruendosos y luces vibrantes y palpitantes…

«Los conozco como Richard y Robert; eso es todo, colega. He estado de palique con ellos, en los *chill-out* y eso. Hasta ahí llega la cosa…, escucha, estoy jodido. Podría morirme. Necesito echar una cabezada o algo o una Sol…»

La Sol y el daiquiri y el té frío de Long Island están vacíos y no recuerdo quién se los ha bebido desde luego yo no quiero decir

El tío se levanta a arreglar algunas mesas del comedor de delante. Me subo por el fregadero, atravieso algunos platos sucios y sencillamente me deslizo como una anguila por la ventana abierta, aterrizando sobre unas bolsas llenas de basura y rodando hasta un desagüe seco en un patio trasero de hormigón. Intento levantarme, pero no puedo, así que voy gateando hasta una verja verde. Sé que tengo que irme, que seguir en movimiento, pero tengo los pantacas rotos y veo la herida superficial latiendo como una fresa abierta y ahora estoy de pie cosa que resulta extraña porque no recuerdo haberme levantado nunca y estoy en una ajetreada calle principal que a lo mejor es Great Western o quizá By-re's o a lo mejor Dumbarton y no veo adonde voy y debería ser a casa pero eso no puede significar ni de coña no puede significar el piso de Stevo.

El sol se levanta sobre los edificios. Yo sólo pienso en volar hasta él.

Le grito a alguna gente que hay por la calle, dos chicas. Les digo: «El sol, estoy por irme volando de cabeza hacia él.»

No dicen nada, y ni siquiera se fijan mientras salgo volando de este mundo y sus triviales y banales opresiones, de cabeza hacia ese gran hijo de puta dorado del cielo.

11. HEATHER

Supongo que lo que me atrajo de Hugh fue su sentido del compromiso. Cuando era estudiante tenía un tremendo sentido del compromiso. Eso cambió, evolucionó, como diría él, con el paso de los años. ¿Cómo cambió el compromiso de Hugh?

Nombre: Estudiante Hugh.

Comprometido con: la liberación de los trabajadores de los horrores del capitalismo.

Nombre: Licenciado en paro Hugh.

Comprometido con: luchar para mantener los empleos de los trabajadores pero cambiando el sistema.

Nombre: Empleado del-primer-peldaño-del-escalafón Hugh.

Comprometido con: defender y mejorar los servicios a los que tienen derecho los trabajadores.

Nombre: Supervisor Hugh.

Comprometido con: optimizar la calidad de servicio para sus usuarios.

Nombre: Gestor del Sector Público Hugh.

Comprometido con: la excelencia en la prestación de servicios con el aumento de la eficacia y el rendimiento en relación con el coste. (Eso significó el despido de muchos de los trabajadores que suministraban estos servicios, pero si iba a beneficiar a la gran mayoría que los recibían, entonces era un precio que merecía la pena pagar.)

Nombre: Gestor del Sector Privado Hugh.

Comprometido con: maximizar los beneficios mediante el aumento de la eficacia, la gestión de recursos y la expansión hacia nuevos mercados.

«Pero las cosas han cambiado un poco desde mil novecientos ochenta y cuatro,

Heather», solía decir sonriendo desde detrás de su *Independent*.

Sólo se han cambiado los inocentes para proteger a los nombres[53]. Para Hugh, la «última instancia» se convirtió en «a fin de cuentas». La semántica resulta significativa. Los triviales eslóganes de revolución y resistencia se convirtieron en los más triviales aún de eficacia empresarial, contabilidad y deporte; a fin de cuentas, mover las porterías, cubrir las bases, canchas niveladas…

Nuestros sueños se desmoronaron por el camino. Los eslóganes de revolución eran quizá ingenuos, pero por lo menos íbamos detrás de algo grande, algo importante. Ahora nuestro punto de vista está muy bajo. No es lo bastante bueno para mí. Para algunos no está mal; que les aproveche. A mí sencillamente no me basta.

No me basta porque tengo casi veintisiete años, y no he tenido un puto orgasmo en cuatro años. Durante estos cuatro años me ha disparado dentro su cola de empapelar paredes, consumiéndome mientras yo estaba tendida pensando en consumir.

Mientras me folla hago la lista de la compra:

azúcar
mermelada
pan
leche
judías
arroz
especias
pizzas
vino
tomates
cebollas
pimientos verdes

… entonces hice algo verdaderamente visionario: dejé de consumir por el hecho de consumir.

La grasa empezó a desaparecer de mi cuerpo. Empezó a desaparecer de mi cerebro. Todo era más ligero. Fantasear con que me follaran debidamente fue lo primero. Después decirles a todos que se fueran a tomar por el culo y se murieran. Era cosa de los libros que empecé a leer. Era la música que empecé a escuchar. Era la televisión que empecé a ver. Me descubrí pensando otra vez. Intenté parar porque sólo causaba dolor. No podía.

Cuando en tu cabeza está todo eso, tiene que salir a la superficie de tu vida. Si no lo hace, te aplasta. A mí no me van a aplastar.



12. LLOYD

Me costó un montón volver de *Soapdodge City*. El ácido, tío, que le den, nunca más, nunca más hasta la próxima vez, en todo caso. Cuando llego, La Ponzoñas sale del portal de mi casa. «¿Dónde has estado?», dice en tono acusador. La Ponzoñas se está poniendo demasiado posesiva conmigo, joder.

«Glasgow», le digo.

«¿Para qué?», pregunta.

«Noche con los Slam en el Ferry de Renfrew, eh», miento. No quiero que La Ponzoñas conozca mi *modus operandi*.

«¿Qué tal estuvo?»

«Bien, sí», suelto yo.

«Tengo más Palomas de ésas para que me coloques por ahí, pero están en casa», dice ella.

Estupendo. Más éxtasis mierderos para vender. Pronto tendré tan mala reputación que la gente preferirá comprar sus productos químicos a los cerveceros de Scottish and Newcastle. Dejé los otros en Glasgow con Stevo, que no tenía demasiadas esperanzas, pero que dijo que vería lo que podía hacer.

«Vale. Me pasaré esta noche», le digo. Lo único que quiero es meterme en casa y hacerme una taza de té y un porro. Entonces caigo en que me dejé el costo en *Soapdodge City*, con los éxtasis. «¿Tienes algo de costo? Necesito fumarme un mai. Estoy agotado después de ese viaje. Es como si tuviese rota la mandíbula. Necesito aplatanarme. Hasta unas putas gelatinas me valdrían. Necesito algo. Necesito, punto final.»

«Sí, tengo afgano y en posturas», dice ella.

«Vale, pues, te acompaño a casa.»

Llegamos donde La Ponzoñas y Solo está en casa, además de un par de colegas que se llaman Monts y Jasco. Me avergoncé cuando Solo empezó a hablar conmigo. No pillaba ni una palabra de lo que decía. Parecía que estuviera forzando las sílabas lentamente por la nariz. Cuando La Ponzoñas se fue a la cocina a poner la tetera y pillar algo de costo, Monts se puso detrás de Solo con una sonrisa maliciosa en el rostro y se sacó la mejilla con la lengua, con gesto de chupapollas. Él y Jasco eran poco más que un par de buitres haciendo círculos sobre un enorme animal herido. Me pareció triste, y lo sentí por Solo. Me recordó un fragmento de un reportaje sobre Muhammad Ali que había visto en la tele, descabalgado de su incontinencia verbal por el Parkinson, probablemente provocado por el asunto pugilístico. La Ponzoñas, cuando regresó, me recordaba a Don King, la manipulación misma asomando detrás de una sonrisa de gozo abrasador.

«¿Vas a llevarle de mi parte esa mandanga a Abdab?», inquirió.

«Sí», le dije. Abdab era un antiguo colega mío de Newcastle. La Ponzoñas le suministraba mierda, y yo la entregaba. Era un encarguito que no me apetecía hacer. Sólo acepté para ver a Abdab y sus colegas *Geordies* y pasar una noche de marcha por allí abajo. Siempre me gustó Newcastle. Los *Geordies* no son más que escoceses que no pueden echarles la culpa a los ingleses de lo hechos polvo que están, los pobres cabrones.

Jasco empieza a darme la brasa. Normalmente es un tío tranqui, pero últimamente está un poco picajoso. El cabrón le pega demasiado a la base de coca. «Oye, Lloyd, cuando a mí me duele la cabeza me tomo un poco de paracetamol.»

«¿Eh?», salgo yo.

«Y si tengo mal el estómago tomo un poco de bicarbonato.» Hoy estoy un pelín demasiado torpe para pillar de qué va este cabrón.

«Deja de subirte a la chepa de Lloyd, Jasco, so cabrón», dice Monts.

«Nah, oye», prosiguió Jasco, «el asunto es que a mí ayer por la noche ni me dolía la cabeza ni tenía el estómago chungo. Nah. Lo que quería era ponerme hasta el culo de éxtasis. ¿Así que por qué este cabrón me vendió paracetamol y bicarbonato?» Me señaló con el dedo.

«Venga, Jasco, vete a la mierda», dije a la defensiva, «no eran unos éxtasis cojonudos, de acuerdo, y te lo dije desde el primer momento, pero *tan* mierderos no eran.» Lo dije en un tono de juerga porque Jasco parecía estar de un humor en el que parecía no haber decidido si iba en serio o si se estaba quedando un poco conmigo.

«No me colocaron una puta mierda, tío», se quejó.

«El tío me contó que llevaban ciento veinte miligramos de MDMA», dijo La Ponzoñas.

Eso era puro vacile. Con suerte aquellas palomas llevarían cincuenta. Tenías que metértelas de dos en dos para que te pegaran algo.

«Sí, ya», dijo Jasco.

«Que sí. Rinty las pilló en Holanda», insistió La Ponzoñas. Estuvo de puta madre que ella se metiera por medio, porque eso hizo que Jasco dejara de meterse conmigo.

«En sueños, joder. Los clubs de fútbol escocés han pasado más tiempo en Europa que cualquier pirulo que hayáis estado colocando vosotros, cabrones.»

Yo sabía que la conversación se prolongaría durante toda la noche y me di el piro en cuanto me fue posible. Cuando salí, vi a un tío y a una periquita bajando juntos por la calle, y era evidente que estaban muy a gusto, y no iban de nada. Pensé: ¿Cuándo fue la última vez que yo estuve así con una chica sin ir hasta el culo de éxtasis? En una puta vida anterior, entonces. Le di una patada a una piedra y la eché a volar e hizo vibrar, pero no llegó a romper, el parabrisas de un coche aparcado.

Segunda parte

El arrollador éxtasis del amor

13. HEATHER

Va a decir algo. Brian Case. Algo así como lo que dice casi todas las mañanas. Va a decir algo horripilante. *Mister* Case. ¿Qué voy a decir yo? Voy a sonreír como hago todas las mañanas. Como si tuviera una cuchara en la boca. Sonríe. Sonríe, cuando sientas que te están quitando la ropa, poniéndote en evidencia, en ridículo. No. Estoy exagerando. Tengo que asumir la responsabilidad de mis reacciones. Tengo que habituarme a no reaccionar físicamente de esa manera, para no encogerme por dentro. Para *no* hacerlo. Es culpa mía. Tengo que controlar mis reacciones.

«¿Cómo está hoy el sol de mi vida?» La pregunta habitual de Case.

Me dispongo a articular mi respuesta habitual: Muy bien, pero algo sucede. «¿Qué te hace pensar que soy el sol de tu vida?»

Joder. ¿Qué estoy diciendo? No debería decir eso…, ¿por qué no? Sí que puedo. En realidad puedo decir cualquier cosa. Si él hace un comentario extraño, inapropiado, puedo pedirle que se explaye, que me diga qué coño quiere decir en realidad. ¿Qué hay detrás de ese comentario?

«Bueno, verte todos los días es la luz de mi vida.»

Por mucho que lo intente, no logro impedir que hable la Heather mala. Antes sólo pensaba. Ahora ha empezado a hablar. Estoy esquizofrénica y la Heather mala ha tomado el control… «Eso es realmente curioso, me refiero a lo absolutamente desproporcionado que resulta. Verte todos los días no tiene ningún impacto positivo en mi vida.»

El momento relevante; cuando algo que no podía decir se convierte en algo que sí puedo decir. Mi rebelión se ha trasladado del interior de mi cabeza a mi mundo. ¡Sí! ¡No! ¡Sí! Joder.

«Ah», dice herido, esta vez no finge estarlo, esta lamentable criatura está efectivamente herida de verdad, «¿así está el asunto?»

«No estoy segura del *asunto* de que se trata», le digo, «así es como lo veo y como lo siento.»

«Escucha», dice con aire de inquieta confidencia, «si algo va mal puedes hablar de ello conmigo. No tienes que ponerte hecha una fiera, sabes. No soy malo del todo», dice con afectación.

«Lo bueno o malo que seas no tiene nada que ver conmigo. Eso es cosa tuya. A mí no me pasa nada. De hecho, no podría estar mejor.»

«Bueno, es que te comportas de una forma un poco extraña…»

Mantengo la calma. «Mira, tu comportamiento conmigo se basa en que das por sentado que a mí me importa realmente lo que piensas de mi aspecto. Eso no tiene que ver con nada. Tú eres mi jefe en la organización, una organización que tiene por

objetivo la realización de un trabajo, y no la estética o la sexualidad o lo que sea. No es asunto mío y no pretendo que lo sea, pero si mi aspecto es el sol de tu vida, tal y como sugieres, yo me escrutaría a fondo y me preguntaría qué clase de vida tengo.»

«Ah, pues gracias por ponerme al tanto», dice de mal humor, «sólo intentaba ser amable.»

«Ya, pues entonces soy yo quien pide disculpas. Esto no tiene nada que ver contigo. Al consentir tu conducta infantil y aburrida te di la impresión tácita de que la aprobaba, lo que fue una equivocación por mi parte. Siento haberlo hecho, de verdad.»

Él asiente con la cabeza y parece un poco confundido pero después sonríe con timidez y dice: «De acuerdo…, entonces regreso a mis obligaciones.»

Sonríe tímidamente. *Mister* Case. ¡Santo Dios!

Vuelvo a mi ordenador y me siento eufórica. A la hora de comer entro con paso firme en el East Port Bar y me regalo con un gin tonic. Me siento a solas, pero no me siento sola.

Me siento realmente feliz y tocando el cielo esa tarde, y cuando llego a casa Hugh ha dejado un mensaje en el contestador: Cariño, llegaré un poco tarde esta noche. Jenny y yo estamos trabajando en otra presentación para el equipo.

14. LLOYD

Nos habíamos corrido una buena Abdab y yo en Newcastle, pero estaba follao. Me dio unos buenos gramos de coca y el paquete me quemaba en el bolsillo durante el viaje de vuelta en bus. Era un rollo paranoico de bajón pero yo no dejaba de pensar en Nukes y medio esperaba que la antidrogas subiese al bus en cada parada. No ocurrió. Llegué a casa e hice una sopa.

Más tarde, aquella misma noche, subí al Tribal con Ally. Yo sólo quería acostarme a sobar pero el cabrón insistió en que fuese. Hasta tuve que tomarme un par de mis éxtasis, mal rollo. Esta remesa era distinta, como Ketamina o algo así. Estaba totalmente zumbao, no podía bailar. Me quedé sentado en el *chill-out* y Ally charlaba conmigo. «¿Cómo te encuentras, Lloyd?»

«Follao», digo yo.

«Deberías probar el Crystal Meth que tengo en casa. Después de esnifarlo, ya ni pestañeé. Tuve una trempera que te cagas durante tres días, eh. Iba a abandonar esta búsqueda del amor y romper mis votos y darle un toque a Amber para que se me sentara en la cara. Pero no quería enmierdarle la cabeza más aún, eh.»

«¿Está por aquí?»

«Sí, está arriba. Ella y esa Hazel y Jasco. Jasco ha estado tirándose a Hazel», comentó con triste amargura, resoplando entre dientes y echándose el pelo hacia atrás. «A lo mejor yo también debería intentarlo, tío.»

Amber no tardó mucho en localizarme. Relevó a Ally, permitiéndole darse un meneo en la pista de arriba. «No tienes por qué sentarte conmigo», balbuceé, «estoy bien. Sólo un poco zumbao…»

«No pasa nada», soltó ella, cogiéndome de la mano, antes de añadir reflexivamente: «Ah sí, esa Verónica te iba buscando.»

Como de costumbre, me costó un par de segundos descubrir de quién se trataba, y entonces caí. Verónica era el apodo de mal gusto que a veces alguna gente le daba a La Ponzoñas.

«¿Está por aquí dentro?», pregunté con cierta aprensión, mirando el reloj de Amber a ver si podíamos llegar al Sublime o al Sativa antes de que prohibieran la entrada en caso de que la respuesta fuese sí.

«Nah, ha sido antes, en el City Cafe.»

Menos mal, joder. Me metí otro pirulo, y Ally, Amber y un tío joven que se llamaba Colin volvieron a casa conmigo. Intenté ponerme con los platos pero estaba demasiado follao para hacer nada. Pero el concierto ese iba a ser pronto. Tuvimos que bajar el volumen de la música porque la escoria *yuppie* de enfrente, que para empezar no debería estar en Leith, se quejó del ruido y yo no quería tener a la policía por aquí

después de lo que había pasado con Nukes. Resultaba un tanto embarazoso ya que Amber intentaba enrollarse con Ally y el capullín ese de Colin trataba de enrollarse con ella. Si yo tuviese un pelín más de ambivalencia sexual y energía, habría intentado liarme con el jovencito ese sólo para mosquear aún más a todo cristo. Finalmente, se marchó, después Ally también se fue y yo quería que Amber se fuera, pero se quedó en vela toda la noche poniendo música. Yo estaba zumbao, le dije que me iba a sobar. Cuando me desperté por la mañana ella estaba en el otro extremo de la cama, con los pies en mi cara.

«¿Qué tal va, Lloyd?», preguntó.

Se estaba poniendo los pantalones, con aspecto la hostia de juvenil, sin rastro de maquillaje, y yo me sentía un poco como un cabrón pederasta, ya lo creo, pedazo de sucio capullín estuprador estás hecho.

«Muy bien», suelto yo.

«Yo no te veo tan bien. Vaya pestazo de pies, por cierto.»

«Muy amable de tu parte. Así son los colegas de verdad. ¿Quieres un café?»

«Sí…, perfecto. Pero no te me mosquees, eh, Lloyd. A todo el mundo le huelen los pies después de una noche de marcha en zapatillas.»

«Ya lo sé. Los tuyos sin ir más lejos. Atufaban que te cagas, de verdad», digo yo, levantándome a hacer el café mientras ella me echa una mirada despectiva y hosca.

Yo me sentía bastante cascado. El café no me hacía efecto. Tenía que ver a La Ponzoñas. Tenía que no ver a La Ponzoñas. La cosa se me iba de las manos. Ally había dejado algo de Chrystal Meth y estaba por meterle mano. Necesitaba un tirito de algo antes de ir a ese lugar. «¿Quieres una raya de esto?», le pregunté a Amber.

«Nah, ni tocarlo.»

«Eso me parece sensato», dije yo, preparando un par de rayas.

«Te vas de la olla, Lloyd. ¿Para qué haces eso?»

«No sé. En mi vida falta algo. Ahora soy un puto viejo, comparado contigo en cualquier caso, y nunca he estado enamorado de verdad. Y eso es triste que te cagas», le dije, esnifando las rayas. Resultan ásperas y ardientes al contacto con mis mucosas nasales.

Amber dijo: «Ay, Lloyd…», y me dio un abrazo y deseé poder estar enamorado de ella, pero no lo estoy, así que no tiene sentido engañarse porque eso es una mierda para todo dios y lo único que se puede sacar de ahí es un polvo y un polvo nunca vale tanto como una buena amistad.

Se marchó justamente cuando mi cabeza estallaba.

15. HEATHER

El doctor me ha recetado Prozac. Hugh está de acuerdo en que debo tomarlo.

«Has estado un poco desanimada y esto te ayudará a salir del bache», me dijo el médico. ¿O fue Hugh el que lo dijo? No me acuerdo. Fueron los dos.

¿Salir de qué bache?

«Ya veré», le digo a Hugh, «no me gusta la idea de tomar drogas en ese plan, acabas dependiendo de ellas. Se oyen decir tantas cosas sobre el tema.»

Llego tarde. Otra vez tarde al trabajo. No puedo levantarme de la cama.

«Ca-ri-ñi-too…, los médicos son profesionales. Saben lo que se hacen», me dice, mientras se echa al hombro la bolsa repleta de palos de golf. Hoy tiene el día libre. «Dios, será mejor que me mueva. Billy-boy se estará preguntando dónde me he metido. Hoy jugamos en Pitreavie sólo porque la semana pasada lo destrocé en Canmore. Bill es así», Hugh se encoge de hombros. «A lo mejor después nos pasamos por casa de él y Moll, ¿eh?» Hugh me besa y se marcha: «Adiós, cariño.»

Llamo por teléfono a mi amiga Marie. Me dice que coja la baja por enfermedad y que suba al tren hacia la estación de Haymarket en Edimburgo. Ella también se va a tomar el día libre. Estar de acuerdo parece la cosa más sencilla del mundo.

En la estación de Dunfermline me pregunto por qué sólo hay un tren a Edimburgo cada hora, cuando hay tres o cuatro para Inverkeithing, que está al lado. Menos mal que sólo faltan quince minutos para que llegue y sólo lleva diez minutos de retraso, lo cual no está mal.

Marie y yo damos una vuelta por las tiendas y luego vamos a su casa a sentamos y tomar té y charlar durante toda la tarde. Lía unos cuantos porros y yo me siento risueña. No quiero ir a casa. No quiero pero tengo que llegarme hasta la estación de Haymarket.

«Quédate aquí esta noche. Vámonos por ahí. Hay un club en el centro. Nos metemos unos éxtasis y salimos tú y yo», dice Marie.

«No puedo…, tengo que volver…, Hugh…», me oigo quejarme.

«Ya es mayorcito para cuidarse solo una noche. Venga. Hagámoslo. Tienes Prozac, eso es fabuloso. Podemos tomarlo después de los éxtasis. Prolonga los efectos del éxtasis a la vez que destruye las toxinas del MDMA que pueden o no causar lesiones cerebrales más adelante. Por tanto el Prozac convierte el éxtasis en algo completamente seguro.»

«No sé…, hace años que no tomo nada de drogas. He oído hablar mucho del éxtasis…»

«El noventa por ciento será bazofia. Te mata. Pero todo lo demás también, cada pedazo de comida que ingieres, cada bocanada de aire que respiras. Te hace mucho

menos daño que la bebida.»

«Vale…, pero no quiero alucinar…»

«No es como el ácido, Heather. Simplemente te sentirás a gusto contigo misma y el resto del mundo durante un rato. Eso no tiene nada de malo.»

«Vale», asentí, no muy convencida.

Como una cobarde, dejé un mensaje para Hugh en el contestador de casa. Después salimos de bares antes de ir al club. Me sentía un poco ridícula vestida con la ropa que Marie había elegido para mí. Usábamos la misma talla y solíamos intercambiamos la ropa cuando éramos estudiantes. Cuando vestíamos igual. Cuando me miré en el espejo, me sentí como una payasa con aquella ropa, la falda corta, la camiseta ceñida. Pero a Marie le sentaban bien, y teníamos la misma edad. En el club, pensaba que todo el mundo se quedaría mirándome, pero nadie se fijó. Al principio me aburría un poco. Marie no me había dejado beber en los pubs. Echará a perder el éxtasis, me dijo. Ansiaba una ginebra para calmarme los nervios.

Me tomé el pirulo en el club. Al principio me dio fuerte y sentí el estómago revuelto. Me notaba un poco mal, aunque no tanto como le mostraba a Marie. «Te provocas el malestar al resistirte», me susurró Marie, sonriéndome.

Entonces lo noté en los brazos, atravesando mi cuerpo, por la espalda: una sensación de hormigueo, de subidón. Miré a Marie y estaba hermosa. Siempre supe que era hermosa, pero a través de los años había llegado a verla con la perspectiva de la decadencia. Busqué indicios de patas de gallo, kilos de más, asomos de canas. Si las encontré o no, no importaba. El caso era que las había buscado en Marie e, implícitamente, en mí misma, y que era incapaz de ver cómo éramos realmente en conjunto.

Me fui al baño a mirarme en el espejo. No tenía la impresión de estar caminando, sino de ir flotando dentro de mi propia aura mística. Era como si me hubiera muerto y estuviera recorriendo al cielo. Toda aquella gente guapa sonreía y su aspecto se correspondía con lo que yo sentía. La cosa era que no parecían diferentes, simplemente veías su alegría. Me miré en el espejo. Lo que no veía era la estúpida esposa de mierda de Hugh Thomson. Había desaparecido.

«Ho-la», me dijo una chica, «¿te lo pasas bien?»

«Sí…, ¡es absolutamente increíble! ¡Jamás he sido tan feliz! Es la primera vez que tomo éxtasis…», dije sofocada.

Ella me dio un gran abrazo. «Eso está muy bien. No hay nada como la primera vez. Es fabuloso siempre, pero oye, la primera vez…»

Hablamos durante siglos, y recordé que tenía que volver con Marie. Pero era como si conociera a todo el mundo, a todos aquellos extraños. Compartimos revelaciones y una intimidad que nadie que no haya hecho eso en ese ambiente podría imaginar nunca. Era como si estuviésemos todos juntos en nuestro propio mundo, un mundo muy alejado del odio y del miedo. Me había desprendido del miedo, eso es lo que había sucedido. Bailé y la música era maravillosa. Gente, extraños, me

abrazaban. Tíos también, pero no libidinosamente. Cuando pensé en Hugh, sentí lástima por él. Lástima porque nunca llegaría a conocer aquello, lástima porque, en definitiva, había desperdiciado su vida. Lástima porque me había perdido, lo cual era ahora el caso, desde luego. Habíamos terminado. Aquella etapa de mi vida estaba muerta y olvidada.

Pensaba tomarme libre el día siguiente también.

16. LLOYD

Ally tenía razón sobre esta mandanga. Era cierto: te pasas días sin pestañear siquiera. Enseguida empecé a rebosar de energía y de ideas. No podía pestañear. Lo intenté, intenté forzarme a pestañear mientras estaba sentado en el tigre echando una cagada. Entonces sucedió algo: no pude dejar de pestañear. Me puse malo y pensé que iba a perder el conocimiento. Fui a parar al frío linóleo del suelo del cuarto de baño y me sentí mejor con la cara roja y palpitante contra él. Dejé de pestañear y me puse otra vez alerta.

Se abrió la puerta y era un tío llamado Seeker. Pasó sobre mí en dirección al vestíbulo. Sostenía una bolsa y después la enganchó a una pequeña balanza de metal que había sacado. «Diez gramos», dijo, «prueba un poco.»

Lo hice, aunque en realidad no podía determinar su pureza, pues no soy un cocadicto, aunque parecía mejor que la de Abdab. Le pregunté a Seeker si podía esnifar una raya. Entornó los ojos con impaciencia, y a continuación preparó una raya para cada uno sobre la encimera de mi cocina. Noté ese placentero entumecimiento, pero iba tan puesto de Meth que una raya maricona de perica no suponía ninguna diferencia. De todos modos, le di a Seeker su guita y se fue a tomar por el culo. Es un capullo de lo más raro, no va de nada en concreto, pero todo dios lo conoce.

Aparto casi la quinta parte de la mandanga y le meto una cantidad equivalente de talco sin perfumar y lo mezclo. No hay demasiada diferencia.

No podía relajarme en casa. Telefoneaba a todo dios y me ponía a soltar chorradas. Debía varias facturas de teléfono y no tenía guita para pagar, así que en ocasiones como ésa voy a por todas. No dejaba de pensar en cómo había llegado a liarme con La Ponzoñas. Fue hace bastante, básicamente por razones financieras. Yo le hacía las entregas a ella y a Solo, que era algo así como su novio o su marido. Solo era un desgraciao, pero desde que le dieron aquel palizón los de otra banda nunca había vuelto a ser un elemento tan potente. Parecía lento, como si tuviera lesiones cerebrales, después de que le patearan hasta hacerle perder el conocimiento. Como dijo Jasco una vez: «Parece que los desgraciaos esos de la ambulancia que recogieron con cucharilla a Solo se dejaron por ahí algún trocito del pobre cabrón.»

Debo reconocer que aquello no me rompió el corazón, pero aunque era un hijo de puta redomado, con Solo siempre sabías a qué atenerte. La Ponzoñas era otro cantar. Debí sospechar lo peor cuando la llamé y ella no quiso ponerse. La Víctima me dijo que «tenía que acercarme».

Cuando llegué allí el cuarto de estar estaba a rebosar de peña. La Víctima estaba sentada silenciosamente en un rincón, mirando por la ventana, tensos y furtivos sus grandes ojos negros, como si tratara de adivinar de dónde le iba a llegar el siguiente

golpe demoledor. Bobby estaba allí, exhibiendo una sonrisa que chorreaba siniestro desprecio. Monts estaba allí, totalmente tirado, demasiado tirado como para hablar conmigo, mientras yo distinguía a Paul Sommerville, Spud Murphy y algún otro capullo al que conocía vagamente. Solo estaba sentado en una esquina en su silla de ruedas. Era una jodida casa del terror, ya lo creo.

«La Ponzoñas se puso hasta las tetas ayer por la noche», me informó Bobby. «Base de coca. Está pasando un bajón brutal de lo más hijo de puta. No te envidio, Lloyd.»

No me hacía falta aquella mierda. Yo sólo había ido allí a hacer una pequeña entrega. Me fui hacia el dormitorio de La Ponzoñas, llamando primero a la puerta, y escuché una voz ronca y áspera que podía significar adelante o vete a tomar por culo, pero de todos modos entré.

La Ponzoñas estaba tumbada en la cama vestida con un chándal rojo chillón. Al pie de la cama estaba la televisión. Fumaba hachís. Su cara había perdido el color, pero su pelo negro parecía bien lavado, tenía cierto brillo. Su cara, sin embargo, tenía una expresión ruda, costrosa y deshidratada y el contraste con la salud de su cabello la hacía parecer una vieja bruja con peluca. Todavía conservaba su rasgo más sobrecogedor que durante tanto tiempo había admirado, sus espesas cejas negras que se unían en el centro, que la asemejaban a uno de esos fans del Celtic que siempre se parecen a Paul McStay. Bajo aquellas cejas había unos pequeños ojos verdes que estaban permanentemente ensombrecidos y normalmente medio cerrados. Recuerdo que una vez que iba de éxtasis tuve una erección cuando me percaté de sus axilas sin afeitar visibles bajo una blusa sin mangas de algodón blanco. Una vez me la casqué pensando que me tiraba sus axilas, no sé por qué sería, pero la sexualidad es una cabronada rara y difícil de desentrañar. Me causó cierta angustia durante un rato, bueno, unos dos o tres minutos. Hubo una ocasión en particular en que iba de tripi en el *chip shop* de Foot of the Walk, incapaz de articular palabra, incapaz de señalar lo qué quería, incapaz de pensar en nada que no fueran las axilas de La Ponzoñas. Fue Ally el que me hizo reparar en ellas. Él iba de ácido en Glastonbury y dijo con acento pijo: «Essa tal Verónica: qué tremenda abundancia capilar essa chica…», después de aquello no podíamos apartar la vista de las axilas de La Ponzoñas.

Torció el rostro en un feo gesto de reconocimiento y después en una parodia de desaprobación, y comprendí entonces por qué en realidad tenía que ser totalmente imposible desearla.

La Ponzoñas follando, vaya una idea, ya lo creo.

«¿Y?», saltó ella.

«Aquí lo tengo», dije, entregándole la bolsa de coca.

Se lanzó sobre ella como un depredador dándose un festín frenético, haciendo rayas y esnifando, con la misma cara distorsionada con que la vi una vez revolviendo en busca de colillas entre el contenido de mi cubo de la basura, que había volcado sobre el periódico cuando se quedó sin fumeque. Aquella vez la maldije con enojo, y

se puso tímida mientras liaba un papelillo de tabaco rancio.

Fue la primera y última vez que vi a La Ponzoñas respetuosa.

Fue Monts el que le puso el apodo. Se la folló una vez y o no estaba dispuesto a hacerlo otra vez, o lo hizo pero no la dejó satisfecha, así que ella hizo que el Solo prevegetal le destrozase el careto. «Esa Ponzoñas de Verónica», murmuró amargamente, con la cara vendada, cuando fui a visitarlo al hospital.

«¿Cómo te encuentras?» le pregunté. La miraba de perfil. Podía ver el aro de su ombligo donde se le había subido la parte de arriba del chándal.

«Hecha una mierda», siseó, chupando el cigarrillo.

«Te has metido unas rocas, ¿eh?»

«Sí…», dijo ella, volviéndose a continuación hacia mí, «estoy chunga que te cagas. Tengo síndrome premenstrual. Lo único que me ayuda cuando estoy así es un buen polvo. El puto vegetal ese de ahí no me lo va a echar. Eso es lo único que quiero. Un buen polvo.»

Me di cuenta de que la estaba mirando directamente a los ojos y, a continuación, tiraba de las perneras de su chándal. «Yo estoy por la labor, joder…»

«¡Lloyd!», se rió, ayudándome a desnudarla.

Metí el dedo en el coño de La Ponzoñas y chorreaba. Debía de haber estado tocándose o a lo mejor era el *crack* o algo de eso. De todos modos, me puse encima de ella y empujé dentro de su coño mi erección. Le di lametones a su rostro marcado como haría un perro demente con un viejo hueso seco y astillado mientras bombeaba mecánicamente, disfrutando sus jadeos y gruñidos. Ella me mordía el cuello y los hombros, pero el Crystal Meth me había entumecido el cuerpo dejándomelo tieso como una tabla y podría haber estado bombeando todo el día. La Ponzoñas tuvo un orgasmo tras otro y yo no mostraba ninguna señal de correrme. Le puse los *poppers* debajo de la nariz en el último momento y le metí el dedo por el ojete y ella gritó como una puta endemoniada y yo esperaba que todo el mundo apareciera por el dormitorio pero nadie lo hizo. Me retumbaba el corazón y tenía miedo de palmarla allí mismo porque me entró aquel pestañeo rápido durante un rato, pero conseguí controlarlo. «Ya está…, ya basta…», oí jadear a La Ponzoñas mientras yo la sacaba tan tiesa y dura como la había metido.

Me senté en la cama intentando doblar mi polla dura en una posición semicómoda dentro de los vaqueros. Era como tener un trozo de madera o de metal en los calzones. Daban ganas de partirla y tirarla por ahí. Me estremecí pensando en lo alta que debía de tener la tensión.

«Ha sido de locura, joder…», jadeó La Ponzoñas allí tirada.

Tuve que echarme a su lado hasta que oí marcharse a los demás. Afortunadamente se quedó profundamente dormida. Yo estaba rígido mirando al techo y preguntándome qué cojones hacía con mi vida. Pensé que debía haberme tirado las axilas de La Ponzoñas cuando tuve la oportunidad. Si tienes que hacer algo desagradable de lo que te vas a arrepentir en cuanto lo hayas hecho, entonces al

menos realizar una fantasía sexual puede hacerlo más aceptable.

Después de un rato me fui al cuarto de estar y advertí que Solo y Jasco estaban dormidos en el sofá. Me marché y vagué un rato por la ciudad, pastilleros yendo y viniendo de los clubs con una sonrisa, cogidos del brazo; bolingas tambaleándose por la calle gruñendo canciones y otros capullos con un cóctel de todo tipo de drogas.

17. HEATHER

La cabeza me zumbaba mientras bajaba por Princes Street. Marie tuvo que ir tambaleándose a trabajar a la Scottish Office aquella mañana, pero yo para nada. En su piso, cogí un libro de poemas de Shelley. No podía dejar de leerlos, después seguí con Blake y Yeats. Como si mi mente estuviese acelerada en busca de estímulos, nunca tenía suficiente.

Eché una mirada en una tienda de arte en Hanover Street. Quería pintar. Eso es lo que quería, comprar una caja de pinturas. Entonces vi una tienda de discos HMV y entré. Quería comprar todos los discos que veía y saqué con mi tarjeta el máximo permitido de trescientas libras. No podía decidirme, así que acabé comprando una recopilación en compacts que probablemente no fuesen bastante buenos, pero cualquier cosa valía después de los Dire Straits y los U2 y los Runrig de Hugh.

Me metí en Waterstone's. Eché un vistazo y me compré el libro de Ian MacDonald sobre los Beatles y su música en el contexto de los sesenta. Había una cita en la contraportada acerca de un tío que leyó el libro y a continuación se compró la colección completa de los álbumes de los Beatles. Yo hice lo mismo. A Hugh nunca le gustaron los Beatles. ¿Cómo podían no gustarle los Beatles a alguien?

Fui a tomar un café y hojeé un *NME* que hacía años que no compraba y leí una entrevista con un tipo que estuvo en los Happy Mondays y había fundado un grupo llamado Black Grape. Entonces volví a HMV y compré su álbum, *It's Great When You're Straight… Yeah!*, sólo porque el tío decía que había tomado mogollón de drogas.

Compré algunos libros más y cogí el tren a casa. Había un mensaje en el contestador: «Cariño, soy Hugh. Llámame al trabajo.»

Después encontré una nota escrita apresuradamente:

> Me has asustado. Creo que has sido un poco egoísta. Llámame cuando llegues a casa.
>
> Hugh

Estrujé la nota. El compact de los Dire Straits de Hugh, *Brothers In Arms*, estaba sobre la mesita de café. Siempre lo ponía. Yo odiaba especialmente la canción «Money For Nothing» que siempre cantaba él. Puse mi compact de los Black Grape y metí el *Brother In Arms* en el microondas para demostrar que eso que dice la gente de que los compacts son indestructibles es una chorrada. Pero, para asegurarme del todo, observé mientras *Love Over Gold* quedaba destruido de la misma manera.

Hugh está alterado cuando llega. Para entonces mi estado de ánimo ha cambiado. Se me han agotado las pilas, estoy deprimida. Me había tomado cuatro éxtasis la noche anterior, que Marie dijo que era muchísimo para ser la primera vez. No quería parar, no quería bajar de allí. Ella me había advertido sobre el bajón. Todo parece inútil.

Y Hugh está alterado.

«¿Has visto el compact *Brothers In Arms*, cariño? No lo encuentro por ninguna parte… *we got the music n the colour te-veeeehhhh*»

«No.»

«… *munneee for nothin…* oye, ¿por qué no nos damos una vuelta en coche?»

«Estoy cansadísima», le digo.

«¿Bebiste demasiado en casa de Marie? ¡Vaya pareja! Pero en serio, Heather, si vas a empezar a cogerte días de baja, bueno, pues yo no puedo aceptarlo. Sería un hipócrita si, después de haber subrayado la importancia de un buen record de asistencia ante mis propios empleados, se corriese la voz; y Dunfermline no es un sitio grande, Heather, si la gente dijese que mi propia mujer es una vaga y que yo miro para otro lado…»

«Estoy cansada. Sí que bebí un poquitín de más…, a lo mejor me subo a dormir.»

«Una vuelta en coche», dice, levantando las llaves y agitándolas hacia mí como si yo fuera un perro y las llaves la correa.

No puedo discutir con él. Me encuentro mal, mareada, cansada y derrengada, como si hubiese pasado por un programa de lavadora.

«Pensé que una vueltecita podría animamos un poco», dice sonriendo, mientras saca el coche del garaje.

Junto a él está sentada una mujer de pelo lacio y círculos oscuros bajo los ojos. La conozco de alguna parte.

Me pongo unas gafas de sol de la guantera. Hugh hace un gesto de desaprobación.

«Soy fea», me oigo decir en voz baja.

«Estás cansada», dice él. «Deberías pensar en trabajar a media jornada. Es el estrés de pertenecer a una organización que se está racionalizando. Lo sé; en nuestra empresa ocurre lo mismo. Seguro que también lo notan a tu nivel dentro de tu organización. Siempre hay un coste humano, por desgracia. No podrías hacer ni una tortilla, ¿eh? Bob Linklater lleva ya dos semanas de baja. Estrés.» Hugh se vuelve hacia mí y entorna los ojos. «De todos modos, estoy seguro de que en tu caso es auténtico. Alguna gente es simplemente incapaz de lidiar con el mundo laboral de hoy en día. Triste pero cierto. De todos modos, a nosotros nos va bien, así que no hay ninguna necesidad de que te martirices en ese sitio para demostrar nada, Heather. Ya lo sabes, ¿verdad, cariñín?»

Me quito las gafas y observo el asqueroso rostro pálido que me devuelve la mirada en la ventana lateral. Se me están abriendo los poros. Tengo un grano debajo del labio.

«… la mujer de Alan Coleman, por ejemplo…, ¿cómo se llama? Es un ejemplo perfecto de lo que estoy diciendo. Dudo que volviera ahora ni aunque le pagasen por hacerlo. ¡A todos nos gustaría estar en esa situación, gracias pero no! Iain Harker: no sale del campo de golf desde que cogió la jubilación anticipada…»

Un hombre de veintisiete años hablando de jubilación anticipada.

«… eso sí, Alasdair y Jenny le han dado la vuelta a esa sección. Es una lástima que uno de de los dos tenga que quedar frustrado cuando finalmente llegue a suplirse el puesto de Iain. Las apuestas más inteligentes están a favor de Jenny, aunque sospecho que buscarán fuera y traerán una cara nueva para evitar decepcionar a cualquiera de los dos…»

Ya me estaba preguntando cuándo aparecería Jenny en la conversación.

«¿Te gustaría comerle el coño?»

«… porque a fin de cuentas, —y los dos son muy profesionales— pero si designan a uno de ellos y al otro no… perdona, cariño, ¿qué decías?»

«¿Crees que ella tiene lo que hace falta? ¿Jenny? Es un puesto bastante vistoso, mogollón de relaciones públicas, recuerdo habértelo oído decir.» Estoy temblando. Temblores paralizantes recorren mi cuerpo con un ritmo digitalmente preciso de uno cada dos segundos.

«Dios, sí, no creo haber trabajado nunca con nadie tan seguro, hombre o mujer», sonríe complacido Hugh.

Te la estás follando lo has hecho durante cuatro años espero que sí por tu bien porque seguro que no puedes estar follándome tan mal a menos que te estés follando a otra… «¿Tiene novio?», pregunto yo.

«Vive con Colin Norman», dice Hugh, intentando que las palabras «Colin Norman» no suenen como «pederasta» o peor todavía «empleado con un record de bajas superior a la media» y fracasando.

Pero la vueltecita, por supuesto, estaba orquestada. Sé adonde nos dirigimos. Paramos en el camino de entrada a una casa conocida.

«Bill y Moll dijeron que sería estupendo que nos acercáramos a tomar una copita», explica Hugh.

«Yo…, eh…, yo…»

«Bill me ha estado dando la tabarra acerca de la ampliación de su oficina. Pensé en echarle un vistazo.»

«¡Nunca vemos a *mis* amigos!»

«Cariño-oh-oh… ¡Bill y Moll *son* tus amigos! ¡Acuérdate!»

«Marie…, Karen…, ellas también eran *tus* amigas.»

«Bueno, eso eran amistades de la uni; todas esas tonterías de estudiante, cariño. El mundo se mueve…»

«No quiero entrar…»

«¿Qué pasa, cariño?»

«Creo que debería irme…»

«¿Irte? ¿Irte adónde? ¿De qué me hablas? ¿Quieres decir que quieres ir a casa?»

«No», susurré. Creo que debería irme. Irme simplemente. Para siempre. Por suerte, mi voz se había quedado en nada.

Alejarme de ti, Hugh. Juegas al squash pero aun así estás echando tripa…

«¡Ésa es la actitud, cariño! ¡Ésta es mi chica!», dice, saltando del coche.

Bill está en la entrada, haciéndonos pasar con fingida sorpresa. «¡Son los Thomson Twins![54] ¿Qué tal está la hermosa Heather? ¡Preciosa, como de costumbre!»

«Hugh está celoso», digo yo, apretando distraídamente un botón de la camisa de Bill, «dice que tu oficina es más grande que la suya. ¿Es verdad?»

«Ja ja ja», se ríe nerviosamente Bill, y Hugh sigue caminando y ha besado a Moll, y ya me están sacando el abrigo de los hombros. Me estremezco y empiezo a temblar otra vez, aunque en la casa hace calor. Hay una especie de buffet en la mesa del salón. «Ven y prueba la mundialmente famosa salsa de ajo de Moll», dice Bill.

Pienso que en este momento debería decirle a Moll: NO deberías haberte molestado, pero paso. Noto que me vienen las palabras pero son demasiadas y se me quedan pegadas en la boca; siento que debería sacármelas literalmente usando los dedos. De todos modos, Hugh se adelanta: «No deberías haberte tomado tantas molestias», le sonríe. Tantas molestias. Ya veo.

Moll está diciendo: «No es molestia en absoluto.»

Me siento, con la espalda encogida y hacia adelante, y miro la bragueta de Bill. Decido que abrirla y buscar su polla sería como abrir una bolsa de basura cerrada y revolver en su contenido: ese fétido hedor en tus narices mientras sujetas el plátano fláccido, putrefacto.

«… así que Tom Masón estipuló en su contrato del acuerdo de servicio que tendríamos una cláusula de castigo basada en una escala móvil por las entregas con retraso que, desde luego, ni que decir tiene, tuvo el efecto deseado de concentrar un tanto la mente de nuestro amigo el señor Ross…»

«… suena a Tom, cubriendo todas las bases», dice Bill con cariño y familiaridad.

«Por supuesto, a nuestro colega Mark Ross aquello estuvo lejos de hacerle gracia. Bueno, hemos dado la vuelta a la tortilla.»

«Ya lo creo, ¡maldita sea!», sonríe Bill, y Moll también lo hace y me dan ganas de gritarle: *tú* por qué coño sonríes, qué coño tiene todo esto que ver *contigo*, cuando él añade: «Oh, por cierto, tengo las tarjetas para la temporada.»

«¡Excelente!»

«¿Las tarjetas para la temporada?», pregunto. Frankie Vallie… y los Four…[55]

«Tengo un par de tarjetas para mí y para tu buen y fiel maridito en Ibrox en la grada vieja.»

«¿Qué?»

«El fútbol. Glasgow Rangers F. C.»

«¿Eh?»

«Es una buena manera de pasar un día», dice Hugh tímidamente.

«Pero tú eres hincha del Dunfermline. ¡Siempre fuiste hincha del Dunfermline!» Por alguna razón eso me hace enfadar, no sé por qué. «Tú solías llevarme al estadio de East End… cuando éramos»

No puedo terminar la frase.

«Ya, cariño, pero el Dunfermline…, quiero decir, en realidad nunca fui tan *hincha* suyo; era simplemente el equipo de casa. Pero todo eso ya ha cambiado, ya no hay equipos locales. Hay que apoyar a Escocia en Europa, una verdadera historia triunfal para Escocia. Además, tengo mucho respeto por David Murray y en Ibrox saben cómo organizar una buena oferta de hospitalidad. Los Pars…

bueno, eso es otro mundo… además, en el fondo siempre he sido un poco patriotero.»

«*Tú* eras hincha del Dunfermline. Tú y yo. Recuerdo cuando perdieron aquella final de Copa contra los Hibs en Hampden. Te destrozaron el corazón. ¡Lloraste como un chiquillo!»

Moll sonríe al oír esto y Hugh parece inquieto. «Querida, realmente no creo que Bill y Moll quieran oímos discutir de fútbol…, además, a ti nunca te ha interesado de verdad el fútbol…, ¿de qué va todo esto?»

¿De qué va todo esto?

«Ah, no es nada…», concedo de mala gana.

Ya está. Se puede perdonar a un hombre que cambia de mujer, pero a un hombre que cambia de colores…, eso demuestra falta de carácter. Es un hombre que ha perdido toda perspectiva de lo que importa en la vida. Nunca podría estar con alguien así.

«¡Y Moll ha hecho una comilona estupenda! ¡Qué buena esta salsa de ajos!»

«No ha sido nada», dice Moll.

«De verdad que lo siento. Moll, es que no tengo apetito», digo yo, mordisqueando un trocito de biscote. Casi me muero del susto cuando Bill sale volando hacia mí y me tira un plato sobre las tetas.

«¡Uups! ¡Lluvia de migas!», dice Bill, forzando una sonrisa en su rostro preocupado.

«Alfombra nueva», dice Moll a modo de disculpa.

«Sí, son tan latosas», me oigo decir.

«Vamos a echarle un vistazo a esa oficina, Bill», dice Hugh saltando de emoción.

Es hora de irse.

Después de una noche en la que morí mil veces, Bill dice: «Hugh, me parece que Heather no se encuentra demasiado bien. Está sudando y temblando.»

«¿Tienes algo de gripe, Heather?», pregunta Moll.

«Sí, cariño, creo que deberíamos llevarte a casa», afirma Hugh.

Cuando llegamos a casa empiezo a hacer las maletas. Hugh ni se entera. Nos

vamos a la cama y le digo que me duele la cabeza.

«Oh», dice, y entonces cae dormido.

Todavía me estoy desperezando cuando él ya está listo para ir a trabajar. Lleva puesto su traje y se planta frente a mí y yo estoy grogui y él dice: «Deberías arreglarte para ir a trabajar, Heather. Vas a llegar tarde. Venga, cariño, menéate, ¡confío en ti!»

Y, en ésas, se fue.

Yo también.

Dejé una nota:

> Querido Hugh:
>
> Desde hace algún tiempo las cosas no marchan bien entre nosotros. Es culpa mía, soporté tus cambios y los de nuestra vida durante años. Se fueron acumulando, así que fui un poco como el «caracol en la olla» del que hablas en tus seminarios de gestión empresarial. El entorno cambia de modo tan gradual que lo soportas sin darte cuenta de que todo se te ha escapado.
>
> Sin culpas, sin arrepentimientos, sencillamente se acabó. Quédate con todo el dinero, la casa, los bienes, etc. No quiero mantenerme en contacto contigo puesto que no tenemos nada en común, así que eso no serviría para nada que no fuese alimentar falsedades y miserias, pero no te guardo ningún rencor.
>
> Heather

De repente noto una liberadora oleada de ira y escribo. P. D.: Cada vez que hemos follado en los últimos cuatro años ha sido para mí como una violación; entonces le echo una mirada y arranco ese trozo, no quiero entrar en eso. Sólo quiero acabar.

Cogí un taxi hacia la estación y me subí a un tren a Haymarket y a otro taxi a casa de Marie en Gorgie. Voy pensando en discos, libros, clubs, drogas y pintura fresca sobre un lienzo. Supongo que en chicos también. Chicos. Hombres no. Ya estoy harta de los hombres. Son los más niños de todos.

18. LLOYD

Ally no está nada contento y la causa de su enfado es Woodsy. «Ese cabrón, tío, cree que puede aparecer por aquí sin más como el Graeme Souness preinfarto hasta el coco de cocaína de alto octanaje largando los contenidos de *Mixmag* como solíamos hacer con el *NME* cuando éramos más jóvenes y se supone que todo dios tendría que decir: Guau, Woodsy, tío, fantástico, cabronazo, guau, tío, y hacer cola para chuparle el requesón del capullín. Sí. En. Eso. Estamos. Pensando. Joder.»

«Si te parece malo ahora, espera a verlo cuando por fin consiga echar un polvo», sonrió con malicia Monts.

«Afortunadamente, eso no es demasiado probable, tío», dice sonriendo Ally, «de eso va la cosa, tío, la arrogancia esa. No es más que insolencia. No ha echado un polvo en siglos. Eso le hace pedazos la autoestima a cualquiera. Esa proyección del ego no es más que el modo que tiene de llevarlo, el muy cabrón. Cuando eche un polvo ya verás como se tranquiliza. Toda esa mierda religiosa viene de ahí.»

«Pues espero que así sea. O eso o espero que se vuelva tan jodidamente arrogante que ni siquiera hable con tipos como nosotros. Entonces se resolvería el problema», decide Monts.

«Yo haría un fondo, tío, y pagaría a una puta para que le resolviera el tema al cabrón si eso sirviera para aclararle las ideas», dijo Ally.

«Woodsy es legal», dije yo. Tenía que hacer un concierto con él al día siguiente, así que me sentía obligado a apoyarle. «Quiero decir, no me importan todas esas continuas referencias a los disckjockeys y a los clubs. Eso está bien, escuchar a ese capullo recitártelas me ahorra comprarme el *Mixmag* y el *DJ*. Pero a lo que no hay manera de meter mano es a ese rollo religioso. Pero te diré una cosa, tío, le respeto por ello.»

«Vete a la mierda», dice Ally en tono despectivo.

«Nah, yo pensaba que era una moda. Entonces leí el libro de ese tipo que escribe sobre el éxtasis que dice que conoce monjes y rabinos que lo toman para entrar en contacto con su espiritualidad.»

«Ya te vale, mamón», sonríe Ally, «así que, tío, ¿estás tratando de decirme que habló con Dios en el Rezurrection?»

«Nah, lo que digo es que el capullo cree que lo hace, y lo cree de buena fe. De modo que para él es como si hubiera ocurrido. Personalmente, yo pienso que iba totalmente pasao y entró en la habitación blanca y tuvo una alucinación, pero él cree que fue algo más que eso. Ninguno de nosotros puede demostrar que el otro está equivocado, así que tengo que aceptar que lo que dice el menda es real *para él*».

«Mierda. Según esa puta lógica, cualquier cabrón que esté al cuidado de los

servicios municipales podría decirte que es el puto Hitler o Napoleón, ¿y tú te lo crees?»

«Nah…», digo yo, «no es cuestión de *creerse* la realidad de cualquier capullo tal y como él la ve, es cuestión de *respetar* la realidad de cualquier capullo tal como la ve. Por supuesto, eso siempre y cuando no le haga daño a ningún otro menda.»

«Pero, Lloyd, cacho cabrón, reconoce que eres parte interesada, joder: tú sólo apoyas a ese cabrón por el concierto que vas a dar para él, tío. El Rectangle. Pilton. ¡Un martes por la tarde! Será un desastre», se ríe Ally.

«Pues un poco chungo sí que suena, Lloyd», se ríe Monts.

Este rollo me está poniendo de lo más nervioso e histérico con el puto concierto ese.

19. HEATHER

Nos encontramos en el salón de té del Hotel Carlton. Mi madre tiene en su rostro esa expresión de has-sido-una-gran-decepción-para-todos-nosotros. Es curioso que permitiera que esa expresión me mantuviese a raya. Aún me produce una sensación extraña e incómoda en el pecho y el estómago: esa cara con gafas, arrugada, con esos ojos fatigados, ligeramente aterrados. Normalmente bastaría para devolverme a mi lugar de siempre, pero ahora no. Soy consciente de la incomodidad. Ser consciente es el setenta por ciento de la solución.

«Anoche vino Hugh», dice en tono acusador, haciendo un largo silencio.

Casi empiezo a hablar. Pero no. Recuerda: no te dejes manipular por los silencios de otra gente. Resiste la tentación de rellenar los huecos, elige tus palabras. ¡Imponte!

«Tenía el corazón destrozado», continúa mi madre. «Trabajas duro, decía. Les das todo. ¿Qué quieren? ¿Qué quieren? Yo no dije más que: Que me aspen si lo sé, Hugh. Lo ha tenido todo, le dije. Ése ha sido tu problema, te lo han servido todo en bandeja, jovencita. Quizá haya sido culpa nuestra. Sólo queríamos que tuvieses todo aquello que nosotros nunca tuvimos…»

El tono de mi madre se ha vuelto bajo y uniforme. El efecto resulta sorprendentemente reconfortante y trascendente. Siento que me voy flotando a todos los lugares a los que quería ir, todos los lugares que quería ver…, quizá haya algo para mí…, buenos ratos…, amor…

«… porque siempre consideramos que ningún sacrificio era excesivo. Cuando tengas hijos lo entenderás, Heather… ¡Heather, ni siquiera me escuchas!»

«Todo eso ya lo he oído antes.»

«¿Cómo has dicho?»

«Ya lo he oído todo. Toda la vida. No significa nada. No es más que un lamentable ejercicio de autojustificación. No tenéis que justificar vuestras vidas ante mí; es asunto vuestro. No soy feliz. Hugh, nuestra vida juntos, no es lo que yo quiero. Eso no es culpa vuestra…, ni tampoco suya…»

«Creo que estás siendo tremendamente egoísta…»

«Ya, supongo que sí, si eso quiere decir que por primera vez en mi vida estoy pensando en mis propias necesidades.»

«¡Pero para nosotros tus necesidades han sido siempre lo primero!»

«Tal como vosotros las veíais, y os lo agradezco y os quiero por ello. Quiero una oportunidad para caminar por mí misma sin que tú ni papá ni Hugh me lo deis todo hecho. No es culpa vuestra, es mía. He capitulado durante demasiado tiempo. Sé que he hecho daño a todo el mundo y lo siento.»

«Te has vuelto tan dura, Heather…, no sé qué te ha ocurrido. Si supieras lo

trastornado que está tu padre…»

Mi madre se marchó poco después de esto y yo volví al piso y lloré. Entonces ocurrió algo que lo cambió todo. Mi padre me llamó por teléfono.

«Escucha», dije, «si llamas para quejarte…»

«No, para nada», dijo él, «estoy de acuerdo con lo que estás haciendo y admiro tu valor. Si no eres feliz, no tiene ningún sentido seguir así. Aún eres lo bastante joven para hacer lo que quieras sin llegar a atarte demasiado. Hay tanta gente que sigue igual, incluso cuando pasan por un bache. Sólo se vive una vez, tú sigue adelante y vive a tu modo. Siempre tendrás nuestro amor y nuestro apoyo, espero que lo sepas. Tu madre está trastornada, pero ya lo superará. Hugh es lo bastante mayor como para cuidarse sólo…»

«Papá…, no sabes lo mucho que esto significa para mí…»

«No seas boba. Limítate a seguir con tu vida. Si necesitas algo…, si andas mal de dinero…»

«No…, estoy perfectamente…»

«Bueno, si necesitas algo, ya sabes dónde estamos. Lo único que te pido es que te mantengas en contacto.»

«Por supuesto que lo haré… y gracias, papá…»

«De acuerdo, encanto. Ahora cuídate.»

Empecé a llorar aún más, porque me di cuenta de que todo había sido cosa mía. Había esperado del mundo una reacción que no se parecía en nada a la que se produjo en realidad. El mundo no iba a condenarme. Simplemente le importaba un carajo.

Aquella noche estaba sola en el piso pensando en sexo.

Veintiséis años.

Cuatro amantes anteriores, anteriores a Hugh quiero decir, pero ahora Hugh también es anterior, así que son cinco amantes anteriores antes de mi actual estado de «entre amantes».

N.º 1. Johnny Bishop

Duro, hosco, dieciséis años. Otro chico bien parecido jugando a ser James Dean. Recuerdo haber pensado que había una ternura oculta en él que yo podría hacer salir. Lo único que hacía aquel bobo machito gilipollas era follar demasiado deprisa y sin imaginación y sacarla y abandonarme como si yo fuese el escenario de un crimen. Me jodía del mismo modo que jodía a las tiendas del vecindario; entrar rápidamente con el mínimo de molestias, y a continuación retirarse del escenario del crimen *a. s. a. p*[56].

N.º 2. Alan Raebum

Tímido, de fiar, aburrido. La antítesis de Johnny. Una polla tan grande que hacía daño, demasiado caballero como para no hacer que no doliese un poquito más. Le dejé cuando me fui a la Universidad de St. Andrews.

N.º 3. Mark Duncan

Estudiante gilipollas. Segundo curso, un ejemplar de fóllate-a-una-novata. Un polvo de mierda, o quizá yo estaba en aquel momento demasiado bolinga para notar la diferencia.

N.º 4. Brian Liddell

Maravilloso. Lo tenía todo. Sexualmente. A mí todavía me preocupaba un poco disfrutar de verdad del sexo, que te vieran como a una tía facilona, y no le dejé comerme el coño durante mucho tiempo. En cuanto lo hizo, no podía sacar su cabeza de entre mis manos. Sin embargo, un chico que folla tan bien a esa edad no estará follándose sólo a una, y no lo estaba y yo tenía mi orgullo.

Después Hugh. Hugh Thomson. Mi Número Cinco. ¿Le quería? Sí. Le veo en el bar del sindicato de estudiantes, arrasando argumentos reaccionarios, arrasando pintas de lager. Todo hecho siempre con convicción. Me hizo sentir segura con sus convicciones, hasta que se convirtieron en otras. Entonces yo dejé de sentirme segura con sus convicciones. Simplemente me sentí atrapada por chorradas.

Ahora esto.

Nada.

Animación suspendida. Ausencia de animación suspendida.

Así que ahora he hecho varias cosas en menos de cuatro semanas que han cambiado radicalmente mi vida. La primera es que dejé a Hugh y me fui a vivir con Marie: a mi propia habitación en su casa de Gorgie. Era un cliché, pero para poder encontrarme a mí misma tuve que dejar la tesis por la antítesis.

Lo segundo que hice fue dejar mi empleo y hacer una solicitud para un curso de formación de profesorado. Me di cuenta de que tenía 6500 libras en la inmobiliaria, no de Hugh, mías: mi único minúsculo bastión de independencia durante nuestro matrimonio. No tenía nada en lo que gastar dinero, ya que Hugh suministraba dinero para todo. Iba a apuntarme al paro, pero Marie me dijo que no tenía mucho sentido, pues comprobarían que había dejado el trabajo por propia voluntad y de todos modos no recibiría subsidio alguno. Me aceptaron en un cursillo en Moray House; no quería ser profesora pero sí quería hacer *algo*, y eso fue lo único que se me ocurrió.

La otra cosa que hice que cambió mi vida fue ir al club y tomar aquel éxtasis.

Volvería a hacerlo, pero primero tenía que ordenar muchas cosas en mi mente.

Marie y yo fuimos a pasar quince días a Ibiza. Marie se cepilló a cuatro tíos mientras estuvimos allí. Yo follé mogollón y tomé una pasada de éxtasis…, no, no lo hice. Me quedaba en el hotel llorando a moco tendido. Estaba deprimida que te cagas y aterrada. Para mí no hubo liberación. Marie revoloteaba por los clubs y bares de San Antonio como si aquel lugar le perteneciera, con un joven semental distinto cada día. Vivía para la noche, volvía a nuestra habitación del hotel bien entrada la mañana con un aspecto realmente extraño: no estaba borracha, sino cansada, lúcida, excitada y positiva. Me escuchaba mucho, me dejaba hablar sobre Hugh, de cuánto le había querido. De todas nuestras esperanzas y sueños y mis pesares. La dejé y adelanté mi vuelo de vuelta de Ibiza. Ella quería volver, pero le dije que no, probablemente yo necesitaba pasar un tiempo sola para pensar. Ya le había fastidiado bastante sus vacaciones.

«No te preocupes», me dijo en el aeropuerto, «ha sido demasiado, demasiado pronto. La próxima vez lo disfrutarás.»

Me fui a casa, al piso de Gorgie. Seguía leyendo. Solía ir a Thin’s y a Waterstone’s durante el día y leía más. Me sentaba en los cafés. Deseé que terminara el verano, lo que fuese con tal de empezar aquel cursillo, que me pusiera a hacer algo que apartara mi pensamiento de Hugh. El caso era que sabía que tenía que pasar por aquello. Sabía que para mí no había vuelta atrás. Aquel dolor, aquel bloqueo, algo como físico, no abandonaba mi pecho. Pero no podía haber vuelta atrás. Simplemente no tenía opción.

No sé cómo consiguió mi dirección, pero me encontró. Casi mejor. Fue una tarde a las seis. Me estremecí al ver que era él quien llamaba a la puerta. Era extraño, él nunca había sido físicamente violento conmigo, pero lo único que pude sentir fue su tamaño y su fuerza en comparación con los míos. Eso y la ira en sus ojos. Sólo dejé de temblar cuando empezó a hablar. Gracias a Dios que fue él quien empezó a hablar. El lamentable gilipollas no había aprendido nada. Tan pronto como abrió la boca, sentí que él menguaba y yo crecía.

«Pensé que a estas alturas ya habrías dejado este estúpido jueguecito, Heather. Después me dio por pensar que estarías preocupada por el sufrimiento que has causado a todo el mundo y demasiado avergonzada para volver a casa. Bueno, siempre hemos resuelto las cosas hablando. Admito que hay muchas cosas que no acabo de entender todavía, pero ya has hablado, así que ya deberías estar contenta. Creo que sería mejor que volvieras a casa. ¿Qué te parece, cariño?»

La cuestión era que lo decía en serio. Nunca he sentido tanta gratitud por nadie en mi vida como la que sentí por Hugh en aquel momento. Me demostró exactamente lo estúpida que era por sentir aquello por él. Lo que tenía en el pecho se evaporó. Me sentía estupendamente: totalmente eufórica y embriagada. Empecé a reírme; a reírme estrepitosamente en su cara estúpida, ridícula. «Hugh, ja ja ja…, mira…, ja ja ja ja ja ja…, creo que deberías volver a casa antes de que…, ja ja ja…, antes de que hagas

más el gilipollas de lo que ya lo has hecho…, ja ja ja…, vaya un puto soplapollas…»

«¿Te has metido algo?», preguntó. Echó una mirada alrededor del piso, como buscando confirmación.

«Ja ja ja ja… ¡Que si me he metido algo! ¡Que si me he metido algo! ¡Volví en avión de vuelta de la puta Ibiza hecha un guiñapo miserable! ¡Debería ir de algo! ¡Debería ir hasta las tetas de éxtasis con Marie, follándome al primer tío al que le echara la vista encima! ¡Follando como debe ser!»

«¡Me voy!», gritó él, y se marchó. En el rellano de la escalera, dijo con tono insultante: «¡Has perdido la cabeza! Tú y la yonqui de tu amiga. ¡Esa puta zorra de Marie! ¡Pues se acabó! ¡Se acabó!»

«¡TÚ SÍ QUE TE CORRES RÁPIDO, VERDAD, PUTO IMBÉCIL! ¡BÚSCATE LA PUTA VIDA! ¡Y APRENDE A FOLLAR COMO SE DEBE!»

«¡ERES UNA FRÍGIDA, JODER! ¡ÉSE ES TU PROBLEMA!», contestó gritando.

«¡NO, ERA TU PUTO PROBLEMA! ¡NO TIENES DEDOS! ¡NO TIENES LENGUA! ¡NO TIENES ALMA! ¡LO ÚNICO QUE A TI TE INTERESA ES TU ESTÚPIDA SOCIEDAD INMOBILIARIA DE MIERDA, PEDAZO DE GILIPOLLAS POMPOSO! ¡PRELIMINARES! ¡BÚSCALO EN EL PUTO DICCIONARIO! ¡PUTOS PRELIMINARES!»

«¡PUTA LESBIANA! ¡SIGUE CON MARIE! ¡PUTA BOLLERA!»

«¡QUE TE DÉ POR EL CULO ESE GILIPOLLAS DE BILL! ¡ESO ES LO QUE TE HACE FALTA A TI, JODER!»

La señora Cormack, la de la puerta de enfrente, asoma. «Lo siento… he oído un ruido. He oído gritos.»

«Una pequeña disputa de enamorados», le digo.

«Ah, bueno, el camino del amor verdadero, ¿eh encanto?», dijo ella, y a continuación susurró: «Se está mejor sin ellos.»

Alcé el pulgar en su dirección y volví a entrar en casa, esperando ya con ansia el regreso de Marie. Iba a tomarme todas las drogas conocidas por el género humano y a follarme todo lo que se moviese.

Era extraño salir durante el día y sentirme libre, sentirme soltera de verdad. Me silbaban los currantes que arreglaban las aceras en Dalry Road, pero en vez de avergonzarme como habría hecho hace unos pocos años, o enfadarme como habría hecho en otra ocasión, hice lo que un estúpido hijo de puta me sugirió con una voz de bobo estertor fúnebre y sonreí. Después me sentí un poco molesta conmigo misma, porque no quería que aquellos lamentables mierdas se salieran con la suya, pero lo hice por mí, porque era feliz.

Acabé por Cockburn Street, no entrándole en serio a los tíos, pero como inspeccionándolos. Me compré ropa y maquillaje más o menos por valor de cuatrocientas libras. La mayor parte de mi ropa restante la embutí en bolsas de basura

y la llevé a una *Cáncer Research Shop*[57].

Marie notó que yo había sufrido un gran cambio. La pobre chica estaba totalmente follada cuando volvió. «Sólo quiero desaparecer del mapa una temporada», gimió, «y no quiero ver otro pirulo o polla en lo que me queda de vida.»

«Ni de coña», le dije, «esta noche tocan los Tribal Funktion.»

«Creo que me gustabas más cuando eras ama de casa», dijo ella sonriendo.

20. LLOYD

El solo hecho de hablar de Woodsy me puso nervioso en lo referente al concierto. Cuanto más lo pensaba, más chungo lo veía. Woodsy tenía previsto celebrar un *rave* en el Rectangle Club de Pilton (o Reck-Tangle, como había puesto en los *flyers*[58]) un martes por la tarde. Eso ya era de por sí raro que te cagas. Intenté conseguir que viniera todo dios, pero Ally dijo que ni de coña, simplemente por lo que pensaba de Woodsy.

Amber y Nukes estaban a favor, no obstante, y Drewsy nos acercó en la furgona. Cuando llegamos allí no había ni dios excepto el portero de la sala. Woodsy ya había montado sus platos, mixers, amplis y altavoces. Su equipo era mejor que el de Shaun, así que quise probarlo antes de empezar.

Woodsy llegó un poquito más tarde con un capullo de pastor. «Este es el reverendo Brian McCarthy, de la Iglesia Parroquial de East Pilton. Apoya el concierto», nos dijo Woodsy. El capullo puretón con collar de perro me sonríe. Me pregunté si iría de éxtasis.

No tuve que esperar demasiado para averiguarlo porque va Woodsy y dice: «Llevo encima unos éxtasis cojonudos», y pasándole uno al reverendo le instó: «Padentro, Bri.»

«Me temo que no puedo tomar… *drogas*…», dice el pobre cabrón, que parece horrorizado.

«Padentro, tío, padentro y encuentra al Señor», dice Woodsy.

«Señor Woods, no puedo consentir el consumo de drogas en mi parroquia…»

«Ya, bueno, ¿dónde están tus feligreses entonces, eh?», rugió Woodsy. «Tu iglesia no estaba precisamente a reventar cuando estuve allí el domingo pasado. ¡La mía sí!»

Entraban a la sala unos chavalines y algunas madres con pequeños. «¿Y cuándo va a empezar este *rave*?», preguntó una mujer.

«Dentro de unos minutos, eh», le dijo Amber.

«Es estupendo que hagan esto por los críos», dijo otra madre.

El capullo del pastor se alejó, dejando a Woodsy gritándole a su espalda: «¡Puto hipócrita! ¡No tienes espíritu! ¡Y no me digas lo contrario! ¡Cabrón satánico con alzacuello! ¡No hay más iglesia que la del ego! ¡No hay más mediación entre el hombre y Dios que el MDMA! ¡Puto tahúr!»

«Cierra la boca Woodsy», digo yo, «venga, vamos a empezar.» Había una multitud guipando cómo se largaba el avergonzado pastor.

Entraba mucha gente joven. «Deberían estar todos en el colegio», salió Amber.

Cuando entré me fijé en que dos tipos duros habían sacado una mesa de ping-pong y habían empezado a jugar en medio de la pista. Woodsy flipó cuando los

vio. «¡Eh! ¡Hemos alquilado este lugar!», soltó.

«¿Quieres que te parta la puta boca, cacho cabrón? ¡Tú no eres de aquí!», gruñó uno de los majarones.

«El tío tiene razón, Woodsy, éste no es tu club», le corto, «hay mucho sitio. No os importa que pinchemos y demos unos botes, ¿verdad, chicos?» Le dirigí este comentario al que tenía pinta de ser el más duro de los dos.

«Haced lo que queráis, eh», responde el que es probablemente el más duro de los dos.

Me subí y comencé a pinchar temas. Al principio no mezclaba de verdad, sólo ponía música y tal, pero después empecé a meterle caña, probando una o dos cosillas. Era una mierda, pero a mí me molaba tanto que a todo dios comenzó a molarle. Las madres y los pequeños daban botes, los macarrillas bailaban *rave* unos con otros y hasta los dos tipos duros habían dejado de jugar al ping-pong y se estaban dando marcha. A Woodsy le quitaron todos los éxtasis de la mano y Amber incluso consiguió colocar algunas de mis palomas. Yo me comí un par y me tragué un papelillo de Crystal Meth. Al cabo de una hora el sitio estaba a rebosar. Al principio no vi entrar al policía, pero el tío me arrancó el enchufe y lo rompió antes de que el pobre Woodsy tuviera oportunidad de hacer nada.

Después me fui al centro a una fiesta en un club y entonces la vi.

21. HEATHER

Estaba en el club con Denise y Jane, dos amigas de Marie que se hicieron amigas mías en el tiempo que le cuesta al primer éxtasis fluir alrededor de tu cuerpo y bailar con ellas, abrazarlas y quedarte despierta llorando con ellas sobre cómo lo has cagado todo en los últimos años. Lo que se aprende cuando la gente se abre de esa manera es que básicamente somos todos iguales y sólo nos tenemos unos a otros. La política de los últimos veinte años en Gran Bretaña es una política de embusteros. El problema es que estamos gobernados por débiles y gente de mente estrecha, que son demasiado estúpidos para saber que son débiles y de mente estrecha.

Estoy sentada en el *chill-out* del club en este plan, hablando con Jane, mientras nos sube un éxtasis. Sé que estoy enrollándome, pero estoy aprendiendo tanto otra vez, sintiendo tanto. Aparece un tío y se sienta a nuestro lado. Mira a Jane y le pregunta si el asiento está libre. Ella dice que no.

Él se sienta y le sonríe y dice: «Destrozado», haciendo molinillos con los dedos a un lado de su cabeza.

«Ya, nosotras también», dice ella.

«Me llamo Lloyd», dice volviéndose y estrechándole la mano.

«Yo Jane.»

Él le sonríe y la coge por los hombros. Después se vuelve para mirarme. No dice nada. Sus ojos son negros y enormes pozos. Hay algo que va desde sus ojos hasta mi interior, hasta lo más profundo de mí. Es casi como si me sintiera reflejada en ellos. Finalmente, me aclaro la garganta y digo: «Heather.»

Jane pareció notar que algo sucedía y se fue arriba a bailar. Lloyd y yo nos quedamos sentados hablando y bromeando. Charlamos de todo: nuestras vidas, el mundo, toda la pesca. Después de un rato, dijo: «Oye, Heather, te importa que te dé un abrazo, ¿eh? Es que me gustaría estrecharte un rato.»

«Vale», dije. Había sucedido. Algo. Algo había sucedido.

Nos abrazamos durante un rato largo. Cuando cerré los ojos me perdí entre su candor y sus olores. Entonces sentí que nos movíamos, que nos íbamos flotando. Sentí que me estrechaba con más fuerza y yo le correspondí. Lo sentíamos a la vez. Después propuso que nos fuéramos. Camino con su brazo alrededor de mí, atrayéndome hacia él, apartándome el pelo de la cara de vez en cuando para poder verme los ojos.

Subimos caminando a Arthur’s Seat[59] y miramos la ciudad desde allí. Empezaba a hacer frío y yo sólo llevaba una camiseta ligera, así que se quitó su jersey de cremallera y me envolvió cuidadosamente en él. Simplemente hablamos un poco más y vimos salir el sol. Después cruzamos la ciudad hasta casa y le pedí que subiera. Nos

sentamos en mi habitación poniendo cintas y bebiendo té. Entonces llegaron Marie y Jane.

No hicimos más que hablar. Creo que nunca he sido tan feliz.

Después Lloyd se dispuso a marcharse. Yo quería que se quedara. En la puerta me acariciaba los brazos mientras me decía: «Esto ha sido más que una noche estupenda. Te daré un telefonazo. Hay muchas cosas de las que quiero hablar contigo, porque me gustó muchísimo la charla de anoche. Me dio mogollón que pensar, en todos los sentidos.»

«A mí también.»

«Bueno, te llamaré.»

Me besó en la boca, y después se apartó. «Hostia puta…», resopló, sacudiendo la cabeza. «Chao, Heather», dijo, bajando las escaleras.

Tenía el pulso aceleradísimo. Quería alejarme de todo. Corrí hasta mi habitación y me envolví en mi edredón.

«¡Fuaaa!», dijo Marie. Ni siquiera había advertido que ella seguía allí sentada en la habitación.

«¿A qué cono estoy jugando?», me reí.

Estuve todo el día pendiente del reloj hasta que sonó el teléfono.

22. LLOYD

Se nota que algo se está cociendo en la estratosfera emocional, más allá del hormigueo de las drogas cuando tu comportamiento emocional empieza a cambiar. Desde que la conocí la semana pasada me ducho a diario y me cepillo los dientes dos veces al día. También he cogido la costumbre de cambiarme de calzoncillos y calcetines todos los días, lo que supone una sangría en la lavandería. Normalmente un par de calzoncillos me duraban toda la semana y el otro par era para ir de clubs. Lo más crucial es que he empezado a lavarme meticulosamente los repliegues del glande. Hasta el piso parece distinto. No exactamente limpio y recogido, pero mejor.

Nukes se ha acercado a fumar unos mais. Es curioso que Nukes sea un tipo tan pacífico que jamás pensaría en meterse en líos al margen del fútbol. Los sábados, sin embargo, todo cambia: es otro Nukes el que sale a jugar. Pero ahora no. Se ha retirado de todo desde que la poli le controla. Yo estoy un poco ciego. En realidad me siento mejor hablando con Ally de los asuntos del corazón, pero Nukes se enrolla bastante.

«Sabes, Nukes, no estoy acostumbrado a este juego, ¿vale? Quiero decir, nunca he estado enamorado, así que no sé si es amor verdadero, la química o algún tipo de capricho. Pero parece que hay algo, tío, algo profundo, algo espiritual…»

«¿Ya le has dado un revolcón?», pregunta Nukes.

«No, no, escúchame un momento…, aquí la cuestión no es el sexo. Hablamos de amor. Electricidad, química y todo eso, pero más allá de eso, porque eso es sexo, sólo el hormigueo. Pero yo no sé qué es el amor, tío, *estar enamorado* y tal.»

«Tú estuviste casado, ¿no?»

«Ya, hace mogollón de años, pero entonces no tenía puta idea. Sólo tenía diecisiete años. Lo único que quería era follar todas las noches, ésa fue la razón para casarme.»

«No es mala razón. No tiene nada de malo follar todas las noches, ¿eh?»

«Ya, vale, pero pronto descubrí que sí, claro, quería hacerlo todas las noches, pero no con la misma tía. Entonces empezaron los problemas.»

«Pues a lo mejor es eso, Lloyd. A lo mejor has hallado la definición del verdadero amor: el amor es cuando quieres follar todas las noches pero con la misma tía. Ahí lo tienes. Entonces, ¿te has follado a la periquita esa?»

«Oye, Nukes, oye, hay algunas tías con las que follas y otras a las que les haces el amor. ¿Sabes lo que te digo?»

«Lo sé, lo sé. Joder, yo les hago el amor a todas, cacho cabrón, sólo utilizo la palabra “follar” porque es cortita y suena un poquito menos maricona, ¿eh? Así que ¿dónde conociste a esa periquita?»

«En The Pure. Era la primera vez que ella iba allí.»

«Esto no será un rollo de estupro, ¿verdad? Ése es tu puto estilo habitual, ¡so cabrón!»

«Ni de coña, tío, tiene unos veintiséis o algo así. Estaba casada con un maromo y ella se fue a tomar por culo y lo dejó. Estaba de marcha con su amiga, era la primera o segunda vez que iba de éxtasis.»

Nukes se pone las manos delante de la cara. «Fuá…, frena colega…, ¿qué cojones me estás contando entonces? Conoces a una periquita que está de marcha por primera vez desde que dejó al maromo, que acaba de meterse su primer éxtasis, tú ibas de éxtasis, ¿y me hablas de amor? A mí eso me suena un poco a amor químico. Eso no tiene nada de malo, pero mira a ver si sobrevive al bajón antes de empezar a pensar en iglesias, limusinas y ceremonias.»

«Bueno, ya veremos», le digo a Nukes, fijándome en lo diferentes que resultan sus perfiles. Un lado de su cara es muy guapo, el otro realmente de pringao. El Nukes de la televisión nocturna americana y el Nukes de la televisión americana de día. Intento visualizar a Heather en su totalidad. No puedo pensar en otra cosa que en sus ojos y su cara. Me choca que ni siquiera sé cómo son sus tetas y su culo: tamaño, forma y todo eso. Me sorprende; siempre me fijo en eso lo primero. Mi cara nunca parece estar a más de unos centímetros de la suya cuando estamos juntos. Fijo que esto es diferente, pero sería horrible que te cagas morirse ahora, palmarla sin tener una impresión total de ella.

«Ándate con ojo, Lloyd, sólo digo eso», dice Nukes volviéndose para mostrarme su lado bueno, «ya sabes lo fácil que puede ser sentirse estupendamente con alguien cuando vas puesto de éxtasis. Recuerdo una vez que íbamos unos cuantos a un concierto de Slam en el Renfrew Ferry. Empezaba a subirme el pirulo justamente cuando Henzo vino corriendo hasta mí diciendo: Posición de batalla, cacho cabrón, este sitio está lleno de *cashies* de Motherwell[60], así que eché una mirada y vaya que sí, allí estaba toda la cuadrilla del *Saturday Service*, los *top boys*[61] también, en plan bailoteo de la hostia. Así que me volví hacia Henzo y digo: Tú tranqui, joder, gilipollas. Esta noche todo dios está amoroso. Esos chicos son legales. Son iguales que nosotros, ¿eh?; pillan la puta marcha donde la pueden encontrar. No importa si es la marcha del *house* con el éxtasis o la marcha de las bullas con la adrenalina, es lo mismo. Así que me acerco a ese gran capullo que reconocí y nos señalamos el uno al otro y nos reímos un rato, y después grandes abrazos para todo el mundo. Me presenta al resto de su cuadrilla y allí estábamos de marcha todos juntos. Me dice: Este subidón no es tan bueno como el de la bulla, pero después de unas cuantas noches cuesta menos ir a dormir. Yo me quedo despierto durante días con el subidón de las bullas, no puedo dormir ni nada. Aquí estamos en plan de grandes colegas, pero espera a la próxima vez que estemos en Fir Park. Ni se pedirá ni se dará cuartel, eh.»

«Entonces, ¿qué me estás diciendo?»

«Es que parece que en un *rave* se crea un cierto entorno, y no sólo es el éxtasis —aunque sobre todo es el éxtasis— lo que alienta ese tipo de emoción. Es el conjunto de vibraciones. Pero no se transfiere tan bien al mundo exterior. Ahí fuera, los cabrones esos han creado un entorno diferente y ese tipo de entorno se presta más al subidón de la bulla.

»Pero el caso es que aún podrías encontrar el amor, el amor verdadero, en el ambiente de los clubs. Simplemente ayuda a la gente a reunirse, a abrirse más y perder las inhibiciones. Eso no tiene nada de malo.

»Ah, pero escucha esto. A veces toda esa historia te juega malas pasadas. Cuando vas de éxtasis, todas las periquitas parecen preciosas que te cagas. Haz la prueba del ácido: sal de tripi con ella al día siguiente. ¡Ya verás qué pinta tiene entonces! Me acuerdo de una noche que me ligué una periquita en el Yip Yap. Estaba buena que te cagas, lo que yo te diga, tío. Así que las emociones hervían y yo que iba de romántico le propuse un paseíto hasta Arthur’s Seat para ver salir el sol, ¿vale?»

«Querrás decir que ibas de éxtasis hasta el culo.»

«¡Pero ésa es la puta cuestión precisamente! Si me hubiese dejado llevar por mi propia inercia habría dicho algo así como: ¿Te apetece ir conmigo a casa? Pero nah, como iba de éxtasis me comporté de un modo diferente del habitual. ¡Eso sí, el caso es que ahora siempre voy de éxtasis, así que se ha convertido en mi comportamiento normal, joder! Pero, de todos modos, ¿que decía?»

«La periquita, Arthur’s Seat», le recordé.

«Ya, vale…, bueno, la periquita se piensa, porque ella también va de éxtasis, se dice: Éste es un menda romántico. Así que estamos allí en Arthur’s Seat y yo la miro a los ojos y digo: Me apetece mucho hacer el amor contigo ahora. Ella está dispuesta, así que fuera los putos trapos y nos ponemos a ello, venga a revolcamos, mirando la ciudad desde arriba, estaba que te cagas. El caso es que, al cabo de unos diez minutos, empecé a sentirme como una mierda. Me puse totalmente marciano, tenso, asqueado; el bajón se instalaba y de qué manera. Para eso eran curiosos, los *flatliners* aquellos. De todos modos, yo lo único que quería era soltar el chorromoco y a tomar por el culo de allí. Eso es lo que hice, eh. A la periquita no le gustó demasiado, pero allí está, lo primero es lo primero. Así que tienes que tener cuidado antes de llamarlo amor. Es sólo otra forma de diversión. Mira a ver si los sentimientos se transfieren a tu vida cotidiana y después llámalo amor. El amor no es para los vividores del fin de semana.»

«El caso es, Nukes, que me cambio de gallumbos todos los días y que me limpio los repliegues del capullo.»

Nukes enarcó las cejas y sonrió: «Debe ser amor, pues», dijo, y añadió a continuación: «Por tu parte, desde luego que sí. ¿Pero qué pasa con ella?»

23. HEATHER

«Lloyd. Nunca has debido imaginar que acabarías saliendo con alguien con un nombre como ése», le digo a Marie.

Marie parece cansada. Odia su trabajo y es martes. Está de bajón y sin pilas. Dice que quiere tener una vida al margen del fin de semana pero que no puede resistir la tentación. Además, lo que puede ofrecer la semana de nueve a cinco no da la talla. «Ya, es curioso cómo encaja todo», se queja distraídamente.

«Lo que pasa con Lloyd es», digo yo, perfectamente consciente de que la aburro, la exaspero, quizá incluso la estoy irritando de la hostia, pero no puedo parar, «es que no parece que aspire a nada.»

«Todo el mundo quiere algo. ¿Te quiere a ti?», pregunta ella, concentrando sobre mí su atención. Es un cielo.

«Creo que sí», sonrío. En menudo estado está este piso. A Marie debe de parecerle más horrible todavía, con ese bajón. Luego lo pondré en orden.

«¿Cuándo te lo vas a follar?», pregunta, y dice a continuación: «Ya va siendo hora de que te folien como es debido.»

«No lo sé. Me siento bastante extraña a su lado. Muy inexperta y nerviosa.»

«Bueno, eso es precisamente lo que eres», me cuenta.

«He estado casada durante cinco años», le digo.

«¡Exactamente! Si has estado cinco años con el mismo tío, que ni siquiera te follaba de manera satisfactoria, entonces es como si fueras totalmente inexperta. Si el sexo no es más que un ritual carente de significado, si no significa nada y no se siente nada, entonces no es nada, y es como si nunca hubiese tenido lugar. Muchos hombres son unos gilipollas porque les da igual follar mal, pero para una mujer follar mal es mucho peor que no follar en absoluto.»

«¿Qué sabes tú de follar mal, madame dos rombos? Yo pensaba que tú siempre buscabas lo mejor.»

«Sé mucho más de lo que tú te crees. ¿Te acuerdas cuando éramos adolescentes y bromeábamos sobre la brigada de los aquí-me-embolingo-aquí-te-mato? Bueno, pues siguen existiendo. Hace unas semanas conocí a un tipo que parecía que estaba bien de verdad, un auténtico semental; unos veinticinco, veintiséis. Los dos íbamos de pirulos realmente guapos y hubo una onda amorosa realmente fantástica en el Yip Yap. Así que me dejé llevar y acabé con él en Arthur’s Seat. Nos dimos un revolcón pero empezó a ponerse todo tenso y raro y simplemente se me corrió dentro y se largó tan rápido como pudo. Me dejó encima de la puta colina. Un estúpido hijo de puta con un justillo que estaba paseando al perro pasó por allí mientras yo lloraba a moco tendido. Ten cuidado con ese tío si se trata de un romance químico. No te precipites. Ojo.»

«Lloyd me puso el otro día un disco, ¿sabes?, de Marvin Gaye, uno de sus temas menos conocidos. Se llama “Piece of Clay”. Decía, más o menos, todo el mundo quiere que alguien sea su pedazo de arcilla, para moldearlo, sabes. Lloyd no parece ser así. Con Hugh fue como si me estuviese moldeando desde el principio. Todo lo que yo decía o pensaba o hacía estaba circunscrito y controlado por sus puntos de vista, obsesiones o ideologías, desde el socialismo revolucionario hasta la promoción de directivos. Siempre había alguna lucha de algún tipo, instigada por él, por supuesto, que dictaba todo el patrón de nuestras putas vidas. No había tiempo para comportarnos como simples seres humanos. Lloyd, sin embargo, se interesa por mí. Me escucha. No se ríe ni se burla ni me corta ni me machaca ni me lleva la contraria, o, si lo hace, al menos sé que me ha escuchado. No me siento ridiculizada o menospreciada ni que esté siendo condescendiente cuando me rebate.»

«Así que Lloyd no es Hugh. Eres libre, te atrae ese tío que parece un poco calavera. No tiene curro, trafica con drogas, no tiene ambición por hacer otras cosas y sus amigos están chiflados. Debe parecer un mundo muy tentador después del círculo en el que has estado, Heather, pero yo no dejaría que se me subiera demasiado a la cabeza. No parecerá tan glamouroso con el paso del tiempo. Limítate a disfrutar del viaje. No cedas demasiado. Ése es tu problema, cedes demasiado. Guarda algo para ti, Heather. De lo contrario descubrirás que no hacen más que quitar. Te lo quitarán todo, chica. Una cosa es conquistar la libertad y otra mantenerla.»

«Eres una puta vacaburra cínica, encanto.»

«Estoy tratando de ser realista.»

«Ya, tienes razón. Ése es el puto problema. Que tienes razón.»

24. LLOYD

Fue tan hermoso. Más allá de cualquier cosa que pudiera haber imaginado que sentiría jamás. Era amor, no sexo. El sexo sólo fue el motor de arranque. Era puro amor en acción. Sentí su esencia, sé que lo hice. Sé que ella también, sé que ella tuvo el orgasmo de su vida, porque lloraba y ocultaba la cara. Sintió que nunca había sido tan vulnerable. Intenté pasarle el brazo por encima, pero se apartó. Supongo que después de sus problemas sexuales con el tipo con el que estuvo casada, era una prueba emocional muy grande y necesitaba tiempo para sí misma. Eso podía captarlo, joder, menos mal que soy un menda sensible. Vale, le dije suavemente, vale, te dejo un rato a solas. Sonaba un poco bobo pero era lo único que se me ocurrió decir. Me fui al cuarto de estar y me puse a ver «Scotsport»: Hibs contra Aberdeen.

Ella se mostró un poco distante y mordaz después de aquello, y volvió a su casa. Supongo que simplemente necesitaba tiempo para aclararse. Me hice una cinta de Bobby Womack a partir de la colección de Shaun y la llevé a casa de mi madre y mi padre.

25. HEATHER

Fue una pesadilla. La primera vez que follábamos y fue una pesadilla. Lo más horrible del asunto fue que estuve muy cerca de lograrlo. Nunca me acerqué con Hugh, así que realmente me daba igual. Estuve cerca pero supe que no iba a llegar, así que grité de frustración, y ese hijoputa egoísta de Lloyd no hizo una puta mierda salvo vaciar la tubería y quitarse de encima, y después pasearse todo el día con una sonrisa estúpida en la cara, soltando chorradas *hippies* y viendo fútbol en la tele.

Tuve que marcharme.

26. LLOYD

Esta vez fue incluso mejor que la primera, para mí y para ella. No me había dado cuenta, pero la primera vez la cagué a lo grande. Me contó cómo había sido para ella. Para mí fue un *shock*. Creo que es porque siempre quieres quitarte de encima el primero, hay demasiado en juego cuando se trata de alguien que realmente te mola. El primer polvo se sitúa junto a tu relación en ciernes como un gran interrogante cuando se trata de alguien que realmente te importa, que quieres de verdad. Entonces una vez que te lo quitas de en medio puedes dedicarte a hacer el amor. Cosas como los preliminares pueden llegar a tener relevancia en sí mismas. Es curioso que no se sienta vergüenza alguna en meterle la polla a una tía desconocida, pero que chupar y acariciar y tal resulte algo un poco peliagudo la primera vez. Debería haberme metido un éxtasis la primera vez que le hice el amor a Heather, eh. El éxtasis hace que entre desconocidos sea estupendo, las barreras se derrumban de modo que el sexo con un extraño yendo de éxtasis es magnífico. Pero con alguien al que quieres las barreras tendrían que estar ya derrumbadas, y por tanto la química no debería suponer ninguna diferencia. ¿Vale? Esto es algo que quiero discutir con Nukes cuando aparezca por aquí.

Hago un poco de té y me lío un peta y pongo el vídeo de los Orb, ese en el que salen los Dolphins. Mantenlo psicoactivo, hay cosas sexuales que quiero confiarle a Nukes. El peta está bueno para ser una postura de Edimburgo. Nukes aparece por mi puerta a la hora acordada. Tengo puesta mi cinta de amor: Marvin, Al Green, los Tops, Bobby Womack, los Isleys, Smokey, los Temptations, Otis, Aretha, Dionne y Dusty. Me derrite el corazón, joder, tío. No hay más que ponerlo y aplicarlo a tu propia vida y tendrías que estar muerto para no sentirte emocionado de la hostia, anda que no.

«Qué tal, tío», sonríe Nukes.

«Me alegro de que te hayas decido a venir, colega, quería comentarte una cosa.»

«¿Ah, sí?»

«Simplemente quería saber si te apetecía venirte a McDiarmid Park para el partido *BP Youth*[62] mañana por la noche. Ally va a coger el coche.»

«Nah, paso. Torneo de *snooker* en el club, eh…, por cierto, ¿ya te has cepillado a esa periquita, Lloyd?»

Me gusta Nukes, adoro a este cabrón, pero ¿sabes hoy? Hoy quisiera que hubiera sido Ally o Amber quien se hubiera pasado por aquí.

27. HEATHER

Cuando llegué a casa apenas podía dejar de sonreír.

«¿Qué tal estuvo?», me pregunta Marie, dándole caladas a un porro.

Miro alrededor del piso. Es un desastre total. Ceniceros repletos, cortinas sin correr, casetes y discos fuera de sus cajas y fundas. Vaya noche ha habido aquí. «¡Déjame que me quite el abrigo primero!», sonrío.

«A la mierda el abrigo, ¿cómo fue?», insiste ella.

«Tiene un polvo total», le conté.

«Señorita *Cheesy Grin* en persona», dice sonriendo Marie.

«Bueno, querida, si hubieras estado chupando una polla con requesón tú también tendrías una *cheesy grin*[63]», le digo.

«Venga pues, dame todos los detalles.»

«Bueno, se le dieron bien las cosas de dedos y lengua, una vez que se relajó y dejó de tratar de contentarme, cuando dejó de…»

«¿Intentar rendir tanto?»

«Sí, ésa es la palabra que estaba buscando.»

«¿No te comería el coño…?»

Sonrío y asiento con la cabeza, metiendo los labios hacia dentro y estremeciéndome con el delicioso recuerdo.

«¡Heather! ¡Y en la segunda cita!»

«No era la segunda cita, era la sexta. Era el segundo polvo, ¿recuerdas?»

«Sigue.»

«Me corrí a mares, desperté a todo Leith, fue maravilloso que te cagas. Tan bueno, en realidad, que lo hice otra vez. Podía notarlo en mi estómago. Era extraño, pensé, porque la tenía más grande que Hugh pero parecían más o menos del mismo tamaño. Entonces me di cuenta de que era porque Hugh me había estado follando con media polla sólo. Sencillamente, me ponía tan tensa con él que nunca me abría como debía. Lloyd, sin embargo, me abre como si fuera una puta naranja. Cómo me ensancho…, se podría haber hecho pasar por ahí un convoy de camiones.»

«Qué suerte tienes, guarra…, no, te lo mereces, encanto, de verdad. Simplemente estoy celosa. Anoche me follé a un cocainómano. Fue bueno para él y una mierda para mí. Tan frío, joder», dijo, meneando la cabeza con pesar.

Me acerqué a ella y le di un achuchón, «No pasa nada…, es una de esas cosas que ocurren…»

Ella me acarició la muñeca: «Ya, la próxima vez…»

28. LLOYD

Estoy sentado con Ally y le digo: «Nunca en la vida he estado tan asustado, Ally. Quizá haya que enfriar un poco esta relación. Se está poniendo demasiado heavy.»

Ally me mira y sacude la cabeza. «Si huyes de esto, Lloyd, asegúrate de que sea por buenas razones. Te he visto cuando estás con ella. Veo cómo estás. ¡No lo niegues!»

«Ya, pero…»

«Nada de ya pero. Ya pero no empieces a hacer el capullo a no ser que haya algo que yo no sepa. Eso son todos los putos ya pero que te hace falta oír. No tengas miedo del amor, tío, eso es lo que ellos quieren. Así es como nos dividen. No tengas nunca miedo del amor.»

«Puede que tengas razón», digo. «¿Te apetece meterte unos éxtasis?»

29. HEATHER

Lo que pasaba con Lloyd, sin embargo, era que nunca se le veía entre semana. Empezaba a afectarme. Los fines de semana era estupendo, nos metíamos unos éxtasis y hacíamos mucho el amor. Era una marcha. Pero evitaba verme durante la semana. Un día saqué el tema con él. Me pasé por su casa sin llamarle antes.

Cuando llegué allí el sitio estaba hecho un vertedero. Peor que la casa de Marie en sus peores momentos. «Lo que pasa es que entre semana estoy en otra movida, Heather. Me conozco. Simplemente no soy buena compañía», me dijo. Tenía un aspecto horrible: agotado, tenso; con ojeras.

«Ya veo», le dije. «Me sales con toda esa mierda de que me quieres pero sólo quieres estar conmigo cuando estás colocado los fines de semana. Estupendo.»

«Eso no es verdad.»

«Sí que lo es», oí mi voz elevándose, «te quedas aquí sentado durante el día completamente deprimido y aburrido. Sólo hacemos el amor los fines de semana, cuando vas de éxtasis. Eres un farsante, Lloyd, un simulacro emocional y sexual. No te acerques a lo que no puedes permitirte emocionalmente. ¡No reivindiques emociones que no puedes sentir sin drogas!»

Me siento culpable por hacerle pasar un mal rato, tan angustiado parece, pero estoy enojada. No puedo remediarlo. Quiero que la cosa funcione. Quiero pasar más tiempo con él. Lo necesito.

«No hay nada de falso en ello, joder. Cuando voy de éxtasis soy lo que quiero ser. No es que me añada nada, es lo que me quita; toda la mierda del mundo que se te mete en la cabeza. Cuando voy de éxtasis soy mi verdadero yo.»

«¿Entonces qué eres en este momento?»

«Soy una puta catástrofe emocional, el residuo de un mundo de mierda que una panda de cabrones se ha montado para ellos a costa nuestra, y lo más triste de todo es que ni siquiera son capaces de disfrutarlo.»

«¿Y lo estás disfrutando tú?»

«Puede que ahora no, pero tengo mis momentos, a diferencia de esos cabrones…»

«Ya, los fines de semana.»

«¡Sí, claro! ¡Eso es lo que me apetece! Eso quiero. ¡Por qué cojones tengo que dejarlo!»

«No tienes que dejarlo. ¡Quiero dártelo! ¡Quiero que tú me lo des a mí! Escúchame, deja de llamarme durante un tiempo. No sabes estar sin drogas, Lloyd. Si quieres verme, hazlo sin drogas.»

Parecía totalmente hundido, pero no podía estar tan hundido como me sentí yo cuando mi enfado remitió y llegué a casa. Esperé a que sonara el teléfono,

sobresaltándome cada vez que lo oía.

Pero él no me llamó y yo no podía reunir ánimo para llamarle a él. Ni entonces ni después, no después de lo que oí en la fiesta.

Marie y Jane y yo en una fiesta, y la sangre se me heló en la cocina al oír a unos tíos hablando de un fulano de Leith llamado Lloyd y de lo que se suponía qué había hecho y con quién.

No podía llamarle.

EPÍLOGO

Estaba en pleno baile en The Pure, meneándome que te cagas porque Weatherall había subido de Londres y había ido pasando gradualmente y sin fisuras del *ambient* a un *techno dance-beat* más duro y en medio de todo lo veía sacudiéndose espasmódicamente bajo las luces estroboscópicas y él me ve y se acerca. Llevaba aquel jersey. El que llevaba cuando nos conocimos. Aquel con el que me rodeó aquella noche. «¿Qué quieres?», rugí, sin perder un solo compás.

«Te quiero a ti», dijo él, «estoy enamorado de ti», me grita al oído.

Fácil de decir cuando vas hasta el culo de éxtasis. Pero me llegó, y traté de ocultar que me había emocionado, o que su aspecto me gustase tanto. Habían pasado tres semanas. «Ya, cuéntamelo el lunes por la mañana», sonreí. No fue fácil porque yo iba bien de éxtasis y sentía muchas cosas. Pero jamás dejaría que un tío volviera a putearme otra vez. Jamás. Los sonidos me molestaban. Estaba muy bien, pero Lloyd lo había convertido en algo chirriante y machacón con el pedazo de mierda que sus simples palabras habían implantado en mi cabeza.

«Volveré», gritó, sonriendo.

«Lo creeré cuando lo vea», dije. Quién coño se creía que era.

«Créelo», dijo él.

Oh, Batman, mi jodido Caballero Negro, no creo. «Bueno, me voy a buscar a Jane.» Tenía que alejarme de él. Estaba en mi propio tripi, en mi propia movida. Es un puto anormal, un puto y lamentable anormal. Debería haberlo supuesto. Debería haber sido capaz de verlo. Lloyd. Vete. Me fui a la parte de delante. Intentaba volver a entrar en la música, agitándome, tratando de olvidar a Lloyd, quitármelo de la cabeza bailando, volver a donde estaba antes de que él apareciera. La multitud se está volviendo loca. Hay un chifado delante de Weatherall dándole a tope y apartándose y aplaudiendo mientras éste responde, llevando la cosa más arriba. Tenía mucho calor y me faltaba el aliento y tuve que parar un rato. Atravesé la enloquecida multitud y me fui al bar a buscar agua. Vi a Ally, el colega de Lloyd. «¿Qué ha tomado Lloyd esta noche?», le pregunté. No debería haberlo hecho. Lloyd no me interesa.

«Nada», dijo Ally, sudaba como si hubiera estado meneándose de verdad, «sólo se ha tomado un par de copas. No quería pirulos, sabes. Dice que va a estar seis meses sin tomarlos y toda esa mierda. No quería que su perspectiva de las cosas sufriera daños. Eso dijo, el cabrón embobao. Oye, Heather, tía», dice con aire de confianza, «espero que no vayas a convertirlo en un pureta, eh.»

Lloyd no va de éxtasis. Mil ideas pasan por mi cabeza con el MDMA. Weatherall bajó el ritmo y empecé a sentirme un poco mareada.

«Oye, Ally, quiero preguntarte algo», digo yo, tocándole suavemente el brazo,

«algo sobre Lloyd.» Le conté lo que había oído, en aquella fiesta. Lo único que hizo fue reírse estrepitosamente dándose palmadas en los muslos antes de recuperar la compostura y contarme la verdadera historia.

Después de eso me sentí un poco imbécil. Acaricié mi segundo pirulo que había sacado del sujetador y deslizado dentro del bolsillo pequeño de mis vaqueros. Era el momento. Pero no. Vi a Lloyd hablando con un tío y unas tías. Le hice un gesto con la cabeza y se acercó. «¿Hablas con alguien especial?», le pregunté, encogiéndome ante mi propia voz: maliciosa, celosa, sarcástica.

Él se limitó a sonreír suavemente y mantuvo sus ojos fijos en los míos: «Ahora sí», dijo.

«¿Quieres que nos vayamos?», pregunté yo.

Sentí que su brazo se deslizaba alrededor de mi cintura y que sus húmedos labios tocaban mi cuello. Me achuchó, y yo le devolví el abrazo, poniéndome de puntillas, sintiendo que mis tetas se aplastaban contra su pecho. Después de un rato me soltó y me apartó el pelo de la cara. «Vamos a por los abrigos», dijo sonriendo.

Le dimos la espalda a aquel caos y bajamos las escaleras.

Notas

[1] Variedad de música *house* nacida en las Lowlands inglesas y caracterizadas por una gran velocidad. (*N. del T.*) <<

[2] Apodo por el que se conoce al Hibernian F. C. de Edimburgo. (*N. del T.*) <<

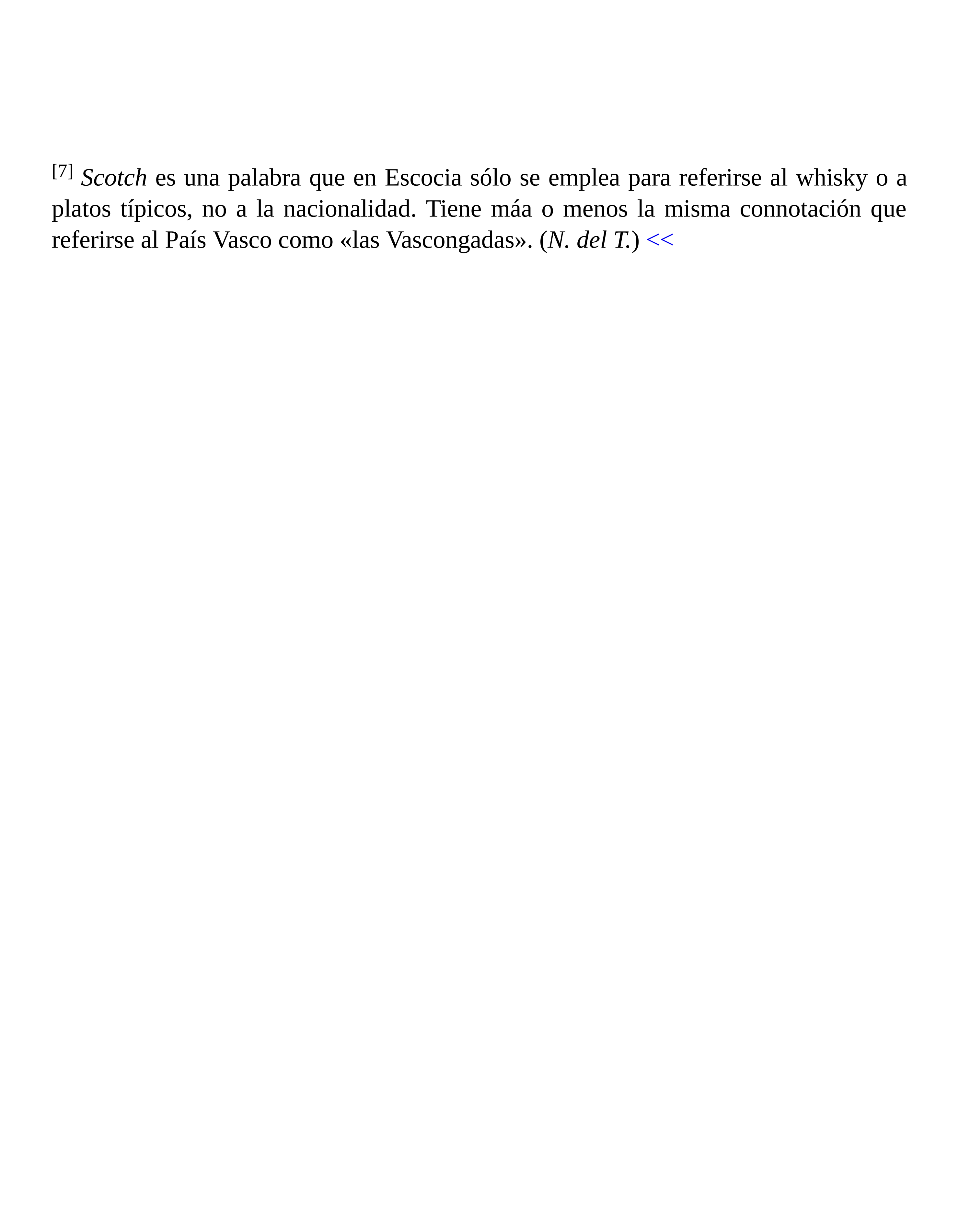


[3] Fiesta con droga y música tecno que se organiza en locales de grandes dimensiones (*N. del T.*) <<

[4] Bonaparte (*N. del T.*) <<

[5] Término yiddish que significa «chitón». (*N. del T.*) <<

[6] Juego de palabras intraducible basado en la polisemia de rotten cunt, que significa literalmente «coño putrefacto» y también «cabrón miserable». (*N. del T.*) <<



[7] *Scotch* es una palabra que en Escocia sólo se emplea para referirse al whisky o a platos típicos, no a la nacionalidad. Tiene máa o menos la misma connotación que referirse al País Vasco como «las Vascongadas». (*N. del T.*) <<

[8] *La Bella Escocia*: otra referencia paternalista y folclórica. (*N. del T.*) <<



[9] *Fist fucking*: actividad sexual consistente en penetrar el ano o la vagina con el puño. (*N. del T.*) <<

[10] Juego de palabras entre la música *jungle* y la jungla de asfalto. (*N. del T.*) <<



[11] En los *raves* y clubs de música *house*, el área habilitada para el reposo y la charla. (*N. del T.*) <<

[12] *The Auld Alliance*: hace referencia a los lazos históricos entre Escocia y Francia. Durante el período que va desde el siglo XIV hasta el XVII Francia tuvo una notable influencia en el desarrollo de las instituciones y del derecho escoceses, así como de los usos y costumbres. (*N. del T.*) <<

[13] Equivalente británico de *La Farola. (N. del T.)* <<

[14] Juego de palabras con *ring*, que significa «anillo» y también «ano». (*N. del T.*) <<

[15] «¿Qué le pasa? ¿Se encuentra mal?» En alemán en el original. (*N. del T.*) <<

[16] Este supuesto fármaco no aparece en ningún vademécum, pero sus efectos y gran parte de la historia que recoge este relato recuerdan a la Talidomida, un somnífero que lanzó al mercado una empresa inglesa en la década de los sesenta y que fue retirado cuando se comprobó que, usado en los primeros meses del embarazo, provocaba horribles malformaciones fetales. Los niños que sufrieron los efectos de esta aberración de la industria farmacéutica inglesa eran conocidos como «niños de la Talidomida». (*N. del T.*) <<



[17] Término genérico empleado por los ingleses para referirse a los escoceses o a lo escocés. (*N. del T.*) <<



[18] Término genérico empleado por los ingleses para referirse a los irlandeses. (*N. del T.*) <<

[19] Jugadores del West Ham (*N. del T.*) <<

[20] La bandera británica. (*N. del T.*) <<



[21] Billy Boy: denominación genérica de los protestantes en Escocia, basado en el nombre del rey Guillermo de Orange. (*N. del T.*) <<



[22] Juego de palabras con *arms* que significa tanto «escudo de armas» como «brazos». (*N. del T.*) <<

[23] *Kraut*: apodo despectivo para los alemanes. (*N. del T.*) <<

[24] Apodo para Londres (*N. del T.*) <<

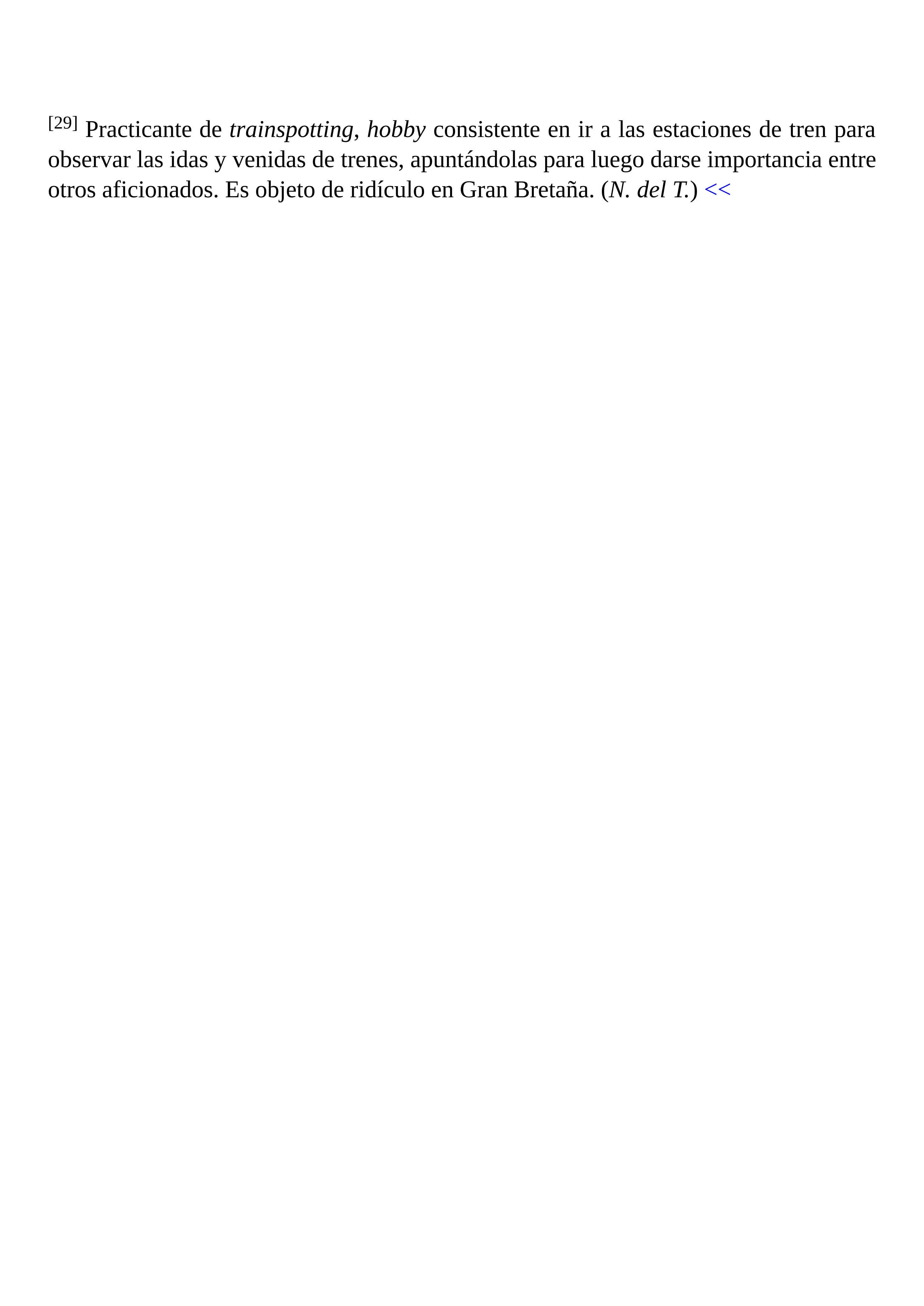
[25] En galés en el original: Gales para los galeses. A la mierda los ingleses. (*N. del T.*)
<<

[26] Vieja denominación cockney de la policía (*N. del T.*) <<

[27] Denominación genérica de los habitantes de Newcastle. (*N. del T.*) <<



[28] Denominación de los pertenecientes a clase trabajadora del East End londinense. (*N. del T.*) <<



[29] Practicante de *trainspotting*, *hobby* consistente en ir a las estaciones de tren para observar las idas y venidas de trenes, apuntándolas para luego darse importancia entre otros aficionados. Es objeto de ridículo en Gran Bretaña. (*N. del T.*) <<



[30] Nombre del camino y del lago próximo que se encuentran en Hyde Park. (*N. del T.*) <<

[31] Argot rimado: *Bramall Lañe* por *bycicle chain* («cadena de bicicleta»). (*N. del T.*)
<<



[32] Tribu urbana caracterizada por su desaliño; viene a significar «costroso». (*N. del T.*) <<

[33] Juego de palabras con el nombre John Digweed (p. 187) convertido sucesivamente en Bogweed («hierbajo de cagadero») y Bigheid («cabezón o pagado de sí mismo»). (*N. del T.*) <<

[34] Mote despectivo para los seguidores del Heart of Midlothian, uno de los equipos de fútbol de Edimburgo, de hinchada protestante. Viene del argot rimado de Hearts *jam tarts* («tortitas de mermelada»), por los colores rojos del equipo. (N. del T.) (*N. del T.*) <<



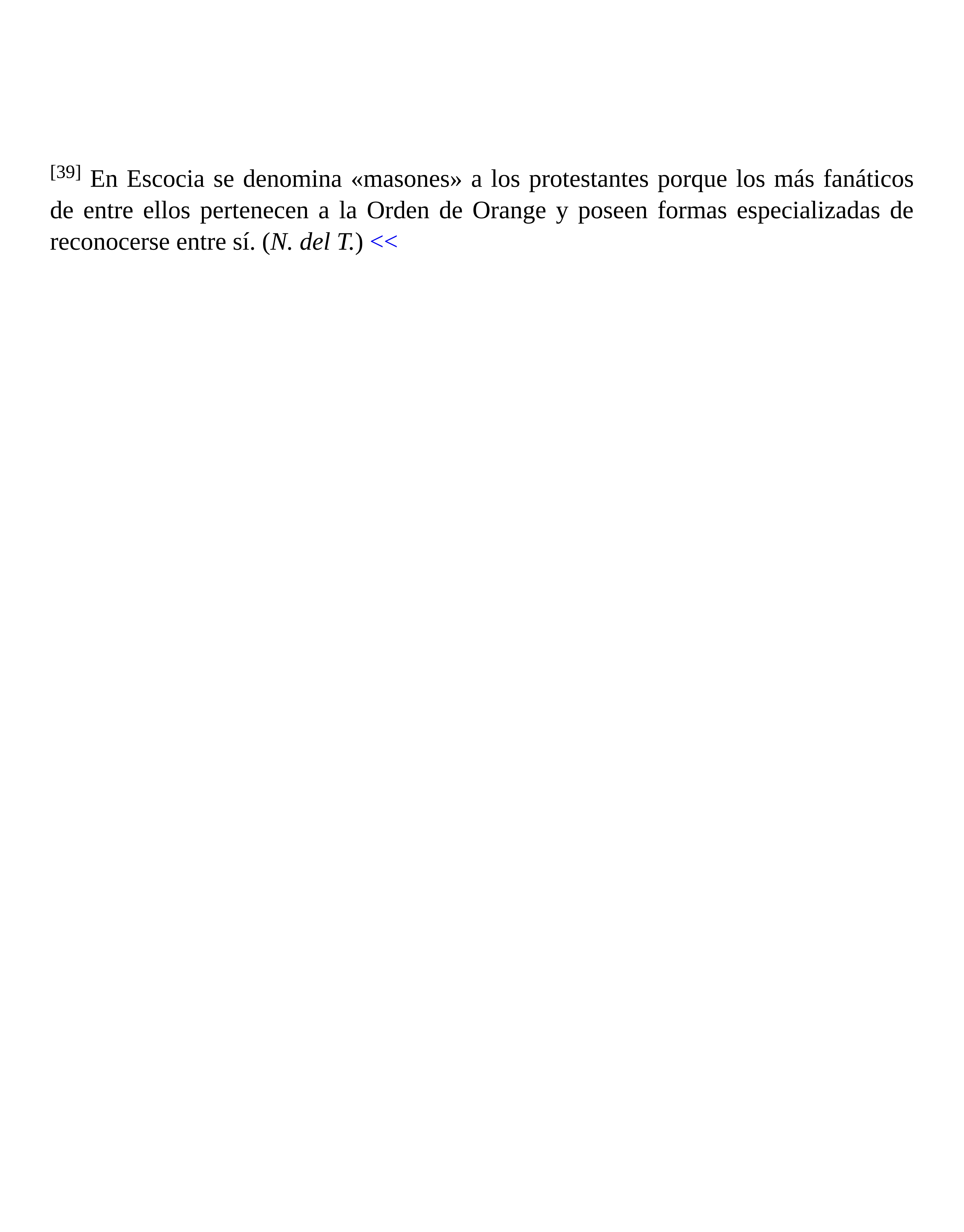
[35] Argot rimado: *satellite tellies* («tele por satélite») por *jellies* («gelatinas de metadona»). (*N. del T.*) <<



[36] Diminutivo de *casual*, joven informalmente vestido que acude a los partidos de fútbol a montar bronca. (*N. del T.*) <<

[37] Argot rimado: Richard Millhouse Nixon, presidente número treinta y siete de los EE. UU. Uno de sus apellidos rima con house (música house), por lo que Lloyd se refiere indistintamente a ella como Richard Nixon, Richard o Richard Millhouse. (*N. del T.*) <<

[38] Uno de los temas del celeberrimo musical *Cabaret*. (*N. del T.*) <<



[39] En Escocia se denomina «masones» a los protestantes porque los más fanáticos de entre ellos pertenecen a la Orden de Orange y poseen formas especializadas de reconocerse entre sí. (*N. del T.*) <<

[40] Argot rimado: «Lou Reed» por *speed*. (*N. del T.*) <<



[41] Juego de palabras intraducible. *Masonry* significa tanto «mampostería» como «masonería». (*N. del T.*) <<

[42] Famoso futbolista (*N. del T.*) <<



[43] Argot rimado: «Flight Lieutenant Biggles» (el teniente de vuelo Biggles) por *giggles* (risitas). (*N. del T.*) <<

[44] Booler, «jugador de bolos», en demótico escoces. (*N. del T.*) <<

[45] Ministro del gobierno Major. (*N. del T.*) <<

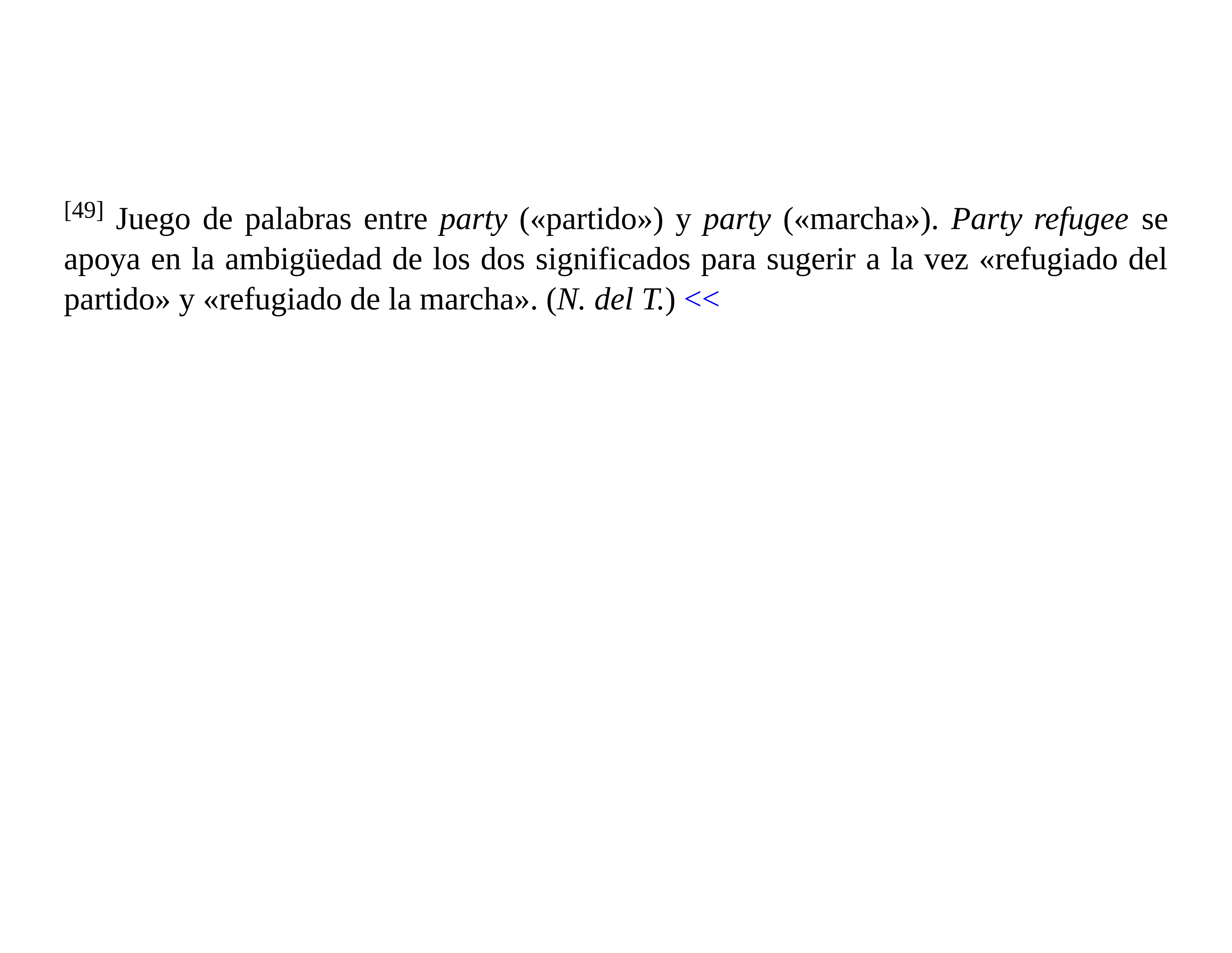


[46] *Weedgies*: denominación despectiva de los habitantes de Glasgow empleada en Edimburgo. (*N. del T.*) <<



[47] Juego de palabras con Dodge City y *Soapdodger* («esquivajabones»), apodo despectivo para los habitantes de Glasgow. (*N. del T.*) <<

[48] *Manc*, Manchester. *East Lanes*, East Lancashire. (*N. del T.*) <<



[49] Juego de palabras entre *party* («partido») y *party* («marcha»). *Party refugee* se apoya en la ambigüedad de los dos significados para sugerir a la vez «refugiado del partido» y «refugiado de la marcha». (*N. del T.*) <<



[50] *Red sandstone boy*. Literalmente, un muchacho de las casas de arenisca roja, es decir, de clase obrera y habitante de viviendas municipales. (*N. del T.*) <<



[51] Alusión a Tommy Sheridan, dirigente de Scottish Labour Militant, encarcelado por su negativa a pagar la *poll tax*. (*N. del T.*) <<

[52] En escoces en el original: Mi viejo y querido Glasgow. (*N. del T.*) <<

[53] Juego de palabras por inversión de «Se han cambiado los nombres para proteger a los inocentes.» El juego reside en que en Gran Bretaña *the names* («los nombres») quiere decir también la gente «importante». (*N. del T.*) <<

[54] Los gemelos Thomson. Grupo pop de los ochenta. (*N. del T.*) <<



[55] Juego de palabras con *seasons* (las tarjetas de temporada) y los Four Seasons, grupo vocal de la Tamla Motown. (*N. del T.*) <<



[56] *a. s. a. p.*: «*as swiftly as possible*», «lo más rápido posible». (*N. del T.*) <<



[57] Tiendas que venden objetos de segunda mano para destinar parte de los beneficios a la financiación de la investigación de la lucha contra el cáncer. (*N. del T.*) <<

[58] Octavillas informativas de la movida *rave*. (*N. del T.*) <<

[59] Mirador situado en Holyrood Park, en pleno centro de Edimburgo. (*N. del T.*) <<



[60] Se refiere a los *casuals* seguidores del Aberdeen, que también se hacen llamar los *Saturday Service*. (*N. del T.*) <<

[61] Denominación de los cabecillas *casuals*. (*N. del T.*) <<

[62] Baden Powell Youth, los *boy-scouts*. (*N. del T.*) <<



[63] Juego de palabras con *cheesy grin* («sonrisa de hiena») y *cheesy cock* («polla con requesón»). (*N. del T.*) <<